

ARTES

ALFREDO T. QUÍLEZ
DIRECTOR

RUFFO
SETWA

ESTADO LIBRE ASOCIADO
DE CUBA

VOL. XXIX, NÚM. 17
LA HABANA, CUBA,
ABRIL 25 1937



En este número:

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LOS ÁLAMOS

**Para evitar la
Tuberculosis...**



El Jarabe 'Roche'

vela por su salud y fortifica sus pulmones

Desde hace más de 40 años, el JARABE ROCHE ha sido reconocido en el mundo entero como el medicamento más poderoso y más eficaz para curar la tos, la bronquitis, los catarros, resfriados, la tuberculosis y la gripe.

F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cie., S. A., París.



GOMA Y TIJERAS

CUENTOS

Balzac pretendió ser político. Como todo lo hacía fastuosamente, adoptó por secretarios a dos condes, tan arruinados y fantásticos como él. Llamábaseles sus ayudantes de órdenes. Los utilizó en una propaganda, llegando a poder presentarse dos veces como candidato. Y ni aun le ocurrió lo que a un personaje de zarzuela española, que al ver dos votos en su acta, pudo preguntar si después del dos no venía ningún cero. A Balzac diéronle su acta en blanco. ¡Ni siquiera dos votos! ¡Ni uno!

 El nuevo rico quiso que le plantaran todo el parque de árboles genealógicos.

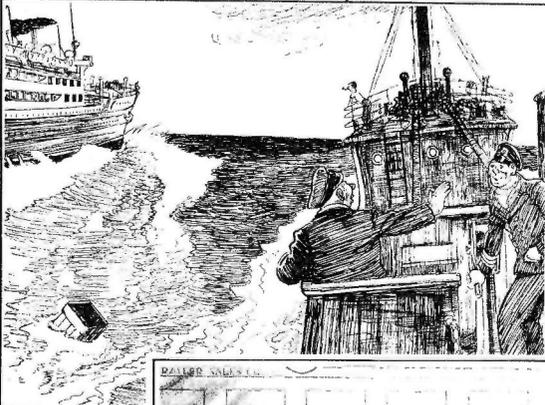
Aquel violinista amigo nuestro ejecutaba tan bien, que los autores quedaban definitivamente muertos.



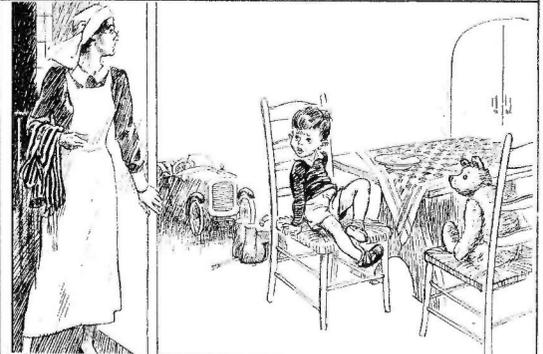
TERCER GRADO

—Me han dicho que me estaban buscando ustedes para hacerm algunas preguntas.
 (De "Judge"—New York.)

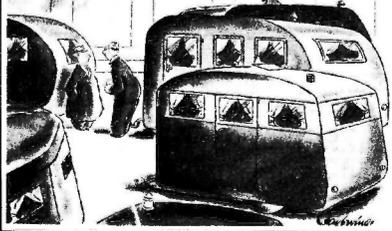
PASADO... POR VINO
 El borracho.—Primeramente... que sepa yo... cuál de los tres comisarios es el que me pregunta...
 (De "Estampa"—Madrid.)



El capitán (al segundo oficial).—No, no Juan, no me tienes. Ya sabes que la compañía no quiere regatas.
 (De "Punch"—Londres.)



—Vamos, Luisito, pórtate bien.
 —Bueno. ¿Qué es lo que no debo hacer?
 (De "Punch"—Londres.)



—No tiene usted uno que tenga garaje? Nosotros tenemos automóvil.
 (De "Colliers"—New York.)



—Todos los años, en el aniversario de sus bodas, la señora prepara ella misma la comida.
 (De "Saturday Emp. Post"—Flabelfia.)

—¿Se me olvidó el anillo?
 (De "Saturday Evening Post"—Flabelfia.)





Michel
es belleza
de radiante nitidez

¡Adorable!... porque en sus labios, en las cuales parece iniciarse la trémula caricia de un beso, el Creyón MICHEL ha puesto suavidad de pétalos de rosa, fragancia de perfume oriental y una promesa de sensualidad.

El Creyón MICHEL no es una pintura, es un avivador del color natural de los labios con el cual armonizan admirablemente el Arrabol MICHEL, los Polvos MICHEL y el Cosmético para cejas y pestañas MICHEL. Pídalos hoy mismo a su proveedor favorito.

GUSTAVO E. HUBNER MICHEL COSMETIC, INC.
Avenida del Peñón, Cuba. New York.

CONCEDA A SUS LABIOS LA CARICIA INIGUALABLE DEL CREYÓN MICHEL



¿Biliosidad?

Mascando Feenamint el combate usted mejor... y sin sentirlo... pero notando, horas después, un alivio notable... El secreto está en mascar

Feenamint

El chicle-laxante —Sabe a menta.

Benéfico y seguro porque se masca

USE LOS MARAVILLOSOS

Productos de Belleza

"Eta"

PELUQUERIA ALEMANA
INDUSTRIA, 113 TEL. A. 9633
HABANA

Sobre la FORMACION del CARACTER E INFLUENCIA de LA NATURALEZA POR MERCEDES PINTO

UNA MISMA separación incomprendible que desde los comienzos de la civilización de la Edad Media se hizo con la materia y el espíritu, creyendo que podían disociarse para salvar el alma, los espiritualistas, o ser felices sobre el barro, los materialistas, sin pensar en lo infinito, ocurrió con el hombre de la ciudad y del campo, pareciéndole a la mayoría— que son los que dan el sello a las costumbres— que la más intensa cultura debía estar en los grandes núcleos de población, y el campo sólo quedaba para ser el granero de nuestro alimento, el depósito de donde nos llegaban el carbón y la leña, la fruta para nuestra mesa y las flores para nuestros salones... Y en las ciudades se cambiaban la Universidad, y el Museo, el Taller y la Exposición artística, el Conservatorio y el Ateneo... En la ciudad se enseñaba a admirar la *Naturaleza muerta*... mientras la *Naturaleza viva* se desdibujaba en la ciudad y no se interpretaba en el campo.

Al ser esto así, quedó divorciada la cultura de la Naturaleza, y mientras el hombre de la ciudad fué el culto e inteligente, el del campo se quedó convertido en el bruto inconsciente que suda sobre el surco y cuya voz solitaria y ruda, aunque es el más impulsada por el dolor de la injusticia, no tiene eco en el estrado de la civilización... (¿?)

En esto, como en muchas cosas, veinte siglos de civilización se han equivocado. Los espíritus depurados han estado deambulando en los museos ante los cuadros de célebres pintores, y han pasado durmiendo en los ferrocarriles por los lugares de maravilla que aquéllos no hicieron más que copiar. La ficción en un lienzo, eclipsó la verdad en la Naturaleza. La flor de la acacia le pareció más perfumada al olfato del entendido en arte, que aquella cuyo cáliz rebosa aromas en el fantástico jardín de Dios... Se han pagado fortunas para sentirse emocionados ante un río pintado y el río de verdad no llegó a ser arte de valor humilde el cristal de los ojos que no supieron verlo... y se han hacinado las familias en lugares estrechos y malsanos, por el deseo de convivir en las ciudades olvidando a la tierra que es madre generosa que a todos acoge y a todos da... Por eso venimos a inculcar al niño el amor a la tierra. En pocos hogares— y sobre todo los de la ciudad— se le enseña al niño con ternura a querer y admirar a la hierba, al rosal, al árbol, cuando tan fácil sería llevar al sentimiento infantil el deslumbramiento hacia la Naturaleza, que es sin duda el libro donde se aprenden las mejores cosas.

Para la formación de un carácter, nada más a propósito que comenzar por proporcionar al niño las enseñanzas que de modo fácil y sorprendente proporcionan la vida que palpita en la semilla y en el nido, en el arroyo y en el brote que surge tierno y trémulo de la corteza que parece dura y seca y se entretre como una entraña para rejuvenecerse en su verdor.

Los muchachos que tiran piedras a los niños y desgajan arbustos, están ya comenzando a ser crueles sin que los grandes se den cuenta de ello.

No hemos podido nunca emocionarnos ante el ritual de los alumnos que plantan en un lugar que no les interesa, un árbol que no han de cuidar, y ese acto oficial y rutinario, por bien intencionado que esté, se ha de perder entre el palabreo de los discursos y de las charangas en una mañana del año escolar. Nos llena en cambio de interés la escuela con huerto o con jardín, donde la maestra se sienta bajo el toldo verde de los árboles y hace admirar con sencillas palabras la obra divina de la Naturaleza.

Cada escuela nueva debe tener tierra suya alrededor. Cada niño debe aprender a plantar, a regar, a tener el interés puesto en su sembrado, en el gallinero, en el animalito que nace y crece bajo su cuidado, y al ir sabiendo por las cosas sencillas y nobles, el gran secreto de la vida, no sólo se aprende a conocerla bien, sino que los sentimientos se dulcifican, sintiéndose grandes como dioses, al hacer posible la germinación de una semilla, al proteger la formación de un nido, al poder hacer útil un surco, convirtiéndolo, de una zanja mortuoria donde se hunde la piedra estéril, en un fértil reguero verde y brillante, de vida y de prosperidad. Y aun más exacto todavía, enseñando la más grande verdad. Que nunca se morirá de hambre, de frío, como verán los infelices en las grandes ciudades, cuando se tiene aunque sólo sea un trocito de tierra, donde están las legumbres y el árbol frutal, la gallina con sus huevos, la vaca con su leche, el bosque con su leña y el cielo con su sol...

El niño sabe hasta la altura a que puede llegar una madre haciéndole admirar a un niño de tres o cuatro años la belleza de un ramo de flores, y aunque las gentes rutinarias crean que es mejor enseñarles urbanidad y modales, yo aseguro con la fuerza de mi larga experiencia, que se hace más labor en las conciencias en formación, haciéndoles admirar el capullo, el pistilo, la corola, el perfume y el color...

Las escuelas nuevas del Uruguay, con sus trozos de tierra rodeándolas, dan lugar a que los niños tengan a sus diminutos huertecillos y esmerarse en el riego y cuidado, y cuando sean hombres y vivan en la ciudad, ya no podrán olvidar que las mejores horas fueron las pasadas ante aquellos primeros brotes de los arbustos que ellos mismos plantaron.

El gran educador Pestalozzi nos cuenta cómo pidió un día que pusieran en la celda de un fiero criminal, un ramo de rosas de Francia. El hombre aquel que había pasado por campos y por flores sin haber comprendido su belleza, cuando se vio solo horas y horas ante el ramo de rosas, le pareció que las miraba por la primera vez... Y un día, Pestalozzi mandó que quitasen las flores de

(Continúa en la Pág. 16)



**¡Perdió Su Sonrisa!
Por Usar un Denti-
frico a Medias**

La piorrea ataca a 4 de cada 5 personas mayores de 40 años. Aparte de afear su apariencia, reblandeces encías y le da un aspecto repelente. Una pasta dentífrica a medias— de esas que sólo limpian los dientes— no puede proteger contra la piorrea u otras afecciones de las encías. Para conservar la hermosura de su sonrisa, use usted pasta dentífrica FORHAN'S. Por contener un ingrediente especial que resguarda a las encías contra infección, Forhan's conserva el brillante esplendor de la dentadura y la salud y firmeza de las encías. ¡Defienda a su sonrisa con Forhan's! ¡Compre hoy mismo un tubo!

Forhan's

Limpiamos la Dentadura
Conserva las Encías

La Pasta Dentífrica Original para DENTADURA Y PARA ENCÍAS
Fórmula del Dr. R. J. Forhan

Las CHINCHES son molestas.

FLIT
las mata

Si la lata no tiene el soldadito — no es FLIT

Usted también forma parte del paisaje. AYUDE al TURISMO

PLAN PRÁCTICO PARA INTERPRETAR COMPOSICIONES EN LA

GUITARRA

POR EL PROFESOR **ROSENDO RUIZ**

OBSERVACIONES

EXPLICACION GRAFICA DE LOS SIGNOS EN EL BRAZO DE LA GUITARRA

- (1) El huesillo donde descansan las cuerdas.
- (2) Trastes (las líneas horizontales).
- (3) Cuerdas pulsadas al aire.
- (4) Cuerdas pisadas.
- (5) Enlace de bajos para acompañamiento, con las cuerdas pulsadas al aire.
- (6) Enlace de bajos de cuerda al aire y cuerda pisada.
- (7) Ejecución de dos o más notas en la misma cuerda.
- (8) Media cejilla (la línea curva que comprende las tres primeras cuerdas).
- (9) Cejilla completa (la línea curva que abarca todas las cuerdas).
- (10) Signos para acordes especiales.

Los bajos pulsados al aire se indican en el extremo izquierdo inferior de cada dibujo.

Cuando el enlace sea de una cuerda pisada y una al aire, será fijado en el lugar que corresponde a la cuerda pisada. El enlace fijado en una misma cuerda será ejecutado por su orden numérico dentro del compás.

En los acordes especiales sólo se pulsarán las cuerdas que estén marcadas con dicho signo.

Los acordes que no lleven letra serán indicados con una (X). El número de compases de cada acorde será fijado en el primer cuadro de la figura.

(Este signo al final de una frase indica que se pase a este otro (V), para comenzar la segunda letra con los mismos acordes.

Acomode su voz al tono indicado por medio de la cejilla de metal.

MELODÍA ADAPTADA AL PLAN PRÁCTICO

ALLO MODERATO

VOZ

Con-te-re ye-re - bi ta-jai Yo tu-be chi-qui-ta jai -

oi-gan bien lo qe yo ba' de-sí lo qe yo ba' con-tá son cuen-to

lu-cu-mí lo qe yo ba' con-tá son cuen-to lu-cu-mí lo qe yo

ba' con-tá son cuen-to lu-cu-mí Con-te-re-ye-re

Ya pa-sá mi tiem-po de la ju-ben-tú yo no'i-se má qe

fe-cor-dá mi tiem-po cuan-deen ei ba-bey de-sí-a siem-pree

tra-ba-já ja-jai e tiem-po de la'e-cla-bi-tú

ma-yo-rá ja-jai no de-be tap-lo de-car-sá

ma-yo-rá gua-ri-ba pa-lo pa-lo pa-lo ma-yo-rá ma-yo-rá gua-ri-ba

pa-lo pa-lo pa-lo ma-yo-rá jay ma-yo-rá

AL LECTOR:

No es un plan de enseñanza musical el que doy a la publicidad, sino un sistema práctico de acompañamiento, producto de mi larga experiencia, y cuyo fin es proporcionar a los aficionados a la guitarra el medio más fácil de interpretar composiciones musicales, aun cuando el ejecutante no tenga el menor conocimiento de este instrumento.

He podido observar que el mayor número de personas que se dedican a tocar la guitarra lo hacen por afición y no por conocimientos musicales, y es por esto que he creído una necesidad la creación de este plan práctico que irá ampliando los conocimientos del aficionado progresivamente.

CON TERE YEREBITA. TANGO CONGO

Por Rosendo Ruiz

TONO LA MENOR

Intro X	X	con tere yere	bita jai	yo tuve	chiquita jai	oigan bien	X
1	1	1	1	1	1	1	1
lo que yo ba' desí	lo que yo ba' contá	son cuento lucumi	lo que yo ba' contá	son cuento lucumi	lo que yo ba' contá	son cuento lucumi	ya pasá recordá
1	2	2	2	2	2	1	1
mi tiempo mi tiempo	de la juventu cuando en e baley	que no hise desía	má que trabajá siempre. e mayorá	ja jai i tiempo ja jai no debe	de la eclabitu tanto decansá	mayorá	quariba palo palo
1	1	1	1	1	1	1	1
mayo mayorá	mayorá	quariba palo palo	mayo mayorá	jai	ma	yo	rá
2	1	1	1	1	1	1	1

(Dibujo especial adaptado al plan práctico de acompañamiento).

INSTRUCCIONES:

Para ejecutar la composición que antecede, comience de izquierda a derecha del grabado, con el ritmo indicado. La parte de letra que corresponde a cada acorde está fijada en la parte superior del mismo.

¡Arriba en popularidad!

U. S. Keds

**MÁS CÓMODOS
MÁS DURADEROS
MÁS ECONÓMICOS**

Pidan siempre zapatos U. S. Keds a su pedatore

Otra gran producción entre los 60000 artículos de goma que fabrica en la U. S. Rubber



UNITED STATES RUBBER EXPORT CO., LTD.

HABANA - Cienfuegos - La Cienega - La Jirena - Santiago de Cuba

La Cera Mercializada Conserva el Cutis Siempre Joven

Confeite el cuidado de su cutis a la Cera Mercializada pura y podrá conservarlo siempre claro, terso y juvenil. La Cera Mercializada limpia, suaviza, hormosa y protege. Si su cutis está ajado y decolorido, la Cera Mercializada suavemente dice a la epidermis sin vida y revela el cutis interior que viene a ser su nueva tez, una tez perfecta en esta, clara, una tez inmaculada y verdadera. Tómela, una vez inmaculada y juvenil. Ensaye la Cera Mercializada, misma noche y quedará encantada de la manera como mejora su cutis. Revela la belleza oculta de su cutis con Cera Mercializada. En todas las farmacias y boticas.

NERVO-FORZA

Para personas **DELGADAS** que desean **ENGORDAR**

AGUA MINERAL "SANTA RITA"

DURÉTICA Y DIGESTIVA
LA ÚNICA DE RÉGIMEN QUE SE EXPENDE Y COMPAN CON LAS MEJORES EXTRANJERAS.
PREMIOS: TELÉFONO 74-256
DIRECCIÓN: CALLE 6 No. 187, VERADERO

AQUEL ESPEJO

Alfonso Hernández Catá, el gran cuentista cubano que nos representa diplomáticamente en Chile, regala a los lectores de CARTELES esta exquisita crónica. Es la que presenta las cualidades esenciales de ligereza, penetración y espiritualidad.

POR A. HERNÁNDEZ CATÁ

NUNCA se supo bien cómo entró en casa aquel espejo. Cuando comenzó a llamarnos la atención y quisimos averiguar, la criada que aseguró haberlo comprado en la calle a un hombre se había ido ya de nuestro servicio. Yo era niño aún, y hasta después no he pensado en la rareza de que un vendedor callejero llevase un espejo tan grande.

Tan grande y tan raro. El cristal era espejado con anchos biselados, enmarcado en una madera casi del color del espejo, que se fundía sin embargo con el de todas las paredes, de modo que en las distintas habitaciones donde estuvo semejé siempre una ventana abierta. Una ventana rara, que era sólo del exterior al interior; una ventana no construida, sino rajada en la pared por una mano poderosa y maligna.

Maligna porque el espejo tenía, sin duda, algo anormal. Todos los espejos son misteriosos y su doble fondo, la distancia al par falsa e indudable que hay entre sus dos superficies, turba apenas uno se fija. Pero aquel era mucho más raro. Por lo pronto en cada habitación era diferente, y por eso lo fueron mudando, a ver si mejoraba con los cambios de luz, dejaba sólo los defectos del pulimento, quizá a la clase de azogue, no sé. Nunca el lugar en donde estaba era tan claro que quitase a la luna algo neblinoso, ni tan oscuro que impidiese ver las imágenes dentro de él. Obligaba a mirar, y por poco observador que se fuese se advertía que la hora de dentro del espejo no era la misma de afuera. Cuando estuvo en mi alcoba algunos días oscuridad o amanecía antes en él que en el aposento, y otros en vez de reproducir el tiempo encalmado propio de las habitaciones, dije que se pasaban por la hondura del cristal vientos fuertes.

El caso es que una vez era azul, otras amarillo, otras verdoso, y siempre reproducía la realidad de un modo dominador. Y todos hemos visto espejos convexos o cóncavos que alargan las figuras o las acortan y emborronan. Son espejos caricaturescos, donde, merced a una deformación rudimentaria, todos adquirimos algo de don Quijote o de Sancho. Las correcciones de aquel espejo eran distintas. Por lo pronto eran de la vida, y a veces parecían a poco iban intensificándose. Una vez se advertía antes en los muebles, en la relación de luces y volúmenes entre las cosas, que aparecían sumidas en una atmósfera ya muy densa, ya sutilísima, y que tomaba gesto de protagonistas prestos a intervenir. Objetos en los que nadie reparaba al mirarlos directamente, adquirían reflejados en él un acento nuevo, casi una voz que llamaba obligando a fijarse. El pedazo de habitación duplicado en su cristal era el mismo, pero como visto a través de una intención crítica, con dimensiones, con intensidades y con expresiones sorprendentes.

En las personas las anomalías

Solia principiar por el color de la tez: más pálido, livido, irritado, ya con matices cadavéricos de carne de frigorífico, ya con una fuerza bárbara de carne sangrante. Al primer golpe de vista uno no se reconocía y daban ganas de volverse a buscar detrás la otra persona reflejada. Enseguida se imponía la identificación; y ésta era trabajosa, dolorosa. En torno de algunas figuras el espejo ponía un halo de luz de gas; en torno de otras suprimía el ambiente y las recordaba, las alababa, las deshumanizaba casi. A veces dejaba en paz todas las facciones, menos una: los ojos o la boca, por ejemplo. Y eran ya ojos de calavera, ojos de bestia, ojos de risa, ojos de odio, ojos de piedra, ojos de agua estancada. Ojos vistos en otros seres no se sabía dónde ni cuándo. Había días en que se cebaba sobre una parte del rostro o del cuerpo, envejeciéndola—la frente, los labios, la piel del cuello, los hombros, el pecho—, y otras en que sacaba a la expresión sentidos capciosos; algo de desidia, de desprecio, de codicia, de encono de deseo brutal, de traición, de vileza... Era como si desnudase o extrajera de las entrañas el juego de futuros actos.

Al principio las mujeres, que tanto gustan de los espejos, decían:—No nos miremos ahí. Se ve una horrible.

Mi padre solía al pasar frente a él volver la cabeza al desgaire; mas de tiempo en tiempo, cual si una vergüenza viril lo impulsara, se volvía hacia la puerta, se acercaba desafiante a la luna arriba, y se quedaba mirándose a sí mismo en actitud de reto.

Una tarde halaron a mi hermanito con congoja porque se había estado mirando las orejas en el espejo más de una hora, sin poder apartarse. Y el día en que el gato de Angora, tan pacífico, tan indiferente, se vió y escapó lanzando maullidos después de enfosforecer los ojos y cambiar su aspecto de gran ovillo de lana lujosa por el de un fiero espín ferroz, me vino a la memoria un cuento.

—¡Ya basta con ese malizado espejo!... ¡Quitenlo de ahí y llevenlo al cuarto de los trastos!

Y allí estuvo cosa de un año o dos. Pero tengo la sospecha de que todos en la casa íbamos de vez en cuando a mirarnos en él. Mi hermano y yo no quedábamos a ir solos e íbamos juntos, después de proyectarlo varios días, y salíamos siempre aterrorizados y destandados. De tiempo en tiempo alguno de los mayores sacaba de cuarto de las cosas viejas un objeto que lo quedaba observado con obsesiva fijez, y luego lo tiraba o rompía hipócritamente al descuido y en el fondo cólerico. Es que, antes, los había visto reflejados en la luna del espejo. Mi madre rompió así una muñeca a la que faltaba una pierna; mi padre un sable con manojos de rajas, de moho o de sangre, en la hoja.

Al fin, el espejo pereció. En

Lave Los Riñones de Ácidos y Ponga fin al Levantarse de Noche

Viva una vida más sana, más feliz—más larga

Quando por 40 centavos puedo usted conseguir un estimulante y diurético sumamente eficaz e inofensivo que lo lave los riñones de los venenos que los están minando ¿por qué continuar interrumpiendo su sueño tranquilo con las levantas de noche?

Ésta simplemente es su farmacia un frasco de las Císpulas MEDALLA DE ORO de Aceite de Haarlem—pero convénzase de que son MEDALLA DE ORO—el verdadero Aceite de Haarlem de Holanda. Otros síntomas de debilidad de los riñones e irritación de la vejiga son el dolor de cintura—los ojos abotagados—los calambres en las piernas—las manos sudorosas—la orina escasa o ardorosa.



NO TOMES "cualquier" purgante

Los muy fuertes pueden dañar: los muy suaves, no limpian bien.

La limpieza intestinal es por cierto esencial para la salud y el bienestar. Pero ¿sabe usted que muchos purgantes irritan los intestinos y a veces—con el abuso—hasta pueden originar serias lesiones? Por otro lado, laxantes débiles así bien pueden no irritar, tampoco limpiar como es debido.

La elección de un purgante ha sido un verdadero problema hasta que el Dr. Benjamin Brandreth, afamado médico inglés, consiguió combinar científicamente seis hierbas de seis diferentes países en una fórmula perfecta; un laxante y purgante que limpia eficazmente sin irritar—y que, además, tiene la ventaja de no afectar la digestión.

Las Píldoras de Brandreth son por esto un remedio de toda confianza: tanto que, si fuera necesario, pueden tomarse cada día—y no enervian ni irritan el intestino. Son píldoras puramente vegetales—inofensivas—de efecto lento, pero seguro y completo.

Tomé usted las Píldoras de Brandreth y observe su maravillosa acción. Se dará usted cuenta de porqué las Píldoras de Brandreth son el remedio favorito en 70 países del mundo. Pídale las en las buenas farmacias.

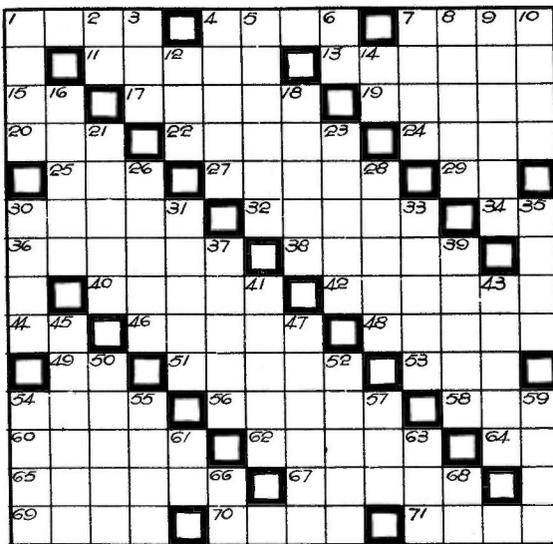
MATANDO el TIEMPO

A cargo de - Luis Sáenz

CRUCIGRAMAS

Horizontales:

- 1-Rabo.
- 4-Cuerno.
- 7-Vestidura de hombre.
- 11-Cuerpo celeste.
- 13-Embarcación.
- 15-Pronombre posesivo.
- 17-Arácnido.
- 19-Parte del vegetal (Pl.)
- 20-Adverbio.
- 22-Uno de los estados de E. U.
- 24-Soberano indio.
- 25-Que educa a los niños.
- 27-Oseo.
- 29-Sociedad Anónima.
- 30-De acudir.
- 32-Una de las nueve musas.
- 34-Divinidad.
- 36-Ciudad antigua de Palestina.
- 38-Nombre femenino.
- 40-Arbol.
- 42-De orillar.
- 44-Terminación verbal.
- 46-Era mahometana.
- 48-Curva, cerrada.
- 49-Prejicio.
- 51-Que tiene alas.
- 53-Terminación aritmética.
- 54-Buey sagrado.
- 56-Parte de una molécula.
- 58-Oficial turco.
- 60-Nombre femenino.
- 62-Mes del año.
- 64-Prejicio.
- 65-Pedazos.
- 67-Vano, inútil.
- 69-Artificio de pesca.
- 70-De besar.
- 71-Fruta.



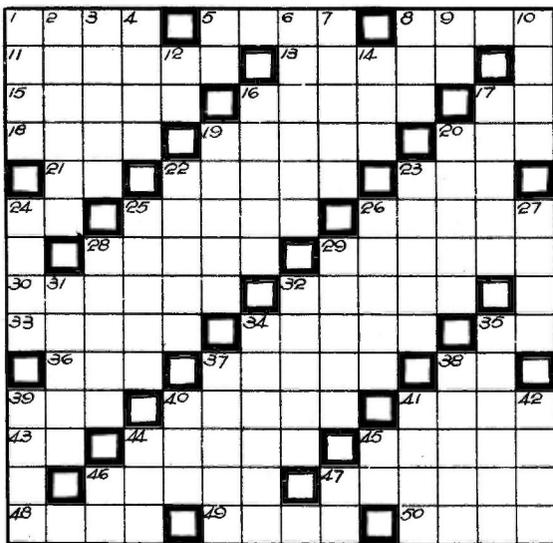
Verticales:

- 1-Signo ortográfico.
- 2-Artículo.
- 3-Agarradera.
- 4-Instrumento agrícola.
- 5-De soñar.
- 6-Símbolo de la plata.
- 7-Órgano de las plantas.
- 8-Red formada de barras (Pl.)
- 9-Salir al encuentro del que huye.
- 10-Edificio.
- 12-Prejicio.
- 14-Interjección.
- 16-Fruta.
- 18-En el tiempo presente.
- 21-De ayudar.
- 23-Arevido.
- 26-De adobar.
- 28-Cerro que domina un llano.
- 30-Enfermedad.
- 31-Letra griega.
- 33-Acetuna.
- 35-Que niega a Dios.
- 37-Rey de los hunos.
- 39-Provincia de España.
- 41-Loco.
- 43-Ulcera.
- 45-Robo con violencia.
- 47-Semidios griego.
- 50-Humor hepático.
- 52-Grata, placentera.
- 54-Marisco.
- 55-De sacar.
- 57-Resaca.
- 59-Primer hombre.
- 61-Letra griega.
- 63-Terminación de aumentativo.
- 66-Símbolo del antimonio.
- 68-Preposición.



Horizontales:

- 1-Querer.
- 5-Médico alemán.
- 8-Mariscal de Francia.
- 11-Profeta hebreo.
- 13-Escutor francés.
- 15-Escudo protector.
- 16-Cólera ópera.
- 17-Interjección.
- 18-Pez.
- 19-Romano célebre.
- 20-Pecado capital.
- 21-Símbolo del cobalto.
- 22-Hacer obras de costura.
- 23-Unidad de trabajo.
- 24-Río de Italia.
- 25-Arrojo, intrepidez.
- 26-Antipatía, rencor (Pl.)
- 28-Sala espaciosa.
- 29-De apestar.
- 30-Divinidad marina.
- 32-Nata de leche.
- 33-Ter ter tos.
- 34-Fruto.
- 35-Nota musical.
- 36-Signo aritmético.
- 37-Esposa de Nerón.
- 38-Símbolo del cromo.
- 39-Monja.
- 40-Trozo de palo redondo (Pl.)
- 41-Nombre de letra (Pl.)
- 43-De ser.
- 44-Pieza de hierro, para resbalar.
- 45-De amasar.
- 46-Vid.
- 47-Ser irracional.
- 48-Canal.
- 49-Ave rapaz (Pl.)
- 50-De rasar.



Verticales:

- 1-Hijo de Adán.
- 2-Maravilloso, estupendo.
- 3-De aljar.
- 4-Bahía.
- 5-Kilómetro.
- 6-Boca de volcán.
- 7-Cualidad moral.
- 8-Término.
- 9-Terminación de aumentativo.
- 10-Arbol.
- 12-Río de Francia.
- 14-Tratamiento.
- 16-Perteneciente a la masonería.
- 17-Germánico o caló francés.
- 19-Descubridor.
- 20-De irisar.
- 22-Fuerza física.
- 23-Tumor blando.
- 24-Estadista inglés.
- 25-Poeta (Pl.)
- 26-Drama musical.
- 27-Pala.
- 28-Hacer sisas.
- 29-Signo del Zodiaco.
- 31-Poco inteligente (Pl.)
- 32-Documento para cobrar intereses.
- 34-Célebre gigante.
- 35-Fruta (Pl.)
- 37-Caballo joven.
- 38-De clamar.
- 39-Número.
- 40-Tienda de bebidas.
- 41-Caudillo árabe.
- 42-Sin compañía.
- 44-Tranquilidad.
- 45-Terminación de adjetivo.
- 46-Nombre de letra.
- 47-Nalpe.

SIGUIENDO el MUNDO

* El número 37 es muy caprichoso. Multiplicado por 3 da 111, y siempre que se le multiplica por un múltiplo de tres da resultados semejantes. Doce por 37 es 444, y 37 por 21 es 777.

* Los niños, dice un famoso escritor, tienen naturalmente el sentimiento o instinto de la justicia. Puede decirse que nacen con él. Levantan con paciencia las mayores contradicciones mientras están convencidos de que la justicia exige ese sacrificio. Pero se sublevaron siempre cuando se dan cuenta de que se procede injustamente con ellos.

* El puente más largo del mundo es el puente de León, cerca de Sangang, en China. Se extiende por cinco millas y media sobre un brazo del Mar Amarillo y está sostenido por 300 arcos de piedra enormes. Se halla a una altura de 21 metros sobre el nivel del agua, y cubierto por un enrejado.

* Los efectos del alcohol son violentos en la especie canina, porque no está acostumbrada a la bebida. En la especie humana, aunque aclimatada mediante largos abusos, el resultado se deja sentir de un modo terrible. Las poblaciones entregadas al alcoholismo producen muchos niños, pero débiles, raquíticos y tuberculosos.

* En Londres hay mil quinientos templos de diversas religiones.

* La capacidad del puerto de Nueva York puede concebirse cuando se sepa que tiene cuatrocientas cuarenta y cuatro millas de playas, la mayor parte de las cuales está ocupada por muelles. Las calles de la ciudad tienen tres mil setecientos cuarenta millas de longitud, o lo que es lo mismo,

una extensión igual a la distancia que hay de Nueva York a Londres.

* Una florista de Nueva York ha hecho una fortuna criando y vendiendo treboles de cuatro hojas, que, según los supersticiosos, traen la buena suerte al que los posee. La creencia se ha confirmado en la florista, que en una semana vendió 4.000 treboles a cinco pesos.

* El escudo de Dinamarca es uno de los más complicados. En él figuran dos barras, una estrella de oro, una cruz de plata, una hoja de ortiga, un corazón de plata, un cisne con corona de oro, un caballo con su jinete, una cabeza de caballo, dos leones, tres coronas, un pez, una cobra, un oso, otro león, nueve corazones rojos y un dragón.

* Dice Piazza, en su obra "La jerarquía cardenalicia", que el papa León X, en 1517, que él ordenales, aunque sólo había pensado crear 30. Dándose cuenta de que dejaba postergado a un sacerdote muy estimado por él, resolvió honrarlo como a los otros treinta, lo cual hizo con la siguiente frase: "Chi fa trenta, fa trent'uno".

* La raza más alta de hombres en Europa, los noruegos, vive cerca de la más pequeña, los japoneses.

* La Policía de Kursk descubrió un grupo de suicidas cuyo lema era: "La muerte todo la cura". Los aspirantes a ingreso tenían que demostrar que deseaban morir por un motivo justificado.

* El beso en los labios es considerado como un verdadero ultraje entre las mujeres finlandesas, aun viniendo de sus maridos.

* El "oso de la media luna" vive en las montañas del Himalaya, Asia, y es muy feroz, pues ataca al hombre aunque éste no le persiga. Su pelaje es completamente negro, excepto en el cuello, donde tiene una porción de piel blanca en forma de media luna.

* Andrés Batell, navegante inglés que permaneció 13 años en Angola, Africa, fué el primero, en 1590, en descubrir el chimpancé, animal que no era conocido en Europa.

* La célebre estatua de Guillermo I, en el extremo del puente de Coblentz, sobre el Rin, estuvo olvidada desde la paz de Versalles. Ahora, de nuevo con guardia armada permanente, se yergue entre los jóvenes conscriptos alemanes como el símbolo de la ancestral belicosidad germana.

* Por término medio, ocurren ocho fallecimientos de hombres por uno de mujer.

* Llámase bejuco acuático a una enredadera de las selvas venezolanas, cuyos tallos, semejantes a los de las parras, contienen un agua clara, algo dulce y muy fresca, que constituye la savia de la planta y que presta grandes servicios a los viajeros que tienen que atravesar regiones donde no



POLIMALT

El alimento ideal para el desayuno de la familia.



Consulte a su médico sobre POLIMALT

PIDA UNA MUESTRA GRATIS AL TEL. U-2560 O A LABORATORIOS LINNER, APARTADO 2293, LA HABANA, CUBA, Y SU PETICION SERA ATENDIDA RAPIDAMENTE.

Pida un POLIMALT batido en las fuentes de soda

TOME POLIMALT Y TOMARA SALUD

* El damán, que es un animal grediente sazonador para las comidas, dos mil setecientos años antes de Jesucristo.

* El ruibarbo, planta que se emplea como tónico estomacal en la medicina casera, era conocido y usado por los chinos como in-

* Las fichas del dominó pueden combinarse de 284.528.211.840 maneras distintas.

Solución a los crucigramas:

O	D	O	A	C	H	E	R	A	Z	C	O	G	Z	E
A	O	M	V	L	O	A	P	R	A	R	A	M	A	
N	I	A	N	A	P	A	U	P	A	F	E	L	I	Z
M	S	E	A	L	E	T	A	R	E	F	I	T	O	
R	O	S	E	I	S	A	R	E	A	C	H	I	T	O
C	H	E	R	A	Z	C	O	G	Z	E	R	A		
G	I	L	E	S	M	O	A	R	D	A				
R	I	S	I	S	A	L	A	L	A	D				
A	T	E	O	C	O	R	A	X	A					
U	N	A	S	O	N	I	D	O						
E	B	S	A	N	A	L	I							
A	D	O	S	O	M	A	L	O						
U	R	Z	E	M	E	O	P	A	L	O				
O	L	O	S	O	L	O	R	O	S	O				

L	P	T	V	O	H	A	C	O	N	S				
A	O	R	A	H	A	A	C	O	N	A				
G	I	R	A	F	E	S	A	L	I	Z				
M	X	O	R	I	F	O	R	A	R	A				
S	L	V	M	A	R	A	T	U	F	A	R			
A	L	A	P	O	S	O	L	I	V	A	R			
C	E	S	S	I	R	I	S	A	C	O	R			
L	A	V	A	K	O	N	I	S	K	E	Y			
A	S	I	E	C	O	C	R	I	A	M	E	N		
A	M	O	E	D	O	C	R	I	A	M	E	N		

ENSEÑA EL PRODUCTO AUTÉNTICO FRANCÉS

ANEMIA-CLOROSIS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

Pildoras y Jarabe BLANCARD

Blancard DOSIS: 2 a 6 Pildoras / 1 a 3 Cucharadas

DEBILIDADES-ESCRÓFULAS

EXIGIR EL PRODUCTO APROBADO por la ACADEMIA

Salud y Belleza



A CARGO DE LA **DRA. MARÍA JULIA DE LARA**

Médico del Hospital Municipal de Maternidad de La Habana; ex asistente del profesor Hainemann de Leipzig (Alemania), y de los profesores Brindeau y Noël en París (Francia).

VITAMINAS PARA SU SALUD

Las vitaminas del crecimiento.—La eurítmica figura de Marian Marsh, estrella fulgurante del cinema.—La importancia del mani, de las nueces y de los granos de cereales.—La conservación del apetito.—Influyen las vitaminas en la resistencia muscular?—Una bella "pose" para las que transforman la ergosterina de la piel en vitamina D bajo la radiación tónica del sol.—¿Cómo actúan las vitaminas en los sistemas que perpetúan la especie?—(Observaciones propias y experiencias personales captadas por la doctora Lara en su segundo viaje de estudio por Bélgica, Francia y Alemania).

¿**C**RECEN sus hijos en la proporción que corresponde a su edad? ¿Tienen apetito? ¿Realizan los trabajos mecánicos y los ejercicios con la energía característica de la primera infancia? ¿Su niña se transforma en mujer con la debida oportunidad?

Cuestiones son éstas que inquietan a la generación adulta de hoy. Que habrán de preocupar a aquella que en un porvenir próximo llegará a su completo desarrollo. He aquí los factores indispensables para el crecimiento normal: Aire puro, ejercicio libre y alimentación adecuada. Con estos elementos el organismo sano se desenvuelve con precisión de maquinaria. Primero se coordinan los movimientos de los músculos voluntarios. Después salen las pieles que en su día llegarán a ser las joyas preciosas de los dientes. Más adelante cada uno de los sistemas y aparatos llega a su completo desarrollo. Con un límite que marcan las leyes de la herencia la estatura se fija. ¿No es bien particular que sean necesarias vitaminas para el crecimiento y vitaminas también para el adecuado desarrollo de los sistemas que influyen en la perpetuación de la especie?

Las habichuelas, las judías, los



He aquí la eurítmica figura de Marian Marsh, inquietante actriz cinematográfica. Léase en el presente artículo cómo influyen las vitaminas en el crecimiento físico del organismo.

guisantes, las lentejas, los tomates, las naranjas, los limones, las uvas, la levadura, las nueces, el mani son particularmente ricos en vitamina B. Influyen decisivamente en el crecimiento formal y en la conservación del apetito.

El salvado del trigo y el arroz sin descascarar también la contienen en extraordinaria proporción. La vitamina B, llamada también factor B, ejerce acción marcada sobre el sistema nervioso y en el aumento de la resistencia del organismo.

Recientemente se ha descubierto que la vitamina E conjuntamente con la vitamina B representan factor esencial en todo lo relacionado con las funciones que intervienen en la perpetuación de la especie. Lechuga, berro, embrión de trigo, carne, yema de huevo y leche son las substancias hasta ahora conocidas más ricas en estas importantes vitaminas. En este asunto se ha progresado mucho. Se ha llegado a pensar que la vitamina B y la vitamina A en correlación con la vitamina E son indispensables para el funcionamiento normal de las glándulas de secreción interna que determinan el normal desarrollo de las funciones sexuales.

Una alimentación insuficiente en cuanto a las vitaminas A y B (mantequilla, leche completa, yema de huevo, zanahoria, lechuga, guisantes, espinacas, nabos, berro, tomates, etc.) sería capaz de dificultar el establecimiento de la aparición oportuna de la primera visita mensual. Es bien sabido que este proceso se conoce con el nombre de "menarquia". Sería, asimismo, culpable del insuficiente incremento de ésta. Algunos de estos casos—supresión por tiempo más o menos largo de la visita mensual—no serían debidos sino a la falta o disminución de determinados elementos vitamínicos.

(Continúa en la Pág. 12)



¿Tuesta usted su cutis bajo las radiaciones del sol? Recuerde que la ergosterina de la piel se transforma en vitamina D, factor indispensable para la fijación del calcio.

Una entrevista

CON JESÚS DE GAVIRIA, EL TENOR ESPAÑOL DE HOY

POR A. A. RUZ

NUEVA YORK, abril.



JESÚS DE GAVIRIA, el muchachote vasco de las espaldas desconocidas, es el tenor español de hoy. Desaparecidos de los escenarios del mundo aquellas dos lumbreras del bel canto que se llamaron Miguel Fleita e Hipólito Lázaro, Gaviria ha echado so-

Jesús de Gaviria nació en San Sebastián, hijo de padres humildes. La Naturaleza lo había dotado de una voz de tenor magnífica, pero él nada supo de ello hasta que una tarde de domingo, teniendo ya 16 años, le vino la revelación de la manera más impensada.

—Mi gran afición—me dice Jesús—era para el fútbol, que en España había echado fuertes raíces. En San Sebastián, como en el resto de la Península, el deporte favorito gozaba de una popularidad inmensa, y nosotros, los "chavales", tomábamos tan a pecho los juegos de campeonato que una victoria de nuestro club significaba una borrachera en la "sidrería" más a mano. Pues bien, en una de esas tardes de victoria me encontraba con varios amigos cantando a voz en cuello mi alegría, cuando de repente entraron en la tienda dos señores que me habían oído y querían saber a quién pertenecía aquella voz que los había impresionado. Aquellos dos señores eran Usandizaga, el glorioso autor de *Las Golondrinas*, y Estanola, director del Orfeón Donostiarra.

Usandizaga me pidió que al día siguiente acudiera al Orfeón para probarme la voz, y acto seguido



bra la robustez de sus hombros donostiarra, el peso enorme de nuestra tradición musical, nimbada a través de los lustros por nombres tan excelsos como el de Gayarre. Hoy por hoy, Gaviria es el único tenor español que canta regularmente en los mejores teatros de Italia, y que no tiene inconveniente en saltar el charco y presentarse ante los exigentes públicos del Nuevo Mundo, seguro de que sus magníficos agudos y su convencidora media voz continúan disfrutando de la plenitud que le gana tantos admiradores dondequiera que se presenta.

Tras de haberse pasado media docena de años sin salir de Europa, Gaviria ha vuelto ahora a Nueva York, donde actuó allá por los años 27 y 28, y donde obtuvo éxitos rotundos en unión de su esposa, la afamada soprano andaluza Fidela Campiña. Fue en esa época cuando yo conocí al famoso tenor, y cuando le vi interpretar algunos de sus mejores roles —en *Trovador*, en *Carmen*, en *Tosca*, en *Aida*—con una propiedad y un caudal de voz que ya quisieran para sí la mayoría de los tenores y tenorinos actualmente de moda.

Jesús de Gaviria, que ha cantado en casi toda Europa y en buena parte de América, es absolutamente desconocido en Cuba, donde la decadencia de la ópera coincidió con la ascensión al cenit de este astro hispano del bel canto. Séame, pues, permitido presentarlo a los lectores de *CARTALES*, entre otras razones, porque tengo entendido que muy pronto se propone ir a Cuba como "estrella" de una compañía que tiene el propósito de resucitar en La Habana aquellas inolvidables jornadas que supieron del prodigio de la voz de Caruso y del arte inimitable de Tito Sui.



quedé incorporado al mismo, como tenor primero. Allí canté casi tres años, tras los cuales determiné fugarme de mi casa y trasladarme a Madrid, pues por entonces me hallaba ya determinado a buscarle en la capital de España un profesor y a hacer carrera.

Mi época de aprendizaje en Madrid ha quedado catalogada en mi recuerdo como mi mala época. ¡Qué de trabajos pasé, sin dinero ni recursos de ningún género! Mi profesor era Luis Iribarni, famoso tenor andaluz, que me daba clases, pero que no podía mantenerme. El apetito, que yo como buen vasco siempre he conservado excelente, en aquella época parecía multiplicarse. Y no tenía nada que darle a mi voraz estómago, que a veces tenía que conformarse durante veinticuatro horas con un mal café con leche!

Al fin decidí terminar aquel in crescendo calvario y retornar a San Sebastián, donde en la casa de mis padres nunca faltaban los

Las manchas de nicotina desaparecen rápidamente...

Gracias al Oxígeno.

Cuando CALOX se pone en contacto con la humedad de la boca, se forman millares de pequeños burbujitas que hacen espuma alrededor de los dientes y encías, limpiando como sólo puede hacerlo este perfecto agente limpiador natural. Restablece la belleza natural de los dientes, entona y purifica las encías y toda la cavidad oral.

Todo fumador queda encantado con CALOX, porque no sólo le mantiene la buena apariencia de la dentadura, sino que también purifica el aliento dejándole una sensación de frescura en la boca.

Además de oxígeno, CALOX también forma agua calcárea, que neutraliza la acidez de la boca y protege el esmalte de los dientes contra los ácidos.

Su dentista le recomendará un polvo dentífrico, y CALOX es el mejor de los polvos dentífricos. Es también el más económico—dura dos veces más que la pasta. Pruébelo hoy mismo y se convencerá. De venta en farmacias, perfumerías, salones de belleza, bazares y tiendas de variedades



POLVO DENTÍFRICO CALOX

MÁS EFICAZ MÁS ECONÓMICO

McKESSON & ROBBINS, INC., Nueva York, E. U. A.

Durante más de un siglo McKesson & Robbins han fabricado una línea completa de productos farmacéuticos y de tocador. El nombre McKesson & Robbins es su garantía de absoluta pureza y alta calidad.

71

GRATIS

DR. B. ABELLA—Apartado 78, Habana, Cuba

Sírvase enviarme gratis un bote del Polvo Dental Calox (tamaño liberal). Incluyo 10¢ en estampillas de correo para cubrir el franqueo.

Nombre.....

Dirección Completa.....

Provincia, Estado o Departamento.....

País.....

10

Más Flores

— 4358
— 2514
— 2824

CONFÍENOS
SUS ÓRDENES

Callé 12 entre 21 y 23, Vedado

cos. Ahora se piensa que ellos son indispensables a los órganos de secreción interna para la formación de algunas substancias glandulares. Esta sería alguna de las causas de ciertas formas de esterilidad que no se habían explicado de manera completa. Y a ella misma habría que atribuir ciertas formas de trastornos en los cuales no llega a visitarnos la clígonia, que ya había anunciado su llegada, siempre que otras enfermedades expliquen la naturaleza del proceso.

¿Se comprende ahora cómo es absolutamente necesario enseñar desde la niñez el aprovechamiento de una alimentación completa y suficiente?

Por lo que se tiene estudiado de las vitaminas y de los demás elementos que el organismo necesita para subsistir, se desprende que el mecanismo por el cual el cuerpo se nutre es muy complicado, que cada una de las substancias representa un papel relativamente importante. Y que para estar a cubierto de los procesos de carencia, es indispensable ingerir no solamente la cantidad necesaria, sino también las diversas formas de alimentos animales, vegetales y minerales que aseguren la presencia de todas las substancias vitamínicas.

CONSULTORIO DE SALUD Y BELLEZA

A cargo de la Dra.
María Julia de Lara,
Médico Cirujano.

3.598.—**TEACHER, La Habana.**—Desde luego que las fajas, cuando son muy cortas y demasiado ajustadas, predisponen y acentúan una depresión en las caderas que facilita un depósito inferior de masas adiposas. Haga los ejercicios indicados en el artículo de "Salud y Belleza" titulado *El desarrollo de las caderas*, de fecha abril veinte y nueve de mil novecientos treinta y cuatro. Es preferible que use una faja algo más larga y no muy ajustada. En cuanto a la fórmula que solicita para los vellos de las piernas, remita franqueo.

3.599.—**SENSITIVA, central Stenari, Prov. de Camagüey.**—Remita franqueo e informes, si su cutis es seco, grasoso o normal, para hacerle la indicación en relación con las pequeñas arrugas que

Salud y Belleza

PEQUEÑOS CONSEJOS

PRIMERO: Para las que tienen poca estatura.—Si se encuentran todavía en el período de crecimiento, recuerden que las vitaminas A y B influyen decisivamente en el crecimiento normal. En el presente artículo se detallan los alimentos que son ricos en estas importantes vitaminas.

SEGUNDO: Para las que tienen retrasado el período puberal.—Recuerden que además de la vida higiénica y los ejercicios, los alimentos ricos en vitaminas B y E contribuyen eficazmente al establecimiento de esta importante función.

TERCERO: Para las que no se consideran felices por carecer de la alegría de los hijos.—Facilite la labor científica de su médico proporcionándole a su organismo las vitaminas A, B y E, que tanto contribuyen al buen funcionamiento de los sistemas que intervienen en la perpetuación de la especie. En el presente artículo se estudian detalladamente.

CUARTO: Para las que padecen de rascuña.—Si ésta es producida por un pequeño parásito, aplique la siguiente pomada:

R/.	Lanolina	75 gramos
	Poltisulfuro de potasio	24 "
	Oxido de zinc	2 "
	Acetate de vaselina	50 "

H. S. A.—Uso externo.

A la mañana siguiente báñese con jabón sulfuroso. Cambie sus ropas y las ropas de cama. Repítase el tratamiento cinco noches seguidas.

se le presentan alrededor de los ojos. Desde ahora puedo informarle que con sus veinte y cinco años son prematuras.

3.600.—**PROZAGA, central Trinidad, Prov. de Santa Clara.**—Si su cabello está tan descolorido, lo mejor que puede hacer es dejarlo un tiempo sin aclarar. Exponga directamente sus cabellos al sol cinco minutos diarios y aplíquese la siguiente preparación una vez al día:

R/.	Agua de quina	50 gramos
	Acetate de almendras	30 "
	Tintura de manzanilla	20 "

H. S. A.—Uso externo.

3.601.—**E. H. DE G. Camagüey.**—No existe todavía procedimiento para obtener la descendencia del sexo preferido. Si eso pudiera suceder, se extinguiría la especie, pues la mayoría, como usted, desea tener mejor un varón. Se debe al anhelo de complacer al esposo y a las

ventajas masculinas en la lucha por la vida.

3.602.—**MARILE, La Habana.**—Su caso necesita reconocimiento.

3.603.—**E. C., Sagua la Grande, Prov. de Santa Clara.**—Puede hacerle las operaciones plásticas que solicita. Remita fotografía de frente y de perfil, sin retocar.

3.604.—**M. B., Banes, Prov. de Oriente.**—¿Por qué no habían de interesarme "sus pequeñas cosas"? Suprima de su alimentación manjares de corde, carne roja, mantequilla y bebidas alcohólicas. Coma frutas en ayunas, plátanos, naranjas, etc., y por lo menos tres vasos de leche como sobresaturación. Después de almuerzo y después de comida tome una cucharadita de la preparación siguiente en un poco de agua:

R/.	Bicarbonato de sodio	40 gramos
-----	----------------------------	-----------



La edad primorosa de la primera infancia nos sonríe en la juventud de Sybil JASON. Léase en el presente trabajo la influencia de las vitaminas en esta dichosa edad de la vida.

Fosfato de sodio	20 "
Sulfato de sodio	100 "
Biarrato, de sodio	100 "

Mézclase. Uso interno. Cucharaditas.

3.605.—**M. DE O., Dos Caminos, San Luis, Oriente.**—Si su albuninuria es tan fuerte que le malogró la descendencia, es preciso hacerle un buen reconocimiento y vigilar sus funciones renales por medio de repetidos análisis de orina.

3.606.—**LA NENA, La Habana.**—Para hacer más nutridas sus cejas aplíquese la siguiente preparación:

R/.	Tintura de romero	5 gramos
	Acetate de ricino	5 "
	Acetate de almendra	5 "
	Acetate de coco	5 "

H. S. A.—Uso externo.

3.607.—**BETTY BOOP, Antilla, Prov. de Oriente.**—Me refirió al procedimiento que usted describe que es el mismo que describe en su carta anterior. Le deseo que salga de su cuidado con toda felicidad.

3.608.—**J. L. Artenisa, Pinar del Río.**—Aunque escribo esta sección expresamente para el sexo femenino, me siento muy honrado cuando los caballeros la leen. El timbre claro y armonioso de la voz es uno de los mayores encantos. Si ya tenía enfermedades es preciso investigar en cuanto a las condiciones de las cuerdas vocales para curar la ronquera que padece.

3.609.—**M. R., Colón, Matanzas.**—Complacida.

3.610.—**M. F., Santiago de Cuba, Prov. de Oriente.**—Cuando se pierde de peso y las fuerzas decaen, es frecuente que al sueño se haga intranquilo y que hasta llegue a padecer de insomnio. En su caso hay que darle preferencia a su estado general.

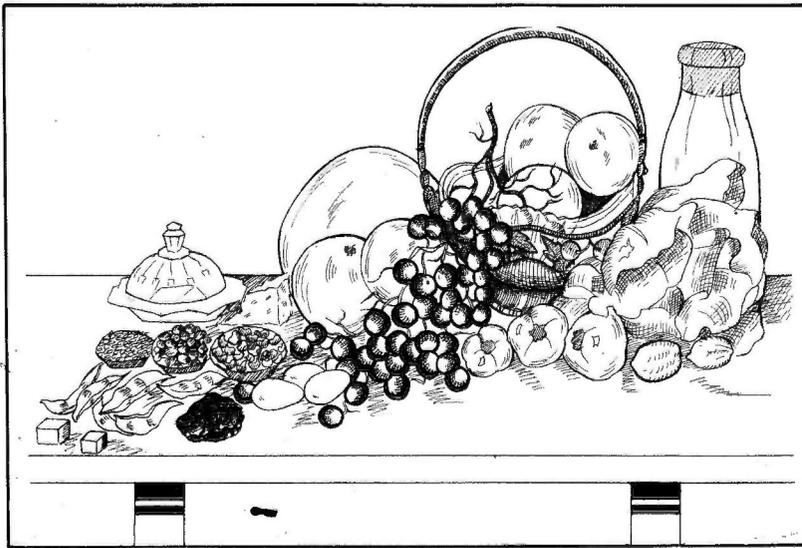
3.611.—**R. R., Cárbarén, Prov. de Santa Clara.**—¿Por qué sufrir por una cosa perfectamente remediable? Si usted se cayó causando lesiones que le producen los trastornos que describe, lo mejor es restituir las condiciones anatómicas. Remita franqueo.

3.612.—**ANTINEA, Ciego de Avila, Prov. de Camagüey.**—Para hacer las indicaciones para esa especie de erupción rojiza que he hallado en la porción más prominente del busto, teniendo usted presente quince años, con la superficie áspera e irritada, necesito verla.

AVISO A LOS LECTORES DE "SALUD Y BELLEZA"

De regreso de nuestro segundo viaje de estudio por Bélgica, Francia y Alemania, en nuestro consultorio de "Salud y Belleza" contestaremos con la mejor voluntad a las preguntas que se nos hagan en relación con nuestra especialidad. Aquellos que deseen por favor, requieran una confesión comprobada, deberán venir acompañados del correspondiente franqueo. En uno y otro caso las cartas deberán ser dirigidas a mi nombre, bien a la sección "Salud y Belleza", remita CARTELES, Infanta y Peñalver, La Habana, Cuba, o bien a mi consulta particular, Colón y 82, esquina a Pabón, Vedado, La Habana.

Dra. M^{te} JULIA DE LARA.



Vinos, leche, tomate, guisantes, mantequilla. Léase en el presente trabajo cómo influyen estos alimentos, por su contenido vitamínico, en el crecimiento, en la conservación del apetito y en el buen funcionamiento de los sistemas que influyen en la perpetuación de la especie.

Una loción fina para la gente fina:



VIOLET SEC
LOCIÓN VIOLETA DISTINGUIDÍSIMA
Creación HUDNUT



APRENDA RADIO Y TELEVISIÓN "EN SU PROPIA CASA"

Gane de \$50 a \$75 por semana

GRATIS RECIBE COMPLETO EQUIPO DE RADIO CON SU ENSEÑANZA

Yo lo preparo en su casa, en sus horas libres, para ocupar un puesto bien remunerado en Radio. Es fácil aprender por medio de mi famoso metodo de Hojas de Tarea. No se requiere experiencia previa. Gane dinero mientras aprende. Servicio de Empleos Gratis. Envíe el Cupón y obtenga mi GRATIS ESTE LIBRO

Envíeme su libro gratis "Oportunidades en Radio" y le preste de como puedo obtener un trabajo Bien Pagado.

Nombre _____
Dirección _____
Ciudad _____ Estado _____

La Opinión Ajena

Esta sección tiende a satisfacer una necesidad: la de recoger el clamor de la calle, dando publicidad a todos aquellos asuntos que por sí indole no pueden ser comentados editorialmente y que, sin embargo, comporten un beneficio o respondan a una finalidad de mejoramiento colectivo. Quejas, protestas, sugerencias de bien público y reclutamientos de las autoridades, los insertaremos en forma sintética. Nada personal será admitido. Rogamos a nuestros lectores que escriban corto y claro. De lo contrario, no prestaremos atención a sus envíos. SE RECHAZAN LAS CARTAS QUE NO TRAJERAN LA FIRMA Y DIRECCION DEL AUTOR, AUNQUE SUPRIMIREMOS LAS MISMAS AL PUBLICARLAS SI ASI LO DESHA EL REMITENTE. LAS COMUNICACIONES ANONIMAS IRAN AL CESTO.

AVISO

En esta sección sólo aparecerán las comunicaciones: que se dirijan exclusivamente a CARTELES. No se reproducirán las que hayan sido enviadas a las autoridades o dadas con anterioridad a la Prensa.

NOTA.—Publicamos esta carta que no llegó a tiempo para incluir en esta sección en el número anterior, por su gran interés informativo, pues en ella el competente director de Montes y Minas menciona las distintas especies de árboles que, con anterioridad al festival del día 10 de abril, se habían plantado en lo que será el Bosque de La Habana.

EL DIRECTOR DE MONTES Y MINAS PARTICULAR

Habana, abril 7 de 1937.
Señor Alfredo T. Quilez,
Director de la revista CARTELES.

Habana.
Muy distinguido señor y amigo: Lei en su interesante revista hace varios días una información gráfica del estado actual de las obras que se ejecutan por este Departamento para dotar a La Habana de un bosque que sirva de recreo y esparcimiento a sus habitantes.

El próximo sábado día 10 del actual, a las 9 de la mañana habrá de celebrarse en dichos terrenos la Fiesta del Arbol, a la cual invito a usted de un modo especial para que, por su presencia, el adelanto de los trabajos y el gran empeño que tenemos para que la obra resulte lo más perfecta que sea posible, y de un valor adecuado a lo que merece esta gran ciudad.

Tenemos ya sembrados rodales de las siguientes especies maderables y frutales:
Mamey de Santo Domingo, pamarrosa, sabicu, anacahuíta, mamey colorado, ocuje, yana, eucaliptos, majagua, cedro, yarúa, vaira, camitillo, yamao, yanilla, macurite curu, cabo de hacha, arbo, melaleuca, flamboyant, arbo, vigueta, camitio, yaya, sigarayaya, guaraje, jocuma, yaba, guaimaro, mamoncillo, guará, manajú, mulato, canistel.

De este modo podrá usted apreciar la labor realizada de un año a esta parte, esperando que con el estímulo que nos preste su valiosa revista tendremos entusiasmos para proseguir nuestra obra y rematarla en breve plazo.

Reciba el testimonio de mi mejor y más distinguida consideración,

JOSE ISAAC CORRAL.

Port-au-Prince, 11 de abril de 1937.
Señor Director de CARTELES:
En esta tengo la ventajosa de mandaríe el "comentario mio" sobre la carta que en su revista se publicó en la fecha de 14 de febrero en la sección "La Opinión Aje-

dora". Yo supongo que CARTELES tendrá la "hidalguita" de publicar con la misma "implacabilidad" que lo hizo en su comentario.

En la esperanza que CARTELES mantenga su buena acogida que ha tenido aquí, reciba, mi señor mio, mis sentimientos de alta consideración.

EDMOND CRAIG
(Antiguo cónsul de Haiti).
Ave. Trujillo, 425.

Mi comentario al comentario de CARTELES:

Sin embargo, el redactor de CARTELES es tan ciego que jamás ha podido descubrir que en La Habana misma, donde se edita su revista, uno de sus compatriotas, el señor Pastor Castañeda, forma otra clase de cuadro tan sórdido también, quedándose en la Legación de Haiti como secretario y cónsul general de una colonia tan cubierta de males inveterados y contagiosos.

EDMOND CRAIG.

COMENTARIO.—El comentario que indigna a nuestro comunicante fue el que hicimos a una carta recibida de Bayate, Guantánamo, en la que se exponían las consecuencias del concubinato allí frecuente entre haitianos y cubanas. Ese comentario era el siguiente:

"¿A qué añadir un comentario a esta carta?

Muy amargas son las reflexiones que la suscita. Y si no creyésemos que estas vergüenzas patrias deben exponerse a la luz pública, como el mejor modo de corregirlas, nos absterdíamos de publicarlas por un concepto de pudor. ¡Qué triste es que a los treinta y cuatro años de República pueda desubrirse un cuadro de tamaña sordidez!"

Esta revista no enjuicia los problemas de indole particular que puedan presentarse en ningún país hermano; pero no se abstiene, por ningún motivo que no sea uno de fuerza, de atacar civicamente todas las vergüenzas que en nuestra tierra se presenten. A través de los años de su existencia CARTELES no ha hecho otra cosa que combatir todo lo que signifique una relajación social en Cuba, surja donde surja, y sean quienes fueren los responsables.

Y nos parece que nuestro comunicante evidencia una susceptibilidad exagerada al tomar como ofensas a Haiti y a los haitianos lo que sólo se refería a los trabajadores de ese país en la zona de Guantánamo. Comentarios muchos más amar-

NECESÍTASE: UN HOMBRE



¡ SERÁN RECHAZADOS LOS BARBUDOS!

NINGUNA mujer le gustan los hombres barbudos, ni los que no se afeitan bien. Por lo tanto, si Ud. desea una afeitada suave, limpia—la última palabra en confort—use la Crema de Afeitar Mennen. Hay dos clases: La Simple—y para extraordinaria frescura, la Mentolizada. La Crema Mennen le proporciona más afeitadas por menos dinero, y una espuma más untuosa, aun con agua fría.

Después de afeitarse, aplíquese la Loción Facial Mennen, y el Talco Mennen para Hombres.

CREMAS DE AFEITAR MENNEN



Los mejores Salones de Belleza usan el Esmalte Crema de Aceite "BLUE BIRD"

15 días de duración. No destruye ni mancha la uña. Contiene Vitamina "F". El preferido de toda dama elegante. Usado por expertas manicures. En siete modernos colores.

1 TERRA-COTA. 2 SUN-ROSE. 3 CARIACA. 4 MANOJANY. 5 LONDON-TAN. 6 SUN-TAN. 7 CREME-LIGHT.

BLUE BIRD, Inc. Perfumers
130 WATER STREET, NEW YORK
Agente: MAISON EUGENIA, Amstard, 59 De venta en Perfumeras, Peñuqueras y Farmacias.

Gran Venta 49 Aniversario.

Novedades de Playa

Coincidiendo con la apertura de la Gran Venta 49 Aniversario, EL ENCANTO presenta en todos los departamentos las novedades más representativas de la moda de verano. En la presente plana aludimos gráficamente a las novedades de playa, en cuyas colecciones hemos reunido los modelos más lindos lanzados para 1937.

1--Juego de piqué estampado, muy en boga, compuesto de shorts, bandana y capa larga

12.50

3--Modelo "Gantner", de dos piezas: traje de una sola pieza, con ajustador interior, y saya separada. Colores: amarillo blanco, turquesa

12.50

2--Modelo "Gantner", en fino tejido afelpado, con sostenedor interior. Colores: royal, melón, rojo, blanco y amarillo

10.50

4--Maletín personal de baño, en goma y crash a óvalos prusia y carmelita **1.25**



TERCER PISO.

El Encanto

GENTE & CÉLEBRE

LUIS VAN BEETHOVEN

BEETHOVEN nació en Bonn, Prusia, Alemania, el 17 de diciembre de 1770. A los cinco años comenzó a enseñarle música su padre, tenor de capilla en Coenonia. Al principio el niño se mostró reacio al aprendizaje, pero después se aficionó al clavicordio, donde buscaba consuelo precocemente a los sufrimientos domésticos, pues su padre era brutal. Recibió clases de los organistas de la corte, Van der Eden y Noefe. A los 12 años asombraba venciendo las dificultades de las obras de Bach y de Haendel. Comenzó a componer antes de aprender armonía. A los 20 años llegó a Viena con una recomendación para Mozart, que



predijo su genio. Recibió clases de Haydn y Albrechtsberger, aunque los métodos de éste eran incompatibles con el ardiente temperamento musical de Beethoven, que estudió también literatura clásica y moderna y filosofía del arte.

El joven compositor fué bien recibido en la corte, que lo pensiónó. Viena lo consagró como el mejor pianista conocido. En su producción de esa época se advierte ya el aire genial, pero está influenciada aun por Mozart y otros grandes de la música.

A comienzos del siglo XIX se acentuó como incurable la sordera que se le iniciara años antes, y debido a la guerra entre Francia y Alemania perdió la penión, por lo que se tornó taciturno y huyó de la sociedad. Paseando por los alrededores de Viena concebía el plan de sus grandes obras de esta época, donde ya vuelva libre su genio, que creó escuela. Vivía de los conciertos que ofrecía en Viena, y en los que tomaba parte personalmente. Fué otra vez pensionado, trasladando su residencia a Baden.

El tercer periodo de su vida artística lo abre el concierto donde presentó la *Novena Sinfonía* con coros (año de 1824), que despertó inmenso entusiasmo. Se caracteriza este periodo por los aspectos místicos en su obra, que resultó en muchos casos ininteligible. Se dice que ciego, de verse eclipsado por Rossini, no quiso recibir a éste cuando fué a su casa a testimoniarle su admiración. Sufrió más que nunca por su sordera y disgustos familiares, y día a día se hizo más taciturno y hurano. Falleció en Viena de una enfermedad del pecho el 26 de marzo de 1827, dejando a la posteridad

obras musicales de impecadero valor y audacia de técnica, que lo sitúan entre los más grandes compositores de todas las épocas.

SIMÓN BOLÍVAR

SIMÓN BOLÍVAR nació en Caracas, Venezuela, en 1783. Se educó brillantemente en España, recorriendo luego en viajes de estudio la mayor parte de Europa y los Estados Unidos. Regresó a su país después de haber entrado en contacto con los hechos y hombres de la Revolución francesa y la epopeya napoleónica, ingresando en las filas del general Miranda a luchar por la independencia. Se distinguió en seguida como militar de grandes arrestos y hombre de carácter, ascendiendo a coronel en 1812. Tras ganar 15 batallas, entró en Caracas en 1813, expulsando de Venezuela a los españoles. Se le otorgó entonces la dictadura suprema, con el título de "El Libertador". En 1815, victoriosos los españoles, huyó a Santo Domingo. Poco después, reorganizado el ejército y disponiendo de una escuadra, regresó a su país, siendo nombrado Presidente. Derróto en veinte ocasiones a los españoles, brillantemente secundado por un cuerpo de escogidos generales, y reunió en una sola república a Venezuela, Ecuador y Colombia, entrando Perú en la confederación después de la victoria de Boyacá. Ejerció la suprema magistratura conforme a su experiencia y su ideología, sien-



do muy criticado por considerarse por algunos que aspiraba, como Napoleón, a una corona, crítica que él rechazó indignado. Estalló la revolución, rompiéndose la gran Colombia, que él había formado, constituyéndose Perú, Bolivia y Ecuador en naciones independientes. Bolívar resignó su magistratura en 1830, viéndose perseguido y humillado. Falleció ese mismo año a los cuarenta y siete de edad, lleno de escepticismo y amargura.

Simón Bolívar tuvo, como nuestro Martí, la aspiración de hacer de todos los países de la América española una gran confederación. Sus documentos políticos son apreciados como la obra de un genio.

UN MILAGRO...

"ES LA MÁS DELICIOSA SOPA DE TOMATE QUE HE PRABADO!"



UN SECRETO...

"ES SOPA CAMPBELL...PREPARADA CON LOS TOMATES MÁS RICOS... MADURADOS AL SOL..."

Al probar esta sopa Campbell, usted nota el delicioso sabor del tomate fresco, maduro, impregnado de sol. Saboreándola, usted se da cuenta por qué la sopa de tomate Campbell es la gran favorita en todo el mundo... Pero el gusto no es todo! Cada cucharada de esta sopa exquisita tiene abundantes propiedades tónicas. Además, la sopa de tomate Campbell es mucho más substanciosa que las sopas comunes. Así, antes de servir la sopa de tomate Campbell, se le agrega una cantidad igual de agua; o leche si se trata de Crema de Tomate. Por eso cada larita de sopa Campbell significa que usted puede servir *doble* cantidad de sopa.



Campbell's Sopa de Tomate

LAS SOPAS DE MÁS VENTA EN EL MUNDO • 21 CLASES A ELEGIR: ESPÁRRAGOS • HABICHUELAS • CARNE DE RES • BOUILLON • ARJIC • POLLO • ALMEJAS Y VEGETALES • CONSOMÉ • SOPA ESCOCESA • CREMA DE CHAMPIGNÓN • TALLARINES CON POLLO • RABO DE BUEY • GUISANTES • TOMATE • VEGETALES • VEGETALES CON CARNE • Y CINCO CLASES MÁS

(Continuación de la Pág. 4)



El eminente guitarrista y conferenciante Regino SAINZ DE LA MAZA (al centro), que visitó la redacción de CARTELES en compañía del brillante periodista Miguel BAGUER, siendo recibido por nuestro compañero Arturo ALFONSO ROSELLÓ.



Federico DE IBARZABAL, novelista, cuentista, ensayista y poeta, colaborador ilustre de CARTELES, que publicará a fines de mayo el tomo correspondiente a ese mes de la Editorial Trópico, que dirige Emeterio S. Santuvenia: una antología de cuentos cubanos contemporáneos, publicación que ha suscitado gran interés en nuestros círculos literarios.



Clementina SUAREZ, la "más buena, más loca y más lírica poeta de Honduras", según su prologuista, que ha publicado un original volumen de poemas de agresiva modernidad, bajo el título de "Engranaje".

Serafín NUÑEZ, bella y notable poeta, que acaba de obtener un doble éxito de librería y de crítica con la publicación de su libro "Mar Cautivo", colección de poemas de dilatada hondura lírica y de versal originalidad formal.



la celda del preso... Dicen que el hombre se revolvió todo el día, inquieto y desasegado, y al llegar la noche se agarró a las rejas y pidió a los carceleros con voz humilde (de acuerdo su vez, ignorado en él hasta aquel día) "que le volvieran a llevar las rosas". "Me encuentro más tranquilo—dijo—con las flores; y sin darme yo cuenta del porqué, siento extraños deseos de ser bueno!"

Y era, según dice célebre educador, la influencia de la belleza pura en el alma reseca y perversa, que no había sabido comprender las cosas elevadas, sino dar—por el contrario—pábulo a los instintos bajos y groseros.

Por regla general—y aparte naturalmente los espíritus elevados—el campo suele ser el lugar de trabajo y de aburrimiento del que vive en él, y es en cambio de esparcimiento al hombre de ciudad, no como belleza abstracta, sino como lugar de expansión, de frescura y distracción panorámica en un día de excursión o de fiesta...

Claro está que las personas que al pasar unas horas de campo, saben gustar las sensaciones de su tierra, y sentir el llamado de la tierra, conocen bien que en ningún lugar de diversiones ciudadanas han de encontrar tan altas emociones. Pero por desgracia para la Humanidad que va buscando la dicha y no sabe encontrarla, es muy escaso el número de jóvenes que en una tarde campestre, saben poner su corazón al lado del latido de la madre tierra, y más dolorosa la incomprensión todavía del que vive en ella y sobre ella, que no la conoce más que para explotarla y por no saber extraer de la tierra la verdadera felicidad se pasa los años soñando con poder abandonarla para mezclarse en la vorágine de la ciudad...

Es asombroso que hayamos llegado a este punto de la civilización, y la Humanidad vea palpablemente que en los grandes hacimientos no hay aire ni salud; que en las casas de muchos pisos no hay belleza ni comodidad; que con la falta de huerto y jardín queda el hogar convertido en una cárcel de sequedad y aspereza; que jamás podrá ofrecer al espíritu la misma serenidad, ni al hombre preparado el mismo entretenimiento, el proceso de la luz, el avance de las estaciones, el estallar del fruto... como la vaciedad de una península viciosa y un café sin aire ni expansión. Y sin embargo, y con aspecto de negación absurda, vemos cómo las familias se vuelven rudas y poco espirituales en los campos y en cuanto el hijo crece, se sueña con buscar un empleo y que vaya a la ciudad a cambiar el agua fresca y clara del manantial, por la cálida y escasa de las poblaciones; la pureza del aire, por la viciada atmósfera de las habitaciones reducidas; el espectáculo de un panorama espléndido, por las estrechas calles atestadas de gentes que no se conocen o se conocen hasta odiarse; por las oficinas, llenas de humo, de mentiras políticas, de oscuras ambiciones; y en la balanza contraria del panorama de los astros y las nubes del cielo, la mirada turba de los intrigantes, de los egoístas, de los traidores...

Y es porque no se ha enseñado al niño desde pequeño que la tierra es el mayor milagro; que es generosa y pródiga; que si la dedenamos es porque no la conocemos, y si no la conociera más que en su lado utilitario, lo que hemos puesto en ella por nuestra conve-



Presidencia del almuerzo homenaje ofrecido al doctor AZOMA en los salones de la cervecería "La Tropical".

niencia — maquinismo, industria, aperos de labranza—nos tapa como una férrea compuerta el río de generosidad que la tierra nos ofrece, quedando toda la verdadera belleza, oculta e inadvertida en el fondo de nuestro egoísmo...

Recordaré siempre una tarde ante el salto del Laja, en Chile. Caen desde una gran altura la masa extensa en cientos de metros del agua, que rebota y salta a alturas gigantescas que se irisan en mil colores a los rayos del sol, y desde la elevada meseta se desploma como una compacta tela sin medida, sobre el abismo que recibe las aguas, llenándose, rebozándose, gritando y rugiendo allá abajo sobre las piedras negras, en vertiginosa carrera dislocada, en la búsqueda lejana del mar... Recordaré bien, como, al ver una catarata de tal magnitud, me puse de rodillas sobre la hierba del campo, en adoración a Dios, a la Naturaleza, a quien pudo volcar sobre la planicie, mar de agua dulce que venía quien sabe de qué nacientes fantásticos, para derramarse luego en turbulencias de terremoto, recogiendo los siete colores del "arco", y devolviéndolos en chisporroteo de espumas fosforescentes sobre la gramilla florecida, sobre el abismo insondable, sobre el paisaje luminoso...

Absorta, estremecida, subía mi espíritu también como una llama al sol... cuando de pronto escuché a mis espaldas unas risas. Eran los campesinos que nos habían conducido hasta allí, que se burlaban de mi admiración... "¡se puso de rodillas!", bromeban; y luego muy enfáticos: "¡Nosotros no le damos importancia a esto!"

Y era verdad. Pude observar cómo habían fabricado sus chozas de espaldas al paisaje, en recodos sin belleza, como quiénes en realidad "no le daban importancia a aquello"...

Y sin embargo, nosotros sabemos que si ellos le hubiesen dado esa importancia, hubieran podido ser más felices, porque si en medio de la pobreza o los trabajos, sentimos las emociones que la vida nos ofrece, seremos menos desventurados, y si ponemos ideales, ilusión, belleza en la labor, ésta se hace menos pesada y no toma el trabajo las formas pesadas de condena...

Nosotros no nos cambiaríamos por esos seres a quienes no detiene el brote de una planta o el temblor de los astros, y entre pesares e inquietudes, nos consideramos felices porque sabemos comprender; porque atenúan nuestros dolores propios, poniendo el oído sobre el corazón de la tierra y extrayéndole su música, sus llamadas, su serenidad...

Sobre el libro de Maeterlinck con sus observaciones sobre la vida de las hormigas he visto yo suspensas las cabezas doradas y morenas de mis hijos, mezclando en las observaciones la necesidad utilitaria de suprimirlas pará el adelantamiento del huerto, con la justicia de admirarlas y aun de imitarlas en sus vidas tan llenas de enseñanzas...

Hace poco tiempo hice yo una excursión a la cordillera de los Andes por cierto lugar de bellezas inexploradas. Me aconsejaron que desistiese del viaje, por creerse que por allí estaba refugiado un célebre bandido escapado de la cárcel, pero la jira se realizó, sin embargo, sin encontrar ni rastro de bandidos. De pronto comencé a llover y apretando el paso a los caballos nos refugiáramos en una casita que se alzaba entre arboleda y peñascales al pie de la cordillera. (Continúa en la Pág. 57)

NOTAS GRAFICAS



El profesor Néstor BERMÚDEZ, cónsul general de la República de Honduras en La Habana, cuyo último libro, "Facetas", ha sido recibido con elogios culturosos por la crítica del continente.



La eminente arpista Margarita MONTERO, que ofrecerá un interesante recital en el teatro La Caridad, de Santa Clara, el próximo sábado 24, y otro en la mañana del domingo 25 en el teatro Renacimiento, de Sancti Spiritus. (Foto Grupo).



El coronel Alejandro DEL VALLE, héroe de la guerra de Abisinia, que ha sido designado delegado especial del administrador de la * Aduana.



El comandante Ulises FRANCO, jefe de los ayudantes del Presidente de la República, que acaba de jurecer en esta capital.



Grupo de concurrentes a la fiesta celebrada el pasado domingo por la Sociedad de Empleados de la Nueva Fábrica de Hielo en los jardines de "La Tropical".

Y A USTED, ¿le dan ataques también? No, señor: a mí no me dan ataques.

Niego rotundamente y callo, sin prestarle atención en apariencia para que no continúe haciéndome víctima de su inconciencia verbal, pero en realidad continúo observándolo de soslayo. Observo que prosigue mirándose durante un rato avidamente, en espera de que calme la curiosidad que lo tortura. En tanto, detalla el diseño de mi corbata, aquilata el oro de los yugos de mi camisa y parece contarme los botones del chaleco. Finalmente, seguro de que no me frena de extraer una palabra más, se recoge en el asientos y calla a su vez. Es un epiléptico cuya condición natural de extravertido acucia y subraya la enfermedad, en los días que preceden al acceso... ¡Feliz el que diga así porque a ella sabe a qué atenderse sobre sí mismo, en tanto que yo nado a ciegas en el mar sin riberas de la incompreensión. Parece que nací demasiado pronto, porque si sufrí de una dolencia real para ella no han encontrado un remedio los doctores, y si poseo una facultad más que sentido—que no caeré en la banalidad de dotar de un ordinal—, entonces peor todavía: resulto un sujeto excepcional, el falsán en el gallinero.

Soy un señor como todo el mundo, pero que tengo la desgracia de parecer mejor que el mundo. La afilosa espera de una hora que se impone a mi espíritu desde que abro los ojos por vez primera en la mañana, y que se traduce en deprimentes sensaciones de taquicardia, manos frías, zozobra: efectos de una sola causa, el temor, me abate y me desanima. El tiempo cuyo transcurso siento que me amenaza no sé qué, ignoro quién, porque es el caso que carezco de enemigos al igual que de familiares, que gozo de una posición económica desahogada y que mi salud en general es perfecta. Los representantes de la facultad que viera han pretendido poner coto a mis premoniciones, en sus cuatro quintas partes, con bromuro y valerianato, duchas alternas y fosfatos. La quinta parte restante ha hurgado sabiamente en mi psiquis para deshacer el complejo llegando por eliminación a la inhibición primera y generadora y ha eliminado o pretendido eliminar los relojes de mi vida. Ahora bien: ocurreseme que esto último es tomar el rábano por las hojas... O el efecto por la causa. Aunque no puedo negar que los relojes me atacaron los nervios; todos ellos en mayor o menor grado, pero sobre todo esos grandes, graves, macizos, que se alongan severos en la paz sombría de ciertos gabinetes y cuyas mancebillas—eclavas despóticas, pero justamente regidas—obedecen a un péndulo graciable, a dos vasos con mercurio, o a otras tantas pesas formadas con segmentos de varios metales, y al grávido reclamo de cuyo gongó precede un sonido indefinible, como de desquiciamiento: máquinas precisas, que tajan la masa del tiempo, la fragmentan y nos la meten por los oídos, por las pupilas y la piel misma, que se eriza y vibra. El de mi médico es de éstos y a buen seguro que le hubiera regalado (para sustituirlo, claro está) otro de esos que bajo el más digno empuje ocultan a una alma pueril de majerzuela que se modifica y desde cada sesenta minutos en la gracia intrascendente de un *minuet*, o en un bajo remedo de las campanas de la abadía de

PREMONICION

POR J. R. CHENARD

Westminster, si no fuera porque me siento incapaz de adquirir tales instrumentos de tortura... Ahora estoy sentado ante él, como de costumbre cuando vengo a casa del doctor Rivona, y marca las dos y cinco. Cada vez que su péndulo desciende en virtud de la inercia y vuelve al punto de partida, es decir, dos veces cada segundo, recoge todo el sol que cae en su pequeña esfera y me lo lanza a la cara, como una injuria o cual una burla. Ese mismo sol tangentea el cimborrio de la caseta del mono, instalada en medio del patio, y se adentra en los arbustos para arrancar fulgores a las botellas que enterradas por el gollote delimitan los arriates.

Hace un momento una de las consultas, la de pobres, vació su sobrante en la calle. Es de una a dos y en este breve lapso consultáanse quince o veinte personas. De dos a cuatro y mediante la suma de diez pesos se tiene el derecho a ser atendido y a recibir la prescripción del caso, que puede ser adquirida en no importa qué farmacia. Los que acuden a las consultas gratis, no: éstos han menester, para medicinarse, de ir exclusivamente a una situada cerca, que es la única en La Habana cuyo práctico, dotado sin duda de poderosa facultad intuitiva, es capaz de identificar bajo el enigmático concepto de "Solución 10" a la feliz pareja que componen la magnesia y el benzonaftol, unidos bajo la égida del agua destilada...

Somos cinco los que aguardamos en el recibidor, pieza enorme e inconfortable en la que desemboca el zaguán, que da acceso al patio por dos grandes arcos que rematan vitrales policromos y que se comunica con la sala y el gabinete del doctor: el epiléptico de marras, una señora con su hija, clorótica y desgarrada ésta, sanguinea y empastada por diez arrobos de masa aquella, otra mujer, sencillamente espléndida y que debe venir a diario, pues

siempre la he encontrado aquí, y yo.

La madre y la hija no me llaman la atención. De ambas la orfama es la segunda y no hay necesidad de ser médico para señalar en ella a la doncellita que penetra en la pubertad trabajosamente; el epiléptico, menos, y la dama solitaria tampoco logra apartar mis negros pensamientos, pese a su esplendidez... Ya no respiraré libremente hasta que sean las cinco. Si me es dable entonces hacerlo porque sé, conozco, que si mis premoniciones o corazonadas no hallaron hasta ahora eco inmediato en la realidad es porque no había yo alcanzado el grado de acuidad necesario, por decirlo así, para interpretarlas y localizarlas debidamente en el tiempo, pero que, a partir de hoy...

"¿Se realizan sus temores?", me preguntaron todos los médicos que visité, mientras la sospecha de una sonrisa les ballaba en los ojos y plegaba indiscretamente los labios. Y tuve que responderles que no, escuetamente, porque hubiera sido imposible hacer llegar a su ánimo mi íntima certeza de que los hechos no habían de tardar en producirse. Este momento ha llegado. ¿Qué me reservará el destino?

No visito a este médico porque su ciencia me inspire fe alguna. Pero posee vitalidad tanta, lo rodea un aura de optimismo tal que con gusto diluyo mi personalidad en la suya, durante la hora que señala el reloj de mi espanto... Hemos llegado a un acuerdo y, el día que vengo a su consulta, me interroga con una palabra, a veces con un gesto, apenas me ve. Yo le respondo con una cifra, la de la hora, y él busca la manera de estar libre minutos antes de ella para que la emplee y termine en su compañía: hablando, charlando sin tasa, a propósito de todo y de nada, pues los temas que él domina no me interesan y viceversa; mas poco importa: lo que yo le demandó es

esa sensación de seguridad que me imparten su presencia, sus amplias carcajadas, sus movimientos seguros y elásticos, ese modo suyo de trañar de tú al destino. Lo mismo iría a su encuentro si en vez de médico fuera boxeador, *pitcher* de *baseball* o arquitecto. El se da cuenta de ello y jamás hace mención de un producto medicinal de las excelencias de un régimen.

Hoy a la una, cuando abrió su mampara para dar por terminadas las consultas gratis y empezar las otras, enarco las cejas para interrogarme. Contesté levantando cuantos dedos. Asintió porque e hizo penetrar en el despacho al primer consultante. Ya estábamos todos excepto la dama espléndida, que llegó después. Y desde entonces permanece en consulta el mismo enfermo...

La carcoma de la inquietud me roe el corazón desde que me zozobra la turbia duda de que Rivona no se halle libre a mi hora cuando se abre la mampara y sale un hombre alto, maduro, de mirada huidiza y manos temblorosas que dejan caer dos veces el brazo antes de atinar a ponerse el sombrero. Lo sucede a la pareja femenina, que el doctor espera junto al batiente para saludarla, esbozar seguidamente con la diestra un gesto, el mismo que utilizamos para dar palmaditas en la cabeza a un perro, destinado a tranquilizarla y juzgar a hurtadillas un guiño que ella me llama espléndida, para la que acaba de salir el sol y, en prueba de ello, nos enseña al epiléptico y a mí las treinta y dos perlas que reposan sobre el rojo terciopelo de su estuche bucal. Acto seguido cambia el carácter del gesto que compone su maquiillaje atigado por el calor con cuatro movimientos definitivos de sus blanquistas manzanas zarpas, teñidas de rojo en las puntas como si conservara fresca aún en ellas la sangre de la última presa que desgarraron y oblitando a su alrededor cual si se viera por primera vez: los grabados en acero, grandes y pequeños—el Coliseo, la Via Apia, las Termas de Caracalla—, la inevitable copia en colores de "Lección de Anatomía", los sillones... Hundiéndome en la mirada entre las sombras de la sala cerrada, en vez que los enfundados muebles parecen jugar a los fantasmas, y hasta grafítica con una larga pjeada al pequeño simio, que, allá en su jaula del patio, realiza por enésima vez su acrobacia preferida. Por último atinca la cabeza y abate mansamente los magníficos ojos verdes sobre su falda negra.

¡Las tres y doce! Habrá olvidado este hombre...? Ya se marchan la joven anémica y su obsesa mamá y mi curioso vecino de sillón corre, haciendo gala de todos sus tics al consultorio. Cinco minutos de discurrir y la puerta torna a abrirse para dejarlo escapar. Me toca a mí, pero no es mi hora. La dama espléndida, al observar que no me levanto, me mira y después mira la entreabierta hoja del gabinete. Rivona zanja la cuestión apareciendo para decir:

—Entra tú, María, porque la consulta del señor es larga y debe quedarse conmigo hasta las cinco.

No parece alegrarla la preferencia a la inversa, se levanta molinosa y traspone la blanca puerta, que se cierra tras ella.

Quedo solo, y aunque la bola ígnea del sol sigue viajando por un cielo sin nubes, la tarde me parece luctuosa. Los pregones caen

(Continúa en la Pág. 70)



Publicado en la ciudad de La Habana por la Editorial Charles R. A., Ave. Menéndez y Pefelí—
Avenida 189—Calle J. Martí—Teléfono 300. Dirección, U-3000. Administración, U-2712;
Redacción, U-2621. Anuncios, U-3000. Suscripciones, U-3000. Distribución, U-3000.
John W. Powers, Inc., 220 Broadway, N. Y., N. Y. U.S.A. Blanes Pinar, Buenos Aires, 21: Rue de
Berry, París, Francia, 105. Havana, Cuba, U.S.A. U-3000. U.S.A. U-3000. U.S.A. U-3000.
No. 1013. En el extranjero, \$0.15.—Precio de suscripción: por Cuba, un año, \$5.00; año
menor, \$2.75. Para el extranjero: Países adscritos al Convenio Postal, un año, \$6.00; año menor,
\$3.25.

ALFREDO T. QUÍLEZ

Director



\$1.25; países no comprendidos en el Convenio Postal, un año \$7.00; año menor, \$4.00.—Acogido a la franquicia postal y registrado como correspondencia de segunda clase en las Oficinas de Correos de la Habana.—Seguiente como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de Guatemala. El valor de 1935, bajo N° 102—30 se devolvieron originales sin haber correspondencia sobre material no publicado por Resolución número 465 de fecha 22 de mayo de 1935, del señor secretario de Gobernación.

Casas para obreros y empleados

CON FRECUENCIA se ha debatido entre nosotros el problema de edificar "casas para obreros". Con cierta periodicidad se agita el tema, surgen comentarios en la zona oficial, se anuncian o recomiendan iniciativas de toda índole y por lo común se desvia el asunto hacia lo verboso y declamatorio, sin que se arribe a nada práctico. Y no se arribe en eso, ni en nada, a soluciones categóricas y efectivas, en primer lugar, porque no se estudia el problema en sus distintos aspectos y porque resulta más cómodo repetir lo ya dicho, que analizar con detenimiento la realidad. Ocurre con las casas para obreros lo que con el reparto de tierras. Casi todos los políticos que aspiran a congraciarse con el electorado rural hablan del pequeño terrateniente, de la necesidad de refacción del pequeño propietario, de la necesidad de campesinaje en el campo, de la necesidad de distribuir la tierra, de la latifundismo controla. Pero todo eso no pasa de ser un mero formulismo verbal, un giro retórico, un tema de discurso demagógico que para la multitud aplauda y varios vociferadores a sueldo griten: "¡Bravo!". Lo cierto es que en lo de construir casas para obreros, como en lo de repartir la tierra, hay que hacer algo más que surcar en balsas de optimismo elocuente los mares de la utopía.

Los proyectos de casas para obreros son de un simplismo y de una elementalidad inefables. Por lo común se reducen a seleccionar un sitio en las más remotas zonas extraurbanas, a una hora de la capital, por el más rápido medio de transporte, para allí edificar veinte o treinta casitas de tipo minúsculo, a un precio módico, que serán ocupadas por los obreros y que éstos adquirirán a plazos cómodos o por virtud de un sorteo, si la munificencia oficial así lo determina. Con lo cual, después de una inversión de varios miles de pesos, el Estado o el Municipio dan alojamiento a veinte o treinta familias en locales pequeños, poco confortables, sin patios ni lugares de esparcimiento y a una distancia de los centros urbanos de labor que prácticamente obliga al favorecido a almorzar fuera de su casa, lo que ya constituye un gasto exorbitante, y por consiguiente un perjuicio.

Pero además, y esto es necesario que se subraye, para que mediante el lector y mediante la opinión pública, no sólo el problema del obrero, propiamente dicho, el que hay que resolver, sino el de todos aquellos que trabajan por un salario reducido y que carecen actualmente de vivienda barata y cómoda. Las casas de vecindad, las casaduelas, los "solares", como se les denomina comúnmente, no son menos confortables e higiénicos que esas casas de inquilinato tan numerosas en La Habana, en las que se hacían familias completas, a las que un resto de pudor les impide recalar en las primeras. Unas y otras hacen de la promiscuidad un culto, la aireación no existe, y como la forma de vida excluye todo disfrute amable de las ventajas típicas del hogar, el espíritu de esas familias se conforma dentro de un molde miserable, se condiciona a una idea de lo sórdido, de lo mezquino, con lo que se influye, por lo tanto, en la moral de toda una raza, degenerándola mental y espiritualmente, de igual modo que por la insalubridad de esos recintos se degenera en el orden físico.

El problema de la vivienda barata hay que resolverlo no sólo con vistas al obrero que, en no pocas ocasiones, tiene ingresos más generosos que los del simple empleado de empresas públicas o privadas, sino, también, con vistas a la enorme población burocrática (servidor del Municipio, de la Provincia o del Estado) y al oficinista particular, que prefiere percibir unos cuantos pesos menos de haber en una empresa comercial o industrial que no verse expuesto cada año a las mutaciones políticas que se producen en nuestra amada democracia, que convierte la administración del país en un maratón para la caza de toda variedad de puestos.

La vivienda barata debe crearse, pero no destinada exclusivamente al obrero manual, sino a todos aquellos que rindan una labor y presten un servicio, no recibiendo en pago un salario o una retribución que les permita pagar rentas elevadas.

El promedio de sueldo de los empleados del Estado es irrisorio. Hay servidores encanecidos en la Administración que han logrado, por un prodigio de equilibrio, rebasar los reajustes y las "deapuraciones" en que ha sido tan pródiga la vida pública cubana, y que al haber sido ingresado en la carrera burocrática con un haber mensual de 75 u 80 pesos, a los treinta años de labor ganan 45. Cualquiera operario de fábrica, cualquier jornalero percibe un salario superior a esa suma. El empleado de aquel tipo arrastra su miseria oprobiosa con una suerte de simulación que la hace más amarga, porque debe mantener la apariencia decorosa de servidor del Estado usando cuello y corbata en vez del overall o la blusa. La familia que este hombre encabeza tampoco puede habitar un cuarto en un "solar", porque la llamada clase media tiene sus exigencias y sus tradiciones. Y el diáma es la casa de huéspedes o el "reparto" suburbano, que expulsa de la capital a sus moradores, confinándolos a un alojamiento miserable.

La idea de edificar casas pequeñas en los nuevos "repartos", que ensanchan cada día más nuestro radio urbano, pero que se tornan inaccesibles, porque los medios de comunicación son cada vez más difíciles y las vías se congestionan a medida que se multiplican los viajeros, no resuelve nada ni atiende a perfeccionar y mejorar nuestra raza, que en un clima como el nuestro necesita de locales espaciosos, ventilados, claros, donde el niño se desenvuelva libremente, y donde esté en contacto directo con el sol y con el árbol, los dos elementos

esenciales para su desarrollo y firmeza.

Empleados y obreros necesitan viviendas en lugares céntricos, es decir, inmediatos a la oficina y a la fábrica donde prestan habitualmente sus servicios, no sólo para facilitar el que almuercen en sus hogares, manteniendo la cohesión familiar, sino también para eludir el factor deprimente de la falta de tiempo, que gravita sobre aquellos que están obligados a almorzar de prisa, en un espacio de minutos, porque la hora y media que se les concede la invierten en recorrer el largo y oneroso trayecto, con lo que se les deprime el sistema nervioso y la nutrición es deficiente.

Pero, además, la idea no es construir casitas minúsculas sobre cuevas de terreno fraccionados en quince metros, sino erigir en plena ciudad, en un área amplísima que ocupase, de ser posible, una manzana, un edificio de diez o doce pisos con un patio central, que sirviese de parque, en el que podrían hallar sombra y frescura los inquilinos y con departamentos científicamente diseñados y planeados, de piezas amplias, por donde circulase el aire y penetrase el sol y donde hallasen alojamiento cómodo, confortable y decoroso quinientas o seiscientos familias.

Varios edificios de este tipo, diseminados por la ciudad, reportarían un provecho positivo, resolverían el problema y, sobre todo, demostrarían la eficacia del sistema cooperativo, puesto que no especulando el Estado ni el Municipio con los alquileres, las rentas que fueran fijadas pagarían el inmueble y aun dejarían—separadas las reservas necesarias para su mantenimiento y conservación—sumas aplicables a nuevas edificaciones, ya que es menester construir inicialmente veinte o treinta casas de ese tipo para que reporten una solución al problema.

Si el Estado acometiese esta tarea, puede predecirse que la iniciativa privada le seguiría los pasos, porque ninguna inversión es más sólida, más estable y más segura que la que se aplique a proporcionar vivienda confortable y cómoda a la clase media.

Estas edificaciones tendrían todas las ventajas de su localización en lugares céntricos de la urbe y las de proporcionar a sus moradores los elementos de salubridad que por lo común y con un criterio falso las clases pobres van a buscar en los repartos suburbanos. Un patio central con arbolado y yerba dentro de una manzana edificada supe ventajosamente a un parque público, y en las azoteas podrían establecerse solares, canchas de *hand-ball*, etc. En las azoteas de los edificios de departamentos de New York y otras ciudades populosas, que facilitan al inquilino todas las ventajas y todos los beneficios que pueden encontrarse en común en las ciudades y en el campo.

La idea de fabricar casitas pequeñas en las barriadas cuya urbanización comienza ahora para después ser rifadas entre los obreros que las ocupen y que renten por ellas es impugnable, en primer término, porque toda intervención del azar en el mejoramiento de la vida ciudadana es contraria a la moral pública, y después porque la propiedad definitiva de un inmueble no puede ser dividida, en vez de favorecer, la finalidad que se persigue. Cuando el Estado pierda la tutela de la propiedad y ésta pase a ser patrimonio del obrero favorecido, ¿quién se ocupará de repararla, de conservarla y de hacer que no sufra un deterioro progresivo? Pero, además, si el obrero, por una razón o por otra, cambia sus medios de fortuna, y se convierte en un burgués próspero, esa vivienda, que es de su propiedad, ¿es justo que permanezca en sus manos en vez de aliviar la penuria de otro proletario sin casa?

El Estado debe permanecer ejerciendo su control sobre estas casas de departamentos, a fin de que no sufran deterioro y a fin de que su administración y manejo garantice la conservación de las mismas. Puede fijarse una renta positivamente económica, que permita al empleado u obrero satisfacerla sin sacrificio y que vaya a integrar un fondo de ingresos esenciales para que este plan de edificaciones no se malogre. Seis, siete u ocho pesos de alquiler mensual representaría una renta por año de algunos miles de pesos con los que el Estado podría no sólo mejorar las viviendas, sino también fabricar otras.

No es posible en un trabajo de generalizaciones y sugerencias, entrar en el detalle de esta fórmula para resolver la vivienda del pobre, cuya adopción juzgamos que significaría un positivo paso de avance en el mejoramiento del *standard* de vida de las clases trabajadoras.

Acaso se arguya que en La Habana el metro de terreno tiene triple valor que en las barriadas. Pero la idea de erigir un edificio de ocho pisos en cada uno de los cuales se construyan ochenta viviendas compensa en aprovechamiento de altura lo que en las barriadas extraurbanas habría que invertir en edificar cuatrocientas casitas de tipo minúsculo, en un área territorial infinitamente más extensa.

El tema es ambicioso y permite insistir sobre sus ventajas y sus proyecciones. Pero es necesario, con tiempo, lanzar la oportuna advertencia a fin de que no se incurra en el denso error de considerar que sólo el obrero necesita vivienda, y que la vivienda que necesita es ese tipo de casa de tres piezas, con habitaciones en las que no puede instalarse desahogadamente una cama. Hay que hacer viviendas amplias, cómodas, aireadas, y céntricas con tanta módica y sin las desventajas de un refinamiento rural que proscriba a la familia del pobre de todo contacto con los atractivos de la urbe.

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LOS

TIMOTHY Drake, que era periodista desde hacía dos semanas, dirigióse hacia el extremo de la calle de los Alamos, llevando en el bolsillo un cuaderno de papel completamente nuevo y en el pecho una viva ambición. Después de haber estado escribiendo durante una semana las notas necrológicas de oscuros ciudadanos, había sido encargado por primera vez de una misión de confianza.

Su meta era el número 3 de la calle de los Alamos, donde debía entrevistar al doctor Carling, un conocido filatlista. En el curso de un proceso, se había encontrado un sobre con un sello raro, que había dado lugar a un vivo debate acerca de su valor.

—Vaya a ver a Carling—le ordenó el jefe de información del *Boletín*.—Todos los coleccionistas de sellos de la ciudad están en desacuerdo. Unos dicen que el sello no vale un centavo y otros que vale millones de dólares. Fídale su opinión a Carling. Vaya ahora mismo.

En consecuencia, Timothy Drake había partido. El número 3 de la calle de los Alamos hallábase casi en las afueras de la ciudad, en las cercanías de unos pantanos. Era una casa de ladrillos rojos, de humilde apariencia, a la cual separaba de la calle un jardínillo descuidado. Timothy Drake subió la escalinata y golpeó la puerta: no había timbre.

Pasaron cinco minutos sin que obtuviera respuesta; pero el jo-

He aquí una nueva novela policiaca de Leslie McFarlane, autor de "El Número 9", publicada recientemente en CARTELES. Como en aquella, nuestros lectores encontrarán en esta la novedad, la emoción y la veracidad en cuanto a los personajes, de este autor algo peculiar dentro de este género novelesco tan gustado.

POR LESLIE MCFARLANE

versión de A. Núñez-Olano

ven periodista se hallaba seguro de que la casa estaba habitada, porque una de las ventanas del primer piso estaba abierta. Y como después del largo trayecto que había recorrido, no quería regresar con las manos vacías, le dió la vuelta a la casa.

En la parte de atrás, frente a una puerta, vio tres botellas de leche. Se rasó una oreja y empujó la puerta, la cual, silenciosamente, giró sobre sus goznes. Se halló en la cocina y lanzó una mirada en torno suyo. Su rostro se alargó y sus ojos se abrieron desmesuradamente. La mesa hallábase volcada en medio de un montón de fragmentos de loza y porcelana. Sobre el fogón veíase una cafetera destapada. La pieza parecía haber sido objeto de un verdadero saqueo, y en las paredes, en el piso y en la propia mesa volcada, veíanse grandes manchas rojizas, manchas de sangre.

Con el corazón al galope, Timothy Drake avanzó. No se necesitaba un don de observación particular para ver que aquella cocina había sido teatro de una

lucha desesperada. Todo se hallaba revuelto: el fogón había quedado en pie, pero un espejito yacía en el suelo, roto en mil pedruzcos, y a una silla que se hallaba colocada en un rincón le faltaba una pata.

Las espantosas manchas le daban náuseas al periodista. Su primer impulso fue huir de allí y llamar a la policía, quien se encontraría; pero logró dominarse. ¡Había que reservar las primicias de la información para su periódico!

Temerosamente, pasó a la pieza inmediata. Era un comedor amueblado sencillamente. La puerta de cristales delaparador estaba rota; pero no se veían más destrozos. Sin embargo, también sobre el piso había manchas. Timothy las siguió y llegó hasta una pieza lateral del frente de la casa.

Aquella pieza se hallaba en un estado indescribible. Las cortinas de las ventanas habían sido arrancadas. Gran número de discos de fonógrafo cubría el suelo, y el aparato mismo aparecía destrozado. Una pesada butaca hallábase patas arriba; un paraván estaba volcado; un gran reloj había sido arrojado de la repisa de la chimenea al suelo; los cuadros hallábanse fuera de su lugar y grandes pedazos de yeso habían caído de las paredes. Y aquí también abundaban las terribles manchas rojas.

El joven periodista se dirigió al vestíbulo, siniestro y sombrío, y examinó la escalera, lleno de espanto. Haciendo un esfuerzo, logró dominar su terror y subió. Llegó al primer piso y lo registró sin encontrar nada sospechoso, hasta que abrió la puerta de una pequeña habitación situada en el extremo del corredor.

Aquella pieza—que, evidentemente, era el despacho del doctor Carling—hallábase tan revuelta como las otras. Los libros habían sido sacados, los cuadros rotos y arrojados aquí y allá. Un tintero derramaba su contenido sobre la mesa escritorio, y la puerta de un armario colocado en la pared hallábase abierta de par en par. El armario estaba vacío, y cuando Drake cerró la puerta maquinalmente, se quedó sorprendido al ver que por la parte de afuera estaba cubierta con un gran cuadro. Según eso, cuando la puerta estaba cerrada, el armario era invisible.

Examinó las otras piezas de la casa. Había dos cuartos dormitorios en perfecto estado; pero al penetrar en el baño, el joven periodista se creyó de nuevo en plena pesadilla. Un olor extraño flotaba en el aire, y tanto en el piso como en la bañera, había manchas de sangre.

Drake había visto bastante. Jadeante de espanto, bajó corriendo la escalera y salió de la casa. El viento hacía ondular las hierbas. Ya en la calle, se volvió y le pareció que las ventanas de la casa le contemplaban con ironía.

La calle estaba desierta, y se preguntaba si soñaba, o estaba despierto. Pero no cabía la menor duda. ¿No existía el testimonio de sus sentidos?

La vista de una tiendecilla le devolvió la razón. Era periodista y formaba parte de la redacción del *Boletín*. En lo que había visto, existían los elementos de una información sensacional. Timothy Drake se precipitó en la tienda, y pidió permiso para telefonar. Ocupado en atender a un cliente, el tendero hizo una señal afirmativa, y el joven pidió la redacción de su periódico. Le dio el jefe de información hasta el soldado.

—Es algo importante—balbuceó Timothy—. ¿No está ahí Jimmy Thomas?

Un minuto después, oía la voz negligente de su colega.

—¿Qué pasa, novato?—
—Requiere, sin quitar los ojos del tendero y su cliente, discutir el precio de unos huecos. Timothy contó su lígubre descubrimiento.

—¿No vio a nadie?—preguntó Jimmy, esta vez en tono serio.
—No busqué mucho tiempo. Venga.

—Voy. ¿Dónde está usted?—
—Timothy le dió la dirección.
—Espéreme ahí. No vuelva a la casa, y sobre todo no le diga nada a nadie. Tendré que enviar la información para nosotros solos.

Timothy esperó frente a la tiendecilla, no sin mirar de cuando en cuando a la casa siniestra. Jimmy Thomas llegó al cabo de diez minutos; pero estos diez minutos parecían un siglo. Timothy al joven periodista. Jimmy venía acompañado de un personaje a quien Timothy Drake veía por primera vez. Era un hombre de unos treinta y ocho a cuarenta años, alto, sólido, elegantemente vestido, que tenía un bigote negro y dos ojos extraordinariamente penetrantes. Su aspecto era de una negligencia que parecía más afectada que real.

—¿Qué hay, novato?—le saludó Jimmy, bruscamente.—¿Dónde está la casa? ¿No ha visto a nadie?

—Ni un gato—aseguró Timothy. Y mientras les conducía hacia el número 3, repitió la historia que le había contado por teléfono a Jimmy. El acompañante de éste permaneció impassible; pero apresuró el paso. Drake, mirándole curiosamente, le dió un codazo a su colega.

—¡Oh! Se me olvidó presentarles—exclamó Jimmy—. Roger Kelvey, Drake. Tiene usted que haber oído hablar de él. Señor Kelvey: le presento al joven Drake.

Roger Kelvey respondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Drake, por su parte, abrió tamaños ojos. Había oído hablar de Roger Kelvey, autor de media docena de obras sobre criminología, y no ignoraba que aquel hombre había aclarado varios misterios que habían desconcertado a la Policía.

—El *Boletín* ha contratado los servicios del señor Kelvey—explicó Jimmy—. Si se ha cometido un crimen, estaremos en el lugar del hecho antes que el inspector Malloy.

Kelvey sonrió burlescoamente: todo el mundo sabía que él y el gordo detective se hallaban enemistados.

Subieron la escalinata de la casa.

—¿Está cerrada con llave la



ÁLAMOS

puerta?—preguntó Kelvey.
—No lo sé—respondió Timothy.— Yo entré por atrás.

Kelvey hizo girar el pomo del picaporte y la puerta se abrió. Penetraron en el vestíbulo: la casa, permeaba, exactamente como la había dejado Timothy. Fueron de pieza en pieza, Kelvey silencioso y atento, Jimmy Thomas lanzando algunos gruñidos inarticulados. Cuando llegaron al cuarto de baño, Kelvey huseó el aire, registró por todas partes y al cabo, encontró detrás de la bañera una botella oscura.

—¡Ácido sulfúrico!
—¿Qué diablos ha ocurrido aquí?—preguntó Jimmy.

—Un asesinato, probablemente. La lucha comenzó abajo, en la habitación del frente. Se diría que alguien se introdujo en la casa, para robar sin duda. El intruso se encontró con el doctor Carling y comenzó una lucha. Carling huyó, entró en la cocina y allí lo alcanzó su contrincante. A juzgar por las apariencias, es de suponer que Carling fue muerto.

—Pero dónde está el cuerpo?
Kelvey señaló la bañera. Los dos periodistas le miraron boquiabiertos.

—El ácido sulfúrico—explicó Kelvey.— Es algo macabro, pero creo que se ha intentado hacer desaparecer el cuerpo. Eso requiere tiempo, pero, evidentemente, la tragedia ocurrió hace tres días, al menos, si creemos a las botellas de leche.

—Entonces, el cuerpo no será encontrado jamás—dijo Jimmy Thomas.

—No digo tanto. No creo que el asesino haya logrado deshacerse de su víctima. Quizás no pudo esperar tanto tiempo. Ciertas huellas indican que un objeto pesado ha sido arrastrado por la escalera hacia arriba y hacia abajo. Los escalones están llenos de polvo y las huellas son perfectamente perceptibles. Vamos a darle un vistazo al sótano.

Bajaron por la escalera.
—La acción del ácido sulfúrico es buena en la teoría; pero difícil en la práctica—hizo notar Kelvey.— Para hablar de asesinato, hace falta el cadáver. Si no hay cuerpo no hay crimen. Pero se necesitan veinticuatro horas para lograr ese resultado, y quizás al químico aficionado le haya parecido largo ese tiempo.

El razonamiento de Kelvey era exacto. En el sótano, bajo un montón de sacos vacíos situado en un oscuro rincón, encontraron el cuerpo de un hombre de cierta edad. Le habían golpeado el cráneo con varios terribles golpes, y su rostro hallábase desfigurado por los golpes a la vez que por la acción del ácido sulfúrico en que todo el cuerpo había sido evidentemente sumergido.

El misterio del cadáver.

Timothy Drake aun no había visto un cadáver y se puso livido. El propio Jimmy Thomas, endurecido ya en aquellas andanzas, retrocedió un paso.

—¿Alguno de ustedes conocía al doctor Carling?—preguntó Kelvey en voz baja.

—Lo vi varias veces—respondió Jimmy.— Es él, ciertamente.

Kelvey hizo una señal afirmativa.

—Hay que avisarle a la Policía. Pero todavía necesitan otros diez minutos. Vengan. No tenemos na-



minó cuidadosamente cada una de las piezas de la casa. Dejó para más tarde el estudio de las huellas digitales, y se dedicó, particularmente, a la mesa escritorio del primer piso. Al llegar al armario disimulado detrás del cuadro, dejó escapar un silbido.

—Lo han saqueado—murmuró.— ¿Y por qué ese cuadro? Para ocultar el armario, evidentemente. Pero ¿y el armario? Para guardar objetos de valor. Pero el armario está vacío.

—Quizás era ahí donde Carling guardaba los sellos de su colección—sugirió Jimmy.

—No. Ya vi los álbumes de sellos en la biblioteca. El asesino no se atrevió a robar los sellos porque no habría podido venderlos sin descubiirse. ¿Hay teléfono en la casa?

—No—dijo Drake.— Lo busqué y no lo encontré.

—Jimmy: le aconsejo que vaya a llamar a su periódico, y si puede encontrar cualquier vecino que pueda dar un informe acerca del doctor Carling, tráigalo con usted. Llame también a la Policía, pues de lo contrario podemos tropezar con dificultades.

Jimmy salió corriendo. Drake,

—No le agrada mucho esta información, verdad?—le preguntó Kelvey.

—Es la primera vez...

—Es un crimen espantoso. Me alegro mucho de que haya usted tenido la suficiente presencia de espíritu para llamar al *Boletín*. Kelvey se pasó un momento por el pequeño despacho y luego, dejando a Timothy sentado cerca de la ventana, volvió al cuarto de baño y bajó.

Nada cambió sus primeras deducciones. La lucha había comenzado en la pieza del frente. La víctima había huido de su asaltante y había sido asesinada en la cocina. El cuerpo había sido arrastrado hasta el primer piso para el terrible experimento del ácido sulfúrico. Luego, el asesino, impaciente y asustado, había renunciado a su intento y llevado el cuerpo al sótano, para ocultarlo. Era un crimen brutal e imhábil.

—Y sin embargo—pensó Kelvey—, todavía no puedo decir que sea la obra de un inexperto.

Quince minutos más tarde, Jimmy Thomas se hallaba de regreso, acompañado del tendero que,

a punto de desmayarse cuando vio el cadáver.

—Es el doctor Carling, sin duda—murmuró—. Los mismos cabellos grises, la misma estatura... Es él; yo lo conocía bien.

—Pero está completamente desfigurado—le hizo notar Kelvey.

—Le reconozco de todos modos. ¿No tiene una sortija en uno de los dedos? Me fijé en ella muchas veces. Es un sortijón que tiene sus iniciales.

Kelvey se arrodilló junto al cadáver, le quitó una sortija de uno de los dedos y se la tendió al hombre.

—¡Esa es!—exclamó el tendero.— ¡Es la misma sortija!

Kelvey volvió a ponerle la sortija al muerto, después de examinar el dedo. Observó que el ácido no había llegado a la mano y que la piel del dedo era lisa y perfecta.

—Le agradezco que haya atraído mi atención hacia esa sortija—dijo.

Y, levantándose, prosiguió:

—¿Qué sabe usted del doctor Carling?

—Vivia aquí desde hacía tres años. Era un anciano respetable, pero un tanto original. Coleccio-

UN ESCULTOR LOCO FUÉ EL ASESINO DE LA BELLA MODELO

por Amador Mendoza



Robert IRWIN, el escultor a quien busca la Policía suponiéndole autor del triple asesinato de Verónica Gedeon, su madre y su huésped.



Una de las "poses" de Verónica para ilustrar un cuento de una revista de lectivaca. (Fotos Internacional).

NUEVA YORK, abril.—El misterio del triple asesinato en que perdieran la vida la bella modelo Verónica Gedeon, su madre, de nacionalidad húngara, María, y el inquilino inglés de una habitación de su coquetón apartment del East Side ha sido, al cabo, resuelto por la Policía neoyorquina, y ha tenido, también, una explicación. De esa explicación resulta que no fué, como se creía, la belleza de la gentil muchacha la que armó la mano del terrible asesino—que en resumidas cuentas no pasa de ser un infeliz enfermo mental—, sino el amor no logrado de su hermana, esa apacible Mrs. Kudner que se creía ajena por completo a toda la tragedia, y que en definitiva ha venido a resultar la chispa que encendió la llama de la locura homicida del criminal.

Un caso de paranoia y demencia precoz.

El asesino—que todavía no ha podido ser cazado por la Policía, si bien se sabe que viaja hacia el Pacífico utilizando en su aterrada e inútil fuga, modernos y primitivos métodos de locomoción—es un escultor a todas luces loco, que estuvo durante varios años internado en un manicomio, víctima de un avanzado proceso de locura, que los alienistas que lo atendieron catalogaron entre paranoia y demencia precoz. El criminal se llama Robert Irwin, tiene 29 años, y es un muchacho de interesantes prendas físicas, con una fuerza tremenda que lo llevaba a vencer a sus compañeros de encierro, en todas las ocasiones en que éstos pretendieron defenderse de sus agresiones.

Con cuatro años de retraso, el departamento de psiquiatría del famoso Hospital Bellevue de Nueva York, ha publicado el anuncio de que Robert Irwin es un individuo peligroso, que cada treinta días siente impulsos irresistibles de estrangular a sus semejantes. Últimamente que el aviso no lo hubiera recibido la señora Gedeon antes de abrir la puerta de su casa al antiguo huésped, de quien desconocía tan peligrosa condición!

El criminal se suicidará antes que dejarse coger.

Los afamados alienistas del Bellevue han advertido a las autoridades que deben proceder con to-



Tres cabezas de Verónica GEDEON, bella víctima del escultor loco.

Sin piedad para con su belleza juvenil, el escultor loco, dio muerte a la Verónica moderna, ensandándose con su cadáver...

da cautela cuando vayan a realizar la detención de Irwin, si es que el acorralado escultor no decide quitarse la vida antes de caer en manos de sus perseguidores. Cuando se le quiera detener—han manifestado—tratará de matar, incluso con las manos, a los que pretendan cogerlo, y se suicidará antes de entregarse, como recurso supremo.

Los doctores han manifestado que el caso de Irwin ha sido uno de los más interesantes—con vistas a su labor científica—que se han presentado en el hospital, ya que se trataba de un individuo en cuya enfermedad no se manifestaban los síntomas en la forma co-

rriente, determinada por la experiencia.

—Tenía la manía de estrangular a los demás—han dicho—, y en distintas ocasiones intentó matar de ese modo a varios de sus compañeros de encierro, ya se trataba de hombres o mujeres. Y en cada ocasión hubo que utilizar a cinco enfermeros para reducirlo a la impotencia.

Pero cuando le pasaban esos estados periódicos de locura, se convertía en un individuo suave y suplicante, de quien nadie hubletra creído que tratara nunca de matar una mosca.

Acaso en esa forma patética de resignación y de suplica, se dirigió Robert Irwin al departamento de los Gedeon, en la trágica noche del Sábado de Gloria, y obtuvo de la señora de la casa el buen recibimiento a que su claudicante proceder anterior no le daba derecho.

Porque los Gedeon, si bien no tenían motivo para pensar que el escultor pudiera llegar a convertirse en un momento dado en un implacable asesino, si sabían de él lo suficiente para llegar a la conclusión de que se trataba de un desequilibrado peligroso, con el cual todas las precauciones resultaban pocas.

(Continúa en la Pág. 58)



INTERNACIONAL

ACTUALIDAD



EL JUICIO DE TROTSKY EN MEXICO.—El comité liberal norteamericano reunido en México para oír los descargos de Trotsky, acusado de traición por los jueces de Moscú. De izquierda a derecha: Carleton BEALS, Benjamin STOLBER, John DEWEY, Suzanne LA FOLLETTE y Otto RUEHLE. Los cinco miembros del comité son personalidades prominentes en el mundo de la ciencia y de las letras.



EL JUICIO DE TROTSKY EN MEXICO.—Leon TROTSKY discutiendo los detalles preliminares de su defensa con el abogado norteamericano Albert GOLDMAN, que le representa ante el comité de personalidades liberales formado a instancias del ex jefe del Ejército rojo para oír sus disculpas ante las acusaciones de Moscú.



LINDBERGH VUELVE A SU CASA.—Charles A. LINDBERGH, el famoso aviador norteamericano, al aterrizar con su esposa en el aeródromo de Atenas (Grecia), procedente de la India. Los Lindbergh se dirigen ahora a su residencia de Inglaterra.



EL PRÍNCIPE CHICHIBU EN NEW YORK.—El príncipe CHICHIBU, hermano del emperador del Japón y su esposa, hija del embajador Matsudaira, visitaron New York de paso para Inglaterra, donde representarán al emperador en las ceremonias de la coronación del rey Jorge VI. En la foto se les ve contemplando New York desde lo alto del Empire State Building en compañía de AL SMITH.

LA EXPOSICION DE PARIS.—Desde lo alto de la torre Eiffel fué tomada esta fotografía, en la que se ven los terrenos de la exposición donde se persuen poco a poco los grandes edificios de la misma. Al centro: la isla del Cisne, donde serán instalados todos los pabellones coloniales.

BERTICA NOVA NO SE PARECE A SHIRLEY TEMPLE

BERTA A. de MARTINEZ-MARQUEZ



Figura infantil, fresca, suave, armoniosa. Niña cuidada y elegante. "¡Qué linda es!", fué la unánime y complacida consigna que circuló entre los concurrentes. Mientras, me captaron sus ojos. Claros ojos magnéticos. Y sin susto. Seguros de la fascinación que su amplio fulgor divulgaría. [Los ojos de Bertica Nova!] Dos heraldos de su triunfo que sobrecogieron mi actitud despreocupada. Otra cosa distinta, sin duda, a la impresión que recogiera frente a la naturalidad de Shirley Temple. En ese tomo, con el pedal de lo extraordinario acentuando mi expectar sobrecogido, la escuché de principio a fin. Emocionada, no hallé comentarios. Junto a mí, la amiga dilecta que apreciaba el enfoque también estaba en silencio. En tanto—variando de indumentaria, flexible al más leve pliegue de la ropa—el gesto de la diminuta recitadora bordaba primores estéticos. Las inflexiones de voz, en un pentagrama angélico, subían y bajaban, sollozaban y reían, se quejaban e interpretaban el júbilo, ajenas por completo a la gracia noña de un prodigio casero. Por eso y por lo otro —lo otro es mi escasa aptitud para la crítica—no glosaré el programa del recital de Bertica. Tal vez un criticismo estricto señale la impropiedad de algunas composiciones en boca de una niña tan chica. Tal vez comparta yo la opinión de que *Canción de cuna*, de la Ibarbourou, y *Caperucita roja*, de Gabriela Mistral, fueron los

grandes aciertos de la fiesta. Pero, lo más importante, lo que me urge decir de Bertica es el acuerdo perfecto sorprendido entre la promesa proyectada por sus ojos y el genuino mensaje que transmiten su voz y su gesto.

La entrevista.—Como yo llevaba en cartera una información para "CARTELES"—es hora, señores, de hablar de Bertica Nova, quitándole páginas a Shirley Temple—, llegué hasta los esposos Nova-Urbach para solicitar una entrevista con su hija. Quería verla de cerca. Charlar con ella de sus proyectos y muñecas. La chiquilla, en aquel momento, repartía besos y saludos entre la concurrencia. Acababa de recitar una composición, protagonizando la triste suerte de un huerfano pobre, y tenía aún humedecidos los claros ojos magnéticos. Obtuvo la promesa de una visita a mi casa y me marché complacida de mi gestión periodística.

Vino, pues, Bertica, la mañana soleada de un domingo de enero. La recibí con mi hija. Recitó. Se quejó del catarro que opacaba su voz. Mi chiquilla—emпинada en sus dos años precoces—se maravilló de la locayá, volviéndose dos puntos admirativos sus ojitos varachos. Y se la llevó de lado para enseñarle sus juguetes. Fué mi hija, precisamente, quien entrevistó a Bertica. Me consta, entonces, su infatigabilidad, por encima del mensaje sobrecogedor de sus versos. Supo ponerse al nivel de mi muchachita, conquistando

de tal manera su simpatía, que luego de su marcha, una voz delgadita, inefable, y un gesto anárquico, me plagaron cierta rima ingeniosa del Apóstol. "Oye, mami. Yo también sé recitar los dos pincipes!"

Fué cuando ellas hablaban de Reyes y muñecas que los papás me informaron sobre la formación de Bertica.

Ambos hablaron alternativamente. La señora Esteve—Himilce Abril de Esteve—, que dirige el Colegio María Montessori en Santiago de Cuba, le sorprendió en la aptitud en su kindergarten. Bertica Uhrbach, mamá de Bertica, le había enseñado antes un verso como gracia. Pero sin darle importancia. Siendo música, y convencida de que la chiquita anunciaba talento, se la imaginó, en el futuro, pianista. La fiestecita escolar reveló a Bertica. Su número fué una sorpresa. Y, desde entonces, comenzó a participar en distintos actos. Los amigos empujaron al ingeniero Nova a que pasara unas vacaciones en Cinelandia y aprovechara el pase para hacerle "pruebas" a su linda hija. Allá en Hollywood, empresarios y directores aplaudieron el hallazgo delirantemente. La R. K. O. prometió un tentador contrato si Bertica se quedaba entre ellos algunos meses aprendiendo el inglés. Los papás no aceptaron la oferta. Sin negarse a la vocación de la niña, les molestaba que perdiera su idioma y llegara a ser una imitadora de Shirley Temple. De todas maneras, un estudio fotográfico dió fe de sus excelentes condiciones fotogénicas. Y el *cameraman*, acostumbrado al desfile de bellezas, al aquilatamiento de personalidades sobresalientes, le hizo una gigantesca ampliación, como si se tratara de una estrella máxima. "Ella y una holandesa que va a quedar entre nosotros—aseguro—pueden aventajar a Shirley en personalidad artística. Estoy realmente encantado. Es un prodigio esta niña, cuyos versos me traducen."

Hubo también la insistencia del director de la Academia Fanchon y Marco. Pero Bertica, de mano de sus padres, ha vuelto a Cuba y espera quien sabe si la consagración en una película española o en una película teatral, si las cosas se arreglan por allá, en la Península. "Nota, mientras me hablan, que los papás tienen fineza de percepción y cualidades para dirigir y encauzar el emocionante mensaje de Bertica. No están infatuados, sin embargo. Hablan de ella

(Continúa en la Pág. 57)

EN RECITAL de poesía a cambio de un juguete.—El día cinco de enero, visperas de Reyes, una amiga me llamó por teléfono.

"¿Quieres ir esta tarde al recital de Bertica Nova?" La invitación me gustó, desde luego. Semanas antes, había visto en los diarios la carita infantil, recién llegada de Filmópolis. Una niña, por cierto, preciosa. Escoltada por sus padres y sin la más lejana reminiscencia de Shirley Temple. Ni siquiera ornamentada de rizos. El tipo de grabado sugiere problemáticos contratos fabulosos. Descendiente de poetas por las dos ramas, recitaba como un ángel y abría, con sus manecitas cándoras, una ruta a la esperanza de ver protagonizar a la niñez cubana en la mágica y trotamundos pantalla de plata. Pero, mi tarde estaba llena de compromisos. Mi hijita, ¿sabés?, inauguraría la próxima mañana su escaramuza inicial con los regios donativos misteriosos. Tenía yo que preparar mil sorpresas. De modo, que vacilé al contestar. "¡Quién sabe me falte el tiempo!" Al cabo, del hilo, la voz amistosa insistía. "Dicen que es algo maravilloso. Además, la asistencia al acto de hoy supone también la sonrisa de un niño anónimo. Cuesta, precisamente, un juguete, que la propia Bertica repartirá mañana, con muchos otros, entre los que nada esperan de la legendaria generosidad de los monarcas. Animate, entonces". Me convenció en seguida. Iria al recital de Bertica Nova y me impregnaría el espíritu de su arte, ingenuidad de amanecer seguramente. Muselinas, campanillas, besos, caramelos y juguetes, en teoría interminable, comenzarán a precisarse en lontananza. Aligerada, llegué al hotel Nacional. Y, "ahora sí que empujé preocupaciones y proyectos. Me desleíe toda entera en la pueril interpretación poética de una chiquilla de seis añitos, acaso desmañada en el gesto trágico, si se lo imponen, pero deliciosa, de todos modos, en el balbucear de un lenguaje dificultoso a su fonética". La verdad es que fui a ver a una niña mona que canjearía sus gracias por algunos juguetes para obsequiar a un ciento de muchachitos infelices.

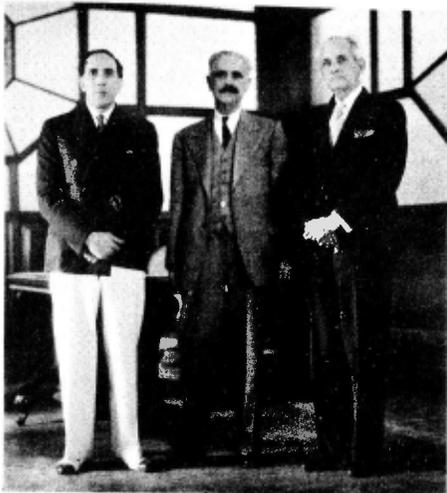
El mensaje.—En tal estado de ánimo, contéplame a Bertica, erguida en el estrado que prepararon para el acto. Un traje de terciopelo ceñía su menuda silueta, dejando al aire los pequeños brazos, redondos y blancos. En ellos, acunaba una muñecona de pasta.



Instantáneas



EL ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA.—El escarapelo de Negocios de España, señor Jaime MONTERO DE MADRIZ, pronunciando su discurso en la velada conmemorativa del 24 de abril de 1931, fecha en que se estableció la República en España. En dicho acto tomaron de la palabra los señores Manuel Blázquez, Salvador Carola Agüero, Luis Arias Elorza y Anselmo Sánchez Ariasa, y nuestros queridos compañeros Angel Lázaro y Manuel Millares Vázquez.



ARGUELLO EN "CARTELES"—Santiago ARGUELLO, el insigne escritor nicaragüense, amigo de Martí y cooperador entusiasta a la obra del acercamiento interamericano, visitó la redacción de CARTELES en compañía del doctor Cristóbal SAAVEDRA. Nuestro director, Alfredo T. QUIJES, los recibió personalmente.

(Fotos Funicasta).



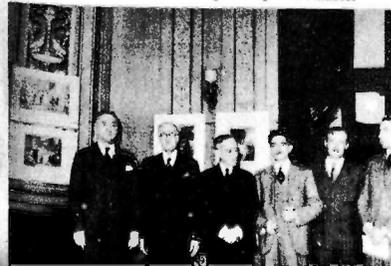
La señorita Olga FERRER, hija del ilustre ocultista Horacio Ferrer, que ha obtenido un triunfo extraordinario en las oposiciones de ingreso a la Universidad Johns Hopkins, donde sólo se admiten anualmente 75 estudiantes norteamericanos y raras veces algún extranjero.



EL ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA.—Un aspecto parcial de la nutrida concurrencia que llenó el Parque Haincy durante la velada conmemorativa del establecimiento de la República española. Se estima que asistieron al acto unas diez mil personas.



UN HOMENAJE AL PRESIDENTE Y AL SECRETARIO DE JUSTICIA.—Presidencia del almuerzo ofrecido al Presidente de la República, señor LABEDO BRU, y al secretario de Justicia, señor ALONSO FIZOL, en el hotel Nacional. Al acto asistieron distinguidas personalidades.



LA EXPOSICION DE ARTE FRANCÉS.—El ex Presidente de la República, señor BARNET, el señor Andrés DE TERRY, presidente del Automóvil Club; el señor Enrique GUIRAL MORENO, alto funcionario de la Cancellaría, y otras distinguidas personalidades que asistieron a la inauguración de la exposición de grabados franceses en los salones del Automóvil Club.



EL ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA.—Nueve de personas asistieron a la Exposición de España para firmar el libro ofrecido con motivo del acto aniversario de la fundación de la República. En este momento la sala de direcciones en el restaurante.

UNA ENTREVISTA CON EL GENERAL MOLA EL VENCEDOR DE IRÚN ANUNCIA EL TRIUNFO DE FRANCO

En esta entrevista obtenida en San Sebastián por el corresponsal de "Le Soir" de París, se advierte al mundo que el general Franco cuenta ya con todos los elementos necesarios para ganar la guerra, y que nada podrá detenerle—según Mola—en su marcha hacia la victoria final.

POR PAUL MONFORT



El general Emilio MOLA, nativo de Pineda (Cuba), que manda el ejército franquista del norte, en su campaña de Vizcaya.

SAN SEBASTIAN, marzo.

EN SU cuartel general de San Sebastián, nos entrevistamos con el general Mola, ex director general de Seguridad en los últimos tiempos de la monarquía, y hoy jefe del ejército del norte, que está librando una activa campaña contra las fuerzas leales de Vizcaya.

Alto, delgado, de mirada penetrante tras sus gafas de concha, el general Mola parece más un profesor universitario que un militar de profesión. Su influencia entre los rebeldes fué inmensa en los momentos de la conspiración. Por eso fué elegido miembro de la Junta de Burgos al producirse el movimiento. Más tarde perdió algo de su crédito ante la resistencia insospechada de los leales, que le impidió avanzar sobre Madrid a través del Guadarrama y por la carretera de Aragón. Pero la toma de Irún le devolvió su prestigio y hoy es, sin duda, uno de los generales más influyentes en el Gobierno de Salamanca.

Mola acaba de iniciar un ataque violento contra los reductos leales de Vizcaya. Un ataque de gran envergadura, con todas las armas modernas, que debe terminar, si el dios de las batallas sigue siéndole favorable, con la conquista de la rica zona industrial de Vizcaya, cuyos productos son tan necesarios a los rebeldes para continuar la campaña.

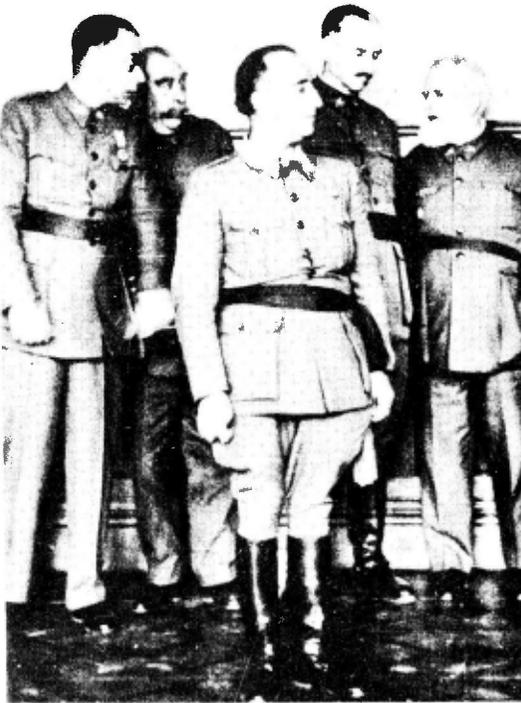
El coronel Velázquez nos presenta y el general Mola tiene para nosotros esa acogida cordial y deferente que le hace tan popular entre los corresponsales extranjeros.

Antes de que le preguntemos nada, nos dice:

—Pregunte usted cuanto desee y será satisfecha su curiosidad. La discreción del periodista es para mí tan respetable como la discreción del militar. Por eso confío en ella.

Y sonríe, con una picara sonrisa de profesional de las letras; porque el general Mola es uno de los escritores más distinguidos de que cuenta el ejército de Franco.

—La campaña que acabamos de iniciar—nos dice respondiendo a



FRANCO y sus generales. De izquierda a derecha: MOLA, SALIQUET, FRANCO, QUEIPO DE LLANO y CABANELLAS.

una pregunta nuestra—ha sido objeto de una preparación minuciosa. Durante meses enteros hemos combinado nuestro plan de campaña y acumulado materiales con vistas a un ataque múltiple basado en los principios inmutables de la sana estrategia. Un ataque de esa naturaleza no puede fracasar, y los resultados obtenidos hasta ahora demuestran que no pecamos de excesivo optimismo en nuestras conclusiones.

Los primeros asaltos han sido duros, pero hemos vencido. Las líneas de resistencia preparadas por los gubernamentales con el mayor cuidado fueron tomadas por asalto. Miles de enemigos perdieron la vida defendiéndolas con un valor digno de mejor causa. Si ha sido nuestra la victoria en los encuentros más difíciles y han caído las mejores líneas adversarias, no creo que exista razón alguna para que nuestras tropas no continúen, a medida que lo permita el tiempo, su avance irresistible hacia el objetivo final.

que no podrán recibir del exterior provisiones de guerra ni de boca. Ya el hambre se enseñorea de la población civil tras las líneas del enemigo. Mujeres y niños recorren inútilmente las calles de Bilbao pidiendo al titulado Gobierno vasco que les dé de comer o que se rinda. Sin duda acabarán por rendirse o arrasarémos a sangre y fuego la tierra vasca, cumpliendo la terrible ley de la guerra.

El general Mola se quita las gafas y pasa la mano sobre los ojos, como si quisiera apartar de su vista los horrores de esta sangrienta pugna fratricida. Luego añade, con la mayor ternura:

—Me duele en el alma el ver cómo la destrucción y la muerte se enseñorean de estas ciudades y estos campos que amo tanto. Pero la guerra nos impone terribles deberes, y hay que cumplirlos. Para cuantos se rindan, habrá piedad y comprensión, siempre que no traigan las manos manchadas de sangre. Para los que perseveren en la resistencia, para cuantos se opongan con las armas a nuestra marcha victoriosa, guardamos el filo de nuestros sables y el plomo de nuestras balas.

—La orografía de la región —continúa el jefe del ejército del norte—facilita la resistencia enemiga. Cada montaña, cada repliegue del terreno, cada río, son un centro de resistencia que es necesario reducir de acuerdo con el arte de la guerra. Por eso nuestra marcha es lenta, pero no menos segura. Ochandiano, Ubidea, Elorrio, Lequeitio, irán cayendo en nuestras manos uno tras otro. Luego caerá Durango, abriéndonos el camino directo hacia Bilbao. Y luego, en breve plazo, Bilbao estará en nuestras manos, como lo está Irún.

La moral en nuestras filas es cada vez mejor. Pese a lo que dicen ciertos periódicos extranjeros. Nuestros hombres están seguros del triunfo y deseosos de dar la vida por lograrlo. El espíritu



Una casa de Durango (Vizcaya), destruida por el bombardeo de los aviones franquistas.

—¿Tienen ustedes provisiones de guerra suficientes?—preguntamos.

—Tenemos todo lo necesario. Nuestros parques de municiones cuentan con elementos suficientes para una larga campaña. Por el contrario, el enemigo debe estar ya a punto de agotar su material de guerra. Y el bloqueo de Vizcaya, mantenido en el Cantábrico por nuestra flota, asegura

de sacrificio de las tropas sólo es comparable al de la retaguardia, donde los campesinos cultivan intensamente las tierras para que nuestras tropas no carezcan de nada, mientras las personas adineradas ponen a nuestra disposición sus capitales, sacrificando fortunas enteras a la causa, reduciéndose a la pobreza para que el glorioso ejército de Franco no

(Continúa en la Pág. 58)

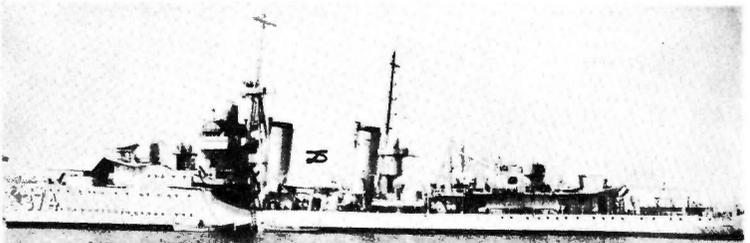
GRAFICAS



Ofelia RODRIGUEZ ACOSTA, la interesante novelista cubana ausente en Europa desde hace cuatro años, que acaba de obtener un éxito brillante con su conferencia "La emoción de una cubana viajando por España", dada en el Club Hispánico de París.
(Foto Nemo).



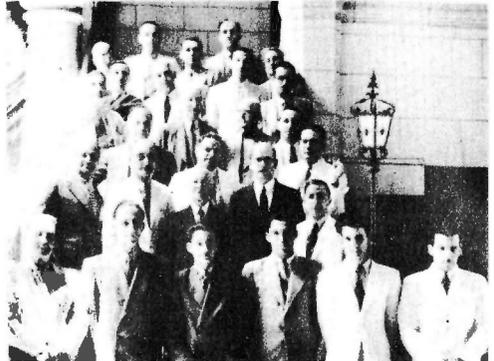
El maestro y compositor **Gilberto VALDES**, la más excepcional revelación artística del momento, que ha alcanzado éxito sin precedentes con sus conciertos de música afro-cubana.
(Foto Angelo).



EL "TUCKER" EN LA HABANA—El "destroyer" norteamericano "Tucker", que visitó el puerto de La Habana, éste buque de 1,395 toneladas, botado en febrero de 1936, pertenece a la clase "Mahan" y monta 5 piezas de cinco pulgadas, lo que constituye una batería magnífica en comparación con sus semejantes de la escuadra inglesa. El "Tucker" desarrolla una velocidad de 36 1/2 nudos y es uno de los "destroyers" más modernos de la escuadra del Tio Sam.



Emilia BERNAL, la ilustre escritora cubana, que está obteniendo grandes éxitos literarios en la América del Sur, donde ha ofrecido una serie de importantes conferencias a las que tributan elogios entusiastas todos los periódicos.



EL ALMUERZO DE LOS ALUMNOS DE RENSSELAER—Concurrentes al almuerzo ofrecido por la Asociación Cubana de Antiguos Alumnos del Instituto Politécnico de Rensselaer a los jóvenes estudiantes Tomás Banañach, Bernardo Ferro y Manuel J. Gaido, seleccionados para la tierra de entre la cual será escogido uno que disfrutará de la beca de matrícula por cuatro años de estudios concedida por dicho Instituto.



PUJANS EN LA CULTURA FRANCESA—El eminente Buharenventura Pujans, que ofreció un concierto interesantísimo en los salones del Circulo de Amigos de la Cultura Francesa, conquistándose el aplauso de la concurrencia.



La soprano **Jorgelina JUNCO**, que ha obtenido triunfos brillantísimos en los conciertos de música afro-cubana del maestro Gilberto Valdés.
(Foto Naranjo).

"SEXOLOGIA AEREA"—El doctor Angel C. ARCE, sexólogo distinguido, que ha iniciado con éxito notable la transmisión de la hora diaria "Sexología Aérea", desde la cual divulga interesantes temas de su especialidad. Lo acompañan las señoras Juana María RODRIGUEZ y Margarita ACEVEDO, que le prestan su colaboración y el señor Tomás SAVIGNON, jefe de redacción de la hora.

EN LA SOCIEDAD DE TORCEDORES—Un aspecto de la presidencia de la relada literaria que ofreció en la semana pasada la Sociedad de Torcedores de esta capital.



MI HISTORIA DE AMOR

UN YANKEE DE PENNSYLVANIA EN LA CORTE DE MADRID

Este es el segundo artículo de la serie en que don Alfonso de Borbón y Battenberg, ex príncipe de Asturias, narra la historia de su vida. En él hace curiosas consideraciones políticas y sociales que descubren el concepto peculiar de la sociología y de la historia contemporánea que tiene la Casa Real española.

ALFONSO, Conde de COVADONGA



El embajador MOORE durante su visita a La Habana. (Fotos Archivistas).



La reina VICTORIA conversando con Alexander P. MOORE, embajador de los Estados Unidos.



El príncipe de Asturias a los 18 años, cuando comenzó a hacer su vida independiente.

II

L FUTBOL es el deporte más popular de España, y es un juego fatigoso. Yo jugué de delantero hasta que las heridas me obligaron a ocupar posiciones menos expuestas y, finalmente, a abandonar el juego.

Mi educación fue rígida. He trabajado duro toda mi vida, mientras me preparaba para ser rey. De mis profesores, nativos todos de los países cuyas lenguas me enseñaban, aprendí bien el francés, el inglés y el alemán. Me interesé profundamente en las máquinas y en la ciencia. Aun antes de que la gravedad creciente de mis ataques me obligara a pasar en la cama largos períodos, llegué a ser un lector omnívoro.

Cuando tuve edad suficiente, comencé a dominar las complicaciones de la etiqueta de una de las cortes más antiguas, orgullosas y rigidamente formalistas del mundo. Ayudé a mi padre en sus numerosas audiencias. Estudié los documentos oficiales a medida que se producían y fui obligado a sufrir interrogatorios acerca de su sentido y de sus efectos posibles sobre nuestro pueblo y sobre el mundo. Posteriormente celebré mis propias audiencias con gentes diferentes que deseaban solicitar mi intercesión con el rey para obtener algún favor o concesión.

Mi padre fue un buen rey. Se consideraba el verdadero «yo» y el símbolo de la autoridad de Dios sobre él. Creía en el derecho divino de los reyes, pero creía, también, que el rey era completamente responsable ante el pueblo de su bienestar. Simpatizaba profun-



El rey de España desfilando al frente de sus generales.

damente con sus súbditos en sus desgracias, y protestó reiteradamente y en vano contra su despiadada explotación. Pero cuando yo era aún niño, él y nosotros penetrábamos en el crepúsculo de su reinado y de nuestra casa.

En 1909, cuando tenía dos años, surgió en el horizonte de España la primera sombra tenue de lo que iba a convertirse en un cuarto de siglo después en la nube de la revolución. De ella había de salir la terrible tormenta de la guerra civil española que, a fines de 1936, había costado ya 100,000 vidas y un número incontable de inválidos y heridos.

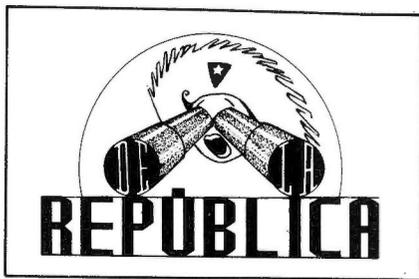
La semana trágica —

Esa tenue sombra es conocida en España con el nombre de la Semana Trágica. Estalló en Cataluña con la sublevación de la Primera Reserva del Ejército español, formada por tropas de Barcelona, que se negaron a embarcar para África, donde se libraba la guerra de Marruecos.

Las tropas recorrieron las calles de Barcelona, saqueando y matando. Para mostrar su resentimiento contra la Iglesia, desenterraron momias de sacerdotes y de monjas y las pasearon por las calles. La sublevación y los desórdenes fueron ahogados por la fuerza de las armas, pero la paz tranquila de España había huido en aquella semana sangrienta para no volver nunca más a nosotros.

A partir de entonces, la nación española se ha visto sacudida por huelgas y disturbios esporádicos. El pueblo se rebelaba contra la presión siempre creciente de los

(Continúa en la Pág. 52)



**LA FIESTA CAMPES-
TRE DE MANZANI-
LLO**—Grupo de be-
llas señoritas que to-
maron parte en la
fiesta campesite a
beneficio del Asilo
Padre Acevedo.
(Foto Sadurni).



**LOS ODD-FEL-
LWS EN SAN-
TA CLARA**—De-
legados a la Con-
vención Nacio-
nal de Logjos
Oddfélicas cele-
brada en Santa
Clara el 28 de
marzo de 1927.
(Foto Nemo).



LA ENSEÑANZA EN ZAZA DEL MEDIO—Alumnos de la Escuela Civico Militar del barrio de la Larga, en Zaza del Medio, donde el maestro Francisco E. ARAGON viene realizando una activa labor pedagógica.
(Foto Planells).

EL PRESIDENTE EN CIEGO DE AVILA—Un aspecto de la llegada del Presidente de la Republica, señor LAREDO BRU, y el coronel BATISTA, jefe del E. M. del Ejército, a la ciudad de Ciego de Avila.



El señor Juan HER-
NANDEZ VENTURA,
comerciante y ban-
quero, presidente de
la Cámara de Comer-
cio, que ha sido nom-
brado hijo adoptivo
de Fomento.



EL "BASKETBALL" EN RANCHUELO—Un aspecto de la coneu-
tencia al encuentro de "basketball" efectuado en el Club Atletico
de Ranchuelo entre el equipo de dicho club y el de los Cas-
adores de Cienfuegos.
(Foto Domenech).



REPARTO MASONICO EN SANTA CLARA—Niños de las escuelas
públicas de Santa Clara reunidos ante el edificio de la Escuela
Progreso, para el reparto de zapatos efectuado por la Agrupación
Masonica "El Zapato Escolar".
(Foto Domenech).



CARTELERAS

Los bonos de Obras Públicas

El señor Presidente de la República, en mensaje que dirige al Congreso, pide a éste el nombramiento de dos senadores y dos representantes para que formen parte de la comisión recientemente designada al objeto de buscar una solución definitiva al problema de los bonos de Obras Públicas.

Muy atinada nos parece la medida, porque siendo ésta una cuestión que tendrá finalmente que someterse al Congreso, la representación legislativa en dicha comisión evitará de seguro que las recomendaciones de la misma se atasquen luego en las dos Cámaras.

Integrada así la comisión, es de esperar que ella entre de lleno en el fondo del problema y no se desvíe en fútiles divagaciones jurídicas que a nada conducen ni nada resuelven. Porque las razones que en un tiempo pudieron aconsejar el dar largas al asunto, si alguna vez existieron, ya no tienen validez alguna. Por el contrario, hay motivos poderosos de conveniencia nacional que exigen la solución rápida del engorroso problema.

Una nación que para mantener su vida económica necesita forzosamente del crédito, sólo puede repudiar una deuda extranjera sin gravísimos perjuicios, cuando los motivos morales y jurídicos que a ello la impulsan son de tal índole que por su irreparable mérito se imponen ante la conciencia universal.

Si Cuba puede demostrar ante el mundo que existen esos motivos, ella debe repudiar los bonos de Obras Públicas sin temor a perder el crédito. Si no puede hacerlo, si las razones en que funda el repudio pugnan con principios fundamentales de honradez y seriedad, y sólo representan fértiles recursos de defensa legal, entonces debe sin más recalcos reconocer y recoger esos bonos, no por "apremios inaplazables de los interesados", como reza el comienzo del mensaje del Ejecutivo a que hacemos referencia, sino por nuestro propio concepto de justicia y por nuestro propio prestigio.

Lo que no podemos hacer es nadar y guardar la ropa. O repudiamos de una vez esa deuda, o la pagamos dentro de nuestras posibilidades liquidadoras.

El aplazamiento indefinido y unilateral del pago de un compromiso que ni hemos repudiado ni queremos reconocer ha sido un error gravísimo que nos tiene cerrado el crédito extranjero, y nos ha entorpecido esa unificación o consolidación de la deuda pública que tan urgentemente necesita Cuba.

Ahora bien, si la comisión que estudia una vez más el asunto resuelve que es de justicia reconocer y recoger los bonos de Obras Públicas, ¿por qué no acometer al mismo tiempo la refundición de nuestra deuda?

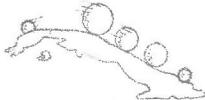
Hacemos ahora la misma pregunta que hicimos en nuestro editorial de septiembre 8 de 1935 sobre los bonos de Obras Públicas: ¿No sería una hábil política económica el ceder ahora lo que tarde o temprano tendríamos que ceder, a cambio de la unificación de nuestra deuda, mediante una nueva emisión a largo plazo y con intereses más bajos?

Y ahora que abunda el dinero en los Estados Unidos, que el tipo de interés es mucho más bajo, que el Gobierno del Presidente Roosevelt nos viene brindando su ayuda, para que el Tratado de Reciprocidad concertado con nosotros siga siendo un ejemplo y un índice de las bondades de su política comercial, ¿no podría refundirse la deuda extranjera con la nacional o flotante, en una amplia operación de unificación y consolidación, a largo plazo de amortización y con el más bajo interés?

La potencia adquisitiva del pueblo cubano y sus compras de mercancías norteamericanas

nas aumentarían poderosamente, si Cubapudiese pagar su llamada deuda flotante: los milloneros que se les deben a sus empleadores, abastecedores y jubilados.

Y para cubrir las atenciones de la nueva emisión, sin un asalto perjudicial al bolsillo de los contribuyentes, sólo sería necesaria la reforma de nuestro sistema fiscal dentro de normas modernas de tributación directa y científica.



¿Por qué corren las bolas?

No vamos a tratar de la dinámica de las esferas, sino de la causa de la propagación de esas otras bolas que tanto han preocupado siempre a nuestros gobernantes, a pesar de ser ellos los únicos responsables de su formación y traslación.

Pero, que sepamos, esta responsabilidad nunca fué reconocida en un documento oficial hasta que apareció la nota del reciente Consejo de Secretarios. He aquí sus palabras:

El Gobierno, considerando el daño que a la mejor armonía de la vida pública producen los rumores inspirados por una falta de patriotismo absoluta, y una carencia total de sentido de responsabilidad sin límite en la gran masa del pueblo, carente de información fidedigna, estima oportuno, y así lo hace, advertir a la nación que, siendo grande el crédito que hay interior y exteriormente, nuestra economía se rehabilita cada vez más, a pesar del empeño criminal de los propagadores de noticias falsas, siendo sólidas y cordiales las relaciones de Cuba con los demás países amigos, con los cuales sostiene tratados comerciales, especialmente con los Estados Unidos de América, que están, como nunca, en las mejores disposiciones para ayudarnos.

"Rumores inspirados por una falta de patriotismo absoluta y una carencia total de sentido de responsabilidad sin límite en la gran masa del pueblo, carente de información fidedigna!"

Si "la gran masa del pueblo está carente de información fidedigna", ¿cómo achacar sus desvíos imaginativos a la "falta de patriotismo y "carencia total de sentido de responsabilidad"?

¿Y quién tiene la culpa de que ella carezca de información fidedigna?

Pues, los señores, vulgo gobernantes, que creen que las cuestiones públicas son de su exclusiva y particular propiedad, y que, por otra parte, ni siquiera se dignan inventar la razón plausible que explique lo que demandan explicación.

Pero, a confesión de parte, relevo de pruebas.



Respeto a las naciones amigas

En los cines de la capital se está arranjando una costumbre que no sólo desdice de la cultura de una parte de nuestro público, sino que constituye una ofensa gratuita a los jefes de algunas naciones amigas y una violación de ese espíritu de neutralidad pública que es el único que cuadra a los ciu-

dadanos de un país que, como Cuba, mantiene relaciones cordiales con esas naciones amigas y se conserva neutral en las contiendas que hoy agitan a otras.

Nos referimos a la práctica de silbar a los personajes de tales países que aparecen en la pantalla, durante la proyección de los noticiarios.

En un espectáculo, el público tiene el supremo derecho de exteriorizar su desaprobación de lo que se le ofrece, del mismo modo que puede concederle su aplauso. Pero ese derecho de desaprobación pública no puede extenderse a la persona de los jefes de Estado y a las figuras prominentes que representan a tales naciones, del mismo modo que no es permisible que se exterioricen protestas contra su bandera, ni sus barcos ni sus Legaciones.

La Policía debe tomar cartas en el asunto y evitar que esas manifestaciones partidistas y ofensivas sigan sucediéndose en nuestros cines y teatros.



Un cruzado de la carrera administrativa

Lo que pasamos a transcribir no es de un editorial de CARTELES, sino de unas declaraciones a la Prensa del doctor Loré Bertot, representante a la Cámara por la provincia de Oriente:

Uno de los más graves problemas del actual momento cubano es el de las compensaciones, porque en realidad todo lo tiene paralizado. Ni los secretarios, ni los congresistas, ni nadie puede trabajar. Yo he meditado mucho este problema, y se me ocurre pensar que hay una fórmula, y ésta es la carrera administrativa. Sería el punto de partida, la piedra angular de un programa constructivo para la nación. Resuelta esta cuestión básica, vendría la creación de nuevas fuentes de riqueza a fin de dar ocupación a los cubanos que queden fuera del Servicio Civil reorganizado.

Esta medida que sugiero y propongo—y de la cual he tratado con varias figuras respetables de la hora—tendría muy honras y saludables repercusiones en la vida nacional. Aparte de dar a la administración pública una verdadera eficiencia, cambiaría los rumbos de la política criolla, arte de la rapina y el engaño. Dejaría de ser una burda forma contractual: "do ut des" (te voto para que me des), e implicaría una actividad responsable y fidedigna orientada a resolver los vitales problemas cubanos, cuyo estudio ni siquiera es posible emprender en esta cáctica y angustiosa hora de la vida cubana.

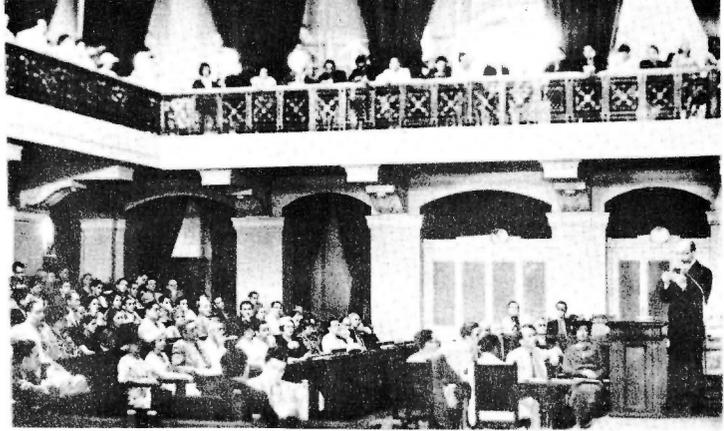
Yo creo que debemos obedecer a la fuerza de los hechos y algo hay que hacer en beneficio del país, que espera y que no puede consentir que nos pasemos la vida en gestiones burocráticas.

Con la carrera administrativa vendría la selectividad en los representativos del país, ya que éstos no estarían obligados a dar destinos, sino a trabajar.

Ya tiene el señor Presidente de la República un poderoso aliado en la Cámara de Representantes. Con otro en el Senado, ya puede iniciar confiadamente la batalla en pro de la carrera administrativa que hubo de prometernos cuando asumió el Poder. Porque si, como dice el aforismo, un hombre con una idea noble puede reformar al mundo, tres deben ser suficientes para reformar a Cuba.



EL "CUBA" A EUROPA.—Convenientemente remozado, con un mastil tripode que recuerda a los cruceros de batalla ingleses, un puente nuevo, una sola chimenea baja y un tejamanil en bisel, emprendió viaje hacia Europa el crucero "Cuba", buque insignia de nuestra flota de guerra, que se propone representarnos en la gran revista internacional convocada por el Almirantazgo británico para celebrar la coronación del rey Jorge VI de Inglaterra. El viejo buque, construido en los astilleros de Cramp (Filadelfia) en 1911 con un desplazamiento de 2,655 toneladas, lleva a su bordo lo más florido de la Marina militar: tres capitanes de corbeta, tres tenientes de navío, veinte oficiales más de distintas graduaciones, y setenta marineros. Para completar el "staff" se les reunirá en Londres el capitán de corbeta Luis F. Lora, director de la Academia Naval del Marít. Todo ello garantiza, sin duda, que el "Cuba" tendrá una travesía feliz y que nuestra patria y nuestra Marina estarán gallardamente representadas en el conjunto de las grandes naciones y las grandes escuadras del mundo.



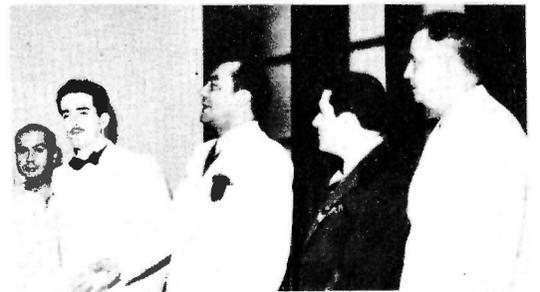
MENENDEZ PIDAL EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA.—Don Ramón MENENDEZ PIDAL, una de las primeras figuras de la intelectualidad española y filósofo de autoridad mundial, inicia su curso de filología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana. Con este curso comienza a poner en práctica el Clausuro su plausíble propósito de traer a La Habana eminentes profesores extranjeros, que contribuyan a dar a la Universidad, en todos los campos, el alto contenido científico y sus actividades de investigación que hoy sólo existen en contados sectores de la misma.



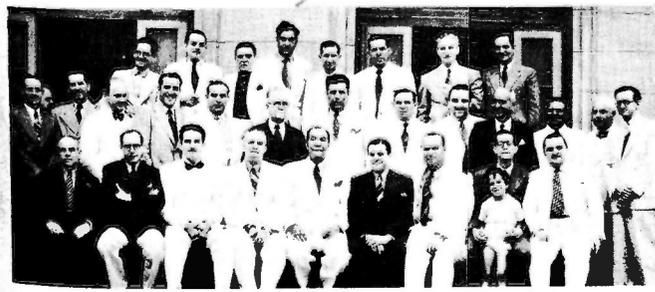
CAPABLANCA BATE UN RECORD MUNDIAL.—José Raúl CAPABLANCA, el genial ajedrecista cubano, ex campeón del mundo y el más calificado de los aspirantes a un "match" por el campeonato, jugó simultáneamente el sábado 17, en los salones del Centro Asturiano de La Habana, contra 350 jugadores distribuidos en 70 tableros. La sesión de simultáneos comenzó a las 3 y 25 de la tarde y a las cinco de la madrugada terminó con el siguiente "score": ganados 50 ; tablas 14 ; perdidos seis . Con esta brillante sesión ha batido Capablanca el record mundial que estableció hace años en el hotel Nacional.



REPARTO DE JUGUETES EN LA ASOCIACION DE REPORTERS.—Grupo de niños que concurrió al reparto de juguetes efectuado por el presidente de la Asociación de Reporters, señor Quesada Torres, con motivo de la toma de posesión de la nueva directiva.



LA NUEVA DIRECTIVA DE LA ASOCIACION DE REPORTERS.—El presidente de la Asociación de Reporters de La Habana, señor Salgado QUESADA TORRES, pronunciando su brillante discurso en el acto de la toma de posesión de la nueva directiva, efectuado el domingo 13. Figuran en el grupo, de izquierda a derecha, los señores Rodolfo ARANGO, Diosdado DEL POZO, QUESADA TORRES, B. JIMENEZ PERDOMO y Guillermo PEREZ LAVIELLE.



LA NUEVA DIRECTIVA DE LA ASOCIACION DE REPORTERS.—El presidente de la Asociación de Reporters, señor Salgado QUESADA TORRES, rodeado de los miembros del nuevo directorio que tomó posesión el domingo 13.

LA NUEVA DIRECTIVA DE LA ASOCIACION DE REPORTERS.—Nuestro querido compañero Francisco de P. MUÑOZ, competente subdirector del Registro de Extranjeros, que ha sido electo miembro del directorio de la Asociación de Reporters.



La CARRIADA de KING WALTERS

ABIOSAMENTE, el viento de marzo proyectaba la lluvia sobre la desolación de la plaza. Los plátanos, semejando una miseria, se agardaban en el umbral de la primavera, estremeciéndose por encima de la cabeza de King Walters, en tanto que, apostado junto a la balaustrada central y disimulado por los automóviles estacionados, se miraba como un policía iba y venía frente a la casa en que el viejo Corling había desaparecido.

¿Qué lentamente se movía la robusta silueta del guardador del orden, bajo el impermeable en que se reflejaba el nebuloso resplandor de los reverberos! Aquel policía debía tener un espíritu tranquilo, y no, como King, un cerebro aguzado, endurecido al fuego ardiente de la resolución. Aun después de seis años de espera, seis segundos pueden parecer una eternidad, y King, mirando desde detrás de los alambres que la policía paseaba el rayo luminoso de su lámpara sobre la puerta y las ventanas de la vieja residencia georgiana, tenía la impresión de que aquella inspección no acabaría jamás.

Desde su llegada a Londres, era la tercera noche que vigilaba aquella puerta, en su impaciencia de ver a Corling regresar a su casa. Había visto a Robert, el criado del viejo, pero no a Corling. Al menos, hasta aquel segundo jubiloso y triunfal, en que al fin le había reconocido el viejo como el hombre que luchaba contra las ráfagas ululantes, en la esquina de la plaza.

Naturalmente, el viejo habría permanecido en el campo hasta allí; pero, sin duda, juzgaba poco peligroso un fin de semana en Londres. O quizás había sido un hombre con un carácter sábado, para algún asunto de negocios. De todos modos, el viejo Corling sería siempre demasiado roñoso para ir a un hotel.

De pronto, bajo el pórtico de madera, la puerta se abrió chirriando y todo a oscuras con un ruido seco. El corazón de King desfalleció en su pecho; pero no fue más que una debilidad pasajera: inmediatamente el pulso volvió a latirle de modo normal. Porque no era Corling quien salía de la casa, sino su criado Robert, el viejo, tan muerdoso y tan gruñón como su señor. Llevaba un paraguas en una mano y una maletita en otra; levantó aquel y, curvado bajo las ráfagas, se fue con paso vaciante. King se estremeció de alegría; al cabo de seis años de miseria, recordó de pronto al anciano Robert acostumbrado a pasar con su mujer el fin de semana.

Bajo la lluvia, King temblaba de impaciencia. ¿Qué bien había hecho con esperar! Cuando, un momento antes, había visto llegar bruscamente al hombre que le había traicionado, como había faltado para que, dando un salto, le saliera al paso y le arrojara a la cara, a su cara de bruto:

—¡Hola, Corling! ¡Soy yo, King Walters, que regresa de entre los muertos!

¡Ah: ciertamente, había hecho bien con esperar! Olvidaba la fatiga de su acecho, la humedad y el frío que le traspasaban bajo sus ropas miserables; olvidaba el momento y el lugar. Sólo sabía que era el amo de la situación.

El amo de la situación! Allí arriba, en su cuarto, en el alto de aquel edificio para oficinas, donde no se presentaría ningún visitante hasta el lunes por la ma-

Un detalle, un simple, un insignificante detalle, puede ser suficiente para llevar a un criminal a la horca. Eso, que constituye el tema de tantas historias policíacas, es lo que pone magistralmente de relieve en este cuento Valentin Williams, el leído novelista inglés, cuyas obras hacen las delicias de miles de lectores.

por VALENTIN WILLIAMS

Traducción de A. NÚÑEZ-OJANO

ñana; tenía a Corling, a Corling abandonado en su soledad, a Corling que no se le escaparía.

El policía estaba lejos y no se veía, un alma en la plaza. King cruzó rápidamente la calle y, ya en la puerta de la casa, registró sus bolsillos. La cerradura chirrió suavemente; la puerta tornó a cerrarse sin ruido sobre la furia de la tormenta... Y King fue como trágico por un embudo de tinieblas.

Un espectro.

En la noche total, subió piso por piso, a grandes zancadas silenciosas. No se detuvo hasta que llegó al lugar en que la escalera concluía frente a una puerta. Ligemente, sus dedos enguantados palparon ésta, buscando la prominencia de la cerradura. Escuchóse un arañazo análogo al que hubiera podido producir un ratón detrás del artesano, y King se volvió a hallar mirando, en la oscuridad, una raya de luz bajo una puerta situada al extremo de una estrecha antecámara.

Permaneció inmóvil: hasta él no llegaba más que el majestoso tictac de un reloj. Pero no era para escuchar ni para descansar. El reloj había subido; por lo que no se movía; allí de donde venía King Walters, las gentes, por lo general, hallábanse en la plenitud de sus medios físicos. Era para saborear aquel instante de que había estado hambriento durante seis interminables años de doce meses.

Hallábase en el departamento del viejo Corling, solo con su frenético apetito de venganza, y al extremo de aquella antecámara, detrás de aquella puerta cerrada, en aquel cuarto desde donde llegaba el solemne tictac de un reloj, tenía a su presa.

Toda noción de tiempo quedó abolida en él. Inmóvil en el frío y en el negro, pensaba en los años perdidos; en Queenie arrancada de sus brazos; en aquel viejo Corling, que había aniquilado, triturado, la juventud de un hombre y que, ahora, iba a pagar el precio de todo aquello. «Al fin, al fin!» parecía repetir el reloj. «¡Al fin, al fin!» le cantaba el corazón en los oídos. Si: Corling iba a pagar su deuda. Y la pagaría con un buen interés, o de lo contrario...

El dinero—se decía—era aún la posibilidad de volver a encontrar a Queenie, de recomenzar la antigua vida. No era que ella pudiera inquietarse al saberle sin un centavo, sino que él era orgulloso y había decidido no volver a presentarse ante ella sin haber arreglado su cuenta con Corling.

La suerte le ayudaba. Allí estaba Corling, únicamente separado de él por una puerta. Tendría el dinero aquella noche, y el dinero era la ropa interior fina, un aspecto decente, un reloj de oro, cigarrillos... todos los lujos medio olvidados al volver a Queenie. Fue hasta la puerta a hizo girar sin ruido el pomo del picaporte. El tictac del reloj se infió

como una voz siniestra, entrecortado por el suave ruido de una respiración. En la alcoba, una lámpara portátil, velada por una pantalla verde, formaba sobre la mesa un charco de luz que iluminaba vagamente el decorado familiar de aquel despacho, tal como King lo había visto seis años antes, la noche de la gran traición. Parecía que apenas alguno de los documentos polvorientos que se amontonaban sobre la mesa hubiera cambiado de lugar. Era el mismo mobiliario mezquino; la misma caja de caudales en mal estado; los mismos grabados manchados por las moscas en las paredes; el mismo burgués reloj de mármol sobre la chimenea; y—¡sí, pardiez!—en la butaca, frente al fuego, Corling, Corling dormido.

Dormía con el pesado sueño de los viejos, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si se hubiera desmayado o estuviera muerto. Tenía abierta la boca desdentada, al pie de su nariz, semejando al pie de un ave de rapiña, relucía a la claridad del fuego.

«Está bastante decrepito», se dijo King, mirándole. Y de pronto, en el espejo colocado encima de la chimenea, se vio a sí mismo, con los cabellos negros manchados de gris, las patas de gallo en los extremos de los ojos, amargas arrugas que iban de la nariz a los maxilares y le encerraban la boca como en un paréntesis. Su cólera flameó.

—¡Corling! —gritó, avanzando hacia la chimenea con paso tan pesado, que, en el techo, la lámpara hizo entrecocer sus colgantes.

El viejo se despertó dulcemente, como si acabara de cerrar los párpados, e irguiéndose con brusco ademán, miró el reloj.

—¡Las diez y cuartel! —murmuró. Debo de haberme dormido... Entonces, en el espejo, detrás del reloj, advirtió la imagen de su visitante, y King Walters sintió que el corazón se le encogía al ver como se contraía de miedo aquella faz amarillenta y arrugada. Apoyándose en los brazos de la butaca, el viejo se levantó, y ya en pie, permaneció irresoluto, tapándose la boca con una mano descarnada, contemplando con sus ojos lacrimosos el salvaje rostro colocado junto al suyo en el espejo. Al cabo, se volvió lentamente.

«¿Cómo ha podido... cuánto le ha permitido entrar?—preguntó con voz trémula.

King se echó a reír desagradablemente.

—El amor se burla de las cerraduras, Corling—replicó—, y el odio lo mismo. No importa cómo he entrado. Lo esencial es que estoy aquí.

Gradualmente, se fue inclinando hasta rozar con su huesosa mandíbula la barbilla del viejo.

—¿Qué... qué quiere usted?—balbuceó éste.

«Los ferreos dedos de King, deformados y empujados por el trabajo disciplinario, apretáronse contra las palmas de sus manos de tal modo, que sus coyunturas

sobresalieron del puño, blancas a causa del esfuerzo.

—Lo que quiero, lo que querría mejor—se dijo— no podría obtenerlo con esta, con una voz que la cólera enroquece—. Querría volver a encontrarle en la flor de su edad, con toda una vida ante usted, y arrancarle a la luz del sol, a las flores, a la ruidosa actividad de la vida; arrancarle de la mujer que me ama, para hundirle en un infierno da, a través de los muros de piedras y chirridos de cerrojos. ¡Y condenarle a pudrirse allí, por mí alma, a pudrirse!

La deuda.

El furor le sacudía de la cabeza a los pies; sus ojos ardían con un fuego sombrío; su rostro estaba lívido. Pulgada a pulgada, el viejo retrocedía hacia su butaca. Una vez más se inclinó, una garra le atrató por la espalda y él se forzó a sentarse, y en el jadeante silencio que siguió, no se escuchó más que el tictac del reloj que contaba inexorablemente los segundos.

Al fin, King Walters rompió aquél silencio. Aspiró el aire profundamente, abrió y cerró los ojos y dejó escapar una breve carcajada.

—¡Pero ésos son sueños!—murmuró—. Sueños vanos de un preso en su celda. ¡Arrriba, Corling! Escúcheme.

Con sus miramientos, agarrando a Corling por la manga, le hizo levantar.

—Cuando robé para usted aquellas joyas en Chester Field Street —le dijo— y las cosas salieron mal de pronto, usted me vendió a la Policía para ganar la prima ofrecida por la compañía de seguros.

—¡Mentira! —clamó el viejo.

—Le aseguro que se equivocó, King! —Lo que sé es suficiente, ¡Niegue lo que fué usted quien recibió quinientas libras de la compañía de seguros! ¡Pues bien: eso es lo que reclamo, lo que exijo en seguida para que quedemos en paz! Y se iba con el índice de la mano a caudales. Corling se restregó las manos nerviosamente. Sus amarillentas mejillas habían rebrunecido un poco de color.

—Usted... usted es buen muchacho, King—dijo trabajosamente. Uno de los mejores muchachos que he conocido en mi vida; siempre lo he sostenido. Pero no trate de resolver las cosas a la tremenda: no se gana nada con ello. Convento en que lo han traído mal; pero no es culpa mía. La Policía nos vigilaba demasiado en aquella época. No he visto un centavo de la prima de seguros, y si alguien pretende lo contrario, miente.

Corling apoyaba en el ademán la mentirosa denegación; pero al contrario, se inclinó hacia la caja de King se apresuró a añadir:

—Sin embargo, algunos amigos míos y yo nos hemos puesto de acuerdo para hacer por usted lo que es justo. Puesto que está usted de regreso en Londres, voy a ver cuánto quieren dar los otros. Mientras tanto, si un adelantado de...

Sus ojos de cameleón escrutaban los ojos de su interlocutor.

—... si un préstamo de dos libras, por ejemplo... ¡indice.

—¡He dicho quinientas libras! ¡Dése prisa; estoy apurado!

Con una sonrisa senil, Corling

movía la cabeza de un lado a otro.

—¡Quinientas libras!—dijo, con un rictus—. ¡Pero, querido, usted quiere mi muerte! ¿Por qué decir semejante locura? ¿De dónde cree usted que voy a sacar tanto



dinero?

—¡Basta de comedia!—cortó King—. ¡Usted tiene miles de libras en esa caja de caudales, viejo avaro! Si o no; ¿quiere pagar?

Y avanzó con aire de amenaza. —Si tengo en esa caja algunos centenares de libras—dijo Corling—el dinero no me pertenece. Es un depósito que me han confiado algunos buenos amigos. ¿Supongo que no querrá usted que traicione la confianza de esos amigos? Déjeme ver si encuentro mi cartera. Quizás tenga algún billete de cinco libras...

Y, temblando, se puso a palpar los bolsillos.

—¡Abra la caja!
La orden restalló como un látigo.

—¡Pero si no tengo la llave!—gruñó el viejo—. La dejé en mi otro traje. ¡Que me condene si no es la verdad!

—¡Abra la caja!

King Walters se hallaba parado ante él: tenía en la mano derecha un objeto largo, de color negro y forma de pera, sujeto al puño por una correa. Con sus ojos faltos de pestañas, Corling miró a la derecha y a la izquierda. Afectando no ver el rompecabezas de King, se dirigió a su mesa y comenzó a registrar entre los papeles.

—¡Me arruina usted!—gruñó—. ¡Esto es un chantaje!

Su mano encontró la pistola oculta y, de pronto, se volvió, apuntándole a su contrincante. Con una voz, que la rabia y el miedo agudizaban, ordenó:

—¡Arriba las manos!
Pero no había contacto con la agilidad de King. Un rápido movimiento del brazo de éste barró la lámpara de encima de la mesa, haciéndola estrellarse contra el piso. La pieza quedó sumida en las tinieblas y King saltó hacia la garganta del viejo.

Resonó un grito, un grito terrible y monstruoso, un alarido que se extinguió en un gorgoteo. Algo pesado se abatía sobre el cenicero de la chimenea, con una violencia que hizo temblar el piso, y ya no se escuchó más que el ruido sordo de dos cuerpos que luchaban alumbrados por el rojo resplandor del hogar y el silbido de



las respiraciones estranguladas.

Al cabo, King Walters se irguió, frotó un fósforo, encendió una vela colocada sobre un plato lleno de manchas de lacre y, a tientas, pareció buscar algo sobre la alfombra. La pistola, en efecto, se le había escapado a Corling de las manos durante la lucha. King la recogió.

—¡Descargada!—comprobó—. Ya me lo imaginaba.

Dejó la pistola sobre la mesa y, levantando la cabeza, permaneció escuchando un instante. Un vasto silencio envolvía la casa; pero no se sabe cuál sexto sentido—desarrollado quizás por la vida en prisión—le advirtió que la tranquilidad de la alcoba era anormal.

Sus ojos se dirigieron a la chimenea: el reloj había dejado de andar, como si hubiera exhalado su último suspiro con su dueño. Sobre la repisa de la chimenea había un espacio vacío delimitado por el polvo, y el reloj yacía, con la esfera hacia arriba, junto al cenicero y apoyado contra la mejilla de Corling, sobre la alfombra. El mármol que estaba hecho se había roto; pero por un verdadero milagro, el choque había respetado la esfera y el cristal que la cubría.

Las agujas se habían parado en las diez y veinte.

King se quedó mirando el reloj con una fijez estúpida. Maquinamente, con los dedos enguantados, se frotaba los muslos. De pronto, pareció advertir la mueca que, desde el suelo, le hacía el rostro exangüe, de boca torcida y pupilas dilatadas, y huyó tropezando con los muebles. La vela siguió ardiendo y goteando sobre la mesa, y su luz vacilante ilu-

minaba la cara inerte del cadáver y la esfera del reloj.

En casa de Queenie.

En la prisión el tiempo parece inmóvil: King Walters ignoraba los prodigiosos rejuvenecimientos que operan las nuevas modas. La persona que, en respuesta a su llamada, le abrió la puerta de la tranquila casa de Mayfair, tenía la esbellez de una jovencita, cabellos de un color castaño claro muy cortos y un traje de seda verde jade que apenas le cubría las rodillas. A la vista del delgado forastero parado bajo el portico, lanzó un grito sofocado y cayó en sus brazos.

—¡Al fin!—murmuró—. ¿Por qué me has hecho esperar? Los seis años de tu ausencia me han parecido, juntos, menos largos que estos tres últimos días en que te he estado esperando. Sabía que estabas libre y no venías; tenía que hubieras aplazado tu regreso. ¿Por qué no has venido antes, King? Ha sido una crueldad el no haberme permitido que fuera a tu encuentro, el no haberme escrito una línea, el haberme tenido en la incertidumbre...

Lo estrechaba contra ella y lo arrastró al claro y tibio vestíbulo, cuya puerta cerró. Pero cuando le vio a plena luz, lanzó un gemido que casi era un sollozo, le estrechó de nuevo entre sus brazos y reclinó la cabeza en su hombro.

—¡Ah, tus pobres ojos doliéste!—exclamó—. ¡Casi no tengo valor para mirarlos!

Retrocedió y, examinándole de la cabeza a los pies, añadió:

—¡Pero si estás empapado! ¿De dónde vienes, King? ¿Vinieste a

pie hasta aquí en una noche como ésta?

El paseaba en torno suyo una mirada huraña. Sombreros y abrigos amontonábanse en el vestíbulo, y por la escalera llegaba un ruido de voces mezclado al olor de los cigarrillos.

—He estado andando desde hace dos horas—dijo en tono fosco—. ¿Tienes visita, Queenie?

—Algunos amigos que están jugando al poker. Ahí están Jack Meldon y Benny Isaacs. Se alegrarán de verte.

King frunció el ceño. —Necesito hablar contigo, Queenie. Además, me muero de sed. ¿Dónde tienes el whisky? en el mismo lugar?

Abrió una puerta, hizo girar un conmutador y los muebles de caoba de un comedorcito surgieron de la sombra. La mujer corrió al aparador, donde se veían, en una bandeja, una garrafa de whisky, un sífon y algunos vasos. Llenó uno de éstos y, mientras King bebía, se volvió hacia un espejo de marco de laca que colgaba de la pared y se puso a arreglarse el peinado.

—¿No has observado que ahora me peine a lo Ninon?—le preguntó coquetamente, por encima del hombro—. Mis cabellos eran negros cuando te fuiste. Tenía mucho pelo ¿te acuerdas? ¿Qué me dices de su nuevo color? ¿Crees que me favorece? ¿Te gustó así?

—Corling ha muerto—dijo él, dejando el vaso.

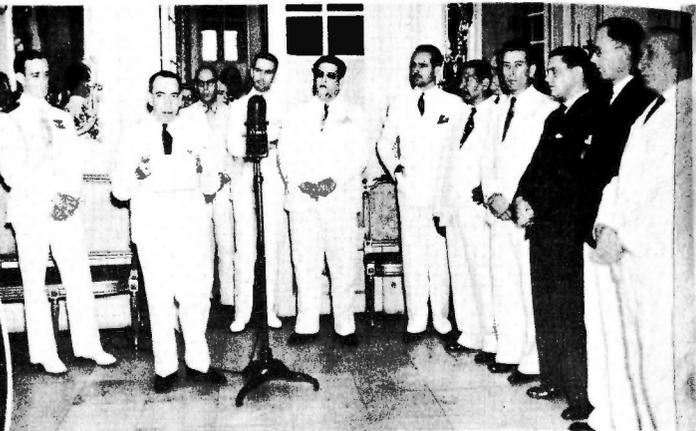
—Ella se volvió estupefacta.

—¡Muerto!—repitió—. Entonces habrá sido de repente. Benny Isaacs lo vio ayer mismo en la calle: me lo estaba diciendo hace un rato. (Cont en la Pág. 45)

DEL MOMENTO



José Luciano FRANCO, distinguido colaborador de CARTELES, que acaba de publicar la "Autobiografía, cartas y versos de Juan Francisco Manzano", el notable poeta negro, en los Cuadernos de Historia Habanera que dirige nuestro querido computero Roig de Leuchsenring.



EL DIA DE LAS AMERICAS.—El ilustre poeta Alfonso CRAVIOTO, embajador de Méjico en La Habana, leyendo su discurso durante el acto celebrado en la Secretaría de Estado con motivo del Día de las Américas.

(Fotos Funcaosta.)



EL DIA DE LAS AMERICAS.—Un aspecto de la selecta concurrencia que se congregó en la Secretaría de Estado con motivo del Día de las Américas.



EL DIA DE LAS AMERICAS.—El cuerpo consular acreditado en La Habana depositando flores ante la estatua del Apóstol Martí con motivo de la celebración del Día de las Américas.

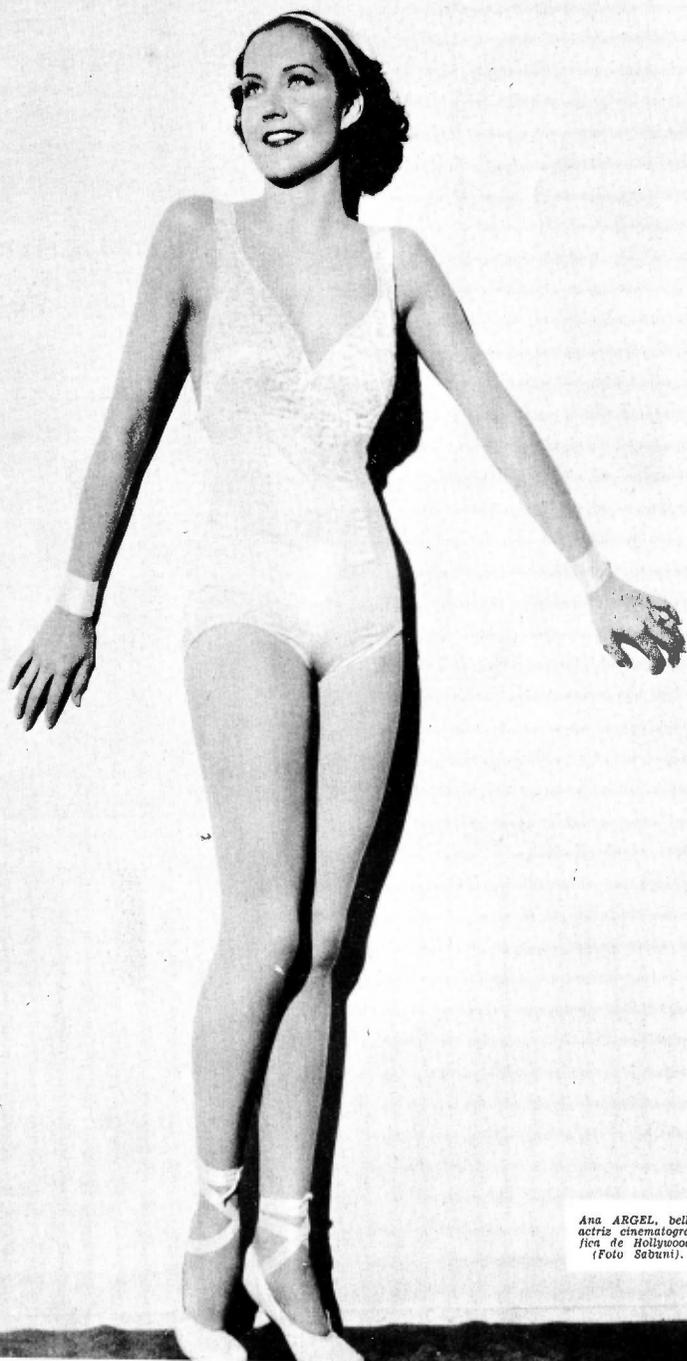


El maestro Joaquín RODRIGUEZ LANZA, notable pianista y músico, que acaba de ser reelecto presidente de la Sección de Música del Círculo de Bellas Artes y reemplazo en el cargo de inspector general de Música de la Secretaría de Educación, desde el que realizó una labor plausíble.



La reputada orquesta de los hermanos Le Batard, que dirige Germán LE BATARD, y que está obituyendo resonantes triunfos artísticos.

El señor Ignacio PADRON HERNANDEZ, que ha sido reelecto presidente general de la Asociación Canaria, en premio a su acertada actuación económica. (Foto Merayo).



Ana ARGEL, bella
actriz cinematográ-
fica de Hollywood.
(Foto Sabanti).

¿POR QUÉ HAY QUE SER TONTOS & BUENOS?

POR WILLIAM C. FORD

(Versión de J. R. Chenard)

UE UNA noche en el Internacional, restaurante del barrio europeo de Pekín, donde se reunían a exponer sus puntos de vista— peligrosos para la salud de la vieja ciudad china, ante la mirada indiferente del tío Sam, que ingurgitaba copiosamente whisky por boca de sus nacionales, mientras bolcheviques y conservadores desganitabanse defendiendo sus ideales políticos. «¿Patriotismo? ¡Bah! —gruñó Crosby encogiendo de hombros—. ¡Parece mentirosa que haya adulto capaz de utilizar tan vieja martingala a estas horas sin que se gane una azucarera por la rápida vía de la donación a *our cause!*»

Hendrickson, casual y como siempre dueño de sí mismo, lo contempló sostenidamente. «No reconozco a mi viejo Crosby en esas palabras...» Y para dilucidar el comentario sonrió, cual siempre, gentil.

«¡Pero observa cuán ridículos son, John! —insistió Crosby—. ¡No podrías dotarlos de grandeza aunque te lo propusieras! ¡Menguaba en todo y convencionales hasta la arrogancia! ¡Fíjate cómo se ponen en pie cada vez que la orquesta deja oír sus himnos respectivos, como claman por la patria diez veces por minuto, juran por ella y con ella amenazan a los desventurados indios, que a sabios o prudentes marcan las creas... se preguntan si habrá algo de verdad en cuanto les afirman... ¡Y éstos son los hombres que impulsan a sus naciones a la guerra, sin más razón para ello que su propia afirmación arrogante que el honor de las miras se hallase en esta tierra y existe sangre y tambombái! ¡Qué grotesco y qué trágico es el tal patriotismo!

Hendrickson no replicó, pero sus bondadosos ojos fijáronse en los de Crosby con asombro divertido, obligándolo a sonreír de la manera contagiosa característica en éste.

«¿Produzco mal efecto, ¿verdad, mi viejo? —inquirió el maldiciente.

Al propio tiempo corrió hacia atrás su silla y enjugóse los labios con la servilleta.

Hendrickson denegó suavemente. «¡No! ¡Te conozco de antiguo y sé que te encantas en ocasiones a propósito de motivos pueriles con temas que, en el fondo, te inspiran respeto!

Llegó un mozo y sirvió cocteles. Bebieron ambos y de nuevo Crosby se apresuró a hacer uso de la palabra.

«La cuestión es que estamos juntos otra vez, querido camarada, en tu ventura, aparentemente por un decreto del azar, que nos hizo topar en esta ciudad de las mil callejuelas, pero en realidad porque yo te seguía los pasos, espolado por la urgente necesidad de arrancarte esos planos que guardas tan cuidadosamente en el bolsillo interior de tu saco...»

En tanto peroraba sus pupilas no abandonaban el rostro del amigo, que se echó hacia adelante para interrogar, súbitamente interesado:

«¿Cómo sabes de su existencia?»

«¡Oh! ¡Como todo el mundo en Pekín, que conoce el motivo de tu viaje, el mérito de los planos en que has venido trabajando y el valor incalculable, sobre todo, que les asigna tu país! Y eres tan

cándido que, cuando los terminas, no te marchas directamente a la Embajada americana, conforme haría el más imprudente de los mortales, sino que te metes en el Internacional, es decir, el lugar más sospechoso entre todos los sospechosos, y considerándote todavía que no has jugado bastante con la fatalidad, escoges de compañero para tu cena no a este o aquel conocido, sino precisamente a mí, el peligroso entre los peligrosos...»

Hizo una pausa y prosiguió con ardor:

«Objetarás que nos conocemos desde niños; de acuerdo: pero ¿desde cuándo no nos vemos? ¡Desde nuestros días de colegio! ¿Vas dandote cuenta del triple error cometido, John? Decididamente los buenos son tontos, abominables, incurablemente tontos; tontos de capriote... Bájame un momento del pedestal en que me subsiste porque sí, porque te dió la gana, y admite la posibilidad de que yo fuera un señor que, impellido por las enormes ganancias que tal género de actividad produce, hubiérame metido a espía de una de las naciones que tienen especial interés en ponerte, a ti y a tus papelotes, fuera del camino... o comprarte, y que en prueba ahora mismo, así sin regalos previos, te ofreciera un millón. ¿Qué harías, John?»

Empurruñóse las orejas al interpelado y con voz grave contestó a su viejo amigo:

«Fuíste siempre el más leal de mis compañeros, en el colegio y en el instituto, Dick... Yo no puedo olvidar eso.

«¿Yes? —interumpió Crosby en tono de chanza—. ¡Vuelves a las andadas! ¡Ha pasado mucha agua bajo los puentes desde entonces, viejo mío, y sobre todo he aprendido a aguilatar las oportunidades! El chillido aquel feneció y hoy te encuentras ante un hombre que conoce el valor del

dinero y que, por suerte o desgracia, se halla ante una encrucijada sin salida... Vuelvo a repetirte: los papeles que guardas en tu bolsillo valen un millón. ¿Estás dispuesto a hacer negocio?»

El carmin de las orejas de Hendrickson había ganado su rostro. Con un temblorillo de paciente cólera en la voz respondió:

«¡Si pensara que de verdad me haces esa proposición!... Pero Crosby no lo dejó terminar. Alargando el brazo apretó uno de los hombros de su amigo y lo zarandeó con viveza, en tanto decía seriamente:

«¡Varnos, viejo! ¡Sabes que estoy jugando! ¡Siempre seré un clown! Pero ¿qué quieres? Me enoja ver los riesgos inútiles que corres... ¿Por qué tenías que salir con esos papeles y venir precisamente aquí?»

«¡Porque, al revés que tú, no marché por la vida viendo bandidos por todas partes! ¡Porque considero que aun queda en el mundo mucha gente decente, que no piensa más que en ganar su sustento de honrado modo y que esas historias de espías internacionales siempre presentes y dispuestos en todo momento a extraer de los bolsillos de sus gabanes millones de pesos no existen más que en las imaginaciones enfermas de unos cuantos periodistas empeñados en la poco honesta misión de *épater* al crédulo burgués...»

Meditó un instante y finalizó con expresión concluyente, que purificaba todavía su ya noble faz:

«Ante todo pongo mi fe en la patria, Dick, que tú afirmas haber olvidado, aunque no lo creo porque te conozco desde que ambos éramos muy niños y el perfil que ofrece el alma del infante no cambia nunca, digan lo que quieran los psicólogos *pour rire*... En el fondo de tu alma alienta el amor hacia tu tierra, represen-

tada, aquí, en el Asia lejana y exótica, por la bandera de las barras y las estrellas y nuestro himno, ¡que nos recuerda tantas cosas! desde nuestra buena madre hasta la mujer que nos hizo conocer la excelsa emoción de sabernos amados por vez primera, pasando por la escuela, que se nos antoja cruel e infernal durante los años iniciales de vida, pero que más tarde recordamos con unión... Y, ahora, llámame idiota si quieres. No he hecho más que exteriorizar lo que siento.

Crosby rió por lo bajo, meciedo la cabeza mientras tanto. «Oyeme, camarada... me duele de un modo físico tu tontería. Haré, por tanto, un esfuerzo a ver si te extraigo de ese abismo de cursilería, de ñoñez, de idiocia en que te debates, feliz a la postre puesto que tienes tu himno y tu banderita, pero como te acoche un día, me seré muy malicioso de averustar escondida la cabeza para no ver, con política que admiro pero me declaro incapaz de compartir, es que trataré de razonarte de la siguiente manera...»

Hendrickson tamborileó, sonriente, sobre la mesa, y se dispuso a escuchar.

«Imagina simplemente que no se trata de una broma y que yo soy, en efecto, agente de un Gobierno que no es el nuestro, naturalmente. Y, ya en el terreno de las hipótesis, supón asimismo que fui seleccionado para tratar contigo la adquisición de esos planos a causa de nuestra amistad estrechísima iniciada en la infancia... ¡Ahí era nada; disponer de un agente que podía abrazar y tratar de tal al gran Hendrickson! Mi relato se ajusta a la lógica más rigurosa, ¿verdad?»

«El oyente hizo un signo de asentimiento, mas no despegó los labios. Crosby prosiguió:

«Bien. Pues imagina que tomo, siguiendo órdenes expresas, esta mesa precisamente. Hay espías en mi torno, lo sé, pero me conocen ni yo los conozco a ellos. Tú sabes que esa es una peculiaridad del moderno espionaje: el jefe conoce a sus hombres, pero éstos no se conocen entre sí a fin de evitar las delaciones... La única misión de ellos esta noche es vigilar la mesa que ocupamos y lo hacen a conciencia. Saben que uno de sus ocupantes es el gran Hendrickson, pero ¿cuál? Para saberlo tendrán que aguardar a cierto momento, en que las circunstancias se harán poner en pie. Ellos no ignoran que tal momento llegará, fatalmente. Entonces uno, que oportunamente se habrá ocultado tras el biombo que ves en aquel ángulo, o situado al amparo de aquella pared, o quizás bajo la protección de aquel macizo de verdura, más retirado, hará fuego sobre y te matará, mientras otro apaga la luz y yo me apodero de los documentos que llevas ahí, en el bolsillo izquierdo de la americana, y desapareceré por esta puerta, colocada, diríase que providencialmente —recalcó con frío cinismo— a mis espaldas. ¿Vas percibiendo cumplidamente el cuadro en todos sus complejos detalles?»

Rió con amargura al mirar los ojos de Hendrickson, que se habían abierto desmesuradamente, tal que los de un niño.

«Prosigue imaginando —continuó— que tu apretón de manos, tus palabras, tu bondad intacta, el recuerdo de esa patria que dejé



LOS EJERCICIOS DE EQUITACION ... EN EL MORRO

El sábado 10, efectuaron ejercicios de equitación los alumnos de la Academia Militar del Morro. Los ejercicios comprendían saltos difíciles y peligrosos, algunos de los cuales fueron capturados por la Graflex de nuestros fotógrafos.

Por las fotografías de esta página puede apreciarse la maestría y el estilo de los cadetes que tomaron parte en los ejercicios, emulando intuitivamente las glorias de Saumur y de la Escuela Española de Viena.



El ganador del concurso recibe el premio.



Salto de seto vivo.



Salto de arco.



El premio a un ganador.



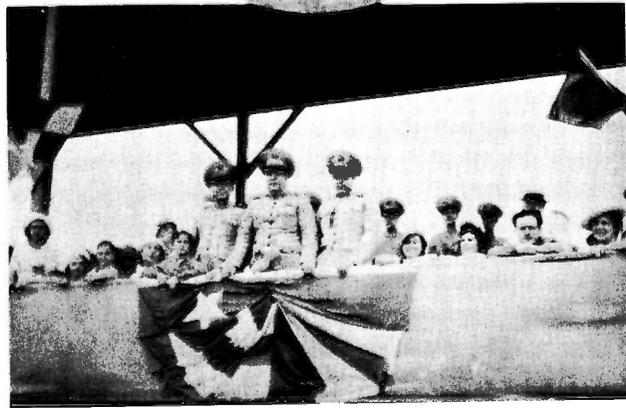
Salto largo, subiendo



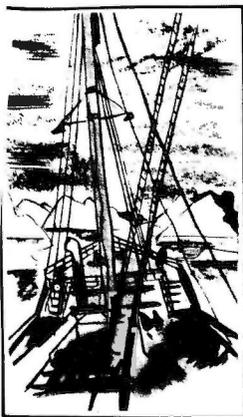
(Fotos Fincaستا)



Un salto difícil, ejecutado con elegancia.



La tribuna desde la cual presenciaron los ejercicios el teniente coronel



rige hacia la estufa, junto a la cual permanece un momento, tembloroso, soplando los dedos, golpeándose los muslos y lanzando exclamaciones ahogadas.

EL CAMARERO, con alivio.— ¡Ah! ¿Eres tú? Pero ¿por qué tiemblas así? Puedes estar cuanto quieras junto a la estufa, pero no hagas el imbécil. ¡Me repugnas!

BEN.— ¡Hace tanto frío! (Esforzándose por no castañetear los dientes, con ironía). Bueno: ¿y qué va a hacer ahora el patrón?

EL CAMARERO, con aire amenazador que hace retroceder a Ben.— ¡Oye, idiota! Si vuelves a atreverte a hablar de ese modo, vas a tener que vértelas conmigo. Así aprenderás. (Con más calma). ¿Dónde has estado metido? ¿En el castillo de proa, verdad?

BEN.— Sí.
EL CAMARERO.— Lo mejor que podrías hacer es dejar al patrón tranquilo y no mezclarte en lo que no te importa. Y, sobre todo, trata de que no te encuentre en su camino.

BEN.— ¡Pero si no ve a nadie! (Un estremecimiento de miedo contrae su cuerpo y se vuelve a mirar detrás de él). Aquí todo el mundo sabe que, fuera de los hierros del norte, no ve nada más.

EL CAMARERO, en el mismo tono inquieto.— ¡Sí, así es! La única cosa que parece interesarse es el hielo. (Tiene el puño hacia el ventanillo, con súbita rabia). ¡Hielo, hielo, hielo! ¡Que el diablo se lo lleve con su hielo! Hace más de un año que no vemos más que hielo en torno de nosotros. Estamos cogidos con una mosca en la miel.

BEN, tímidamente.— ¡Cuidado, qué puede oírnos!

EL CAMARERO, con rabia.— ¡Malditos sean él y el mar Ártico

PERSONAJES: BEN, mozo de limpieza.— EL CAMARERO.— EL CAPITÁN KENNEY.— SLOCUM, segundo.— LA SEÑORA KENNEY.— JOE, un arponero.— Tripulantes del ballenero Reina del Atlántico.

El camarote del capitán Kenney, a bordo del ballenero "Reina del Atlántico", es un compartimiento erigido de unos diez y seis metros cuadrados, con un ventanillo en medio de la pared que da a la popa. A la izquierda, a lo largo de la pared, un banco con cojines de tela basta. Frente al techo custerio, por encima del cual se abren varios "ojos de buey" provistos de cortinas, una mesa. En el fondo, a la izquierda, una puerta que comunica con el departamento privado del capitán. A la derecha de esta puerta, un pequeño órgano apoyado contra la pared. También a la derecha y siempre al fondo, un aparador antiguo, una repisa de mármol en el centro. Junto al aparador, una puerta que conduce a la cubierta. En medio de la pieza una estufa, y colgando del centro del techo, una lámpara. Las paredes del camarote están pintadas de blanco.

El barco parece hallarse inmóvil, y la luz pálida y escasa que penetra por el ventanillo de popa, indica uno de esos días grises de calma en que el mar y el cielo parecen igualmente muertos. Reina un silencio casi absoluto, únicamente roto de cuando en cuando por los pasos que resuenan en la cubierta. Es la una de la tarde, poco más o menos.

Al levantarse el telón, el silencio, particularmente intenso, parece pesar sobre la escena. Entra EL CAMARERO y se pone a quitar de la mesa la vajilla, que aun permanece en ella después de la comida del capitán. Viejo, con los cabellos grises, viste un "sweater" muy usado, un pantalón de marinero y una gorra de lana con orejeras. De mal humor, se detiene un instante para lanzar una rápida mirada a través del ventanillo. En seguida, se dirige de puntillas a la puerta del fondo y permanece escuchando con el oído pegado a la madera. Lo que oye ensombrece aun más su rostro y lanza algunos juramentos. Un ruido detrás de la puerta de la derecha le hace volver a toda prisa a la mesa.

Entra BEN en escena. De alta estatura y movimientos torpes, su rostro es largo y arrugado. Viste "sweater" un bonete de pieles, un pantalón de marinero etc. Castañetando los dientes, se di-

El REINA DEL ATLÁNTICO

y este barco apuesto y todos los barcos del mundo! ¡Al diablo! (Confuso, se empujea, como si de pronto advirtiera la inutilidad de su explosión de furor; mueve la cabeza lentamente y dice con profunda convicción): ¡En verdad, es el hombre más duro que jamás haya corrido los mares!

BEN, soñolientamente.— ¡Sin duda!

EL CAMARERO.— Desde antaño se cumplieron los dos años de nuestro enrolamiento en este barco. ¡Gran Dios! Dos años de una vida de perros, de penalidades, de comida infecta, y todavía, ni la menor señal por su parte de que al fin vamos a regresar a casa. (Con amargura). ¡A casa! Empiezo a preguntarme si volveré a verla alguna vez... (Estallando de nuevo). ¿Y qué es lo que quiere, después de todo? ¿Obligarnos a permanecer aquí hasta que reventemos, uno tras otro, de miseria y de frío? (Volviéndose hacia Ben). ¿Es que los muchachos no tienen intenciones de reclamar sus derechos? ¿No has oído nada acerca de ello en cubierta?

BEN, acercándose al camarero y hablando en voz baja.— Dícan que si no pone proa al sur para regresar, la huelga y la rebelión no demorarán mucho. Puede estar seguro de ello.

EL CAMARERO, con amarga satisfacción.— ¿Un motín? Sí, sin duda, es el mejor que pueden hacer, a falta de otra cosa. ¡Porque, des-

La gloria de Eugene O'Neill—el primer norteamericano de hoy—fue mundial por el Premio Nobel de Literatura de que se sabe con qué cuenta en la actualidad en ofrecerles hoy a sus lectores menores, perteneciente a aquella primera con sus grandezas y sus miserias, sus temas único de variada...

POR EUGENE

... Versión de

pués de todo, creo que no somos perros! Puesto que nos hace trabajar duro y nos trata como a bestias de carga, no podemos más que obrar en consecuencia, ¿verdad?

BEN.— Al sur casi no hay hielo: únicamente el mar, libre hasta donde alcanza la vista. Los muchachos opinan que no hay razón para no dar marcha atrás.

EL CAMARERO.— ¡Sí, pero él no quiere más que mirar al norte, y la barrera de hielo aumenta cada día! No le interesa la mar libre, puesto que no piensa más que en el aceite. Cada vez está más furioso, como si fuera culpa nuestra el que esta vez no haya tenido suerte con las ballenas. (Meneando la cabeza). Tengo la impresión de que se está volviendo loco.

BEN, asustado.— ¡Ah! ¿Sí? ¿Cree usted, realmente, que pueda estar loco?

EL CAMARERO.— No sé; pero si lo estuviera, no me parecería extraño. ¿Crees que haya algún hombre que no se vuelva loco con la vida que lleva? (Señalando la puerta del fondo). En primer lugar, únicamente a un loco se le ocurriría traer a su mujer—¡la mujercita más dulce que se haya visto jamás!—a un viaje por el mar Ártico, en este cochino y apuesto ballenero. Lo mismo que nosotros, la pobre no ve día y noche más que el hielo, siempre el hielo. ¡Y ella también, seguramente, se volverá loca tarde o temprano! Es inevitable.

BEN, con tristeza.— Hasta hace poco era tan amable, tan dulce... (Mirando fijamente ante él). Ahora no lo reconozco. ¡Es espantoso lo que ha cambiado!

EL CAMARERO.— Tienes razón: era muy amable con todos. Sin ella, la vida a bordo habría sido un infierno, porque él es duro, un bruto, un verdadero carretero. (Riendo de mala gana). Puede decirse que es un milagro que nuestro barco no se haya convertido en un manicomio flotante, con ese maldito hijo de puta.

EL CAMARERO.— Pero si no ve a nadie fuera de él! ¡Si no habla—si todavía es capaz de ello—más que con él!

BEN.— Durante todo el día no hace más que coser y tejer tonterías a lo que parece. De cuando en cuando, lanza exclamaciones y habla solo en voz baja, sin hacer el menor ruido. ¡Ah: en verdad, me da lástima!

EL CAMARERO.— Yo también he oído a veces quejas ahogadas a través de la puerta.

BEN, yendo en puntillas hacia



AMERICANO

En esta duda, de los dramaturgos consagrada no hace mucho la mas alta recompensa, como las letras de O'NEILL se consagraron a una de sus obras en su manera suya en que el mar y sus barcos—constituyó el magistral.



la puerta y escuchando—En este momento está gritando...

EL CAMARERO, blandiendo el puño cerrado.—¡Que Dios mande al infierno a ese hombre del diablo! ¡Oh, como le odio!

(Pasos lentos resuman en la escalera. El camarero vuelve precipitadamente a la mesa, de la cual quita los últimos platos. Exasperado por el miedo, su nerviosidad es tan grande que deja caer uno de ellos, que se rompe con estruendo. Lleno de espanto, se queda de una pieza. Ben frota el órgano con un pedazo de tela que ha sacado del bolsillo. EL CAPITAN KENNEY aparece en el umbral de la puerta de la derecha, avanza hasta la mitad del camarote y, mientras anda, se quita su grueso bonete de pieles. De unos cuarenta años de alta estatura, parece menos grande de lo que es en realidad a causa de sus anchos hombros y de su amplio pecho. Su rostro es macizo, de rasgos gruesos; sus ojos gris-azul tienen una mirada extranamente penetrante, y sus labios están contraídos. La larga pelambre comienza a ponerse gris en varias partes. Viste una pesada chaqueta azul y un pantalón igualmente azul, embudado en sus botas de marino. Le acompaña SLOCUM, su segundo, un gigante cuyo flaco rostro muestra las señales de la intemperie. Viste casi el mismo traje que el capitán y parece andar por la treintena.

Kenney se acerca al camarero, al cual parece burlarse con la mirada. La vajilla tiembla en las manos de aquel, cuyo aspecto es el de una gran consternación. El capitán levanta el puño cerrado y el camarero retrocede precipitadamente, protegiéndose la cabeza con uno de sus brazos. El capitán abre el puño y habla lentamente, como si arrastrara las palabras).

KENNEY.—Eres más perezoso que una culchra, camarero! La campana acaba de sonar dos veces y ni siquiera has terminado tu servicio.

EL CAMARERO, tartamudeando.—Ssss... sí, señor.

KENNEY.—En lugar de hacer tu trabajo como es debido, te pones a charlar como un comadre con ese mozo tan estúpido como tú. (Votándose con ferocidad hacia Ben). ¡Largo de aquí, tío! ¡Vete a arreglar mi cuarto, y aprisa! (Por detrás de él, Ben se lanza a la puerta de la escalera y desaparece). Y tú, camarero, recoge los pedazos del plato.

EL CAMARERO.—Sí, señor.

KENNEY.—Como vuelvas a romper algo de la vajilla, te prometo un baño en el mar de Bering con una cuerda atada al cuello.

EL CAMARERO, temblando.—Sí, señor. (Se apresura a salir del camarote. SLOCUM, el segundo, se acerca lentamente al capitán).

SLOCUM.—Verdaderamente, señor, el timonel me tiene preocupado. Es para hablarle de eso por lo que le he rogado que baje conmigo a su camarote.

KENNEY, impaciente.—Bueno; dígame lo que tenga que decirme, Slocum.

SLOCUM, bajando la voz.—Temo que ocurran cosas irremediables, señor. Desde hace algún tiempo, los hombres se han vuelto arrogantes e irritables y, realmente, no sé cómo nos las vamos a arreglar si no regresamos enseguida. Los dos años del enrolamiento de esas gentes acaban de cumplirse.

KENNEY.—¿Cree usted que me dice algo que yo no sepa tan bien como usted, Slocum? Yo mismo siento desde hace tiempo la rebelión flotar en el ambiente. ¿Se figura usted que no me doy cuenta de la mala voluntad de la tripulación y de cómo se hace el trabajo? ¿Por quién me toma usted, pues?

(La puerta del fondo se abre y LE SENORA KENNEY aparece en el umbral. Bajita, delgada, toda vestida de negro, da la sensación de una infinita dulzura. Su rostro es pálido y demacrado y sus ojos están enrojecidos por el llanto. Entra en escena con una expresión de temor; mira en torno suyo y abre y deja caer los brazos con ansiedad. Los dos hombres se vuelven hacia ella).

KENNEY, con brusca ternura.—Buenos días, Annie. ¿Cómo estás?

LA SRA. KENNEY, como si saliera de un sueño.—¡Ah, David!... (Calla. El segundo inicia un movimiento de salida).

KENNEY, volviéndose hacia él, severamente.—¡Esperé!

SLOCUM.—Bien, señor.

KENNEY.—¿Quieres algo, Annie? LA SRA. KENNEY, luego de una pausa durante la cual parece reunir sus ideas.—Creo que... quisiera ir a cubierta, David, a tomar un poco de aire. (Permanece en actitud humilde, en espera de la autorización. El capitán y Slocum cambian una mirada significativa).

KENNEY.—Hoy hace mucho frío, Annie. Es mejor que te quedes abajo, tanto más que arriba no hay nada más que ver que hielo.

LA SRA. KENNEY, con voz monótona.—Sí, ya sé... ¡Hielo, hielo!... Pero aquí tampoco hay nada que ver, fuera de esas paredes. (Hace un ademán de disgusto).

KENNEY.—Aquí puedes distraerte. Ahí está el órgano esperándote.

LA SRA. KENNEY, tristemente.—Detesto el órgano. Además, me hace acordarme de casa.

KENNEY, con una inflexión de resentimiento en la voz.—Y, sin embargo, sólo por tí lo he hecho poner ahí!

LA SRA. KENNEY, distraída.—Sí, ya sé... (Apartándose de su marido, se dirige con cansancio hacia el banco de la izquierda, corre las cortinas de uno de los "ojos de buey" y mira hacia afuera. De pronto, lanza una exclamación de alegría). ¡Oh, agua, agua! ¡El mar libre! ¡Ah, qué bello es después de todas esas montañas de hielo! (Vuelve hacia su marido con el rostro transfigurado por la alegría). Es preciso que suba para ver esa maravilla, David.



KENNEY, frunciendo el ceño.—Hoy no, Annie, te lo ruego. Espera un día de más sol.

LA SRA. KENNEY, abatida.—(Pero si el sol no brilla casi nunca sobre este hielo espantoso!)

KENNEY, en tono de mando.—De todos modos, hoy no puedes subir a cubierta.

LA SRA. KENNEY, empujándose con los efectos de la orden, humildemente.—Está bien, David. (Se queda inmóvil, mirando fijamente ante ella, como a través de una niebla).

KENNEY.—¡Annie!

LA SRA. KENNEY, lejanamente.—Sí, David.

KENNEY.—El señor Slocum y yo tenemos que hablar de cosas urgentes acerca del trabajo.

LA SRA. KENNEY.—Sí, David. (Sale lentamente por la puerta del fondo, que deja entreabierta).

KENNEY.—Puesto que hay que temer algunas dificultades, vale más que no la deje subir a cubierta. ¿No lo cree usted así, Slocum?

SLOCUM.—Sí, señor. —(Las dificultades vendrán, seguramente. Lo siento en los huesos, si así puede decirse. (Saca del bolsillo un revólver, que examina cuidadosamente). ¿Lleva usted el suyo encima?)

SLOCUM.—Sí, señor.

KENNEY.—No creo que tengamos que usarlos. ¡Nada de eso! Conozco bien a esa jauría de perros: un grito o una amenaza basta para domarlos. (Con satisfacción). Afortunadamente, todavía no me he visto obligado a usar esta arma. En cuanto puedo recordar y cualesquiera que hayan sido mis dificultades, tanto en el mar como en la tierra, jamás he disparado sobre nadie, y espero que nunca tendré que hacerlo hasta mi último suspiro.

SLOCUM, saciando.—¿Y si le piden que regrese?

KENNEY.—¿Regresar, Slocum? ¿Me cree usted capaz de dar la vuelta para regresar a puerto con sólo cuatrocientas toneladas de aceite en la cala?

SLOCUM, vivamente.—Desde luego que no... Pero los viveres están disminuyendo sensiblemente.

KENNEY.—¿De acuerdo! Pero así y todo, nos alcanzarán, con tal que, desde luego, los economizemos hasta el fin. Por lo demás, tenemos toda el agua dulce que queremos.

SLOCUM.—Los hombres se quejan de la comida, que encuentran mala. Desde luego, no soy de su opinión a ese respecto; pero lo que sí es verdad es que sus dos años de enrolamiento en este





UNA LECCIÓN DE ANATOMÍA.

EL PROFESOR Carthew se ajustó las gafas. Sus hombros encorvados, su fatigado rostro triste, su hiruto mostacho gris lucían

patéticamente incongruentes junto a la impúdica osamenta, enhiesta a su lado, que fingía contemplar la clase con una burlesca sonrisa. Un nutrido grupo de jóvenes se enfrentaba al profesor. Cada uno sostenía, abierto por la primera página, un libro de notas sin estrenar. El murmullo de la charla de las muchachas se extendía, como el rumor de un abejeo, por toda la aula.

...una película espléndida; me gustó mucho.

...un té a las cuatro. ¿Irás... con el novio. ¿La has vuelto a ver?

¡Jem! ¡jem!

El gutural sonido contuvo las conversaciones a media voz, y el auditorio del profesor Carthew hizo un silencio indiferente. Los rostros juveniles se enderezaron; los lápices y plumas de fuente salieron a relucir. La lección de anatomía iba a comenzar.

—Hoy quiero apartarme de mi sistema al explicar estas lecciones—dijo el doctor Carthew—. La última vez que nos reunimos, consideré la columna vertebral en detalle. Me atrevo a suponer que muchos de ustedes estimaron la clase demasiado técnica. No los fatigaré más con tales asuntos.

—El viejo tiene una cita—murmuró entre dientes un alumno—. ¡Quiere irse pronto!

—Esta tarde—siguió el profesor—voy a considerar el esqueleto como un todo... deducir, por esa osamenta que está ante ustedes, el traje carnal que un día la

El profesor Carthew, utilizando como pieza anatómica de demostración un magnífico esqueleto, dicta a su clase la más emocionante—y la última!—de sus lecciones.

POR WILLIAM J. MAKIN
Versión de ARTURO RAMÍREZ

escubrió. En pocas palabras, considerar el hombre, no el esqueleto.

Los estudiantes advirtieron sorprendidos que, no obstante la trinidad de la tarde, el sudor empapaba las sienes del profesor. Antes de reiniciar su explicación, el doctor Carthew ojó la sonrisameca del esqueleto.

—Los más dados a la literatura, entre ustedes, recordarán que Hamlet filosofaba sobre el desenterrado cráneo de Yorick, el bufón del rey, a quien llamaba "individuo de infinita bufonería". ¡He aquí un individuo así—expresó con voz tensa, mientras su índice tembloroso iba a clavarse entre las peladas costillas—. ¡Un bufón!

El énfasis salvaje de las dos últimas palabras logró que el auditorio se interesara definitivamente en la lección de anatomía. Un alumno que luchaba con un crucigrama, abandonó la caza de palabras medidas para seguir el curso de la peroración profesoral. Ida de los cauces rutinarios. —¿Quiere alguno de ustedes —invitó el doctor Carthew, con una sonrisa extraña—decirme lo que le sugiere la contemplación de estos huesos?

—Un ejemplar magnífico—respondió un bromista—. Probablemente austriaco. Debe haber costado lo menos quince guineas.

El atrevimiento conmovió a la clase; pero el profesor no dejó de sonreír, como si aceptara el desplante con el carácter de un cumplimiento.

—Buena observación, joven, en cuanto a lo del precio. Es, en efecto, un magnífico ejemplar... con espina dorsal móvil.

Un golpe de su índice hizo danzar los huesos. Prosiguió:

—Pero se equivoca en cuanto a la nacionalidad. Es inglés.

Pareció gozar de la sorpresa reflejada en las juveniles caras. Era, en aquel instante, como un actor enamorado de su drama contemplando el efecto de su actuación en la platea. Se sirvió un vaso de agua de la garrafa colocada sobre su mesa profesoral.

—Pero, señor—expuso otro estudiante—eso es muy raro, en una escuela de Medicina. ¿O es que el hombre donó su cuerpo para investigaciones científicas?

—En cierto modo, sí—murmuró el profesor. La sonrisa seguía visible bajo su hiruto bigote gris—. Resultará interesante saber que ese sujeto y yo discutimos sobre esqueletos menos de una hora antes de que él se convirtiera en objeto valioso para investigaciones científicas.

Los libros de notas y los lápices fueron totalmente olvidados. Ni la respiración de la clase era aud-

ble. Todos los ojos permanecían clavados en las gafas del profesor Carthew; todos los oídos atados al hilo de sus palabras.

—Hace unos momentos cité a Shakespeare... "Un individuo de infinita bufonería"... Así era "éste", de acuerdo con su tiempo, por supuesto. Un bufón a la moderna, pudiera decir. Era un cirujano... oh, sí, bastante conocido... pero más famoso por sus chanzas y sus absurdos cuentos, de los que él reía más que nadie, que por su habilidad con el bisturí... Foseia, sin duda, en el primer grado, la técnica de entretener; vi a algunos pacientes inteligentes aceptar el anestésico gustosos, en medio de una de las locas historietas del bufón.

Las miradas de los alumnos fueron del profesor al esqueleto, retornando casi en seguida. Los muchachos de las primeras filas comprobaron que el sudor pesaba en las sienes del disertante. Bajo las gafas, sus ojos cansados se encendían, entonces, en fieros fulgores.

—Con sus chistes idiotas y sus manos de carnicero, obtuvo cierto éxito profesional. Un día una persona de mi amistad... de mi más querida amistad... se vio sobre la mesa de operaciones ante él. La operación era delicada, cierto; pero cualquier cirujano hábil, con conocimientos anatómicos nada extraordinarios, la hubiera llevado a un feliz término. Esa persona... esa dama... ¡murió!

Hubo una corta pausa. Y luego, con voz opacada, el doctor Carthew continuó:

—Yo estaba en camino cuando aquello sucedió. Llegué solamente a tiempo de contemplar el rostro

sereno y resignado de mi amiga, bello a pesar de la muerte.

Los de primera fila advirtieron una fugaz humedad tras los lentes.

—Ustedes, estudiantes que comienzan a aprender los rudimentos de la disección y de la anatomía, ustedes, inexpertos aún, pudieran haber estimado la intervención quirúrgica como un desahogado pero vano esfuerzo por salvar una vida. Para mí, que he gastado tantos años en los estudios anatómicos, aquello fué un asesinato... un perfecto asesinato, perpetrado por un imbécil al que bisti un título autoriza a manejar el bisturi.

La voz era entonces áspera, crujiente. Cada estudiante estaba como clavado en su pupitre. El profesor ojeó el reloj.

—Había dos caminos ante mí—siguió, más tranquilo—. Uno, acusar al cirujano ante el Colegio Médico, ante el Consejo Médico General, demostrando su incompetencia y el peligro para el pueblo de que tal carnicero continuara en el uso autorizado del bisturi. Hubiera sido un gran escándalo... hubiera sido llevar una nota de deshonra a una profesión que reputo sagrada y a la que he consagrado los mejores años de mi vida. Además, las bocas del escándalo hubieran mordido el nombre de mi querida amiga, y su cadáver, era indispensable, tendría que someterse a las torturas de una disección. Imposible hacer ese camino. El otro...

Dió unos pasos en torno al esqueleto, contemplándolo con detección.

—En silencio abandoné el hospital, retornando a mi casa en Hinesca. Unos pocos días después me han hecho el honor de visitarme allí. Siempre me ha encantado la presencia de la juventud estudiosa y he gozado transmitiéndole los humildes conocimientos que poseo sobre anatomía humana... Los que me han visitado recordarán al laboratorio experimental, como vanidosamente lo llamo... el pequeño pabellón en el extremo del jardín. Mi casa refugio, al salir del hospital. Una hora después mis preparativos estaban hechos. Entré en la calle y volví al cirujano, a Wimpole Street. En tono ordinario lo invité a que me visitara esa noche. Sorprendido, esquivó la cita. Le hice un poco de crítica anatómica de la operación; protestó. Pero el hecho de haberlo invitado a darme un consejo y a firmarme invitaciones en reuniones secretamente en la Underground Station, cerca de mi casa.

El profesor repitió el trago de agua y nuevamente ojeó el reloj. El concilio cirujano arribó a la hora convenida. Nadie nos vio entrar en mi residencia. Tan pronto nos sentamos frente a frente quise saber lo que yo me proponía. Le dije que deseaba hablarle de anatomía y de esqueletos. La sonrisa extraña volvió a mostrarse bajo el bigote gris.

—Tal vez ustedes, jóvenes amigos, se han sorprendido a veces, cuando yo he divagado filosóficamente en torno al objeto de las lecciones de anatomía. Nada se presta más a la consideración filosófica que esta materia. Sentado esa noche en mi casa frente al cirujano, repetí algunas de esas divagaciones. Hablé del curioso sentimiento de horror que los vivos sienten por los esqueletos, que no acabo de comprender. A veces pienso que se basa en la extraña idea de que el esqueleto es el símbolo típico de la muerte. Y el esqueleto no es eso; tiene una pro-

pia vida, una personalidad propia. Como un estudiante dijo en esta clase, tiene el esqueleto hasta calidad: los hay malos, buenos, magníficos...

Hizo una pausa para comprobar que su juvenil auditorio no perdía una sílaba de su peroración.

—El hombre odia, al esqueleto porque esa osamenta que sonríe perpetuamente le recuerda lo que hay de grotesco en él. Lo que también es curioso: estar muy satisfechos de la carne de afuera, y avergonzarse de los huesos de adentro. A mí siempre me ha interesado más lo interior, que es más permanente, a lo exterior, que es muy pasajero...

Dió una ojeada al reloj; quedaban quince minutos.

—Advertí que el cirujano se irritaba y sorprendía con mis consideraciones filosóficas... Pero antes de proseguir, voy a recordarle, mis jóvenes amigos, un curioso hecho anatómico. Cualquiera que sea la expresión que la cara carnal registre... alegría o tristeza, odio o amor... la cara ósea sonríe. Una mueca grotesca, pero sonríe al fin. Miren esa calavera—indicó la del esqueleto de demostración profesional—miren su sonrisa...

Y añadió con voz profunda: —Mientras la hablaba al cirujano del profundo cariño que siempre había sentido por la amiga a quien sus manos de carnicero troncharan la vida, reflexionaba yo, paradójicamente, que su ese mismo sonreían en, uno al otro... Mi tristeza no conmovió lo más mínimo su faz carnal. Permanecía inquieto, pero impasible, mirándome a los ojos, tratando de adivinar mis sentimientos. Volví a criticar su inhabilidad, y lo invité, en tono profesional, a acompañarme al laboratorio para examinar unas piezas anatómicas. Deseando agradarme, aceptó; cruzamos el jardín y entramos en el pabelloncito. Como cirujanos de ustedes saben, tengo allí varios cráneos excelentes. Percudí al cirujano para que examinara bien de cerca uno... un ejemplar raro, desenterrado por mí mismo de un túmulo en Salisbury Plain. Señalé como en aquel cráneo una zona crítica de los nervios y rastros indudables de dos trepanaciones, y cuán hábilmente habían sido practicadas. Cuando se inclinó, lo golpeé... con un bisturi. Mi cálculo de la posición del corazón no estaba errado. Jurando y maldiciendo, clavando el índice entre las costillas—La vida de aquella deshonra de nuestra profesión no duró un minuto más. Antes del amanecer, tras una noche de intenso trabajo, yo había adquirido un excelente espécimen de esqueleto, para demostraciones anatómicas ante mis alumnos.

Una de las muchachas no pudo contener el grito que se le formó en la garganta. Un murmullo de espanto circuló por aula, como el vuelo de un pájaro negro. Pero nadie se alzó. Todos parecían enraizados. El profesor Carthew prosiguió, después de una ansiosa ojeada al reloj, como si temiera que concluyera la clase sin haberlo dicho todo:

—Antes de concluir mi lección de esta tarde, quiero advertir a ustedes otro hecho anatómico importante. Concerne a las extremidades inferiores, y en particular, a los pies; formados por el tarso, metatarso y los cinco dedos libres, los pies sostienen todo el peso del cuerpo, y se imprimen en forma definida sobre la tierra

DIENTES BLANCOS

... ALIENTO PERFUMADO



Los 5 resultados COLGATE



EMBLACE LOS DIENTES



LIMPIA COMPLEMENTARMENTE



PORTALECE LAS ENCIAS



ENTRA EN EL MAL OLORE DE LA BOCA



PERFUMA EL ALIENTO

¡CUÁNTA atracción encierra una sonrisa femenina al mostrar dos hileras de dientes blancos y brillantes. Obtenga usted esos atractivos... esa sonrisa cautivadora... practicando diariamente el nuevo método Colgate que da los 5 sorprendentes resultados que ilustramos.

EL MÉTODO COLGATE:

Diariamente, por la mañana y por la noche,

cepílese con la Crema Dental Colgate las encías y los dientes superiores, de arriba hacia abajo—las encías y los dientes inferiores, de abajo hacia arriba. Luego, ponga en su lengua un centímetro de Crema Dental Colgate y disuélvala con un sorbo de agua. Lávese la boca con este líquido, haciéndolo pasar por entre sus dientes. Termine enjuagándose la boca con agua limpia.

Si usted prefiere el polvo dental—similar al que usan los dentistas—use el Polvo Dental Colgate Antiséptico.



Las tapitas de la Crema Dental Colgate representan una fortuna. Cámbielas por Bonos para los Concursos del Jabón Cándido.

húmeda o cualquier otra materia similar... Estamos concluyendo la lección... El cirujano, al caminar por el jardín, dejó sobre la tierra húmeda la impresión de sus pies. Hizo poco más de una hora esas huellas fueron medidas por uno de esos científicos amateurs que emplea Scotland Yard. Coinciden con el calzado del cirujano desaparecido, por supuesto. Se detuvo para beber. La mano le temblaba.

—Parece que uno de esos vagabundos que rondan por las calles como espectros, me vio reunirme con el cirujano en la estación. A mí me conocía, al cirujano lo identificó por una fotografía. Un profesor de anatomía es la última persona de quien se debe sospechar la capacidad asesina. En realidad, no soy un asesino, ni lo que hice puede calificarse como asesinato. Scotland Yard me llama a la sagrada profesión médica de un profesional indeseable.

El profesor Carthew apuró de un sorbo el resto del agua del vaso. Brevemente su rostro reflejó intensa pena. Sonrió luego, sin turbarse por la unánime mirada

de horror que la clase clavaba en él. La puerta se abrió, dando paso a un hombre atestado y seguido por dos policías de uniforme.

—¡Profesor Arturo Carthew! —habió el recién llegado—. Soy el inspector Rollins, de Scotland Yard. Tengo aquí una orden de arresto contra usted, bajo la acusación de haber asesinado a... Finalmente—cortó el profesor, dirigiéndose a la clase—es mi deseo... lo hago constar en mi testamento... que mi cuerpo sea usado para la clase de disección, y que mi esqueleto lo emplee mi sucesor para sus lecciones de anatomía. No olviden que sea cual fuere mi expresión ahora... dolor, ira, venganza, vanidad... mi cráneo sonríe... y sonreirá mientras no se desarticule y se haga polvo.

Cayó entonces, arrastrando en la caída el esqueleto del cirujano. En su mano convulsa, sostuvo unos minutos el vaso vacío. Un débil aroma de almendras se percibió entonces.

Unánimemente la clase se puso en pie. La lección de anatomía había concluido.

CUANDO los niños se quemen o hieran aplíquelos pronto PENETRO El Balsamo penetrante

Use Pastillas PENETRO Para la Tos



ROSALIND RUSSELL, SU VIDA Y SU OBRA (*)

ASI A PRINCIPIOS de comenzar nuestra carrera periodística, y al estar nos bajo el pabellón de CARTELES, nuestro director nos sometió a un breve interrogatorio... Aquel día fué inolvidable en nuestra vida. Más que interrogatorio podríamos decir sin ruborizarnos que fué la "lectura de la cartilla", y que de aquella saludable e impercedera lección surgió en nuestra conciencia ese código al cual se ajustan los que van a caza de noticias con que satisfacer al público... Entre otras cosas he aquí lo que con más énfasis nos preguntó nuestro director: "¿Sabes cuál es el primer deber de un periodista?"

La respuesta se nos antojó obvia por su sencillez. Orgullosos respondimos sin vacilar: "Desde luego, buscar noticias sensacionales".

Y después de una breve sonrisa, aquél nos dice, recalcando sus palabras: "La noticia, es interesante. Pero el principal e imprescindible deber del periodista es prestar sincera y rápida atención a las demandas del público. El periodista o la revista se hacen para y por el público. Dejar de atender a su solicitud, ya sea cuando se trata de la masa o del individuo, no es sólo grosería sino negligencia. Y falta de tacto y psicología".

Con la lección en mente, continuamos nuestro camino, hilvanando cuartillas al correr de los años.

Naturalmente, en muchas ocasiones el periodista encuentra difícil y hasta imposible atender a ciertos deseos y solicitudes del lector. El factor tiempo y el más importante aún "oportunidad" no se concilian con nuestra voluntad.

El tema cinematográfico que nos ha sido encomendado, es quizás el que más requiere de estos factores. La oportunidad de ver a una estrella es más bien cosa del azar...

Muchas de nuestras crónicas han sido inspiradas por una petición de cierto lector lejano, interesado en esta o aquella figura del arte séptimo. Muchos lectores prefieren—otros exigen—que su nombre permanezca en el anonimato más completo... Y hemos respetado esos deseos, evitando tal vez, gracias a esa discreción, ciertos dramas domésticos que podrían surgir si la esposa sabe que el marido molido, incapaz de romper un plato, se siente exaltado ante la voluptuosa Jean Harlow, la rubia de platino, o si el marido, en cambio, sospecha que su esposa vibra de emoción ante el gallardo Robert Taylor...

Guardamos, pues, como un confesor, los secretitos de esos enamorados de las sombras.

Hoy, empero, dedicamos públicamente esta crónica a Jorge Enrique Puig, interesado en saber la vida y obras de la bella actriz Rosalind Russell. Si nuestro corresponsal oficial recomendarnos discreción y encendemos la mecha en una guerra sin cuartel... lo sentimos. No tenemos la virtud de la omniciencia.

Demoramos mucho en complacer a nuestro corresponsal porque la oportunidad para acercarnos a Rosalind Russell no se había presentado. Por fin un día tuvimos la suerte de conocer en persona a la actriz; aunque en verdad nuestro caudal de conocimientos respecto a su personali-



Rosalind RUSSELL, cuyos magníficos "bluffs" han tenido tanto éxito en Cinelandia, donde es actualmente una estrella favorita. (Foto M.-G.-M.)

dad no aumentó gran cosa. Se trataba de una de esas recepciones en las cuales se celebra el triunfo de una estrella. La festejada era Rosalind y su luncheon la película filmada para Columbia titulada "La mujer sin alma" en unos países, y "La Dominadora" en otros.

Seguida por un enjambre de curiosos periodistas que se disputaban la atención de la bella zanjera, era imposible el monopolio. La charla íntima en la cual tantas veces se desgrana el rosario de las emociones no tuvo lugar. Pero la impresión que nos hiciera la actriz quedó indeleble en el espíritu.

Bella, joven, alta, elegante como pocas mujeres en Cinelandia, Rosalind Russell posee ese don de gentes que colinda con la genialidad. Atenta, alerta, dispuesta siempre a una broma de buen gusto, hay en la comisura de sus labios bermejos un gesto brevísimamente que podría traducirse como burla impiacable a la vida.

Hemos dicho que es muy joven. Pero como todas las mujeres modernas, su edad ofrece un problema al detective más sutil... Cuando ríe se nos antoja estar en la gloria de sus veinte años... Cuando frunce ligeramente el ceño y se absorbe en pensamientos que sólo ella conoce, nos impresiona como una mujer que ha vivido durante muchos siglos y ha bebido todas las experiencias humanas.

Engañadora. Rosalind Russell charla con facilidad; da la im-

presión superficial de decirlo todo en franca camaradería, y al dejarla nos convencemos de que la mujer tiene un alma hermética donde no penetran las miradas extrañas.

Quizás nadie ha descrito mejor la personalidad de Rosalind Russell que el conocido escritor norteamericano Henry F. Pringle, quien ha tenido el privilegio de conocer a la actriz desde que llevaba cassetines... Así, pues, nos documentamos mejor en las propias observaciones de nuestro colega.

Henry F. Pringle hace revelaciones interesantes respecto a Rosalind. Por ejemplo, confiesa que la joven actriz conoce a las mil maravillas el socorrido "truco" del histerismo... Y lo aplica en aquellas ocasiones en que sabe de antemano que ha de triunfar.

¿Que Rosalind Russell prefiere trabajar con este o aquel galán joven o quiere obtener este o aquel papel en su próxima película?... Levanta la cabeza, aspira a pleno pulmón y se somete a un ataque temperamental que pone en cuidado a los productores... Rosalind obtiene lo deseado. No hay que provocar uno de esos ataques que podrían menoscabar la belleza placida de la artista.

Sin embargo, los productores han aprendido también que esos arrebatos histericos son provocados a voluntad, y actualmente cuando las más temperamentales divas comienzan a arrancarse

violentemente los esortificados cabellos, los señores magnates bostezan largamente y cruzan las piernas en espera de que pase el ataque... Los ricos se pasean riendo por las aterciolladas mejillas, testigos del maquilladas que han sufrido las largas pestanas, no comueven más a los directores... A casi todas las actrices les ha sucedido como al muchacho que anunciaba la llegada del lobo, mientras el lobo andaba a muchas leguas de distancia... Y he aquí que cuando de veras llegó para devorar a las incautas ovejas, nadie salió a socorrer al mentiroso y su manada.

Conociendo que el efecto de esos ataques histericos había dejado de ser tan efectivo como el deseado, Rosalind, cuya ascensión al estrellato en la pantalla ha sido rápida y feliz, utiliza otros medios. Sabe hacer a las maravillas lo que en vernacular americano se llama bluff. Ha tenido un éxito asombroso durante.

En 1927, nos cuenta Pringle, Rosalind salía de la Escuela Dramática de Nueva York. Antes de dedicarse en cuerpo y alma al teatro había sentido inclinaciones que la hubieran convertido en escritora, si su naturaleza voluble e inquieta hubiese persistido. Pero la esperanza de una gloria teatral mató los primeros gérmenes de aquella primera inclinación.

Al abandonar la Escuela Dramática, se enteró de que una compañía de artistas ambulantes se preparaba para dar algunas funciones en las montañas del Adirondack. Rosalind se acercó al productor de aquella compañía de cómicos de la legua...

Le pidió sin más preámbulos una parte en la obra. Y cuando aquél le preguntó qué parte podría tomar, mintió descaradamente asegurando que podía encargarse de un papel principal, aunque fuera el secundario al de la dama joven.

El productor posiblemente quedó impresionado ante los detalles elaborados y concisos que dió Rosalind respecto a su carrera dramática, a las obras en las que había trabajado, y desde entonces desde luego poblaciones desconocidas para su interlocutor, y en los éxitos rotundos alcanzados... Tan impresionado quedó el productor que en un momento de éxtasis le ofreció a la chiquilla el papel de dama joven.

Antes de que el incauto productor abriera la boca para agregar cualquier indicación, Rosalind exclamó candidamente:

"Naturalmente, necesito un salario no menor de 125 dólares semanales. Una actriz de mi categoría no puede trabajar por menos... Todos los gastos de viaje, excusado está decirlo, pagados."

Ahora viene lo curioso: el productor se raseó la barba. Arrancó unos cuantos cabellos de su leonina melena y agregó sorprendido:

"Mene usted razón, joven. Es un salario justo. Pero tendré un gran disgusto con mi socio, pues éste tiene en vista a una joven principiante, con poca experiencia y algún talento, que puede trabajarnos por casi nada... Sin embargo, antes de que el pobre productor pudiera tener una entrevista con aquél socio, el contrato de la Russell quedaba ejecutado, firmado y sellado con todas las reglas de rigor... Quedaron en reunirse en cierto pue-

(Continúa en la Pág. 59)

* A petición del señor Jorge Enrique Puig, de Camagüey.



EL RETIRO AGRICOLA.—Una comisión de obreros de la industria azucarera, integrada por los señores **F. RODRIGUEZ BELIO**, del central Narciso; **Carlos M. CASTELLANOS** y **José M. DIAZ**, del central Unidad; **Cosme SÁNCHEZ**, del central Resúita, y **Pablo HERNÁNDEZ**, del central San Agustín, visitaron la redacción de **CÁRTELES**, donde fueron recibidos por nuestro director, **Alfredo T. QUILÉZ**, y nuestro compañero **Arturo ALFONSO ROSELLO**. La comisión ha venido a La Habana para gestionar la aprobación rápida de la ley del Retiro Azucarero.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ



Juan MARINELLO, alto poeta, figura distinguida de nuestra intelectualidad, al que acaba de otorgársele una cátedra titular de Literatura Iberoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México.
(Foto Guttman).

EL P. R. C. RINDE HOMENAJE A SUS MUERTOS.—Grupo de concurrentes al acto celebrado por el Partido Revolucionario Cubano en la Necrópolis de Colón para rendir homenaje a sus muertos.



EL ANIVERSARIO DE MRS. RYDER.—El doctor **PEREZ CUBILLAS**, la señora **DE PEREZ CUBILLAS** y un grupo de miembros distinguidos del Bando de Piedra, reunidos en torno a la tumba de la in-
signe benefactora **Mrs. Jeannette Ryder**, para conmemorar el aniversario de su muerte.



SE VA EL MINISTRO DE VENEZUELA.—El señor **Luis CHURION**, ministro de Venezuela en Cuba, que abandona nuestra República después de haber contribuido poderosamente al arraigamiento espiritual entre los patrias de Martí y de Dolívar.
(Fotos Puncasta).



EL VUELO E. U.-VENEZUELA.—El subteniente **Ricardo ARAQUE PAÉZ**, del Ejército venezolano, que está realizando un brillante vuelo de los Estados Unidos a Venezuela, llegó a La Habana siendo recibido por el ministro, señor **CHURION**, y por el cónsul, señor **BÉLANGOURT**. El aviador Araque continuó inmediatamente su vuelo hacia el sur.

Luis DE TAPIA, el gran poeta satírico español, que acaba de morir en Valencia. Luis de Tapia venía padeciendo desde hace tiempo una dolencia que se agravó sin duda con el dolor de la guerra civil. Hasta el último momento en que se lo permitieron sus fuerzas físicas escribió sus versos exaltando el heroísmo del pueblo español. Se le llamaba el "Poeta del Pueblo" y pocos escritores gozaban de su popularidad. Su labor abarcó unos cuarenta años de colaboración diaria en la Prensa madrileña. Con su muerte, las letras castellanas han perdido uno de sus más altos valores.



FRANCISCO DE MIRANDA y JUAN MANUEL DE CAGIGAL, VÍCTIMAS DE LAS INTRIGAS DEL MINISTRO DE CARLOS III, JOSÉ DE GÁLVEZ e LEUCHSENBRING



Retrato de MIRANDA, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, según grabado de François Bonnecille.

LOS LECTORES recordarán que en nuestro artículo anterior dimos a conocer los principales detalles de la disputa mantenida entre el ministro de Indias del rey Carlos III, José de Gálvez, y el gobernador y capitán general de Cuba Juan Manuel de Cagigal, con motivo de la acusación que ante el primero formuló el intendente de Hacienda, Juan Ignacio de Urziza, contra Francisco de Miranda y Rodríguez—precursor de la emancipación hispanoamericana, estadista insigne y general francés—de haber pretendido introducir en esta isla por el puerto de Batabanó un contrabando de generos y de lozas, aprovechando la comisión que Cagigal le confió como edecán suyo, en Jamaica, de efectuar un canje de prisioneros con los ingleses y de investigar secretamente el estado de aquella isla a fin de emprender su conquista.

Va vimos que, según expresa, clara y terminante declaración de Cagigal en carta a su amigo y protegido Miranda, que ha dado a conocer el historiador Vicente Dávila en el tomo V de la importantísima obra *Archivo del General Miranda*, esos contrabandos no existió, y los siete mil pesos en lienzos y lozas que efectivamente, trajo Miranda de Jamaica en el *Flagutary Porcupine*, lo fueron con anticipada autorización de Cagigal y para compensar al comerciante inglés de Jamaica Mr. Felipe Alwood, quien se hizo responsable de la compra de dos embarcaciones hechas por Miranda para Cagigal, único modo de poderlas sacar de aguas de Jamaica. Dichos barcos se denominaban *Puercro Espin* y *Tres Amigos*, y costaron 7,125 dólares. No obstante la defensa que ante la Corona hizo Cagigal de Miranda, excusándolo de toda responsabilidad en el supuesto contrabando y haciendo resaltar los extraordinarios e importantes servicios prestados por éste al rey, el ministro Gálvez, enemigo de uno y otro español y de los americanos (Miranda era ve-

nezolano y Cagigal, cubano), logró que el rey aprobase el Cartel de prisioneros, pero no la persona de Miranda, quien quedó retirado del servicio, según se lo comunicó Gálvez a Cagigal en 16 de noviembre de 1781.

Uno de los pretextos de que se valió Gálvez para indisponer al rey contra Miranda, fué el que éste era simpatizador de los ingleses. Así lo expresa claramente en otro oficio que dirige el ministro al gobernador en 11 de mayo de 1782 y en el que hace constar que su majestad había desaprobadado la comisión dada a Miranda, "porque S. M. se hallaba bien informado del carácter de este Oficial y del entusiasmo con que es apasionado de los Ingleses", y le reitera la orden de arresto de Miranda y su familia a España, que se había dispuesto por las Reales Ordenes de 2 y 16 de noviembre del año anterior. Gálvez hace saber a Cagigal que el rey reprobaba lo que considera extralimitación de funciones de Miranda al estipular en el Cartel de Jamaica un artículo—el séptimo—"concerniente a las Reales Cédulas y Ordenes sobre la declaración de la presente guerra, y a la Real Ordenanza de corso", artículo que, como todos los demás del Cartel, revelaba, según afirma cteramente Vicente Dávila "el espíritu civilizado de Miranda y el carácter humanitario de la nación que representaba, Dalling y Parker", mayor general y gobernador y capitán general de la isla de Jamaica, y vicealmirante de la Escuadra Blanca, respectivamente, pero que era contrario a la política estrecha de España en aquella época.

Así las cosas, otro incidente, no menos grave, vino a complicar la situación de Miranda y del propio gobernador Cagigal.

Acusado ya Miranda, como vimos, de simpatizador de los ingleses, Gálvez aprovecha la noticia que hasta él llega de haberse permitido al general inglés Campbell y otros oficiales suyos visitar las obras de fortificación del castillo del Príncipe, durante la estancia de aquellos militares ingleses en La Habana, para formular nueva acusación contra Miranda, como responsable de esa visita en el oficio, "muy reservado", de que se trata en el tomo V de este *Archivo*, en el que se hace saber el disgusto real por ese incidente, no se oíó Gálvez de calificar de nuevo a Miranda como "un entusiasta apasionado de los Ingleses", ordenándole a Cagigal, en nombre de S. M., que inmediatamente separe V. E. de este oficio de su lado, y que en primer aviso, o Correo u otra Embarcación, que salga de ese Puerto para cualquiera de los de estos Reynos de España, le embie irremisiblemente, a ellos, sin contarle Pliegos, ni encargo alguno.

Esta nueva acusación era tan falsa como la del contrabando. Así lo hace saber Cagigal a Gálvez en representación de 5 de marzo de 1782; y le expone la verdad de lo ocurrido, que fué lo siguiente:

"El día que llegó el general Campbell a esta Ciudad de tránsito para la de New York, por urbanidad, y falta de otra prevención, le dejé a Comer en mi Casa, y a la tarde le franquee uno de mis Coches, para que con sus Edecanos diese una buelta a los paseo

público. Hallábase Miranda en el Campo, y ocupado el Ayudante, por lo que previne que los acompañase el distinguido Dn. Joseph Montesinos, a quien no juzgué debía hacer unas prevenciones tan de su profesión, y que están generalmente recargadas a los oficiales de los Puertos."

No niega Cagigal que se realizara la visita de los oficiales ingleses al castillo del Príncipe, entonces en construcción, pero acompañados aquellos por Montesinos, y quita al incidente todo matiz doloso: "Supe después—agrega—que el imprudente Montesinos llevó a Campbell a la Fábrica que se hace para Castillo del Príncipe, extramuros de esta Ciudad, y al entrando en ella, vieron su Carpintería en que se trabaja, y alguna otra pieza de las mismas que registran desde fuera, por no estar aun concluida su Magistral; Obrando en ello mas la Curiosidad, y accidente, que el Estudio, o premeditación".

Y aprovecha Cagigal la oportunidad para ensalzar una vez más las virtudes y servicios de Miranda: "Puedo asegurar a V. E. que según la conducta e instrucción de Miranda, juzgo incapaz de que con él huviera sucedido tal cosa. Ha servido a mis órdenes más de cuatro años, merecido mis confianzas, desempeñándolas sin el más leve humo de entusiasta apasionado de los Ingleses, y con mucha satisfacción, e honra; y así me es preciso en defensa justa de mi confianza, y de su conducta e inocencia, afirmar la falsedad de quanto se le imputa, y que es precisa emulación a su mérito e instrucción".

Cagigal acompaña a Gálvez todos los documentos demostrativos de la inocencia de Miranda en esta acusación que califica de "impóst ras y calumnias", agregando que no sólo dañan a su edecán, sino también a su propia persona: "nadie sería inocente—agrega—si bastase su acusación para no serlo... si basta un falso informe para destruir contra mediatos dependientes míos sin pedir e esperar el que yo dé", con lo que Cagigal pone al descubierto y rechaza la conspiración que contra él existe en la corte, y que dirige el ministro Gálvez. Y da a éste una muestra de civildad entre extranjeros, tal como se encuentran en la época: "Por lo que a mi toca no puedo dejar de quejarme con el más vivo dolor de que se presumen creer condescendencias y amistades indevidas hacia los Ingleses, lo que es solo Cagigal precisa a el Estado de estos asuntos para el mejor servicio".

Y cansado ya de seguir luchando contra la intriga política mantenida por Gálvez y sus comiltones, cerca del rey, que a eso en realidad obedecían los ataques y acusaciones contra su edecán Miranda, Cagigal termina su exposición, declarando "que si el Rey no está cierto de mi inmutabilidad o tenga la desgracia de no acertar en su Rl. Servicio, puede dignarse relevarme del Gobierno y permitirme sincerarla a sus Reales pies".

Cuando se formuló esta segunda acusación, Miranda se encontraba en Haití, de edecán del teniente general don Bernardo de Gálvez, sobrino del ministro, puesto que le había conseguido Cagigal



Retrato del capitán general y gobernador de Cuba Juan Manuel DE CAGIGAL, amigo y protector de Miranda, según copia que figura en el "Archivo del general Miranda".

para poner a su amigo bajo la protección, indudablemente valiosa, de aquél. Cumpliendo la Real Orden de 11 de marzo de 1782, Miranda es remitido por el gobernador de Haití a Cagigal. Ya en La Habana, promueve inmediatamente, en febrero de 1783, un expediente para justificar su conducta y destruir la acusación que se le hacía. Y en efecto, en ese expediente, que aparece reproducido íntegramente en el tomo V del *Archivo del General Miranda*, todos declaran a favor de éste: Alejandro de Mendiola, ingeniero encargado de las obras del castillo del Príncipe, dice que fué Montesinos quien acompañó al general Campbell, que "entró sin permiso de nadie y sin ser conocido otro de la Copulata que Montesinos, y sólo vieron la obra inferior y nada de lo exterior"; el conde de Casa Montalvo declaró a Miranda que "cuando vino aquí el General Inglés Campbell y en el día precisamente, que se dice vio la Fortificación, que se construye en el Principe; se hallaba Vmd. conmigo y mi familia en la Hazda, de Ojo de Agua, distante más de tres leguas de esta Ciudad con motivo de divertirse, y además he oído decir, a todos generalmente que quien le llevó fue D. Josef Montesinos el Único que le acompañó"; lo que confirmó el conde de Vallengien, invitado a la hacienda del conde de Casa Montalvo el día de autos; y el mismo José de Montesinos confeso a Miranda su participación directa en el hecho que se investigaba, jurando que por encontrarse aquél fuera de la ciudad, se vio precisado a servir de intérprete en idioma francés al general Campbell en su paseo por La Habana y que "el cochero se dirigió por sí propio a la Loma de Aróstegui sin que al exporante, que era sentada, olvidado y distraído con la dificultad de explicarse por tantas razones reparase el rumbo del paso hasta que el mismo general reparó en un reducido del tiempo del ciclo de esta Ciudad, que

(Continúa en la Pág. 48)

La Opinión Ajena

Continuación

gos que los que tuvieron la desgracia de ser tan mal interpretados aparecen con frecuencia en nuestras páginas, cada vez que tenemos la penosa necesidad de sacar a la piqueta pública lo mucho de malo, de atraso, de maldad y de vergüenza que tenemos en nuestro propio país. Y cuando leemos en la Prensa extranjera los juicios que a ésta le merecen los actos de terrorismo insano que aquí llegaron a ser frecuentes, no se nos ocurre que ello significa un ataque a Cuba ni a los cubanos.

Port-au-Prince, 12 de abril de 1937.

Señor Alfredo T. Quítez,
Director de CARTELES,
La Habana, Cuba.

Muy señor mío:

Con motivo de un comentario hecho en un diario de esta capital, "Le Matin", de fecha 7 del corriente, he creído necesario hacerle ésta con el fin de que de publicidad en la página "La Opinión Ajena" de la ilustrada revista CARTELES que tan dignamente usted dirige, estas declaraciones: El objetivo de ésta es para hacerle saber a la señora que no tuvo el valor de permitir que su nombre fuese publicado en la carta que le mandó a usted para publicar en CARTELES de fecha 14 de febrero del corriente; que ha exagerado mucho en sus manifestaciones, pues no ha hecho ninguna distinción. Haití es como todos los países del mundo sobre el punto de vista social; hay varias clases de personas, las hay que son de una cultura muy elevada y otras de menos conocimientos generalmente.

Se ve que su colaboradora benevola no ha tratado más que con haitianos que van a Cuba a cortar caña, recoger café y trabajar; que por circunstancias de la vida, se ven obligados a abandonar su patria para buscarse la vida, en otra tierra que es de Dios. Ayer José Martí estuvo aquí, en Haití, para recibir su gran obra de independencia de Cuba; fué acogida con beneplácito la insignie figura del inolvidable apóstol; aun vive en esta capital el cubano donde Martí se hospedó, el señor Juan Rodríguez, querido y respetado por todos los haitianos.

Hay nos que emigrar, pero no sabemos el mañan en Haití personas de una cultura tan superior como las puede haber en cualquier lugar del mundo.

Sólo me extraña, señor Director, que una persona de una inteligencia tan clara como la suya, haya compartido con la señora en sus manifestaciones tan equivocadas.

Por último le ruego, señor, haga resaltar estas manifestaciones mías en CARTELES para satisfacción propia y conocimiento general.

De usted atentamente,
Emmanuel PETION CRAIG.

COMENTARIO.—Nuestro estimado comunicante, agente de CARTELES en Haití, no ha comprendido bien el alcance de la

carta por nosotros publicada. No pretendía la autora enjuiciar a Haití ni a los haitianos, sino comentar un estado de cosas que, a su juicio, era vergonzoso.

Se refiere al señor Emmanuel Craig de que la carta no hiciera distinción entre los trabajadores cuyas costumbres flagelaba y el resto de los ciudadanos de Haití, donde, como él muy bien dice, hay al igual que en todos los países "varias clases de personas, unas de cultura muy elevada y otras de menos conocimientos".

Pero nuestro comunicante olvida que la autora no escribe un artículo sobre Haití y los haitianos, sino que comenta específicamente una situación de hecho en la zona donde vive. Y a esa situación específica se refiere exclusivamente nuestro comentario.

Se sobreentiende, sin necesidad de una distinción especial, que los males que se delatan en tales casos no pueden hacerse extensivos al país de origen de los responsables ni a los ciudadanos del mismo.

CARTELES sabe de sobra que en la República hermana no sólo existen clases superiores y cultas, sino que allí se combate toda costumbre de regresión moral con el mismo ahínco que se combate en Cuba y en cualquier país del mundo. Y sus páginas no han sido remisas nunca a proclamar las grandezas y virtudes del pueblo haitiano.

Este problema de los trabajadores haitianos que no emigraron a Cuba *motu proprio*, sino que fueron contratados por nuestras compañías azucareras, hemos sido partidarios del reembolso obligatorio de los mismos, porque la forma de su introducción en Cuba ha sido la causante de todos los males que hemos estado palpando. Y repetidas veces hemos dicho que las primeras víctimas de ese sistema de contratación, que llegamos a comparar con las inscripciones antiguas de esclavos, eran precisamente los mismos haitianos.

Al quedar ellos abandonados en Cuba después de terminada la zafra, por no cumplir las compañías locales la obligación de devolverlos por su cuenta al país de origen, el trabajo que hemos estado en un estado de indefensión absoluta en tierra extraña, y no tenía otro remedio que aceptar los jornales más viles para no morir de hambre, cayendo así en una vida primitiva, de la que no puede haber un cabal concepto en Haití, donde las condiciones más humildes jamás han llegado a igual nivel.

De ahí surgen la competencia con el trabajador nativo y el reajamamiento de las costumbres, porque donde impera una miseria extrema no hay moral posible. Y por ello ha sido preciso el exigir al Gobierno que proceda a terminar tal estado de cosas, mediante el reembolso obligatorio de todos los trabajadores antillanos que quedaron burlados en Cuba, tanto en defensa del nativo y de los jornales adecuados, como de dichos trabajadores.

Este es el problema en sus términos precisos. Y la actitud nuestra, lejos de significar un ataque a la hermana República de Haití, es en realidad de defensa y rescate del gran contingente de sus

Un Baño de Perfume



JABÓN DE HIEL DE VACA DE CRUSELLAS

El Jabón de Hiel de Vaca de Crusellas, blanquea y suaviza el cutis. Además, su abundante espuma, impregnada con el intenso perfume característico de este jabón, deja la piel de todo el cuerpo envuelta en una exquisita fragancia.

El jabón de Hiel de Vaca de Crusellas, proporciona, al más reducido costo, un baño deliciosamente perfumado.



Las envolturas del Jabón de Hiel de Vaca de Crusellas se canjean por bonos para el "Concurso del Millón".

SINTONICE LA CADENA CRUSELLAS

ciudadanos que, por culpa exclusiva de nuestros Gobiernos anteriores, viven en Cuba en condiciones de verdadero martirio y esclavitud.

—Ya no soy el mismo de antes—murmuró él, tragándose un sollozo—. La prisión acaba a los hombres...

Ella trataba de apaciguarlo.
—Bueno, bueno: no hablemos más de eso.

Consultó vivamente su reloj brazalete.

—¿A qué hora ocurrió la cosa?

—A las diez y veinte.

—¿Estás seguro de la hora?

El hizo una señal afirmativa.

—En la lucha hicimos caer el reloj y se paró. Lo dejé en el piso. Si no hubiera estado fuera de mí lo habría echado a andar de nuevo.

—¿Dejaste algún rastro?

El movió la cabeza negativamente.

—¿Ni huellas?

El le mostró sus manos enguantadas. No obstante, ella las examinó atentamente.

—Esas manchas de cera parecen frescas—le dijo, mostrándole los guantes—. Quitáteles.

El se despojó de los guantes y se los entregó. Cogiendo un cuchillo de mesa, ella cortó los botones, los guardó en su cartera y arrojó los guantes al fuego. Entonces preguntó:

—¿Vinieste directamente hasta aquí?

—No sé lo que he hecho. Creo que he estado vagando varios siglos bajo la lluvia. De pronto me

(Continúa en la Pág. 48)

La coartada...

(Continuación de la Pág. 33)

—Maté a Corling esta noche—volvijo a decir King.

Ella no pareció asustarse. Sus ojos grises adquirieron una expresión pensativa, y una fina arruga dividió su frente entre los arcos de sus cejas, delicadamente subrayados por el lápiz. Y él reconoció entonces en ella a la Queenie de Mayfair, de quien solía decirse que era toda valor y que jamás perdía la cabeza.

—¿Conque fue él quien te vendió—comentó con sencillez.

King inclinó la cabeza afirmativamente.

—Asombroso!—añadió ella, cogiéndole una mano—. Cuéntame eso.

—No tenía intención de matarle: sólo quería hacerle soltar un poco de dinero. Me amenazó con una pistola y vi rojo. Cuando solté su cuello, estaba muerto.

Un estremecimiento sacudió el poderoso cuerpo del asesino. Queenie le dió una palmadita en el hombro.

—Tranquilízate, querido.

Miedo

temor, miedo, mal dormir, neurastenia, bola, angustia, todos los trastornos nerviosos los quita SAÜCIL. No es calmente. Tónico Vegetal. En boticas. Resultado en seguida.

EL HOMBRE BLANCO

SINOPSIS DEL VO PUBLICADO ANTERIOR

Alejandro del Valle, cubano graduado en una escuela militar de Estados Unidos, se alista en Londres para pelear por Abisinia. Lo detienen en Ybidit, porque logra seguir rinde a Addis-Abeba y el tren en que va es frotado en el camino. Se presenta al emperador, quien le da el grado de capitán y lo incorpora a sus legiones guerreras, comandadas por el italiano que, desde Addis al hombre blanco, y así se lo comunica a Del Valle. Antes de partir éste logra salvar de la muerte cinco rasos obteniendo el indulto del emperador, y los toma como esclavos para que lo acompañen durante la campaña guerrera. El ras Muliguetta parte con su tropa, a la que se incorpora Del Valle, y comienzan a marchar rumbo al norte. La indisciplina y el desconcierto en el ejército etíope es causa de graves complicaciones y dos oficiales etíopes que iban como técnicos, son asesinados por los soldados. Del Valle tiene un incidente mortal con un oficial etíope y el ras Muliguetta ordena que diriman la cuestión e incluso, mueren los dos.

Marchando rumbo a Kobbo, las tribus de bandoleros nómadas atacaban a los soldados etíopes que no se apresuraban, considerando terribles baidas. El coronel Del Valle, con un grupo de hombres, sorprende a dos tiradores "shilla" y les da muerte. En Kobbo conoce al "dejadmach" Machecha, guerrero sanguinario, que muere a las pocas horas, cuando cae en masa de noche a uno de los moradores de aquel pueblo rural. Ya casi llegar al paso de las montañas, los ejércitos del negus son atacados por 21 aviones italianos que los ametrallan desde la altura. El coronel Del Valle es arrojado de su caballo, que muere alcanzado por un cañón.

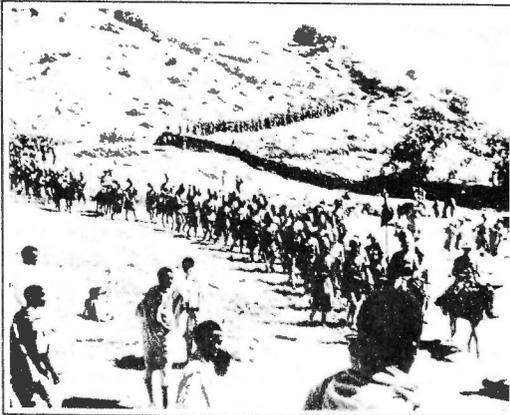
La lucha continúa, y Del Valle alista a los aviones con las antiaéreas. Luego el jefe de la marcha, el "dejadmach" Guggia, que se pasó al enemigo con su guardia. Y entonces comienza la marcha hacia Ambarabara, lugar que se cree que es de la aviación italiana, y allí se enfrenta al coronel Del Valle a la cabeza de 37 aviones, que decía "Obsesión del emperador Menelik II, la Eastern Development Corporation de Londres". Al hacer el disparo, Del Valle fue lanzado al suelo con gran ruido, pero no fue de su vida, y la bala se disparó hacia el campo enemigo, haciendo blanco a un kilómetro de distancia que había sido dirigida. Después, por encargo del ras Muliguetta, se dirigió al norte para hacer planes de las posiciones tácticas lo que cumplió, interviniendo en feroces combates.

Cada mil camisas negras italianas fueron cercados por las tropas del negus en el fondo de un valle y desviando un río que se desbordó, la montaña los etíopes los dejaron sin agua. Al fin se rindieron, pero los soldados del ras Muliguetta los asesinaron a todos. Un día después, cuatro batallones de tropas etíopes, al servicio de Italia, llegaron a las montañas de las cumbres que se conocen al oeste, se sublevaron, matando a sus jefes italianos. Los ejércitos del "Duce" reaccionaron y combatió a los etíopes derrotándolos con grandes pérdidas. Entonces, desde su campamento, el ras Muliguetta, disenteria y viruela, en las legiones del negus, y entran en juego los cinco batallones obsidurados.

El ras Muliguetta hace confidencias a Del Valle y le narra la intriga realizada por el emperador para apoderarse del trono, despojando del trono a Lijs. Los italianos toman Chalacot en un combate que los reconocen como aliados, y en un furioso ataque del mesías, el ras Muliguetta, herido de muerte, cae en los brazos del capitán de Del Valle.

Antes de morir le confiesa que el mató al emperador Menelik, encenandolo. Tefera Muliguetta, hijo del cuñado, jefe de un bando en el frente y su hermano Asrat es herido por un cañón de un bombardero italiano, que se realizó por los rasas Kassa y Seyoum y por el coronel Machecha, logra un triunfo rápido, pero los ras italianos se imponen y hacen retroceder a los nativos. Los etíopes se retiran hacia el sur, derrotados. Finalmente, un casco de bomba pone fin a la vida de Asrat Muliguetta, que había logrado escapar de la primera herida.

EL trayecto una nueva sorpresa me aguardaba. Al primer día de marcha, un corredor etíope, ja- delante, que no siguiera el rastro, llegó hasta nosotros lanzando gritos de entusiasmo y palabras y patéticos, en la planicie solitaria.



Una columna italiana en su avance sobre Addis-Abeba.

—*Kay Ambassa... Kay Ambassa... Dani Odayo... No ha muerto... Está herido cerca de Maincho... Repite su nombre...*

Reconoció a Talo Tumayo, fiel ayudante de Dani Odayo.

—*Muy lejos de aquí!* Movié la cabeza, negativamente, con una expresión suplicante. Torcer la ruta rumbo a Maincho era peligroso. Pero sentí un valiente afán de ver de nuevo al valiente guerrero. Era el último de los jefes nativos que me había acompañado al frente norte, y me alborozaba saber que vivía. Decidí marchar con mis hombres hacia el lugar donde se hallaba Dani Odayo.

Un grito sosegado descendía sobre las llanuras inmensas. No se escuchaba un solo tiro de fusil. El cielo, limpio y puro, no era turbado por el zumbido de los aviones. Un reposo absoluto parecía haberse establecido sobre aquella tierra imbandada.

La jornada se prolongó durante día y medio. Pero a medida que nos acercábamos a Maincho, el cielo iba siendo surcado por aviones que marchaban rectos, rectos y tranquilos, hacia exploraciones remotas en las laderas, después de la derrota de nuestras tropas, habían avanzado hacia el sur y aquella zona, invadida y dominada por ellos, ya carecía de objetivo estratégico y la habían desocupado para concentrar sus esfuerzos en las líneas que seguían prestando la legiones etíopas. El ayudante nos condujo con seguridad hacia una altitud pelada desde la que dominábamos un llano ondulante y fértil. Reconoci el terreno en seguida, porque allí nos batimos días antes con furia, antes de replegarnos bajo el castigo del invasor.

—*Jefe*—dijo Tumayo—*allí, entre aquellas piedras, está Dani Odayo.* Corrimos todos y, en efecto, el bravo jefe negro agonzaba al amparo de dos pedruzcos formidables, abrió los ojos vidriosos y apagados y una débil sonrisa le atravesó el rostro.

Me arrodillé cerca de él. Tumayo, al otro lado, descubrió el vientre de su jefe perforado por tres balazos, al parecer recientes. Dani Odayo relató lo ocurrido. Tenía las dos piernas destrozadas por disparos de ametralladora y un hom-

bro herido por un casco de bomba. Cayó al suelo y se arrastró hasta aquellas piedras. Terminó la batalla, se retiraron los etíopes y los italianos prosiguieron su avance. Sólo Tumayo, fiel a su jefe, permaneció escondido cerca de Maincho, entre las últimas trincheras, para tratar de rescatar su cuerpo si en realidad estaba muerto. Cuando llegó hasta él, después de la retirada de los dos bandos, lo encontró vivo. No podía andar, porque las balas de las ametralladoras italianas le habían cercenado los huesos de las piernas, poco más arriba del tobillo. Tumayo le dejó agua y algunas provisiones, y se llevó en cambio su rifle, para defenderse en el camino, una iba en busca nuestra para que lo ayudáramos al rescate, porque Dani Odayo repetía incesantemente mi nombre.

Cinco veces, el infeliz narraba:

—*Al marcharse Tumayo, quedé solo desangrándome, en espera de que los encontrase a ustedes en la ruta. Pasaron los días. Esta mañana cruzaron por aquí varios bandidos chobos. Me descubrieron. Me fingí muerto... Se inclinaron sobre mí y me despojaron del revolver. Antes de seguir viaje, uno de ellos me apuntó al vientre y lo descargó tres veces. Perdí toda esperanza de verlos. Ahora... ahora puedo morir tranquilo.*

Dani Odayo me pidió que me acercase más y dijo en voz baja:

—*Faranyi... ¿recuerdas nuestro juramento?*

—*Si...*—repeuse.

—*Pues ha llegado el momento; cumplo.*

Dani Odayo, Alamaia y Backalla, en efecto, habían hecho un pacto conmigo para que, si uno de los cuatro resultaba herido de muerte, cualquiera de los otros lo rematase.

Intenté disuadir a Dani Odayo de su gravedad real:

—*Vamos a transportarte... Es cuestión de unas semanas. Pronto estaremos los dos en el frente de combate, matando italianos...*

—*No, faranyi*—dijo—*Yo acabaré. Es cuestión de horas. No puedo andar. No hay animales de monta. Esta zona está invadida por los contrarios. Lo que ocurriría es que nos matarían a todos. Vista a mi mujer, en Addis-Abe-*

ba, y dales este amuleto. Lo he llevado siempre conmigo. Ella me lo dio dos meses antes de partir, cuando nos casamos. ¡Ve a ver al emperador y dile que Dani Odayo ha muerto como un hombre, peleando frente al enemigo!

Estaba inclinado sobre el jefe etíope, cuya cabeza, reclinada en una piedra, iba cubriéndose de una sombra que se deslizaba. Mi mano derecha buscó el cañón de mi pistola 45 y la extraje con disimulada maniobra de la funda. Sabía que Dani Odayo no tenía salvación. Era inútil pretender transportarlo a través del desierto, y era monstruosamente bandonario allí, para ser pasto de los animales de presa o de las tribus de bandidos nómadas que acabo lo mutilarían para enriquecer sus trofeos.

Seguí hablando con Dani Odayo, cuyos ojos permanecían semi-cerrados, pero decisivo, antes de cumplir nuestro pacto trágico, no sé por qué se me ocurrió una broma estúpida, de sentido macabro, con la que imaginé que iba a hacerle penetrar en la muerte por la vida alegre de una sonrisa forzada.

—*Dani*—dije, recordando por no sé qué extraño proceso mental, un cuento aprendido en el trópico... *Animate. Oye esto...* ¡Qué semejanza existe entre un cello de contentes y un defunte?... Me fue imposible resistir, y sus ojos parecieron revelar su ignorancia.

—*Ninguno de los dos*—repeuse, fingiendo una alegría triunfante—*puede trepar a un árbol...*

Dani Odayo abrió su boca en un gesto de alborozo postrado. Apretó el gatillo y me apuntó puesto bajo su barba. Gotas de su sangre me empaparon el traje. Partículas de sus sesos salpicaron mi rostro. Lo enterramos allí, en el mismo campo donde le derribó el pionero etíope, para que reposase eternamente en la tierra, cuya libertad defendería.

Volvímos al desierto, otra vez rumbo al este. Hicimos una jornada entera bajo un sol implacable que calcinaba las arenas. Apenas si teníamos agua. Marchamos silenciosos pisando un suelo del que se elevaba un vapor sofocante... Al segundo día era imposible tocar el cañón de los ríos, porque parecía haber sido calentado en una fragua. Avanzando sin tregua, y bebiendo el agua racionada, pudimos, al cuarto día, arribar al campamento del *dejadmach* Mohamed, que se titulaba a sí mismo el sultán del Auser y del máximo de todas las tribus bárbaras que ocupaban los desiertos de Danakil y que campaban en aquella incommensurable zona inhospita. Los danakiles son, como casi todos los pobladores del suelo abisinio, guerreros instintivos, pero de una ferocidad mayor, si sabe que la de los restantes indígenas. De pequeña estatura, son, sin embargo, formidables atletas, ágiles, musculosos, con amplios tórax y un desarrollo proporcional y armónico que les hace lucir cuando se despliegan en campaña de una uniformidad sorprendente. Andan casi desnudos, lo que los diferencia, también, del resto de los guerreros etíopes que sienten la superstición de andar envueltos en innumerables ropajes. Las facciones son finas, dentro de la relatividad inherente a la raza étnica de los nativos de Abisinia. Son extraordinariamente valerosos y por sus usos rituales, los danakiles hacen lucir a las restan-

El INFIERNO NEGRO



por el Coronel Alejandro De VALLE,

según lo narró a Arturo Alfonso Roselló, del staff de CARTELES

tes tribus—aun las más salvajes— como nobles especímenes de una civilización quinquagesimaria.

Todos lucen el cabello brillante porque lo surgen en mantequilla. Una mancha oscura, de un hedor rancio, que elabora en forma muy elemental batiendo durante horas la nata de leche de cabra, de vaca o de cualquier otro mamífero de los que utilizan para ese proceso.

Mucho antes de pisar el suelo etiopio yo había leído libros, llenos de pintorescas falsedades, en que se hace referencia a esta costumbre tradicional de los danakiles y se le atribuye un sentido heroico de que carece. Casi todas las narraciones escritas sobre el perdido imperio del Rey de Reyes, no sino especulaciones imaginativas de escritores de fantasía ardiente, que tomaron sus notas en una mesa de café, durante varias semanas de estancia en Addis-Abeba, oyendo las versiones falaces de los gringos y de los armados que jamás se habían arriesgado a un recorrido veinte millas más allá de las líneas urbanizadas de la capital del país etiopio.

Según esos libros apócrifos, verdaderos catálogos de embustes, los danakiles se untan la cabeza en mantequilla cada vez que le dan muerte a un enemigo. Los etiopios en Etiopia la ocupación predilecta del poblador, o lo que es lo mismo, del guerrero, es matar al prójimo, no habría en todo el territorio imperial crema láctea suficiente para registrar, con ese sentido de rigor cronométrico, de ritual o record las hazañas de estos bandoleros feroces.

Los danakiles usan la grasa para un fin menos bizarro, pero más congruente, como es el de extirpar o neutralizar los parásitos.

El dejazmatch Mohamed no se diferenciaba de sus adeptos por ningún símbolo santuario exterior, a excepción de su espada. Vestía como el último de sus siervos con una elementalidad democrática, que dejaba al descubierto sus músculos elásticos, como los de los felinos. La espada era de oro y brillantes, tan maciza, tan ornamental que parecía haber sido robada sacrilegamente a algún museo y puesta en las manos de aquel adalid bárbaro para que profanase su brillante y secular prestigio histórico. Llevaba al cinto, también, una maravillosa pistola de oro y nácar, llena de incrustaciones preciosas, saqueada quien sabe en cuál oportunidad sangrienta y a qué víctima de su intrépida mercenaria y aventurera.

Este Mohamed, sin embargo, era un jefe astuto, lleno de perfidia y perversidad. El destruyó, genuinamente destruyó, con una táctica solapada y certera, la célebre columna secreta de Mussolini que se arriesgó a penetrar en sus dominios.

El "Duce" quiso llegar a Addis-Abeba a través del desierto, en una maniobra rápida y decisiva. Era la victoria inmediata y por sorpresa, sin graves riesgos ni innecesarias pérdidas de vidas. Mussolini sabía bien que esta invasión era imposible realizarla sin la complicidad de los guerreros danakiles que dominaban el desierto. Resolvió, entonces, comprar a Mohamed el fin de que se sumara a su causa.

El propio jefe me narró ese día, con cierto complacencia orgullosa, la partida siniestra que le hizo a los ejércitos del "Duce", pactó con el invasor a base de una cantidad considerable en me-

tálico. El debía conducir o facilitar el avance italiano a través de las arenas candentes, para que llegasen a Addis-Abeba, de sorpresa, por la ruta del este. 47.000 hombres bien equipados, magníficos guerreros y con oficialidad escogida, avanzaron alegremente por el desierto de Danakil, rumbo a la capital del imperio etiopio. Seis pozos de agua potable, espaciados a lo largo de la ruta, hacen posible el tránsito de las caravanas, que recalcan en cada uno de ellos, siguiendo el rumbo de los guías.

El dejazmatch Mohamed facilitó a la columna secreta los guías preciados que la conducirían, por entre el yermo inexorable, de frescura en frescura. Las primeras dos etapas se rindieron sin dificultad y la tropa fascista tuvo agua abundante para calmar la sed que abrasaba a 47 mil gargantas enronquecidas de dar vótores al "Duce" y a las armas romanas. Pero al llegar la tercera etapa, ya en mitad del desierto, la oficialidad descubrió que los guías habían hecho mutis. Y cuando, después de un avance espoliado por la zozobra, se llegó al tercer pozo, se pudo comprobar que en sus aguas existía un veneno fulminante. Avanzaron al cuarto pozo y el veneno estaba allí esperándolos. Implaceable. Hubo un espanto y una confusión que la candencia de las arenas y el fuego vertical del sol africano hicieron más trágicos. Retrocedieron en el afán de ganar la zona inicial que habían respetado Mohamed, con el propósito de impulsarlos a un avance seguro. Pero, con desesperación de la tropa, el segundo pozo estaba envenenado también.

Aquellos hombres no podían

marchar un kilómetro más por las arenas caldeadas, aniquilados por la sed, batidos por un sol inclemente, llevando a cuestras un uniforme y un equipo militar que los suplicaban. Morían por cientos con los labios ávidos sorbiendo el sangre que se hacían brotar de la piel desgarrada por los dientes y por las uñas febriles, en el esfuerzo por escapar a la agonía y al suplicio de aquella reverberación sofocante. Otros pegaban los labios a la arena y la mordían con furia, como si pretendiesen extraer a cada grano ardiente un resto oculto de humedad y fresca cura.

En el segundo pozo muchos soldados, enloquecidos por la sed sorbían el agua envenenada y morían en la arena, revolcándose como poseos, pero más alegres de acabar con las entrañas desgarradas por el tóxico, que de calmarse en un lento suplicio con todo el cuerpo deshidratado y seco. Al cuarto día de sed espantosa y de aniquilamiento enloquecidos las propias tribus danakiles caían sobre las tropas italianas y las aniquilaban. Apenas 18.000 hombres de la primitiva legión invasora pudieron pisar de nuevo, con las mentes desgarradas por mil recuerdos de pesadilla, el suelo eritreo.

De los cadáveres de estos soldados italianos que quedaron tendidos en el desierto de Danakil, varios aviadores franceses que patrullaron en raids de exploración desde la Somalia francesa, tomaron numerosas fotografías. Muchos se insertaron en los periódicos y en las revistas de Europa y otras circularon en tarjetas postales oleografiadas por la publicidad que se organizó internac-

ionalmente en torno del conflicto italoetiopio.

El dejazmatch me recibió con acogedora efusión y me hizo pasar a su tienda.

—He oído hablar del Kay Amhassa—dijo—y de sus hazañas guerreras... Sé que ha batido al enemigo... ¿Cómo está la lucha en el frente? ¿Podremos desalojar al invasor? ¿Son tan fuertes y numerosas sus legiones como me han dicho? Explicó, como pude, en breves frases al jefe de los danakiles lo que ocurría y le expuse cuál era la causa de nuestros descabales en Makalé y Maincho.

—Quédese conmigo—propuso—y permaneceremos en el desierto para combatir a los italianos con menor riesgo.

—Sonrió de modo siniestro y dijo en seguida:

—Este es un sitio muy seguro... Aquí no se aventurarán nunca más los malditos faranyis de la cara redonda.

—Creo—le dije—que debiéramos marchar mejor con rumbo al sur para aproximarnos a Addis-Abeba.

—Yo iré hacia el sur—repuso—para vigilar al enemigo y para saber si intenta por ese lado aventurar sus tropas para cogernos de sorpresa...

Se acordó el mentón con un gesto de reserva y malicia y dijo: —Lo que no haré, ni ahora, ni más tarde, ni nunca, es salir del desierto... Aquí soy el amo...

Esa tarde emprendimos la marcha hacia el sur en busca de agua, porque las provisiones de la tropa nativa eran minúsculas. Mohamed llevaba consigo a un viejo jefe encorvado, esquelético, de ojos hundidos, con unas manos sarmentosas y crispadas, provisto de un palo. Era una suerte de bastón silvestre, una horqueta florecida en tripode con la que parecía auscultar el agua recóndita que descansaba en el lecho profundo de las arenas cándidas.

(Continúa en la Pág. 54)



Soldados italianos defendiéndose del cerco establecido por las guerrillas abisinias.



La coartada...

(Continuación de la Pág. 45)

encontré en Berkeley Square y se me ocurrió venir a tu casa.
—¡Mi pobre viejo! Si lo hubieras pensado un poco, hubieras venido en seguida. Sin embargo... Consultó de nuevo su reloj.
—No te has demorado tanto. Son las once y cinco.

Pensativa, se cogió la barbilla entre los dedos.
—Lo que necesitas es una coartada—declaró—. Oyeme, querido: no te dejes ver, sigue mis consejos y todo irá de lo mejor. Cuando la Policía venga por aquí a pedir noticias tuyas—porque no dejarán de hacerlo en cuanto encuentren el cadáver—, quiero que puedas presentar una coartada absolutamente irrefutable. No me preguntes: sube a tu antiguo cuarto, báñate y cambia de ropas. Encontrarás sobre la cama un traje nuevo con todo lo necesario: es la pequeña sorpresa que te reservaba. Pero date prisa: no te concedo más que cinco minutos. En cuanto estés listo, baja al salón. Yo me encargo de lo demás. ¡Ahora, aprisita!

Lo besó en la frente y, con suavidad, le empujó hacia la puerta. —Inocentes por murmurar, hablando con su imagen reflejada en el espejo—. Todos son unos inocentes. Y seguramente por eso es por lo que nos roban el corazón.

Apagó la luz y fué a reunirse con sus huéspedes.

El reloj.

Una nube de humo opaco; luces atenuadas por pantallas; hombres en mangas de camisa, con los cuellos y las corbatas zafados,

TANGEE AMADO



CARTELES

reunidos en torno de una mesa donde, entre vayas y certeros resbosos, los paípes hacían ressaltar sus vivos colores sobre el tapete verde, y finalmente, como fondo, la sobria elegancia de un salón estilo siglo XVIII; tal fué el cuadro que, instantáneamente, devolvió a King Walters a un mundo que creía haber olvidado. El cambio de traje parecía haberle devuelto la seguridad en sí mismo: aquel terno azul, de buen corte aunque un poco ancho, contribuía a darle el aire de distinción sin rebuscamiento común a sus antiguos compañeros.

No había a la hora otra parte, más que dos de ellos: Benny Isaacs, el judío siempre excitado, que le saludó con una bienvenida resonante, y el viejo Jack Meldon que, sin quitarse el cigarro de la boca, gruñó entre dientes un afañado "encacada de verte, hijo!" Los otros eran extraños para él: un colonial de tez curtiada, a quien llamaban Mac; un individuo rojizo y rechoncho, que tenía el tartajoso acento de Lancashire; un joven albarado, ligeramente achispado, y dos o tres más. Quecaban, quecaban, y los otros se desfilaban una letanía de nombres. Luego, sin más cumplimientos, empujó a King hacia el fondo de la sala, donde se hallaba un aparador cargado de emparedados.

(Continúa en la Pág. 56)

Francisco...

(Continuación de la Pág. 44)

se apeó a ber y en consecuencia bio la fortaleza del Prinsipe a la que se dirigió voluntariamente, quedando el que declara como diez o doce pasos atrás dando lugar a que el centinela y oficial de guardia lo debiesen ver, estaban a la puerta para permitirle entrar y acompañaban así dho, oficio, como él de Ingenieros se Yncorporó el exponente (a quien nada le preguntaron perteneciente a permiso del gobierno) con ellos y finalizado se retiró con dho. Sr. sin que ningún otro sujeto Español lo acompañase a la vuelta.

Pero todo fué inútil. Y el teniente coronel Gálvez, lejos de proteger a Miranda, como Cagigal se propuso, se convirtió, también, en su enemigo, debido a la actitud de Miranda negándose a desahuciar la relación que hizo el abate Roland sobre la conquista de Providencia y otras islas de las Bahamas por la expedición que mandaba Gálvez, con elogios extraordinarios para Cagigal por su conducta militar en dicha expedición, y que Miranda, considerado como un soldado de los hechos acaecidos. Encolerizado por esta negativa, Gálvez hizo prisionero a Miranda, y después de secuestrarle sus papeles y libros, lo envió a La Habana, según ya hemos visto.

Gracias a los numerosos amigos que Miranda tenía en La Habana, permaneció oculto en el campo hasta que en primero de junio de 1783 abandonó secretamente la isla, rumbo a Charles-ton.

Cagigal fué sustituido en 30 de diciembre de 1782 por el mariscal de campo don Luis Unzuaga y Amézaga, dirigiéndose, más tarde, por orden del rey, al Cuartel General de Gálvez, en el Guarico, de donde salió arrestado para España, donde permaneció cuatro años preso en el castillo de Santa Catalina de Cádiz, mientras se tramitaba la causa, seguida contra él por su actuación en Cuba. Durante todo este tiempo Cagigal mantuvo violentísimas polémicas con sus acusadores y jueces, hasta que en 1789 el rey Carlos IV lo

¡CHOFER! EL SOL DE AMÉRICA

Asóciase a: Colón, 16-18. Tel. M-8582. Habana

rehabilitó, pero sin empleo, logrando incorporarse, después, como jefe de la División de Vanguardia, en el Ejército que sostuvo la lucha contra la República francesa en la guerra que terminó con la paz de Basilea. Se le dió entonces la capitania general de Valencia. Y en esta ciudad murió a muy avanzada edad, maldecido, según afirma Jacobo de la Perucha, "su impotencia cuando todos los españoles querían paracer su yugo de los franceses".

Cagigal se negó en todo momento a la entrega de Miranda, reiteradamente pedida por Bernardo Gálvez, y en comunicación firmada en La Habana en 30 de mayo de 1783, le hace saber que el paradero de Miranda "es en el Campo, donde con mi permiso fué a restablecer su salud... y conviniendo absolutamente a mi honor y al suyo vindicarse a los Pies del Trono, como siempre lo tengo ofrecido al mismo soberano, yo respondo lo al Rey de su Persona".

Cuando Miranda abandona esta isla, Cagigal le da diversas cartas, recomendándolo a sus amigos, y además una, muy interesante, de presentación para Jorge Washington, fecha 23 de mayo de 1833, reveladora de las simpatías de Cagigal por el apóstol y héroe de las libertades de las provincias inglesas de América, emancipadas de la metropolí, carta que dice así:

"Al señor nio: Ya que las presentes circunstancias no me han permitido concluir la Guerra, y de regreso a España, visitar esos famosos Países, y tener el honor de conocer personalmente al Fabio de estos tiempos, como lo habia premeditado; permítame V. E. lo haga por medio de esta carta, ofreciéndome a su disposición, y recomendándole al mismo tiempo mi Edecan el Tente. Coronel dn. Francisco de Miranda, como con el propio designio se acaba de embarcar para Philaderfía:

su carácter, instrucción y demás circunstancias me han merecido siempre singular distinción, y espero le hagan acreedor igualmente a su agrado y estimación de V. E.; que celebrará el punto.

Soy constante admirador de las heroicas virtudes de V. E.; y lo tanto tendré siempre singular satisfacción en servirle, y que me mande quanto fuese de su mayor agrado.

Déjelo Señor guarde su apreciable vida muchos años, y conserve sus gloriosos Hechos a la inmortalidad".

El duplicado de esta carta aparece conservado en el Archivo de Miranda, y según aclara Vicente Dávila, la letra de la carta es de Miranda, estando firmada por Cagigal.

Después de visitar diversos pueblos de la América del Norte, Miranda se dirige a Inglaterra, y en 10 de abril de 1786 dirige al rey Dávila, por medio de su ministro el conde de Floridaabanc, una representación, en la que le expone detalladamente sus servicios durante diez años a España, refutando todos los cargos que contra él se formularon; representación que no contestó nunca el rey, y que termina con atrevidas frases, en las cuales, según afirma Dávila, "se revela ya el futuro precursor de la independencia hispanoamericana". En efecto, después de suplicar al rey lo exornere del empleo y rango de que gozó en el Ejército, le pide, finalmente, lo reembolso de la cantidad de ocho mil pesos que le costó el empleo de capitán, suma que le serviría, junto con sus sueldos atrasados, para dar a conocer a la juventud suramericana su verdadera situación política con respecto a España; "para que conociendo mejor mis Paisanos su situación actual, caminen con más experiencia en lo sucesivo, y sepan moderar los altos pensamientos, a que comunmente es guiada la noble Juventud Americana!"

Miscelánea

* La Via Láctea, llamada vulgarmente "camino de Santiago", se compone, según Herschell, de unos 18 millones de estrellas, en medio de las cuales se halla nuestro sistema solar.

* El doctor Platt cuenta de un suizo al que se le quiso ahorcar nada menos que tres veces, sin conseguir darle muerte, porque, gracias a una enfermedad, tenía la tráquea tan endurecida como si fuera de hueso.

* Aristóteles y Darwin afirman que los perros, gatos, caballos y

todos los cuadrúpedos vivíparos sueñan. El último afirma lo mismo de los pájaros.

* Sydney Smith asegura haber heredado de su madre sus cualidades de escritor, siendo un caso conocido el que la madre del historiador Gibbon fué muy versada y erudita en historia.

* El insecto de mayor tamaño que se conoce es el escarabajo elefante de Venezuela, que a veces alcanza a tener un peso de media libra.

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE
Lata, Cristal, Cuchieros, Aluminio, Lámparas y Objetos para Regalos.
COBERTERÍA Y CRISTALERÍA

"LA MARIPOSA"
de MANUEL COTERA, S. en C.
GALIANO, 56 (entre Neptuno y Concordia). TELÉFONO M-6127, HABANA.

Remitimos CATÁLOGO GRATIS, exclusivamente al Interior. ¡Fídelo!

MI dirección:

Sr.
Calle
Ciudad..... Provincia.....

EL CENTENARIO DE ARANGO Y PARREÑO, EL MÁXIMO ECONOMISTA CUBANO

■ POR ENRIQUE GAY CALBÓ

El "Discurso sobre la agricultura"—

L TENER noticia de la sublevarción de los esclavos de Haití, Arango y Parreño, apoderado del Ayuntamiento de La Habana, se siente diputado de toda Cuba. Es también ahora el posibilista, que encuentra en la inevitable y no deseada desgracia de los franceses la oportunidad de engrandecimiento para su patria. La proclama haitiana era superior a la de casi toda la América, por la intensidad de los cultivos y por la cantidad enorme de africanos llevados a aquella colonia. Con la destrucción del comercio francés de Haití, veía Arango nacer el de Cuba, y quería que los gobernantes fueran la previsión de evitar su ruina, para el caso de que los anteriores productores se repusieran e inundaran otra vez el mercado.

Escribió entonces su *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medio de fomentarla*, que es de actualidad, aunque tiene ya de redactado más de ciento cuarenta y cinco años. No bastaría un curso entero de disertaciones para explicar en toda su amplitud el alcance de aquella exposición al rey Carlos IV.

Afortunadamente, fué atendido, después de una larga polémica entre los propios consejeros del Borbón de turno.

Arango preparó luego otras representaciones, como entonces se decía, algunas de ellas de gran interés: la que trata de la necesidad de establecer refinerías en Cuba, que es de 1794; las que se refieren al tabaco y a la urgencia de suprimir la Factoría, de 1805 en adelante; las que plantearon los problemas de la esclavitud y de la abolición del comercio negro; las que pidieron instrucción de primeras letras y que implantaron un plan de estudios y otras muchas más. En ellas advierte su capacidad de estadista.

Sin embargo, hay que preferir siempre el *Discurso sobre la agricultura*, que es el punto de partida de nuestro descubrimiento económico. Ahí está cuanto necesita saber, de fundamental, el gobernante cubano para cumplir sus deberes. No puede un hombre de gobierno ignorar el *Discurso* de 1792. Y ya entrado en ese mundo de verdades, irá el gobernante a los estudios complementarios, a los informes que siguieron, a las gestiones de Arango en el Consulado y a seguirlos en sus ascensos, hasta el conocimiento absoluto después Saco, Pozos Dulces, Balmaseda, Bachiller, Cisneros Bezanourt y tantos otros que se han preocupado por nuestra pervivencia como pueblo. Entonces llegará a percibir con claridad la magnitud de su misión.

Nuestros males económicos vienen de no haber seguido los consejos de Arango.

Uno de los primeros párrafos del *Discurso* abarca todo el problema: "Ya nadie niega ni duda que la verdadera riqueza consiste en la agricultura, en el comercio y las artes, y que si la América ha sido una de las causas de nuestra

decadencia, fué por el desprecio que hicimos del cultivo de sus fértiles terrenos; por la preferencia y protección que acordamos a la minería, y por el miserable método con que hacíamos nuestro comercio".

Es todo un programa vastísimo, trazado con la sobriedad del hombre de ciencia en unas cortas palabras. Arango afirmaba a continuación que Cuba bastaba por sí sola para vivificar el organismo nacional, el de toda España, y hacerlo poderoso, y lo prueba con la enunciación de ideas que son axiomas en el aspecto de la economía. Para ello—dijo—se hacía necesario suprimir los monopolios a fin de quitar las cadenas de la industria, permitir la venta y la compra libres, desestancar el tabaco, omentar buenos métodos de agricultura, continuar el impulso dado al comercio por los conquistadores ingleses de La Habana, aprovechar todas las oportunidades para lograr el mercado de las demás naciones, considerar como artificiales e inseguras las alzas de precios ocasionadas por estados transitorios de escasez mundial y preparar a nuestros productores para que hicieran frente con fortuna a las rehabilitaciones de los antiguos cosecheros, establecer zonas francas para las mercancías en depósito, tomar en serio las industrias derivadas de la caña, la del tabaco, educar para la agricultura a los cubanos, acordar aranceles lógicos, fomentar las refinerías en Cuba, defender a los productores contra los usureros, estimular el aumento de la ganadería, posibilitar el de la población blanca, colonizar de modo racional, industrializar la agricultura, diversificar las siembras.

Arango habla de los periodos de miseria y de los de prosperidad, aquellos debidos al atraso de la agricultura y del comercio, y éstos logrados por circunstancias ajenas a todo al trabajo y a la gestión de los gobernantes y productores de Cuba, como ha ocurrido después la mayor parte de las veces. Así, dice estas cosas nunca bien comprendidas, con respecto a las épocas de ganancias traídas por la guerra de 1770 cuando los ingleses por la sublevarción de los esclavos haitianos:

"¡Ojalá que a tantos bienes se hubiese unido la ventaja de saber aprovecharlos! Pero cuando volvió la paz, cuando zarpó la escuadra, cuando se ausentó el ejército, cuando nos vimos solos y ajustamos nuestras cuentas, fué cuando conocimos que apenas quedaba en nuestro poder el diezmo de las riquezas que allí se habían derramado. Las demás se escaparon al extranjero en cambio de bagatelas, y lo peor es que aun de estas nos vimos solos y ajustamos la cuenta, por la sublevarción de las haciendas que no daban los costos cuando faltó la abundancia de consumidores.

Hoy, en más feliz situación, por el funesto incremento que han tenido las desgracias del vecino, vendemos nuestros azúcares a un precio ventajosísimo, pero mañana ¿qué habrá? He aquí el verdadero cuidado que debe tener la isla de Cuba".



UN TESORO DE BELLEZA

SERÁ SU CUTIS USANDO LOS DELICIOSOS

POLVOS

GRAVI



La dama del más refinado gusto, encontrará un verdadero "tesoro de belleza" en cada caja de los exquisitos POLVOS FACIALES GRAVI.

Porque su incomparable fineza, permite que se adhieran al cutis con uniformidad, impartándole la apariencia de una eterna juventud... haciéndolo cada día más encantador... más sugestivo!

LABORATORIOS GRAVI

LOS POLVOS GRAVI PROTEGEN EL CUTIS CONTRA EL SOL Y EL VIENTO

En la comunicación anunciadora del *Discurso* de 1792, Arango decía que era preciso mirar la calamidad que sufría la población francesa de Santo Domingo "no sólo con compasión, sino con ojos políticos".

Esa es una frase eterna. El estadista ve la sucesión de los hechos, en donde el imprevisor no encuentra más que motivos de reflexiones tristes, o lamentos, o medios de lucro fácil. Y mientras éste se agazapa y esconde la cabeza como un avestruz, aquí se prepara a combatir con los elementos que encuentra, saca energías de su propia debilidad y evita el descalabro o lo hace menos peligroso. Es que ha mirado con ojos políticos.

La enseñanza del mapa.—

Arango y Parreño sabía estudiar el mapa. Es el mapa un instrumento de fecunda labor, si lo utiliza un hombre de capacidad de estadista. En el mapa se dio cuenta Arango de la situación geográfica de Cuba. Miró los pueblos cir-

cundantes y conoció la historia de todos juntos. Sus deducciones fueron las lógicas de quien se siente preocupado por el futuro del grupo humano a que pertenece.

El mapa le dijo que está Cuba en un lugar privilegiado del mundo, hasta el punto de que puede convertirse en el centro comercial de este hemisferio con un poco de previsión y de trabajo útil. La hoy llamada fatalidad geográfica, en que algunos gobernantes del Norte basaron su política de la fruta madura, era entonces una realidad ventajosa. De nosotros ha de depender en todo instante el disfrute feliz de esa realidad, porque los pueblos forjan su propio destino.

Arango no pensó en el azúcar como única fuente de riqueza, aunque la tomó bajo su protección. Ciertamente, en sus días, era el que se podía llamar "fruto de extracción". Y verdad es que reprodujo estas palabras de un autor francés:

"El azúcar, la más rica e importante..." (Continúa en la Pág. 52)

ASMA y demás enfermedades alérgicas. DR. SOLANO GRIMAL O'REILLY No. 49. 601-4. TELF. A-8996

DEPORTES



El alcalde de Marianao, señor Pedro ACOSTA, en el momento de coronar a la bella señorita Solange LASARTE, elegida recientemente "Miss Náutico", en el certamen celebrado hace poco por el Club Náutico de Marianao.

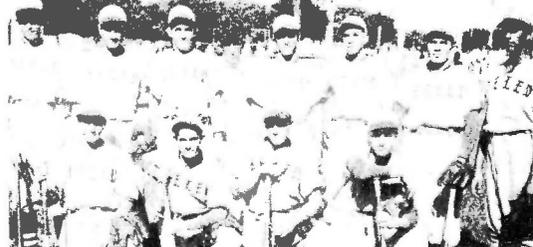
(Fotos Funcasta).



Un grupo de la selecta concurrencia que asistió a la coronación de "Miss Náutico" en los salones del Club Náutico de Marianao. Además de la señorita Solange LASARTE, aparecen en la foto el señor Manolo ROJAS, administrador del Club; el alcalde de Marianao, señor Pedro ACOSTA, y el señor Osvaldo FARRÉS, alto empleado de la Cervecería "Polar".



El equipo de "baseball" de menores de quince años del Colegio de Belén, que resultó victorioso en el campeonato intercolegial efectuado recientemente.



Equipo de "baseball" de menores de diez y ocho años del Colegio de Belén, que también obtuvo la victoria en el campeonato intercolegial recientemente finalizado.



Algunos de los triunfadores de nuestro gran concurso béisbolero, que fueron premiados con trofeos a la medida de la sustrería "El Arte", de Reina, 21. Junto a los agraciados aparecen el gerente del establecimiento, señor Rogelio FUENTES, y el capitán Manuel GONZÁLEZ.

TRAFICANDO EN "CADÁVERES"



NUESTROS promotores de boxeo, amigos en muchas ocasiones de resucitar cosas muertas, se proponen, según ha llegado a nuestro conocimiento, importar a La Habana al vetusto *heavyweight* norteamericano Johnny Risko, para enfrentarlo, en un encuentro al que se pretende dar carácter de sensacional, con nuestro campeón Mall-brán.

Si esa importación se hubiera realizado hace diez años, cuando Johnny Risko era realmente un boxeador valioso, la idea nos hubiera parecido excelente. Pero hacerlo a la vez de la antigua estrella del *ring*, cuando hace muchísimo tiempo que Risko ha dejado de existir como atracción pugilística en los Estados Unidos, nos parece, simplemente, un atentado al bolsillo de nuestros fanáticos, ya repetidamente esquilmados.

Esa importación que se pretende del acabado Risko, como otras importaciones realizadas en el pasado, obedece, al parecer, a esa táctica del "promotor de pecho", que todo lo sacrifica al deseo de no exponer un solo centavo de su dinero, ni siquiera cuando trata de impresionar al fanático con la idea de que va a presenciar un *star-bout* de la mayor importancia. Porque mientras los promotores habaneros se aprestan a ofrecerle a nuestro público "la resurrección de Risko", se da el caso de que Baltasar Sangchilli, el vencedor de Alf Brown y auténtico campeón mundial del peso gallo de la Internacional Boxing Union, lleve dos meses en La Habana sin ser firmado para un encuentro, por motivo de que el valenciano se niega a pelear mientras no se le conceda por lo menos una módica garantía.

Hora es ya de que se tomen medidas encaminadas a evitar que se engañe al público, ya que engano y no otra cosa supone el presentar en La Habana al Johnny Risko actual, haciéndolos creer a los fanáticos que se trata de la misma estrella que brilló con intensidad hace una docena de años.

AYUDE A LOS CIEGOS!

Concurra el próximo sábado, día 24, a la Verbena "La Despedida de Villa Miramar", org. por la Ass. Cubana de Ciegos, en Calzada y 20, Vedado.

De 9 p. m. a 4 a. m.

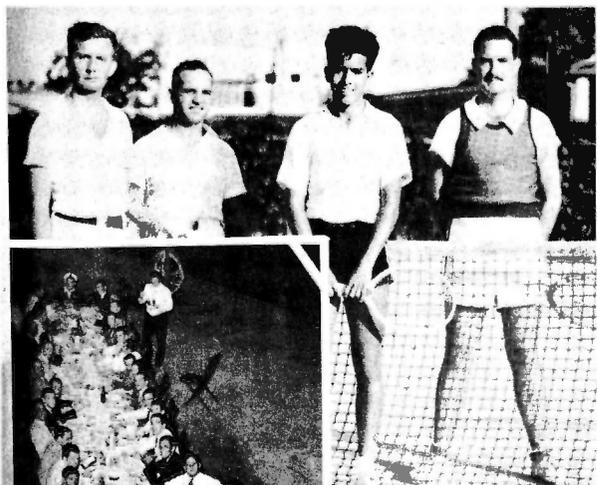
Notas DEPORTIVAS



EL REPARTO DE PREMIOS DE LA LIGA INTERCOLEGIAL EN EL INSTITUTO EDISON. — La señora Ana María RODRÍGUEZ DE GUTIÉRREZ, directora del Instituto Edison, y los directores de la Liga Intercolegial, presidiendo el reparto de premios a los atletas vencedores en el "Field Day" recientemente celebrado en el Stadium Tropical. El acto se efectuó en los terrenos deportivos del Edison.



EL REPARTO DE PREMIOS DE LA LIGA INTERCOLEGIAL EN EL INSTITUTO EDISON.—El capitán del equipo del Colegio de Belén recibiendo el trofeo conquistado por sus atletas en el "Field Day" del Stadium Tropical.



EL CAMPEONATO NACIONAL DE TENIS.—Los señores WILLIAMS, GARCÍA, LA TORRE y MAZAS, que tomaron parte en los primeros "matches" del Campeonato Nacional de Tenis, que comenzó a jugarse el sábado 17 en los terrenos del V. T. C.



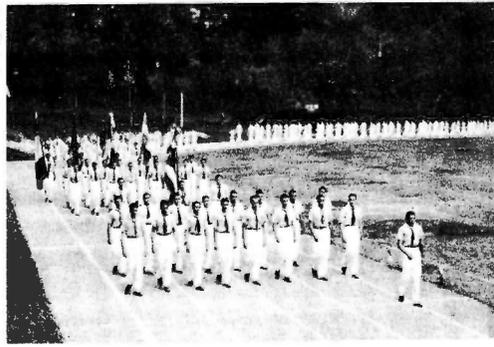
EL CAMPEONATO NACIONAL DE TENIS.—Lionel ALBERU, que venció a Eric WILLIAMS 4x6, 6x3, 6x3, 4x6, 6x4, en los preliminares del campeonato nacional que se juega en el V. T. C.

EL CAMPEONATO NACIONAL DE TENIS. — Joaquín PARDO, el letrado tenista, que venció a M. A. Bolaños 6x0, 6x1, 6x0.



LA TEMPORADA DE REMOS.—Los remeros del Habana Yacht Club, celebrando su comida anual bajo la presidencia del ingeniero CADENAS, rector de la Universidad. Esta comida marca el inicio de la temporada de remos.

(Fotos Funcasta).



EN "LA TROPICAL". — Los alumnos del Colegio De La Salle desfilando marcialmente por el hermoso Stadium Tropical.

Los Ácidos En La Sangre Destruyen La Salud y El Vigor Por Lo Común La Causa Está En Los Riñones

Nada puede destruir con tanta facilidad su salud, su fuerza y energía como el exceso de ácidos en su sangre. Cada vez que usted mueve una mano, da un paso, o emplea aún la cantidad más insignificante de energía, destruye sus células al organismo con la resultante formación de ácidos. Este proceso se lleva a cabo aun durante el sueño.

Por fortuna para usted, Naturaleza ha establecido un método automático para librarse del exceso de estos ácidos. Para eliminar estos ácidos la Naturaleza ha dispuesto que su sangre circule 200 veces por hora a través de 9 millones de tubitos finos y delicados, o filtros, que se encuentran en los riñones. Los riñones tienen por función filtrar y eliminar estos ácidos perjudiciales a la salud, y depurar la sangre para que pueda llevar la vitalidad y energía a todas las regiones del organismo. Pero si los riñones funcionan más lentamente no como es debido, se acumulan aproximadamente litro y medio de ácidos, toxinas y líquidos de su sangre cada 24 horas, entonces se produce una acumulación gradual de estos ácidos y productos de desecho, y lenta, pero seguramente, el organismo sufre los efectos de la intoxicación, haciéndole sentirse vago antes de tiempo y sufrir de agotamiento y postración.

Produce Numerosas Enfermedades

Si los males de los riñones hacen que sufre usted de acidez, levantarse en la noche, nerviosidad, dolores de piernas, vértigos, jaquecas, frecuentes resaca, hinchazón de los tobillos, ojeras, dolor de espalda, pérdida de la vitalidad, escorzo y comezón, no pierda el tiempo preocupado y esperando. La cosa más natural es ayudar a sus riñones con la receta para los riñones especial de un doctor, llamada Cystex (pronunciase Sis-Tex). Cystex obra directamente sobre los riñones y la vejiga, y es un auxiliar de los riñones en su función de eliminar las impurezas y ácidos de su organismo. Cystex purifica la sangre. No intente usted vencer la acidez de su sangre, tomando medicinas para contrarrestar la acidez. La única manera en que usted puede librarse con seguridad de la acidez es ayudando a sus riñones a funcionar en forma apropiada y en su forma más natural para su eliminación.

La acidez de su organismo. Lo más probable es que los ácidos queden acumulados a menos que los riñones funcionen debidamente.

Los farmacéuticos y médicos en número de 25 países del mundo recomiendan Cystex por su pureza y efecto rápido como medicamento para los riñones. Por ejemplo, en fecha reciente escribió el Dr. Geo B. Knight, médico de Camden, Nueva Jersey, E. U. A.: "Cystex es una receta excelente como auxiliar para vencer los males de los riñones. El organismo lo asimila en poco tiempo y comienza su efecto benéfico casi inmediatamente, y sin embargo, Cystex no contiene componentes peligrosos o nocivos." El Dr. C. Z. Rendelle, otro médico bien conocido y examinador médico de San Francisco, dijo hace poco: "Fuego que los riñones depuran la sangre, los venenos se retienen en estos órganos y deben eliminarse rápidamente del organismo, pues si no lo consiguen se penetrará al torrente sanguíneo y producen un estado de intoxicación. Con toda buena fe puedo recomendar Cystex".

Curación Garantizada

A causa de su éxito extraordinario mundial, Cystex se ofrece bajo la garantía escrita de que producirá el efecto a su satisfacción completa, o si no, o se le devolverá su dinero al regresar el paquete vacío. Bajo esta garantía escrita puede usted someter Cystex a los riñones y conservar lo que puede hacer en su caso especial. Usted debe sentirse más joven, más fuerte y mejor de lo que se haya sentido en mucho tiempo. Usted debe sentir que Cystex ha producido su efecto de manera completa y absoluta o sólo tiene usted que devolver el paquete vacío y no le costará un solo centavo. Usted, el único juez de su propia satisfacción. Con Cystex ya no se requieren esperas prolongadas, puesto que está preparado científicamente para producir su efecto sobre los riñones. Por esta misma razón la mayoría de las personas informan que la mejoría notable se produce dentro de las primeras 48 horas, y satisfacción completa en el transcurso de 8 días. El efecto de Cystex es moderado en las farmacias, y como quiera que la garantía de devolución de su dinero protege a Ud. por completo, no debe exponerse a tomar medicinas baratas, de inferior calidad, o irritantes, ni a perder su tiempo y dinero. Pida hoy mismo Cystex (pronunciase Sis-Tex) en la farmacia.



Dr. G. B. Knight en esa forma más natural para su eliminación.

El centenario... (Continuación de la Pág. 49)

portante producción de la América, bastaría sola para dar a la isla de Cuba toda la felicidad que está ofreciéndole la madre naturaleza.

A pesar de eso, es preciso afirmar que en el *Discurso sobre la agricultura* procuró "fomentar la exportación de los frutos de la is-

la de Cuba", porque ésa es la verdad.

No podía ser de otro modo, si quería evitar un porvenir lleno de ruinas y zonas de guerras y políticas. Bien sabía él, porque lo había estudiado afanosamente y porque en penetración lo superaban pocos, que los cultivos de-

¡UNA OBRA SENSACIONAL!

HISTORIA DE LA ENMIENDA PLATT

UNA INTERPRETACION DE LA REALIDAD CUBANA

Por EMILIO ROIG DE LEUCSENBERG

2 Volumes

Acaba de aparecer el tomo II, con más de 350 páginas, en el que su autor analiza y critica los últimos acontecimientos políticos e internacionales cubanos: misiones de Mr. Welles, cédulas de reconocimiento, voluntarios, nuevo Tratado de Relaciones con E. U., Convenio de Reciprocidad Comercial, etc. Contiene, además, el más amplio y completo estudio hasta ahora publicado sobre la historia de la agricultura y el comercio del capital extranjero en Cuba; 24 apéndices con la documentación básica de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, y extensas y utilísimas tablas genealógicas de nombres e historietas de la agricultura cubana.

En todas las buenas librerías y en cantidades en "La Moderna Poesía", Obispo, 135, y Librería "Cervantes", Ave. de Italia, 62.

bían ser diversificados para crear la verdadera estabilidad pública. Y en su tiempo era verdad que la incipiente colonia las consecuencias de las fluctuaciones del mercado, aunque ese mercado era exiguo y estaba sujeto a las arbitrariedades de la Casa de Arbitraje. Y en su tiempo era verdad que el comercio de azúcar había sido luego siempre que la imprevisión del monopolio es el peligro mayor para la economía de los pueblos.

Así, cada cierto número de años, inevitablemente, vivimos, ingenua que entonces, el dilema de la igualdad de un pueblo en crisis. La producción de azúcar nos ahoga. Los precios bajan. Los campos se mueren. El trabajo decrece. Los hombres vagan de lugar en lugar, en busca de ocupación y de comida para sus familiares. Y nos dedicamos en cada ocasión a aumentar la suerte contraria que sufrimos periódicamente. Cruzados de brazos sentimos llegar la miseria, y cruzados de brazos vemos como retornan los periodos de bonanza, durante los cuales tampoco nos preocupamos de hacer una indispensable previsión para evitar nuevos cataclismos económicos.

Todos los acontecimientos ocurridos en la economía cubana han tenido una repetición extraordinariamente curiosa al través de dos siglos. Parece que se ha dado en nuestro país un peculiar fenómeno histórico: hoy retornan al pasado, como si en estas cuestiones se obedeciera a un eterno leit-motiv, a un tema nunca desarrollado de modo perfecto. Cada periodo de trastornos de las demás naciones, por una causa siempre guerrera, ha tenido repercusión en Cuba y el efecto ha sido intensificar la producción azucarera. El oro del mundo ha inundado nuestra isla. Cortos como han sido esos momentos de fabuloso auge, nada han enseñado a nuestros hombres, nada que hoy podamos recordar. Únicamente de los millones inesperados. Las ganancias increíbles, logradas casi sin el esfuerzo de nuestros productores, sin mayores riesgos, sin una inversión superior a las de tiempos normales, han perturbado siempre la moral económica de los hacendados, capitalistas cubanos, han creado un mundo artificial de todos los problemas vitales, han dejado en nuestro espíritu unas como subcapas de morboso provincialismo que es funesto para el desarrollo de la vida nacional. Porque en asuntos que deben ser tratados con la mayor seriedad científica y con la previsión inherente a un hombre de Estado, hemos tenido la ligereza de los deportistas y la despreocupación de los improvisadores.

Arango propuso el remedio en su Informe de 1792.

"Bien veo—dice—que no es ésta la ocasión oportuna de hacer un arreglo fundamental en nuestros aranceles; porque subidos los precios del azúcar exorbitantemente con la desgracia del Guairico, todo está en crisis, y el comercio de exportador y no el consumidor es el que pone la ley; pero lo cierto es que las demás naciones siguen con sus ventajas, y que si nos descuidamos, podremos llegar a tiempo que nada nos aprovechen las medidas que todos los días se proponen los franceses hayan recobrado sus fuerzas y cuando los ingleses hayan tomado en este ramo la superioridad decidida que les deben procurar sus conocimientos y cuidado en protegerlo." La miseria había que hoy logramos evitar la venta de los azúcares puede sernos funesta, si no la sabemos aprovechar. Ya he dicho y repito que si se quiere fomentar este ramo, es menester que obremos

como si estuviésemos en los tiempos anteriores a la insurrección de los negros de Guairico, para que, cuando vuelvan, no nos encontremos en el triste caso en que estábamos".

Como verán evidentes esas verdades los que eran ya hombres cuando estalló la guerra europea y los que se acordaron la fiebre de azúcar que se apoderó del cuerpo económico nacional, y los efectos de una locura colectiva, que fué estudiada por Arango y Parraño! Recuerdo que yo era jefe de un periódico de provincia, y me hice cargo de una campaña para que todos los ingenieros cultivaran tierras suyas al cultivo de otros frutos. En esos meses los grandes centrales habían empezado a destruir nuestros últimos bosques y a prohibir terminantemente la tala de los árboles madereros. La isla de Cuba se convertía en un enorme cañaveral. Los intereses creados que sostienen y usufructúan toda publicación impusieron el cese de aquellos artículos previsores. Pocos años después, vimos a los representantes de familias hambrientas por los cambios de precios en los yermos campos en que todo había sido antes caña y riqueza fuzgada. Y recuerdo también que en 1920 don Miguel Arango, nieto del habanero Ilustre, presidente de los hacendados y colonos, instaba a sus compañeros de profesión que se arriesgaran su azúcar al precio altísimo en que se mantenía aún entonces, y que en una reunión borrascosa de aquella coracoraación algunos improvisados ricos lo acusaron de *bolista*, que era tanto como traidor a la causa de la patria, y que no parecía jugar a la baja con los intereses de sus consocios, que veía claramente la inestabilidad de los insólitos precios, salió del recinto poco menos que acosado por una jauría de irracionales que le propiaban a los que aspiraban a imponer su voluntad al mundo. Dos días después andaban aquellos airados señores solicitando, desesperados, un comprador que adquiriera su azúcar al tipo bajo de plaza, para detener una ruina ya inevitable.

Mi historia...

(Continuación de la Pág. 28)

industriales, que chupaban como sanguijuelas a sus obreros, explotándolos con largas jornadas de trabajo y salarios de hambre. Ninguno de esos estallidos asumía caracteres serios, pero cada día se iban haciendo más violentos.

La primera expresión seria y nacional de la intranquilidad fué la huelga general de 1917, que las fuerzas militares tardaron un mes en suprimir.

La revolución estalló el 13 de septiembre de 1923, doblando a muerte a los rebeldes de mi época. Poco después de su estallido, los rebeldes abrieron las puertas de todas las cárceles de España, poniendo en libertad tanto a los presos políticos como a los criminales. Estos últimos, uniéndose a las turbas, las incitaron al saqueo y a la rapiña, trayendo de mi país a los profetas de la anarquía no reprimidos hasta que Primo de Rivera asumió la supervisión militar en Jaca y se hizo dictador.

La visita a los Estados Unidos...

Mi padre, el rey, estaba en San Sebastián cuando la revolución se extendió por España. Los políticos asustados, inclinándose ante la amenaza de la violencia de las turbas, le suplicaron personalmente y por teléfono que volviera a (Continúa en la Pág. 58)

EL PEQUEÑO

Hans

Y EL SEÑOR

Hans

(CUENTO DE REYES A LA MANERA DE HANS CHRISTIAN ANDERSEN)

EL PEQUEÑO Hans y el señor Hans eran tocayos y vivían en la misma calle, pero jamás habían cambiado una palabra, entre otras razones porque el señor Hans era dueño de una lujosa zapatería, con dos grandes vidrieras que al llegar la noche se iluminaban por medio del gas y en las que se podían ver los pequeños zapatos de raso de todos colores que se ponían las damas de la corte para asistir a los bailes que daba la reina y las altas botas de charol que los presuntuosos oficiales se calzaban para ir a la guerra con el rey. Hasta se decía que el mismo rey había comprado allí un par de botas, pero el señor Hans sufría cuando tenía que decirlo porque era muy religioso y sabía que Dios castiga a los que mienten y que el hecho de ser comerciante es sólo una débil disculpa. El pequeño Hans, por su parte, no poseía más que un gato, pero tan flaco que jamás tentó al señor Peter, el fondero de la esquinilla.

A este punto de sus relaciones habían llegado ambos vecinos, cuando por ciertos signos misteriosos todos los niños de la ciudad comprendieron que era inminente la llegada de los Reyes Magos. También lo comprendió el pequeño Hans, pero la proximidad del bello día lo sumió en hondas cavilaciones.

—¿Cómo poner sus zapatos si estaban tan destrozados que sólo se sabía que eran tales porque los llevaba en los pies? Esto mismo le pasaba con su gorra, su chaqueta y todas sus prendas. Largo trabajo le habría costado por las mañanas reconocerlos, pero como tenía la suerte de carecer de mantas y dormía vestido, jamás se vio en semejante apuro.

Pensó, para que los Reyes Magos tomaran en cuenta sus zapatos, ponerles un letrero que dijese: "Estos son los zapatos del pequeño Hans". Pero pronto desechó tal idea porque recordó que los Reyes no saben leer. Esto él lo sabía muy bien por haberse encontrado muchas veces en la calle con un ser de levita azul y anteojos de oro, al que todos conocían por el lector del rey. Además, él tampoco sabía escribir.

Por fin se decidió a hablar con el señor Hans.

Cuando entró en la zapatería, vio al señor Hans arrodillado a los pies de una dama. La dama era bella como un día de primavera cuando uno ha comido, usaba medias azules y decía que eran demasiado grandes los zapatitos doctores que el señor Hans trataba de calzarse.

Mucho le sorprendió al pequeño Hans ver a aquel hombre tan orgulloso y echado para atrás que hasta a la misma señora Gertrudis, que era la única del barrio que iba a la feria con dos canastas, no le concedía más que medio saludo, mucho lo extraño ver-

Idealiza su cabellera

Brillantina Líquida

TRES FLORES

DE HUDNUT

Con la pureza y excelencia de todos los productos HUDNUT

lo en postura tan humilde, y creyó que sería por la belleza de la dama, porque aun ignoraba que Dios creó el comercio, no sólo para que los ladrones paguen impuestos, sino también para humillar su soberbia.

—Señor Hans—dijo el niño. El interpelado volvió a él una cara tan despacible como un zapato con clavos por dentro, y le dijo:

—¿Qué quieres? —Señor Hans: he venido a pedirle un favor, animado por el hecho de ser vecino y tocayo suyo, pues como usted sabrá, yo también me llamo Hans.

—No lo sabía, y lamento mucho que el Estado permita el uso de los nombres de los contribuyentes serios a ciertas gentecillas que creen por eso poderse permitir familiaridades del peor gusto.

—Así es—dijo el niño—, pero con todo, le ruego que me componga los zapatos, pues están tan rotos que los Reyes Magos no los van a reconocer.

El señor Hans estaba rojo de justa ira y noble indignación ante tamaña osadía, y ya iba a responder al importuno con un puntapié, cuando observó que su cliente miraba al niño con dulzura y para serle agradable y dar una prueba de buen corazón, le dijo:

—Me es imposible componértelos porque están demasiado rotos, pero esto no debe afligirte porque, de todos modos, los Reyes Magos no irán por tu casa porque eres muy pobre.

La dama no dijo nada, pero envió al niño en una mirada tan

tierna que ya no le pesó haber entrado con tan poca suerte en la tienda del señor Hans.

La señora era un hada y aquella noche ocurrieron cosas extraordinarias.

Aquel había sido un día de mucho trabajo para el señor Hans, y antes de terminar sus oraciones se quedó dormido junto a la señora Hans, que usaba el más lujoso gorro de dormir de la ciudad. Pero no bien cerró los ojos los volvió a abrir dando un grito.

—¿Qué tienes?—le preguntó la señora Hans.

—Una pesadilla: soñé que todos mis zapatos y botas venían y me daban fuertes puntapiés.

—¿Dónde?

El señor Hans no pudo decir dónde porque su dignidad no se lo permitía. Pero como su esposa insistiera, le dijo:

—Pues me los daban... allí donde el perro mordió al rey que rabó.

—¡Ah!—dijo la señora Hans sin comprender la delicada alusión histórica. Y se volvieron a dormir. Pero nuevamente el señor Hans sintió la punta de una bota en aquel sitio y volvió a despertarse y a dormirse y a volverse a despertar y así toda la santa noche de Reyes.

A la mañana siguiente, cuando el señor Hans no quiso sentarse para tomar el desayuno, la señora Hans comprendió donde había sido mordido el legendarlo rey.

Pero lo más extraordinario fue que al entrar en el negocio vio que todo su calzado tenía las puntas abolladas, y había mil cuatrocientos pares, sin contar los zapatos, que también tomaron par-

te en el pateo nocturno! Júzguese por estas cifras cómo le habría quedado al señor Hans la parte de la alusión histórica.

Dejemos al señor Hans poniéndose una cataplasma y volvámos al pequeño Hans.

Cuando regresó a su casa se encontró con un par de zapatos tan hermosos como nunca los fabricó su orgulloso vecino. No se preocupó mucho por su procedencia, pensando que los habría traído el gato y los colocó en la ventana durmiéndose sin comer, por no perder la costumbre.

Cual no sería su sorpresa cuando a la mañana siguiente encontró en los zapatos, entre una cantidad fabulosa de juguetes y golosinas, nada menos que la corona del rey de la Ciudad. Debe saberse que el rey había perdido su corona en un baile, y como ésta era lo único que lo distinguía de los demás hombres, estaba desesperado y temeroso de perder el puesto, hasta el punto de que ofreció, a quien la encontrase, la mejor de sus naves cargadas de riquezas y la mano de su hija.

El pequeño Hans se presentó en palacio con la corona y fué muy bien recibido por el rey, la reina y la princesa. Inmediatamente el gran almirante lo puso en posesión de la nave, y el rey le dijo que cuando la princesa tuviera quince años sería su esposo, a lo cual el pequeño Hans sonrió, y, dando las gracias, salió en la hermosa nave a correr mundo para completar su educación. Pero no volvió a casarse con la bella princesa, pues el pequeño Hans era un niño muy inteligente y no quería casarse sino ser feliz.

Un hombre...

(Continuación de la Pág. 47)

—¿Oro?—indagué medio interesado y medio incrédulo.

El viejo asintió, orgullosamente, como quien está seguro de sus instrumentos de trabajo.

—¿Puede hacer una demostración ahora?—le dije.

—Es muy difícil encontrar oro en esta zona del desierto—repuso.

Se me ocurrió una travesura. Si, en efecto, la horqueta silvestre tenía propiedades singulares para denunciar un yacimiento aurífero, yo podía llevarme una colección de ellas para utilizarlas en mi provecho. Quise, por lo tanto, corroborar si podía descubrirse el precioso metal de igual manera a cómo se descubría el agua.

Escondí en las arenas mi reloj de oro y a la mañana siguiente le pedí al viejo que lo encontrase con su horqueta.

Sin vacilar fué en busca de su bolsa y se apoderó de la estaca propia. Me di cuenta de que un reloj no era un yacimiento aurífero y que la estaca, de ser cierta su propiedad exploradora, no podría localizar aquel sino acercándose a la zona donde estaba enterrado. No sin cierta inquietud advertí entonces que no había puesto señal alguna en el lugar donde mi reloj fué ocultado. Y al azar le dije al viejo que explorase en una zona que me pareció ser la escogida. Por cinco horas el viejo estuvo recorriendo con la horqueta en la mano todo el paraje inhóspito sin que aquella denunciase con un temblor la presencia de mi reloj perdido.

Auscultaba la tierra palmo a palmo con el deseo de evidenciar las cualidades infalibles de su estaca. Pero al anochecer, rendido, me confesó que mi reloj no estaba en ningún lugar del desierto.

Yo busqué también, no con la estaca, sino utilizando a una veintena de mis guerreros que escarbaron furiosamente con las lanzas en los lugares donde me parecía recordar que había sepultado mi cronómetro suizo. Empeño estéril. Mi reloj aun está allí, bajo el sol de Abisinia, inmovilizado entre las arenas, conspirando contra las deducciones e inferencias exactas de los exploradores futuros que dictaminarán, para regocijo de la ciencia arqueológica, de aquí a quinientos años, que una civilización superior existió en Etiopía antes de la dominación cesárea de Victor Manuel III, emperador de Abisinia.

Seguimos la marcha al sur con rumbo a Ankover. Los danakiles tapaban cuidadosamente los pozos antes de la partida, a fin de que no pudieran ser utilizados en provecho propio por las tribus enemigas o por los italianos, si se aventuraban en el desierto. A medida que avanzábamos desaparecía la escasa vegetación que hasta entonces ponía notas de verdura agreste en el páramo inmensurable. Plantas áridas, resacas, espinosas, de ramas retorcidas, servían, sin embargo, durante la marcha para hacer menos angustiosa la perspectiva. Pero a medida que nos acercábamos al sur el desierto comenzaba a lucir pelado, sin un solo arbusto, con sus arenas ondulando bajo el sol de fuego hasta el horizonte bruido.

A la altura del Debrabrajan, en la bifurcación de la ruta hacia Ankover, me separé del *dejazmatch* Mohamed que lamentó mucho mi partida.

—*Faranyi*... Es mejor que te quedes... El desierto es nuestro...

Siguieron hacia el sur vas a tener que enfrentarte con enemigos superiores de dentro y de fuera. Yo pelaré contra el invasor mientras me quede un soldado con vida—repuse.

Pero en realidad prefería arrostrar todos los peligros antes que permanecer indefinidamente en aquella llanura arenosa, monótona, caldeada, correteando en torno de un viejo sarmentoso como una horqueta en la mano.

Al separarme de Mohamed ordené a mis hombres que fuesen la marcha a fin de campamento más pronto posible en Sholameda. Pero en ese rumbo encontraríamos avanzadas italianas sin duda, porque las columnas motorizadas del invasor no se detienen un solo momento.

De nuevo la vegetación apareció ante nuestra vista dando variedad al paisaje. Palmas pequeñas, pero de un verdor jugoso, cubrían el suelo hasta el horizonte. Y bandos de guineas y gacelas silvestres huían o emprendían un vuelo sonoro batiendo las alas en un vuelo bajo la transparencia luminosa del día. Cerca de Sholameda enormes manadas de puercos salvajes, que parecían jabalíes, desfilaban en una carrera ruidosa, gruñendo con furia para desaparecer entre los rastros y los macizos espinosos.

En Sholameda fuimos recibidos por el *dejazmatch* Yosef, que capitaneaba varias tribus de guineas. Los danakiles no tanto por su ferocidad como por su valentía y disciplina. Nos acogió con júbilo porque necesitaba refuerzos. Desde las alturas en que nos hallábamos acampados veíamos a los italianos avanzar sosegadamente por la llanura, en una formación correcta que se extendía hasta el horizonte. Traían tanques y camiones cuyo trepidar fragoroso ascendía a nuestros oídos cada vez más compacto y amenazador. Desfilaban por el camino de Dessie a Addis-Abeba que en tiempos de sequía cobraba para los vehículos rodantes categoría de carretera.

Si aquel destile continuaba en pocas horas los invasores penetrarían en Addis-Abeba. Era necesario obstaculizar, en alguna forma, el avance italiano.

—*Dejazmatch* Yosef—dije enérgicamente—, hay que impedir que los italianos avancen.

Volví la cabeza hacia la llanura por donde millares de hombres con sus equipos modernos y sus armas perfectas iban marchando hacia la victoria. Y lentamente repuso:

—Hay que impedirlo...
Entonces fué cuando se recibió un mensaje telefónico de Addis-Abeba cuyas comunicaciones con Sholameda permanecían intactas porque el invasor aun no había ocupado esa zona.

El Ministerio de la Guerra ordenaba a los ejércitos del negús acampados en aquella altura—éramos en total, después de mi legada, unos ocho mil hombres—que destruyeran la carretera de Dessie a Addis-Abeba para que las columnas motorizadas del enemigo no avanzasen por ella.

8.000 hombres debían, pues, detener a más de sesenta mil soldados que conducían trescientos tanques y doscientos camiones!

*(Cómo los guerreros etiopicos pudieron cumplimentar esa orden del Ministerio de la Guerra? ¿De qué modo se opusieron al avance italiano? Esto y algo más de emocionante grandeza se narran en el capítulo próximo de esta serie sensacional con las aventuras del coronel Del Valle en tierra africana.)

tes. Escarbaba en el suelo con el tallo brujío, unía el índice y el pulgar hasta formar un aro alrededor de la horquetita exploradora y donde había agua aquella comenzaba a moverse, con un temblor peculiar y magnético, un impulso misterioso y vibrátil en el que no pude descubrir nunca fraude alguno.

En la zona que este escrutador hidráulico señalaba como prolífica, los indígenas venían después, provistos de sus lanzas guerreras, y sondaban, con diligente vivacidad, hasta abrir un pozo profundo en el desierto. El agua se hallaba entonces abundante y los guerreros satisfacían su sed omnia. Pero a veces el viejecito marchaba enorvado con su varillita adivina a lo largo de muchos kilómetros de arenales estériles, en los cuales el vibrar misterioso de aquella no se registraba.

Intrigado por el misterio de aquella prospección elemental, pero figurosa, interrogué al vejeote cuáles eran las propiedades de su horqueta y en qué estribaba que denunciase, con tan absoluta fidelidad, la existencia de agua. El explorador me echó una ojeada risueña y se encogió de hombros, como si le preguntase por qué mecánica celeste el sol rendía su trayectoria circular de horizonte a horizonte.

—No soy yo quien descubre el agua... Es la horqueta...

—¿Por qué?—insisti, para definir el fenómeno.

—No lo sé, *faranyi*... De igual modo hay horquetas que descubren el oro...

El vejeote extrajo de una bolsa de cuero varias estacas de formas disímiles:

—Esta denuncia donde hay hierro—dijo—y ésta sirve para encontrar el oro.



Un pelotón de caballería abisinia en marcha hacia el norte, a lo largo del río Takazé.



Freddie STEELE, el campeón mundial del peso medio, observa la caída de su adversario, Babe RISKÓ, en el reciente encuentro de Nueva York.



Una "pose" característica de Freddie STEELE—izquierda—, el hombre que se parece a Tunney y que espera emular las grandes hazañas del boxeador intelectual.

UNA SEMBLANZA DE FREDDIE STEELE, EL CAMPEÓN MUNDIAL DE PESO MEDIO

NUEVA YORK, abril.

ESPUÉS de la retirada de Marcel Thil—una retirada no por lógica menos inesperada y hasta incomprensible— Freddie Steele, el ortodoxo boxeador de Tacoma, debe ser reconocido por todos como el verdadero campeón mundial de las 160 libras.

Hasta hace poco Freddie Steele, no importa cuáles fueran sus victorias del Oeste, era absolutamente desconocido en Nueva York. Y mientras un pugilista no recibe el espaldarazo de la Meca del boxeo, no puede considerarse como definitivamente consagrado, pese a todos los títulos de eficiencia que posea. Del Oeste han venido, anunciados como maravillas, nombres que a la primera prueba se han deshecho y han caído por tierra. Jim Braddock, el actual campeón del mundo de todas las categorías, fue uno de los iconoclastas que convirtió en polvo uno de esos ídolos llamado Tuffy Griffith.

Steele, verdadero campeón del mundo.

Freddie Steele ha hecho el grado en Nueva York, pero no puede decirse que se haya revelado como el Stanley Ketchel de que hablaban sus panegiristas. Es verdad que el muchacho es poco menos que un novato, y que por lo tanto puede decirse que está comenzando una carrera que lo puede situar a la altura en que han quedado Ketchel, Greb, y algún otro campeón de los días idos. Pero de la misma manera que Steele puede llegar a ser un gran campeón, puede, también, quedarse en el camino y sucumbir ante la embestida de otro mediano mejor dotado por la Naturaleza que él. Una cosa, sin embargo, parece cierta: si Steele llega a ser un gran campeón, será un campeón sintético, del tipo de Gene Tunney; no un peleador incontentible como era Dempsey y como parece que fue también el famoso campeón mediano que derribó al enorme Jack Johnson con su contundente *punch*.

Yo no dudo de que aunque Marcel Thil no hubiera tenido a bien retirarse, Steele lo hubiera podido derrotar. No el viejo Mar-

por A. ARROYO RUIZ

cada vez que se ha presentado en un ring en los últimos dos años, sino el más eficiente Thil que yo vi en Europa en 1933, hubiera sido un adversario hecho a la orden para Steele, que posee un *jab* izquierdo que tiene muchísima pimienta, y un cruce de derecha que parece poseer una gran dosis de vapor. Con esas mismas armas, sin duda no tan poderosas y eficientes como las del estadounidense, el cubano Kid Tunero le dio al campeón francés una paliza en los momentos en que su buena estrella brillaba con toda intensidad.

A las tres... ¡no va la victoria!

Eliminado Marcel Thil del mapa pugilístico—más que por su decisión de retirarse a la vida privada, por los repetidos pretendidos *fouls* de Lou Brullard, que no pasaron de ser auténticos *nocauts* al decir de muchas personas imparciales—, la superioridad de Steele sobre el resto de sus competidores es manifiesta. El boxeador de Tacoma ha derrotado tres veces a Babe Riskó, vencedor a su vez de Harry Balsamo—éste no fue de Erich Seelig, lo mejor que Europa ha podido enviar a América en los últimos años— y reconocido campeón en los Estados Unidos por virtud de su victoria sobre el anterior *title-holder* Teddy Yarosz. Quiere ello decir que en estos momentos no hay nadie entre los *middleweights* capaz de librar ante Steele una batalla victoriosa, y que habrá que esperar a que el juvenil Fred Apostoli se siga calificando entre los hombres de su peso, antes de que se le presente al campeón del mundo un combate en el que se vea con las manos llenas.

Si alguien dudaba de la superioridad de Steele sobre Babe Riskó, su adversario reciente en Madison Square Garden, la duda, a estas horas, se le debe haber disipado por completo. Porque salvo en los primeros asaltos, en los que las acometidas torundas de Riskó lo convertían en un adversario tan obstinado como peligroso, Steele jugó con su oponente, al

del encuentro había vencido por un margen enorme de puntos.

Un paralelo entre Tunney y Steele.

He dicho que Steele puede llegar a convertirse en un gran campeón del tipo de Gene Tunney, y acaso no he dicho mal. La verdad es que la primera vez que yo vi en acción al neoyorquino, con ocasión de su encuentro con el italiano Spalla, en 1924, no me pareció Tunney el magnífico boxeador de tipo ortodoxo que es el Steele actual. Poco antes Gene había sufrido frente a Greb la única derrota que registra toda su carrera, y entonces se encontraba más o menos en el mismo período de su aprendizaje que recordo actualmente el campeón de los medianos.

La verdad es que Tunney, en aquellos momentos, no parecía destinado a toda la gloria y el dinero que fueron suyos dos años después. Frente a Spalla, un *heavyweight* del tipo de Riskó, precisamente, el ex marino se vió con las manos llenas y hubiera acaso pasado el gran susto si el árbitro que ofició en la contienda no lo hubiera favorecido con un *nocaut* técnico, a todas luces innecesario y parcial.

Como el Tunney de 1924, Steele posee una izquierda efectiva, a la que sabe sacar todo el partido posible; y una derecha que sin ser un cañonazo, como dicen que era la de Ketchel, hace mucho daño cuando conecta bien. Falta saber—y eso es algo que no se puede ver en un solo encuentro y contra un solo adversario—si el muchacho de la costa del Pacífico posee también la agilidad mental que, en el caso de Tunney, convirtió a un boxeador de medios básicos mediocres, en una maravillosa máquina de repartir trompadas, y en un invencible campeón.

Otro campeón sin "color".

Como Tunney, también, Steele no parece destinado a ser una gran atracción de taquilla, lo que no nos debe extrañar. El público, por regla general, ama a los boxeadores del tipo *pacífico*, y no

ta solamente a los exponentes más ortodoxos del arte de la defensa propia, cuando compensan la falta de emoción de su estilo con un puñetazo demoleedor. Tal el caso de Jack Delaney y, más cerca de nosotros, el de Ignacio Arr. Freddie Steele, sin embargo, no parece poseer semejanza puñetazo.

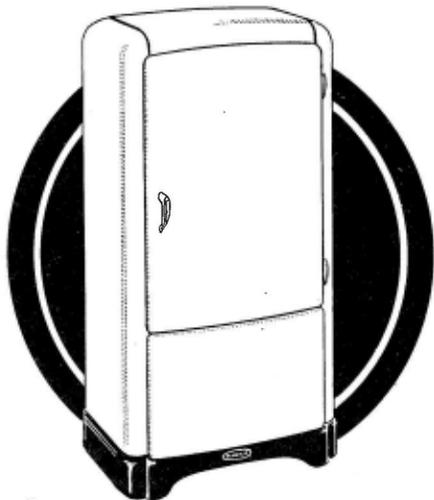
Su encuentro reciente con Riskó fué un tremendo fracaso económico, que le costó al retador—comprometido a una garantía de \$25,000 para el *champion*—una pérdida de más de \$10,000. Lo que quiere decir que los títulos mundiales podrán significar algo en las poblaciones donde uno de esos encuentros de campeonato constituye un acontecimiento, pero no dicen nada en Nueva York, donde el público ya está cansado de que lo esquilmen con el pretexto de las mencionadas coronitas.

No podemos menos que recordar—y no con emoción—a aquellos encuentros entre Berg y Flowers y Delaney y Berlenbach, que abarrotaban el Garden y llenaban de oro los bolsillos de Tex Rickard. ¿Qué pasa ahora que la gente no acude a los encuentros de boxeo? Una explicación para la falta de interés de ahora pudiera darnosla lo ocurrido en el Garden en la velada anterior. ¿No lo recuerdan los lectores? Pues no paso más sino que los neoyorquinos pagaron más de cien mil pesos por presenciar un encuentro de boxeo entre Pastor y Louis, y vieron, en cambio, una carrera pedestre entre dos individuos, uno de los cuales corría hacia adelante y el otro para atrás.

Un deportista de cuerpo entero.

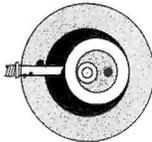
Como Tunney, por último, Freddie Steele, parece en camino de ser, si no un peso fuerte, por lo menos un *light heavyweight*. El actual campeón de los medianos luce demasiado grande para su categoría, y sin duda en los dos próximos años aumentará grandemente de peso.

Antes de que Steele se dedicara al boxeo profesional, dicese que descolló también en otras ramas del deporte como *amateur*. En sus días de estudiante de *high school* en Tacoma, Steele se hizo notar como un buen jugador de *baseball*. Más tarde también actuó con éxito como futbolista.



Refrigeradores NORGE

Rollator



AL OFRECER EL **NORGE** GARANTIZAMOS:

- Mayor cantidad de frío con igual consumo de corriente.
- Conservación de los alimentos con todos sus valores nutritivos.
- Funcionamiento silencioso y duradero.
- Más comodidad en su distribución interior.
- Satisfacción completa por largos años.

SUCS. DE CASTELEIRO Y VIZOSO, S. A.
Lamparilla, 4, La Habana.

La coartada...

(Continuación de la Pág. 48)

—Debes estar muriéndote de hambre—dijo—. ¿Qué hora será? Y sin esperar a que King le explicara que no tenía reloj: —¡Eh, usted, Gerry!—gritó—. Hágame el favor de ver qué hora es en el reloj.

Era al individuo rojizo y re-

choncho a quien interpelaba de aquel modo. La aparición de King había interrumpido el juego momentáneamente, y en pie ante la chimenea, Lomax—que así se llamaba el sujeto—se escarbaba pensativamente los dientes. Al oír la pregunta de Queenie, levantó los ojos hacia el encantador reloj Luis XV colocado sobre la repisa de la chimenea.

—Las diez y cinco, querida—respondió.

Y volviéndose hacia la mesa, añadió:

—¡Eh, amigos! ¿No se come? Instintivamente, King se había acercado para ver la esfera del reloj. Las agujas de oro señalaban las diez y cinco.

—¡Lo mismo iba a decir!—lanzó Queenie, alegremente, desde donde se hallaba—. ¿Qué esperan para pasar al buffet? Hay emparedados, langosta con salsa a la mayonesa y otras cosas.

—Comeré algo con mucho gusto—dijo Lomax—. Son las diez y he ganado ya mi dinero...

—¡Qué diablo! Sigamos jugando—gruñó Jack Meldon.

—Si: continuemos—aprobó Benny—. Vuelva a su puesto, hermano.

Lomax tornó a sentarse, lanzando hacia el aparador una mirada codiciosa.

—¡Es una vergüenza!—exclamó Queenie—. Son las diez y nadie ha comido nada. El pobre Gerry se queja de tener el estómago vacío y ustedes no quieren detenerse cinco minutos...

—Bueno, Queenie—contestó Jack Meldon—. ¿Y por qué no podríamos comer aquí mismo?

—¡Excelente idea!—aprobó Lomax con los ojos brillantes—. ¡Traiga los platos, pequeña!

Con la delicadeza de modales que distinguía sus menores actos, Queenie trajo dos platos llenos de emparedados y los dejó sobre la mesa, entre los ceniceros y los fósforos apagados. Luego, arrastrando a King hacia el buffet:

—Ven y hablaremos—le dijo—. Pero primero vas a tomar conmigo una copa de champaña.

Sentáronse en una mesa cercana, fuera del círculo de las luces y del murmullo producido por las voces de los jugadores. Ella sirvió el vino espumoso:

—Eres admirable, Queenie—dijo King en un suspiro.

Ella enrojeció de placer y le sonrió.

—¿Estás de acuerdo con ellos, verdad?—preguntó él, haciendo un movimiento de cabeza en dirección de los jugadores.

Pero los ojos de Queenie le respondieron que no.

—Quien no sabe no habla—dijo con una gravedad un tanto socarrona.

El arrugó la frente.

—¿No sería más prudente poner a Jack y a Benny en el secreto? Podemos fiarnos de ellos, y quizás se pondrían de acuerdo con los demás. Si por casualidad alguno de ellos mira su reloj, quedaremos en descubierto, Queenie.

—¿No te das cuenta?

Ella esbozó una mueca desdeñosa:

—Están aquí desde las cuatro de la tarde, y no me sorprendería que se quedarán hasta que las agujas de ellos hayan dado la vuelta a la esfera. Una vez metidos en juego, pierden toda idea del tiempo. No crea tener que recordártelo.

Pero, sombríamente, él se obstinó:

—Me parece arriesgado.

—¿Arriesgado? ¡Bah! Lo que temo no es que se acuerden de la hora, sino que no se acuerden. Pensé que era necesario encontrar en la banda un hombre que estuviera seguro, absolutamente seguro de la hora a que llegaste, y obré en consecuencia: escogí a mi hombre y a él le dirigí la pregunta.

—Sin duda, hablas de ese... ¿cómo se llama?... De ese Lomax. Ella sonrió coquetamente.

—¿No era el indicado? Si, corazón: está enamorado de mí. Es sobrio, lo cual no puede decirse del joven Filchard o de Mac. Además, que yo sepa, nunca ha andado en malos pasos. Vive en Wigan o en algún otro terrible agujero del norte, y viene de cuando en cuando a darse una vuelta por Londres. Jack lo pescó en un bar del centro. La Policía no tendrá nada contra él: será un buen testigo, un testigo respetable...

Sin embargo, King aun no parecía satisfecho. Permanecía inquieto, sospechoso.

—¿Cómo sabes que se acordará de la hora?

Ella soltó una desdeñosa carcajada.

—Se la he impreso en el cerebro por medio de su vientre; eso te pintará al tipo. Olvidará tu nombre, pero no que había descuidado cenar y que había permanecido sin comer nada hasta las diez, que fué el instante en que apareciste y en que serví los emparedados. Eso es psicología, hijo mío. ¡Confía en la psicología de Queenie, y aquí no se dirá una palabra que desmienta tu coartada!

Avanzó el brazo y tocó con su copa la de King.

—¡Por tu buen regreso, querido! —brindó.

Una visita matinal.

King se había reunido con los jugadores y se hallaba sentado a la mesa cuando se produjo la alarma. Bajo las cortinas echadas, las ventanas se iluminaban de un gris sucio: el alba lacrimosa del domingo comenzaba a surgir como con desgano. En el salón silencioso, en que el humo del tabaco tendía una especie de velo oloroso, el agudo sonido del timbre, que llegaba de la puerta de la calle, estalló como un tiro.

Tendida en un diván en el fondo de la pieza, con las rodillas recogidas a la altura de la barbilla, Queenie escuchaba las tonterías que la embriagaba le inspiraba al joven Hichard, el cual, habiendo emergido muy mal parado de una serie de partidas magistralmente conducidas por Melndon y Isaacs, acusaba a su mala suerte. Al escuchar el timbre, King reprimió un furioso deseo de volverse para ver si Queenie compartía sus presentimientos. No volvió los ojos de la mesa y comprendió que si él se levantaba, oyó que le daban bromas a Queenie acerca de aquella visita matinal, y adivinó, sin sorprenderlo, un rápido cambio de miradas entre Jack y Benny: de todos los hombres presentes, eran los únicos que sabían dónde King Walters acababa de pasar seis años de su vida.

King había urdido con Queenie lo que contaría en caso necesario, así como el empleo que le había dado a la velada, y en tanto que para calmarse sus nervios, seleccionaba laboriosamente el cigarro, repasaba aquella historia. Era lógica y convincente, y Queenie —para estar más seguro levantó los ojos hacia la chimenea— había tenido cuidado de volver a poner el reloj en la verdadera hora. Había tenido la precaución de esperar una hora antes de proceder a la operación; luego, con el pretexto de empolvarse ante el espejo de la chimenea, había hecho girar las agujas. Lo había hecho con tanta habilidad y rapidez, que nadie la había visto, ni advertido, después, el cambio de hora.

Ahora, de la escalera, llegaba un trueno de voces y un rumor de pasos sobre los peldaños. King tuvo la impresión de que Queenie había salido de la pieza. —Contaré hasta diez— se prometió, mordiendo su cigarro— y luego miraré a la puerta". Pero apenas había llegado a cinco cuando la puerta se abrió y una voz brutal ordenaba a alguien de afuera:

—¡Usted quédese ahí, hijo! —King reconoció la voz: una voz grave, dura, sordamente amenazante; una voz que parecía hacer vibrar, en el fondo de su ser, cuerdas que una triste aventura ya había tocado antes. Como en un sueño, oyó a Benny Isaacs exclamar con una cortés burlona:

—¡Home! ¿No es el señor Manderton? ¡Buenos días, inspector!

Buena presentación



LA presentación de una mercancía debe marchar de acuerdo con su calidad, porque el público compra los productos por su marca... y por el aspecto del envase.

Nuestros modernos envases metálicos, ofrecen la presentación más atractiva que es posible obtener y además brindan 4 características exclusivas que usted, como fabricante, debe considerar:

Ligeros - Irrompibles - Económicos - Garantizados

Permitámonos estudiar detenidamente—sin compromiso para usted—las necesidades de su negocio. Nuestro departamento artístico gustosamente le facilitará ideas, informaciones y presupuestos de gran utilidad.

Escribanos o llámenos HOY

Sociedad Industrial de Cuba, S. A.
(Fábrica de Latas - Luyanó)

Apartado 1651 X-1241 y X-1149 Cable: Litometal

LOS ENVASES QUE VENDEN

Bertica...

(Continuación de la Pág. 24)

sencillamente, en un tono de ternura que excluye la más leve sospecha de explotación del portento. Así, dice el señor Novoa que él sabe que su hija tiene un enorme temperamento dramático, pero que suspira porque su virtualidad de niña bullanguera, brincadora, alegre, no se pierda nunca. "Por eso—ha agregado—después de un recital dejamos pasar dos o tres meses sin recordarle sus versos".

Además, sostienen los dos—Novoa y Bertá—que la única responsable del arte de Bertica es su maestra. Al despedirse, mientras mi muchachita y la de ellos se despiden con un beso, me recuerdan que hable un rato con la señora de Esteve antes de hacer el reportaje. Yo lo prometo, y se van.

Se queda sola mi hija, que lloriquea: "Yo no quiero que se lleven a Bertica".

La maestra—Distintas circunstancias han impedido mi tête-à-tête con Himilce Abril. He hablado, sin embargo, con ella por teléfono. Su voz sosegada y musical tiene un temblor de emoción al relatarme cómo le enseñó la primera poesía a Bertica.

—Tenía entonces la niña cuatro años y medio. El método Montessori, que empleo con mucho éxito, me señaló lo extraordinario de su talento. Y, una vez, me tiré en el suelo para alcanzarla y la enseñé una canción de cuna de autor anónimo. Copió mi gesto en seguida,

avalorándolo con su inigualable gracia. Y, después, ella solita siguió. Yo, señora, me complazco en ser su maestra. Pero no he hecho nada. La chiquilla es genial. Eso casi me atrevo a asegurarlo. Guiarla es una delicia. ¡Además, tanta linda, tan buena! La quiero muchísimo.

He de hablar, próximamente, en tête-à-tête con Himilce Abril, la maestra de Bertica. Tengo por ella vivísima simpatía a larga distancia. Por otra parte, captó la primera el mensaje iluminado de esta muchachita cubana que, afortunadamente, no será nunca un nuevo plagio de Shirley Temple.

Sobre...

(Continuación de la Pág. 17)

Campo labrado, parrales cargados de racimos, rebaño de ovejas, unas vacas pastando... Todo era allí paz y contento, para el hombre y la esposa que lo acompañaba en aquella soledad, donde un niño de poca edad dormía en una cuna de ramaje. Después de descansar en aquella choza, nos alejamos pensando que dejábamos allí la felicidad.

Pasaron unos días, cuando llamé a mi casa un hombre en las horas del atardecer. Era el mismo de la choza y me traía el regalo de un cesto de fruta. Sentóse el hombre y con voz emocionada me dijo: "Yo vengo a hacerle una confesión, señora, para que sin decir mi nombre pueda lejos de aquí mi historia servirle de ar-

gumento... Yo soy el bandido de la cordillera, por el que usted me preguntó al llegar a mi choza".

Y me contó la historia de un corazón atormentado por las pasiones, que él deseaba satisfacer. Para conseguirlo, realizó crímenes... Se sentía en medio de los hombres, como la fiera junto a otras fieras, dispuesta a arrebatárselas el alimento y el placer a zarzapos y dentelladas... Estréchese en las casas; falta de oxígeno; cafetines y burdeles; pequeño y rastrero el miraje de la lucha... Después de los crímenes, la cárcel; después la escapatoría a las montañas...

Y entonces fué cuando el hombre que sólo sabía de blasfemias y juramentos, de desdenes y grosería, comenzó a sentirse cada vez más puro y más bueno... Apareció por allí una mujer que quiso quedarse con él como compañera, y para alimentarse acudieron los dos a la tierra y poco a poco fueron sintiendo como un vahído cálido que brotaba del suelo; y esto mezclado con la lucha del viento y del hielo, del terror a las alimañas y la escasez de instrumentos de labranza... Los primeros frutos que espontánea les ofreció la tierra, les dieron medios para ir adquiriendo lo preciso en el límite fronterizo donde ya no los conocían, pero la tierra los había agarrado y no pensaban en pasar a la Argentina. Allí los dos se sentían como nuevos y un día, al lado de una mata de ceibo bien chileno, les nació un hijo... ¡Jamás—me decía el antiguo temido bandido—pensé que yo pudiese

(Continúa en la Pág. 72)

Use los polvos tres flores



Los polvos que conquistan

creacion

HUONUT

careza de los elementos de guerra indispensables para alcanzar la victoria definitiva. España no podrá pagar nunca un sacrificio heroico de estos hombres, que dan al mundo un ejemplo de generosidad y abnegación.

Frente a este cuadro—agrega el general Mola—¿qué puede presentar el enemigo? Un panorama de anarquía, de saqueo y de ruina. Sus tropas indisciplinadas carecen de todo tipo de sistemas adecuados de aprovisionamiento ni elementos de guerra modernos para batirse ventajosamente en campo abierto. Divididos entre sí por diferencias esenciales de re-

Una entrevista...

ligión y de política, los adversarios son incapaces de oponer una resistencia eficaz y mucho menos de pasar a la ofensiva. Esa situación de indefensión ha hecho bajar su moral hasta tal punto que con frecuencia huyen ante el empuje de nuestras tropas, abandonando en la fuga armas, parque y camiones.

Y puede usted afirmar en su periódico que el desenlace de la guerra civil está próximo. El triunfo de nuestros ejércitos parece asegurado ya. El generalísimo Franco

(Continuación de la Pág. 26)

cuenta en estos momentos con cuanto necesita para vencer, y más. El cierre de las fronteras y las costas españolas a toda importación de materiales y de hombres no puede afectarnos en nada, porque ya tenemos aquí de todo: aeroplanos, cañones, ametralladoras, granadas, fusiles. Nuestro movimiento de avance arrebatará al enemigo las ricas zonas industriales y mineras que aun reside. Luego nos lanzaremos sobre Santander y Oviedo para arrojar al mar al adversario. Y una

vez libre el norte de enemigo, segura nuestra retaguardia contra cualquier ataque posible. ¿Quién podrá contenernos en el centro? ¿Cómo podrá resistir nuestro empuje los generales incapaces que hasta ahora no han sabido hacer otra cosa que huir o agazaparse como conejos en la madriguera de Madrid? Cuando pasen las lluvias de primavera, el generalísimo volverá a marchar victorioso como lo hizo de Cádiz a Toledo el verano pasado, y este año podremos ondear de nuevo la bandera roja y gualda en todo el litoral del Mediterráneo.

El proceso de la locura de Irwin.

Hace cuatro años, precisamente en los momentos en que Robert Irwin acababa de llegar a Nueva York, procedente de su nativa casa de un pequeño pueblo que caminó a la casa de los Gedeon, donde por entonces la pequeña Ronnie—destinada más tarde a maravillarse con su florecida belleza a los artistas para los cuales servía de modelo—no pasaba de ser una muchachita pizpireta que todavía no lograba interesar a los hombres. El escultor pidió y obtuvo la habitación más alta de la casa, y en ella instaló un estudio al cual acudían no solamente la pequeña Ronnie, sino también su hermana mayor, la futura Mrs. Kuder.

Irwin hablaba a las muchachas en un forma extraña, que si bien a veces parecía subyugarlas y atraerlas, en otras sólo servía para que adquirieran la duda de que no se las habían con una persona normal. Y un día, mientras Ethel lo acompañaba en el estudio y él estaba hablando de mil cosas indiferentes que ella no acababa de comprender del todo, le espetó de repente la declaración inesperada y desconcertante: —Ethel, yo te amo.

La muchacha, que por entonces llevaba ya relaciones con el hombre que él pretendía conquistar en su marido, no supo qué contestar. Pero, por lo del más,

Madrid y se mostrara al público para evitar estallidos.

Un incidente que ocurrió durante su regreso a la capital solidificó un propósito mío, nebuloso hasta aquel momento, de visitar y estudiar los Estados Unidos si alguna vez se me presentaba la oportunidad.

Alexander P. Moore, de Pittsburgh, había llegado a Madrid como embajador de los Estados Unidos en España. Era un tipo de norteamericano nuevo para la corte española. Ciertamente era un nuevo tipo de diplomático. Ni siquiera ni ningún otro país había visto nada semejante hasta entonces. Era un propietario de periódicos, casado con la famosa Lillian Russell.

La primera impresión que nos produjo fue la de un bárbaro ostentoso y llamativo, de edad mediana. Sus ideas sobre el traje eran dignas de ser tomadas, ridiculas y chocarlas. El nuevo traje no significaba nada para él, por lo menos hasta que no exhibía una cantidad suficiente de ellos sobre su persona. Sus trajes de calle tenían tantos y tan diferentes matices encontrados que casi se podía ir a llegar. Y le agradaba mucho cubrirse con diversos trajes de etiqueta con un sombrero tejado de diez galones.

Moore hablaba muy poco español, y la mayor parte de él aprendido probablemente en las tasca, los coches y las calles. Su inglés nativo estaba esmaltado de slang.

Un escultor...

formulada la amorosa declaración el escultor le seguía hablando de cosas indiferentes, sin instalarla una aceptación inmediata de su cariño, y menos a que se entregara con él a esos deliquios que todo amante espera de su amada, una vez que es correspondido.

Ethel, a quien el escultor no desagrada del todo, decidió no desairarlo cuando en ocasiones posteriores volvió a hablarle de su desmedido amor. Y así fue pasando el tiempo, durante el cual Ethel llegó al convencimiento de que se las había con un loco pacífico.

Pero llegó el día en que la señora Gedeon, instada por sus dos hijas, determinó ponerle fin a la estancia del extranjero bajo el techo común. Uno de los motivos que la determinaron a ello fue la continua persecución de Irwin hacia la mayor de sus hijas, a la que asociaba con sus requebríos. Pero ella se negó a hablarle de sus estuivera un día a un paso de la muerte, cuando el escultor quiso que le sirviera de modelo para una mascarilla, con lo que estuvo a punto de asfixiarla.

El odio del escultor hacia la modelo y su madre.

El escultor culpó a la señora

Mi historia...

Cuando ustedes piensen en la rigidez de la secular etiqueta castellana de la corte española, podrán imaginarse apenas el efecto del choque de una personalidad como la del embajador Moore contra ella.

Pero él persistió tras esa primera impresión y la destruyó con la fuerza de su afabilidad sin afectaciones y su profunda sinceridad y su amor cordial a los señores. El pagó, por mi padre una gran admiración que se convirtió pronto en una amistad íntima entre los dos hombres. Mis padres fueron los primeros en sucumbir en España a la gran personalidad de ese hombre. El solía ver al rey, sin anunciarse, a cualquier hora del día o de la noche, privilegio sin precedentes en toda la historia de España.

La ayuda de Moore.

El pagó la confianza regia con una lealtad que llegó en una ocasión hasta exponer su propia vida para proteger la del rey. Moore convirtió los actos sociales de la corte de sucesos aburridos en ocasiones de regocijo. Interesó a grupos de capitalistas, españoles y extranjeros, en proyectos que, siendo beneficiosos para ellos, resultaron también de beneficio para el país.

(Continuación de la Pág. 22)

Gedeon y a su hija Ronnie de ser la causa de su fracaso amoroso, y desde entonces, según han manifestado ahora algunos de sus amigos, las odió con un odio intenso, que su desequilibrado mental cada día más acentuado hacia entonces excesivamente peligroso.

Pero después, tras de haberse infligido el mismo una herida destinada a realizar una operación que él puso en cubierto por su avasalladora pasión por Ethel Gedeon, Irwin, por su propia voluntad, ingresó en el hospital donde estuvo tres años. Pasado ese tiempo y creyéndosele ya curado, en julio del año pasado se le dejó en libertad, y el joven, que pasaba también por periodos de éxtasis religioso, se sintió de nuevo influenciado por las inclinaciones de la niñez—el asesinato de Ronnie Gedeon es hijo de un matrimonio evangelista que viajaba hace una treintena de años por todo el mundo, enseñando a los no creyentes—e ingresó en el St. Lawrence University School de Canton, con vistas a una carrera religiosa.

El 18 de marzo de este año, sin embargo, fue expulsado del mencionado seminario por no poseer un carácter apropiado para ejercer el elevado ministerio. E inme-

(Continuación de la Pág. 52)

Con mi padre observé el crecimiento ominoso de la intranquilidad natural y sus visitas privadas al rey se hicieron tan frecuentes que pasaba con él la mayor parte de su tiempo. Cuando el rey salió de Madrid para San Sebastián, en busca de un descanso necesario, el embajador Moore le dijo que "tuviera cuidado ahora, porque había muchos exaltados en España".

El pagó, como es lógico, estaba en íntimo contacto con la situación nacional, y no se sorprendió al recibir las llamadas para que fuera a Madrid inmediatamente. Lo que le sorprendió, sin embargo, fue la aparición casual, demasiado casual, del embajador Moore una mañana en la corte, y a la salida de la ciudad. El embajador estaba recostado en su enorme auto oficial mientras el chófer cambiaba una rueda.

El rey le invitó a regresar a San Sebastián con él, y el señor Moore aceptó la invitación. Bajó del auto trayendo en la mano un largo y misterioso paquete, que él mismo arrancó y abrió y sacó de él una ametralladora en miniatura.

—Rey—dijo—esto es lo que llamamos un Tommy-gun en mi país. Tira mucho y bien. Quiero que se lo lleve por si acaso. Y por si acaso estará cerca por si se le ocurre la idea de que me necesita.

diatamente decide el retorno a Nueva York, y a juzgar por sus posteriores hechos, su venganza terrible.

Trató también de asesinar a Ethel.

De la culpabilidad del escultor no existen dudas. El guante que quedó abandonado en la escena del crimen como única pista que pudiera conducir a la Policía hasta el asesino fue reconocido por la dependencia de una tienda de Canton como el mismo que ella le vendió al entonces seminarista. En cuanto al criminal, tras de haber residido en una casa de las inmediaciones del teatro de los hoteles hasta el día en que fue perturbado el viejo Gedeon, desapareció del lugar sin dejar ninguna huella, desde el mismo momento en que supo por los periódicos que la Policía, convencida de la inocencia de aquél, encaminaba sus pesquisas por otros derroteros.

Parece también probado que después de haber asesinado a la madre y la hija el perturbado sacó la mascarilla de ambas, con un propósito desconocido. De ahí que en el rostro de la infeliz modelo fueran encontradas partículas de yeso y un pedazo de "tape" que sin duda fue destinado a mantener el pelo sujo hacia atrás, mientras el loco realizaba su macabro trabajo.

El "Tommy-gun".

Insistió en que mi padre se llevara la ametralladora y el rey, sintiéndose un poco inquieto, la puso en su habitación aquella noche. Por la mañana le despertó el ruido de una lucha cerca de su dormitorio. Saltó de la cama, abrió la puerta y miró.

El embajador Moore tenía al ayuda de cámara del rey agarrado por el pescuezo mientras le apoyaba otro "Tommy-gun" en el estómago. Cuando el rey identificó al estudiante, el señor Moore explicó que lo había confundido con un asesino.

Se había pasado toda la noche de guardia a la puerta de la cámara real!

Durante todos esos años fui creciendo. A los diez y siete pasé a ser mayor de edad y se me dieron habitaciones propias en una de las salas del palacio. Comencé a vivir mi propia vida. Por esa época había empezado a darme cuenta de que era inútil mi entrenamiento para reinar. Fuerzas sobre las cuales ningún hombre tenía ya control iban impulsando a España hacia la izquierda, hacia la revolución. La guerra civil la anarquía. Si España sobrevivía, no iba a tener mucha necesidad de un rey.

En el próximo número, sigue contando el ex príncipe de Asturias la historia de su vida de soltero, en el Palacio de Madrid.

¿Por qué...

(Continuación de la Pág. 36)

de ver hace veinte años y creí olvidada para siempre, han provocado un cambio total en mis inclinaciones, que en buena hora olvidaría para siempre, mas ¡cómo hesterio en el minuto que todo está dispuesto, que desconozco a mis cómplices y ellos me desconocen a mí? Me siento vigilado, sé que ni uno de mis gestos pasa inadvertido, pero si me dispusiera a actuar contrariando los deseos del que manda no ignoro que todo se reduciría a que me ayude a encontrarlo.

—Eres un buen actor, Dick, pero tus dotes no llegan hasta el extremo de convencerme. Y bromas aparte: por mi honor te juro que antes moriría gustosamente que presenciar la traición de un amigo al que amo desde la niñez. Saberlo, sobre todo, capaz de vender por un fajo de billetes la tierra en que nació y donde yacen sepultados sus padres... ¡Pero dejemos eso que sólo a sombríos pensamientos conduce! ¡Mozo: otros dos cocteles!

La orquesta había empezado la selección postrema, con que cerración de que incluía retazos de todos los himnos nacionales. Una gran parte de la concurrencia se puso en pie, acallándose hasta las conversaciones que se mantuvieron hasta entonces en voz baja, bajo las arecas cómplices...

... En esto rompieron, hermosos y vibrantes, los primeros compases de *The Star Spangled Banner*, trayendo consigo efluvios de

la patria distante, provocando recuerdos dulces y queridos a ambos hombres. Al escucharnos, Hendrickson quiso levantarse también, pero Crosby se lo impidió argumentando:

—Un instante, John. Permíteme probarte que mis palabras primeras que tanto te disgustaron, relativas a la patria, no me brotaban del corazón. Quiero escuchar esto de pie, yo solo. Permanece tú sentado, en tanto.

Púsose efectivamente en pie, muy erecto; de improviso miró a la ventana abierta a sus espaldas e, inclinándose sobre el hombro de su amigo, le dijo:

—No olvides ganar la puerta que está detrás de ti, si por algún motivo la luz se apaga. Y, en caso tal, no esperes por mí.

Apenas había terminado cuando se oyó una detonación ahogada; Crosby, girando sobre sí mismo, cayó sobre la mesa, y la luz se apagó acto seguido en la sala del Internacional, donde continuaron el orden y el silencio más absolutos; inusitadas reacciones tras un hecho de la calidad del acontecido, sólo concebible en un centro como aquél, en el que siempre se aguardaba lo peor... Los occidentales presentes sabían poco más o menos a qué atenerse, y los chinos estaban harto escarmentados para mezclarse conscientemente en los problemas de los blancos, en los que nunca tenían nada que ganar y mucho, en cambio, que perder.

El brusco sonido de un batiente, al cerrarse violentamente, puso solución de continuidad al angustioso lapso precedido de zozobra.

Era Hendrickson que en obediencia a las instrucciones de su compatriota y amigo, ya muerto, desaparecía para siempre de la peligrosa vecindad...

Rosalind...

(Continuación de la Pág. 42)

blo donde tendría lugar la primera función.

El productor, su socio y la tropa de artistas fueron a la estación para recibir debidamente a la joven actriz, la dama joven de la compañía. Un grito de angustia, de cólera, de dolor, se escapó de los labios azulados del socio. Y cuando pudo hablar, exclamó con espasmos de cólera: "¡Esa es la actriz fabulosa que has contratado! ¿Por qué no me advertiste antes?" "¡Dios de los cielos, estamos arruinados!... ¡Imbecil, esa es la misma muchachita sin experiencia, acabada de graduar en la Escuela Dramática, a la cual podía haber conseguido yo por 20 dólares!"

Y aun así debía haberlos dado las gracias por la oportunidad de adquirir experiencia! Pero ya era tarde. Un contrato es un contrato y toda la ira del infeliz socio y los tardíos remordimientos del productor no podían hacer nada. Rosalind alzó desdenosamente los hombros y preguntó donde estaba el compartimiento privado en el tren; pues desde entonces la actriz de la compañía no podía viajar en otra forma que restara prestigios a su posición.

Ahora bien, Rosalind probó durante aquella temporada que el alto salario entregado cada semana estaba más que justificado. La chica fue una extraordinaria exitosa de taquilla. Su belleza, elegancia y talento histriónico prestigiaron a la compañía de trashumantes. Y la próxima temporada fueron los mismos productores los que suplicaron a la joven que se quedara con ellos, previo un aumento de sueldo.

Después de una temporada de éxitos rotundos en Broadway, la compañía pasó a Los Angeles y allí Rosalind apareció en el principal papel (nunca apareció sino en papeles principales) de la obra "No More Ladies", un alerta emisario de la Metro-Goldwyn-Mayer la vivió. Inmediatamente le hizo una proposición ventajosa y después de apreciar las ventajas del contrato, Rosalind firmó el contrato que le ofreció.

Desde aquel momento Rosalind se convirtió en una de las más potenciales candidatas al estrellato. Ciertamente no había llegado aún a ese peldaño considerado casi sacrosanto en Hollywood, desde cuya altura se mira con desdén la indiferencia a todo lo que queda en plano inferior... pero aquello no fué obstáculo para que Rosalind exigiera los papeles que más convenían a sus gustos y temperamentos. Si el productor o director se negaba a ello, la joven urdía uno de sus embustes a la pobre ignorada de sus deseos. Pero no hay que culpar a Rosalind Russell. En Hollywood el ambiente es muchas veces hostil y los que tienen verdadero talento y quieren subir hasta la meta, necesitan luchar con las armas más propicias a sus ambiciones. Seamos, pues, tolerantes con los métodos de Rosalind. Una sola vez la joven vió frustrados sus deseos y encontró que todos los argumentos expuestos para contradecir la voluntad de un director resultaron inútiles.

La compañía Columbia Pictures le eligió para el papel principal en la obra "La Mujer sin



Restablece la blancura natural de los dientes opacos y manchados

KOLYNOS CREMA DENTAL

Alma" (o "La Dominadora"). Rosalind se negó a interpretar aquel rolle, arrojando que el papel era tanto antipático y perverso que su público quedaría mal impresionado.

Fracasada su técnica tuvo que aceptar el papel. Y actualmente la misma joven confiesa que nada mejor podía haberle sucedido en su vida, pues precisamente su actuación en aquella película culminó en su bautismo de fuego como estrella consagrada. La interpretación de Rosalind fué sencillamente sensacional. Y hay que hacerle honor a la actriz por confesar su equivocación, pues en Hollywood, querido lector, una de las características más punzantes es la de no confesar jamás las propias faltas o equivocaciones. Pero esta muchacha, que es capaz de mentir descaradamente para lograr sus deseos de mejorar en el arte que ha escogido como carrera, posee a la vez una sinceridad exquisita. Rara mezcla que hacen de su personalidad *para avis* en el engranaje multiforme de Cine-landia.

La próxima oportunidad llegó para Rosalind gracias a un disgusto de la bella actriz Myrna Loy con el estudio. Myrna se negó a aparecer en el papel principal de la obra "Rendezvous", con William Powell. La compañía dió el papel a Rosalind y ésta cosechó un nuevo triunfo, estableciéndose definitivamente entre las luminarias del séptimo arte. Después siguieron otros éxitos: "The President Vanishes", "The Night is Young", "China Seas" y actualmente trabaja sin descansar en "Night Must Fall". ¡Ignoramos qué títulos tienen estas películas en español!

Se distinguió notablemente junto a Robert Young, y alcanzó los tributos de la crítica en "Suicide Club" y "It has to Happen".

Cuando Rosalind llegó a Hollywood la colonia del cine levanto con indignación las cejas, agregando al elocuyente gesto las más glaucos frases de que la muchacha trataba de arrebatarse el pan a las pobres abejas trabajadoras como Greta Garbo, Joan Crawford y Jean Harlow, puesto que Rosalind era fabulosamente rica sin necesidad de actuar en la pantalla.

Se citó la fortuna de su padre y la hermosa residencia de Waterbury, en el Estado de Connecticut, donde la joven nació, en junio de 1908... (Ya dijimos la edad de la estrella por olvido).

Todo esto tenía cierta verosimilitud. La familia Russell, en la cual había cuatro hijas y tres varones, gozaba de muy buena posición. Pero, según nos recuerda Fringle en su historia acerca de esta tribu, el papá de la joven sentía ardiente devoción por las compras de propiedades urbanas y rurales y en estas transacciones perdió una considerable parte de su fortuna.

Desde bastante joven Rosalind dió pruebas de poseer cierto instinto mercantil... Al regresar del colegio superior su hermana mayor le rogó que fuera con ella a cierto recital ballable, ya que le hacía falta una muchacha en conjunto. Rosalind sentía ardientes deseos de asistir a tal fiesta. Pero la ocasión era propicia para sacarle un poco de provecho material y su respuesta a la hermana no pudo ser más explícita: "Si necesitas otra joven para tu cuadro, acepto, siempre que me pagues cinco dólares hasta la medianoche y diez después de esa hora"... La hermana comprendió que se trataba de un atraco, pero era demasiado tarde para buscar a otra pareja y no tuvo

(Continúa en la Pág. 74)

¡Es importante

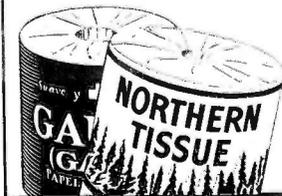
usar BUEN PAPEL HIGIÉNICO

! Su médico, si usted le pregunta, le dirá que el papel higiénico corriente tiene una superficie muy áspera, la que puede causar irritación y otros males más complicados.

Northern Tissue y Gauze se fabrican de pasta celulosa pura, lo mismo que el algodón quirúrgico. Un procedimiento especial los deja suaves como el lino para asegurar que no hagan daño a los delicados tejidos. Se esterilizan 20 veces.

El Northern Tissue es blanco; el Gauze es amarillo claro y algo más barato. Ambos son papeles higiénicos de la más alta calidad. Pídalos por su nombre.

NORTHERN PAPER MILLS GREEN BAY, WIS., E. U. de A.



*En la cuesta o en la llanura,
en buenos o malos caminos . . .
un nuevo ritmo automovilístico*

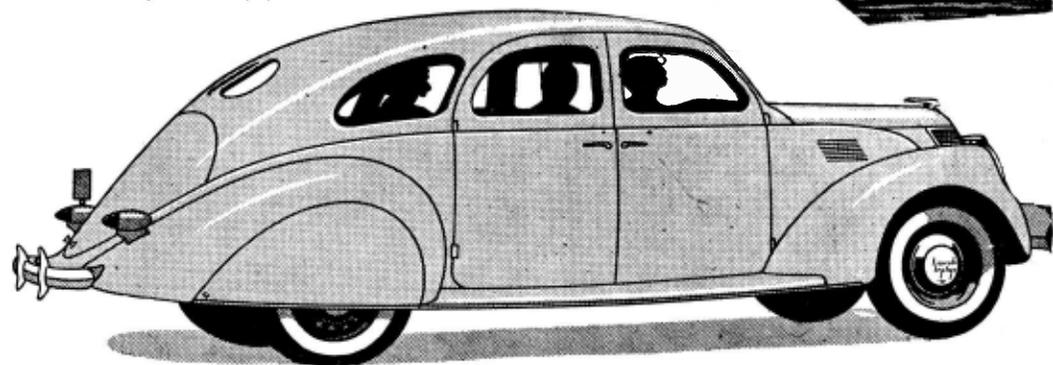
Rápido en arrancar, veloz en camino abierto, de gran estabilidad en buenos o malos caminos . . . el LINCOLN-ZEPHYR se desliza siempre cual en raudo vuelo. ¡Descubra Ud. este automóvil hoy mismo!

Descubra su nueva economía. He aquí un motor de 12 cilindros — tipo "V" — fabricado por Lincoln en la famosa planta de precisión Lincoln. Desarrolla una potencia de 110 caballos y si bien impulsa un automóvil de 3.10 mts. de distancia entre ejes y 3.38 mts. de distancia entre muelles, su rendimiento es invariablemente de 6 a 8 kilómetros por litro de gasolina.

Descubra la nueva seguridad de este automóvil. La carrocería y el bastidor forman una sola pieza, soldada autógenamente. Los pasajeros viajan a poca distancia del suelo, rodeados de una sólida estructura de acero. ¡Nueva seguridad para todos . . . nueva comodidad aun en los más largos viajes!

¡Pruebe Ud. el LINCOLN-ZEPHYR en la primera oportunidad y vea lo que ha ocurrido en materia de transporte!

Lincoln Motor Company, fabricantes de los automóviles Lincoln y Lincoln-Zephyr.



*CONDICIONES LIBERALES DE PAGO
INCLUYENDO SEGURO VENTAJOSÍSIMO*
CONSULTE AL AGENTE FORD MÁS CERCANO

LINCOLN-ZEPHYR V-12

El crimen de...

(Continuación de la Pág. 21).

—No: era soltero. Tenía un criado... ¿No está aquí ese hombre? ¿Qué hombre?—preguntó vivamente Kelvey.

—Su criado: siempre tuvo uno. Hace una semana despidió a uno que servía varios años con él y tomó otro. El nuevo criado fue a hacer compras a mi tienda hace algunos días.

—¿Cómo se llamaba?
—No lo sé. No lo vi más que una o dos veces. Pero ahora recuerdo que no volvió desde hace algunos días, lo cual me sorprendió, porque el doctor Carling había todas sus compras en mi tienda.

—¿De manera que el doctor Carling despidió a su antiguo criado y tomó otro que ha desaparecido?—observó Kelvey.—¿Qué sabe usted del antiguo criado?

—Se llamaba Adams. Era un tipo taimado, y comprendo perfectamente que el doctor Carling no lo haya conservado. Antes de ser criado del doctor Carling, fue enfermero en un hospital. Es el ser más antipático que he visto nunca.

—¿Y el nuevo?
—No lo he visto mucho; pero parecía un hombre hurado y franco. Era alto y poco más o menos de la misma edad que el doctor Carling, mientras que Adams era más joven.

Una brusca idea pareció asaltar al tendero.
—¿Cree usted que el criado haya matado al doctor Carling?

Kelvey se encogió de hombros. En todo caso, se ha ido a la chita callando.

El tendero movió la cabeza solememente:

—¿Diable! hoy no puede uno fiarse de nadie! Ese hombre, realmente, no tenía aspecto de asesino. ¡Más bien lo habría creído de Adams que de él!

—¿Conocía usted bien al doctor Carling?

—Lo veía con frecuencia; pero no puedo decir que lo conociera bien. No hablaba mucho con sus vecinos. Algunas veces, permanecía varios días sin salir, encerrado con sus sellos viejos, y era Adams el que se encargaba de todo.

—¿Tenía amigos íntimos?
—No lo creo. Jamás vi visitas aquí. En la vecindad decían que vivía como un ermitaño.

Unos pasos ruidosos anunciaron la llegada de la Policía, y a poco, detectives y agentes vestidos de paisano irrumpieron en la casa con el inspector Malloy a la cabeza. El *Boletín* le había avisado a la Policía—después de tirar un suplemento—y Malloy había corrido al número 3 de la calle de los Alamos. Desataba llegar el primero, por lo que su decepción fue grande cuando se encontró a Roger Kelvey instalado ya en la casa.

—¿Usted aquí? ¿Qué está haciendo?

—El señor Kelvey y yo representamos al *Boletín*—le dijo Jimmy Thomas en tono seco—. El crimen fue descubierto por un reporter del *Boletín*. Por eso está aquí el señor Kelvey.

—¡Ah! ¿Sí? Pues bien: el señor Kelvey y usted serán tratados como los demás periodistas y tendrán los mismos informes, ni más ni menos. ¡Y ahora, largúense! Dentro de un rato haré declara-

ciones para los periódicos. Jimmy Thomas se echó a reír. —¿No quiere oír nuestra teoría del hecho?

—Tengo más confianza en la mía—respondió Malloy—. Si cada uno se ocupara de sus asuntos únicamente, el mundo marcharía mejor.

Kelvey, que no ignoraba que aquella amable observación se dirigía a él, se metió las manos en los bolsillos y se alejó silbando. El mal humor de Malloy le tenía sin cuidado. En seis semanas, él había solucionado dos misterios y el inspector no le perdonaba: le detestaba cordialmente; pero, por su parte, el criminalista consideraba a Malloy como un policía estúpido y arrogante, desprovisto de todo talento.

Kelvey, Jimmy Thomas y Timothy Drake, pues, salieron de la casa, y un agente les acompañó hasta la verja, donde tropezaron con otros tres periodistas que llegaban corriendo, enviados por *La Estrella*.

—¡Jugando sucio, como siempre!—le dijo alegremente uno de ellos a Jimmy Thomas.

—Simple casualidad—respondió Jimmy—. Malloy no me ha echado y dice que dentro de un rato hará declaraciones.

—No tenemos la menor intención de esperar. Vamos a entrar. —¡Intenente!

Los reporteros de *La Estrella* avanzaron corriendo por la avenida central del jardínillo, y con gran oleada de asonido, Jimmy Thomas, fueron introducidos inmediatamente en la casa.

—¡Ese animal de Malloy!
—¿Qué importa?—dijo Kelvey—. Fuimos los primeros en llegar y no creo que descubran gran cosa. Ahora tenemos que buscar informes acerca del doctor Carling y de sus dos criados. Usted y Drake vayan de casa en casa e interroguen a todo el mundo. Yo les imitaré del otro lado y nos encontraremos al final de la calle.

Separáronse. Metódicamente, Kelvey comenzó por el número 1 de la calle de los Alamos. Una mujer envejecida y de aspecto extendido, le abrió la puerta, le hizo entrar en una sala pobremente amueblada y se sentó con aire cansado.

Cuando Kelvey le dijo que el doctor Carling, su vecino, había sido asesinado, por su excitación, pero no manifestó mayor interés.

—Al ver a la Policía, me pregunté qué habría ocurrido—reconoció.

Su marido se hallaba en la casa: estaba sin trabajo y había instalado un pequeño taller en un garaje. A petición de Kelvey, lo llamó. Era un hombre flaco, descuidado, de cabellos hirsutos, que entro algunos minutos después limpiándose las manos en la sucia blusa.

—¡Asesinado el viejo Carling! (Se pasó los dedos por los negros cabellos). ¡Es terrible!—dijo—. No le veía desde hace algunos días; pero no era nada extraordinario. ¿Cuándo lo mataron?
—Kelvey le contó cómo había sido descubierto el cuerpo. El hombre, que se apellidaba Neelands, parecía escandalizado y horrorizado. Sacudía la cabeza, hacía crujiir sus dedos y lanzaba continuas exclamaciones.

Defienda

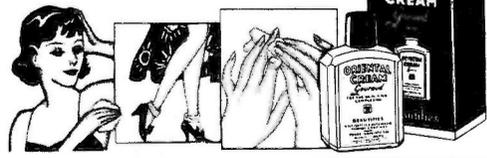
su belleza contra el sol y el aire

Proteja su cutis contra los destructores efectos del Verano. La hechicera apariencia que se consigue con la

CREMA ORIENTAL Gouraud

es también eficaz contra la acción calcinadora y secante del sol y del viento. Disfrute de todas las diversiones veraniegas sin quemarse y sin que se le ponga la piel seca y cuartada.

Hay muchos usos para la Crema Oriental Gouraud. Suaviza y blanquea las manos envejecidas y ásperas. Su duradera belleza añade atractivo a las piernas cuando no se llevan medias. Su contenido de oxígeno activo facilita adquirir matiz tostado y tiene útiles propiedades desodorantes. En Carne, Blanco y Rachel. Tamaños de 15, 25 y 60 cts.



—¡Ácido sulfúrico! No: no podía ser... Se necesita tiempo. Yo lo sé.

—¿Ha trabajado usted con ácidos?—le preguntó Kelvey.

—Soy químico—explicó Neelands—; pero hace seis meses que perdí mi empleo. Ahora me dedico a hacer experimentos particulares. Si: conozco los ácidos. El sulfúrico puede dar resultado, pero necesitaría mucho tiempo. Quizás el asesino no lo sabía. ¡Qué cosa más horrible!

—Vine a preguntarle si han visto ustedes extraños en el número 3 en estos últimos tiempos—dijo Kelvey.

Neelands miró a su mujer y sonrió. —¿Extraños? ¡Ya lo creo! Y bastante que intriguaron a mi mujer.

—¿El doctor Carling no tenía costumbre de recibir visitas?

—Hasta la semana pasada, no había visto entrar en su casa más que al panadero y al lechero. Luego, en un solo día, por lo menos doce hombres vinieron a verle. Todos eran viejos. ¡Doce fueron, de las diez de la mañana a las cinco de la tarde!

—¿Vinieron separadamente?

—Sí: uno por uno. Yo no los vi; pero mi mujer estaba intrigada y los observó por la ventana. Permanecían diez o quince minu-

tos en la casa y después se iban. —No sería un mismo hombre que hubiera venido varias veces?

—sugirió Kelvey. La mujer sacudió la cabeza.

—No: no estaban vestidos del mismo modo y no todos eran viejos; dos o tres parecían jóvenes. Hasta hubi uno que estaba muy bien vestido: llevaba polainas y bastón.

—¿Qué día fue eso?

—A ver... Creo que fue el lunes de la semana pasada.

—No hubo más visitantes al día siguiente.

—Ninguno. Pero lo otro me pareció extraño, porque el doctor Carling no tenía amigos. Nadie venía a verle.

—¿Usted le conocía personalmente?

—No—dijo Neelands, vivamente.—No cambió más de tres palabras con él. De cuando en cuando le veía trabajar en su jardín; pero ni siquiera saludaba.

—El señor Adams sí venía a vernos de cuando en cuando—dijo la mujer.

Neelands la miró. —Verdad, Adams era el criado del doctor; pero ya no estaba ahí. Iba a verme muchas veces a mi laboratorio, mientras yo trabajaba, y nos decía que el doctor Carling era un poco... usted comprende... (Cont. en la Pág. 65)

Patentex

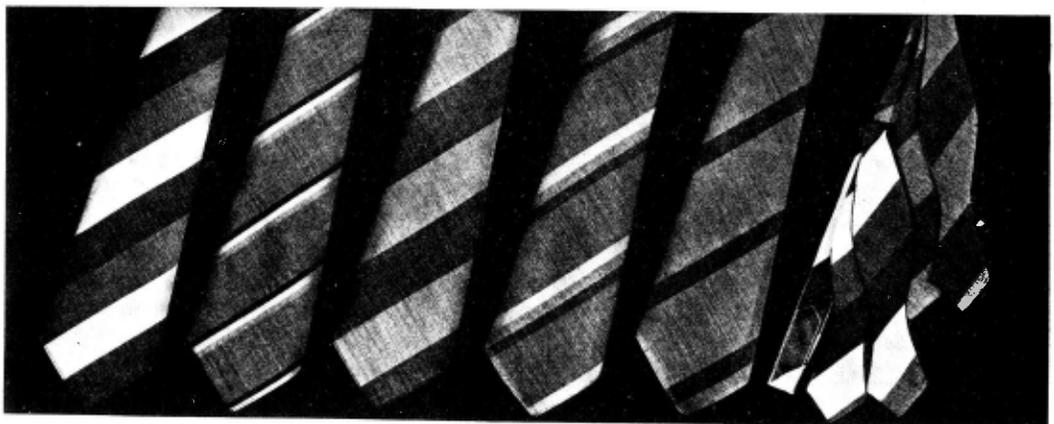
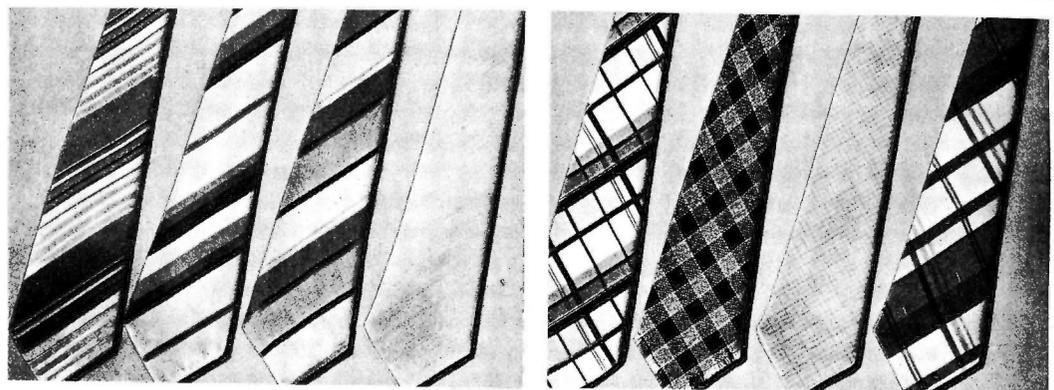
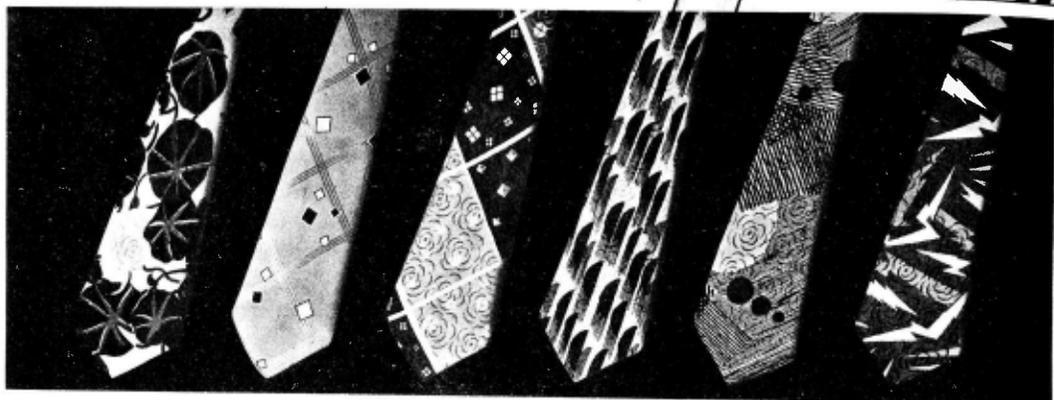
UNA MEDIDA PREVENTIVA

No descuide la higiene, base principal de la salud. PATENTEX es un preparado a la vez eficaz e inofensivo para el cuidado íntimo de la mujer. De venta en las buenas farmacias.

Distribuidores para Cuba: CIA. FARMACIA GOICOEUA, S. A. PLAZA DE LA SOLEDAD, CARRAGUAY



PARA EL HOMBRE ^{PIR}ALGERNON



Los últimos modelos de corbatería para el verano incluyen, además de los clásicos cuadros y rayados, singulares combinaciones de tonalidades vivas y diseños que recogen una variadísima gama de motivos: floreados, geométricos, zigzagueos, "impraztonísticos" en fin. Toda esa confusa obra de tendencia modernística. Los géneros principales son: "crêpe" seda, "joulard", hilo y algodón lavable y rayón.

LA CASA OSCAR

SASTRES CREADORES.
SAN RAFAEL, 17, HABANA.

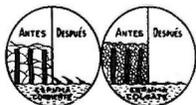
VEA EN NUESTRA VIDRIERA LOS NUEVOS MODELOS
CORTADOS POR NUESTRO MODELISTA DOMÍNGUEZ

La crema de afeitar COLGATE MENTOLADA

Proporciona una afeitada rápida y agradable.

Su abundante espuma ablanda la barba, por dura que sea, y facilita el corte perfecto, suave... sin irritar la piel más delicada.

El mentol que contiene es un magnífico antiséptico y deja en el cutis una deliciosa sensación de frescura.



● Nótese la gran diferencia que existe entre la espuma obtenida de una crema corriente y la que produce la crema de afeitar Colgate-compacta-de pequeñas burbujas que facilitan la afeitada.

También hay Crema de afeitar COLGATE sin Mentol.



Sintonicice la Cadena Crusellas

"Inter-nos"

MILORD.—No, amigo; evite ese rollo pulsera con brillantes. Eso está bueno para una dama, pero un hombre, cuando se llama "Milord", no debe usar semejantes prendas. Mientras menos prendas use el hombre, mejor. Los tréstitos tampoco se usan, y como alfiler de cor-

CAMISAS

bata, cambie el "tú y yo" que menciona por una perla pequeña. ¿Se habrá influenciado usted en las vitrieras de algunas foguerías habaneras? ¡Mucho cuida!

Normas de Urbanidad

LA MESA

VII

El cuchillo y el tenedor.—El cuchillo no se emplea más que para cortar los alimentos. Los chinos

emplean los palillos porque consideran grosero y bárbaro el cortar alimentos en la mesa. Crean que el trincharlos ha de hacerse en la cocina, y que se han de llevar a la mesa en trocitos, para llevarlos fácilmente a la boca con el empleo de los palillos.

El uso del cuchillo es muy restringido en las mesas elegantes; siempre que se pueda, ha de emplearse el lado romo del tenedor para cortar.

Las ensaladas, por ejemplo, se comen sólo con el tenedor. No puede emplearse el cuchillo para cortar la lechuga; con el tenedor se dobla la hoja de lechuga, dejándola de un tamaño conveniente, o bien cortarse la hoja con el lado del mismo tenedor.

Cuando se parte algo, el cuchillo se tiene siempre en la mano derecha y el tenedor en la izquierda. No obstante, al quedar cortado el pedazo, se deja el cuchillo en el plato, se cambia el tenedor a la mano derecha y se lleva así el alimento a la boca. Al cortar, las púas del tenedor se dirigen hacia abajo; al llevar la comida a la boca, las púas del tenedor se dirigen hacia arriba. Es poco cortés mantener conversaciones con el vecino de mesa teniendo un pedazo de alimento colgado del tenedor. Al menor movimiento, debe hacerse caer el alimento por la mesa o por el vestido del vecino.

El cuchillo y el tenedor no han de tenerse juntos en una misma mano, sino dejarlos enteramente en el plato cuando no se usen. Las carnes, verduras, pescados, ensaladas, ostras, almejas, helados, pudines, melones, etc., se comen con el tenedor, así como las patatas fritas, las tortas y las empanadas. Sólo ha de tomarse con el tenedor lo que puede comerse de una vez. Lo contrario resulta grosero y poco agradable a la vista.

La servilleta y el vaso de enjuague.—La servilleta, desdoblada parcialmente, se ha de poner sobre la rodilla. Se usa frecuentemente sobre todo antes de beber, pues nada hay más indecoroso que un vaso con manchas de grasa. En las casas bien ordenadas, las servilletas no se guardan de una comida para otra. Por consiguiente al terminar se dejan desdobladas sobre la mesa sin doblarlas. Los servilleteros han pasado de moda menos en el cuarto de los niños. El vaso de enjuague que sigue a un plato de frutas o se presenta al final de la comida, se llena hasta la mitad de agua tibia, y se pone sobre un plato o sobre un tapetico. A veces se añade al agua una hoja perfumada. Se sumerge en el vaso de enjuague sólo la punta de los dedos, que luego se secan con la servilleta. No hay que añadir que las personas bien educadas no chapotean el agua, ni realizan abluciones completas en la mesa. El empleo moderno del vaso de enjuague es para limpiar los de-



dos de los jugos de frutas o de grasas que pueden ensuciar. Más sobre los modales en la mesa.—En comidas muy concurridas, un comensal puede rehusar un plato sin parecer grosero ni desconsiderado. Pero en comidas familiares, en las cuales puede no

elegancia
juventud
sport

J. Vallés

SAN RAFAEL E INDUSTRIA

60 MINUTOS DE SPORTS DE 12% A 1% ENK - COEH - R. OSNEA E. VALLS

haber gran variedad de platos, que el ama, sin embargo, ha preparado con esmero, es más correcto aceptar el plato, aunque sólo se tenga intención de probarlo.

Las espinas de pescado, las pepitas, huesos de frutas, etc., se sacan de la boca, de uno en uno, entre el pulgar y el índice. Son malos modales el escupir las espinas o las semillas en el tenedor, en la servilleta, o en el plato. Semejantes prácticas son tan censurables que ni se tendría que hablar de ellas. El mondar huesos es, como dice un autor competente, "una libertad que no se permite sino en la soledad o en compañía de un amigo o de la familia". El roer un ala delicada de pollo o la pluma de un pichón puede no ser en privado enteramente elegante y pulcro, pero no puede considerarse ofensa social. Es cuando se hace delante de otro cuando hay que lamentar una conducta así en la mesa, pues no es de buen ver y deja una im-

presión desagradable en la memoria.

Es cortés rehusar las repeticiones, porque retrasan el curso de la comida. No obstante, en las comidas sencillas, en las que puede haber solamente uno o dos convidados más, se permite aceptar una repetición si se desea. En las comidas de etiqueta no hay que pensar en repetir.

Ninguna persona bien educada pide repetición de un plato, excepto en la mesa del propio hogar o en caso de ser muy íntimo de la casa.

En un convite de gran etiqueta, el que llega tarde no empieza por el primer plato, sino por el que todos están comiendo. No se excusa profusamente al llegar, sino que luego al quedarse sola el ama le dice brevemente por qué se ha retrasado, y le pide que le disculpe. La hora de la comida es la hora en que la familia y los amigos se reúnen en torno a la mesa, no precisamente para satisfacer el hambre, sino para disfrutar del contacto social, para comunicarse las impresiones del día, para expresar opiniones. El alimento, por consiguiente, ha de comerse de una manera tranquila, reposada, con digna despreocupación de él, como si fuese incidental a la conversación y no el negocio más importante del momento.

SELECTAS

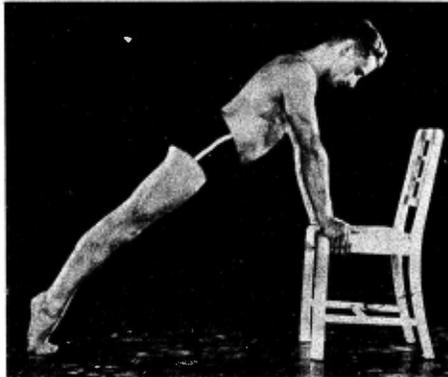


EJERCICIO N° 1.—Tiéndase en el suelo de espaldas, manteniendo los brazos también pegados al pavimento, con las palmas de la mano hacia abajo. Levante las piernas hacia arriba y colóquelas sobre la cabeza, manteniendo la posición con los hombros y los codos. Tras de obtener la mencionada posición, vaya dejando la pierna derecha hasta que toque el suelo, manteniendo la izquierda erecta, como en la foto. Luego suba la derecha a su posición original, y simultáneamente baje la izquierda. Termine el ejercicio cuando esté cansado.

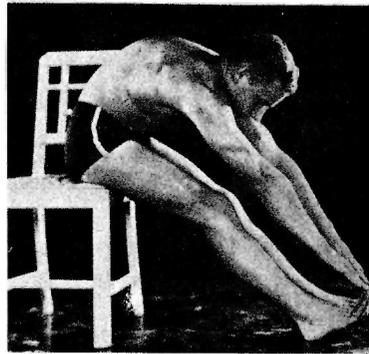


EJERCICIO N° 4.—Tiéndase sobre el estómago y vaya elevando el cuerpo hasta descansar solamente sobre los dedos de los pies y las palmas de las manos. Levante luego un pie del suelo, y bájelo y súbalo sin vacilaciones. En este ejercicio el cuerpo queda suspendido por tres puntos: las palmas de las manos y un pie. Repita el ejercicio, alternando con el otro pie.

**UN CURSO
SINTÉTICO
DE CULTURA
FÍSICA
EN
12 LECCIONES
LECCION IX**



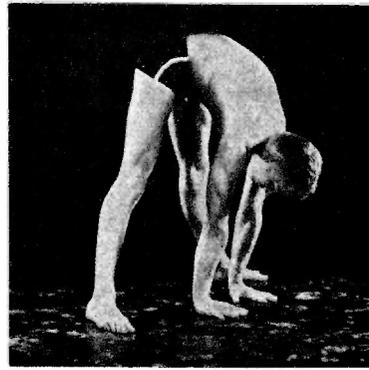
EJERCICIO N° 2.—Coloque las manos en el borde de una silla, con los pies extendidos hacia atrás y sólo los dedos tocando el suelo. La espalda manténgase en línea recta. Vaya bajando hasta que el pecho toque la silla, doblando los brazos por los codos. Quédese en tal posición varios segundos, enderece luego los brazos y levante el cuerpo hasta la primera posición. Inhale cuando baje el cuerpo, y exhale al enderezar los brazos.



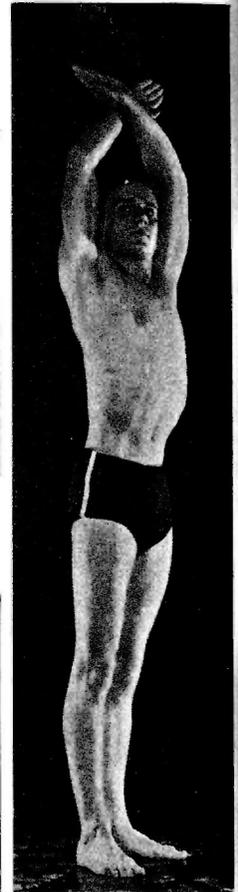
EJERCICIO N° 5.—Siéntese en una silla y tienda las piernas. Toque los dedos de los pies con los de las manos y vuelva a la posición anterior. Apriete los músculos del estómago al ir hacia abajo, y descanse el cuerpo al volver a adoptar la posición natural. Repita el ejercicio todas las veces que le sea posible.



EJERCICIO N° 3.—Acuéstese de espaldas en el suelo y vaya moviendo los pies hasta que las rodillas y los muslos se encuentren en posición. Entonces levante los hombros y las caderas del suelo. Doble luego la cabeza hacia atrás, hasta que se mantenga solamente por la coronilla y las plantas de los pies. Descanse y repita, y tenga cuidado al principio.



EJERCICIO N° 6.—Póngase de pie, con los pies abiertos y separados uno de otro. Vaya luego doblando hasta que los dedos de las manos toquen el suelo, entre los pies. Vaya levantándose luego, y eleve los brazos sobre la cabeza todo lo que pueda, lo mismo hacia arriba que hacia atrás. Suspénda el ejercicio en cuanto se sienta ligeramente cansado.



EJERCICIO N° 7.—Póngase de pie, con las manos a los lados. Vaya luego avanzando un brazo hacia el otro y hacia arriba, cruzándolos conforme se elevan, con lo que acercará sus hombros uno al otro. Mantenga el curso natural del movimiento, hasta que los brazos queden cruzados en la espalda, a la altura de los hombros. Haga el ejercicio quince veces para comenzar.



¿QUÉ CLASE DE HOMBRE ES USTED?

¿Sufre Ud. de ese complejo de inferioridad que padecen los hombres débiles? ¿Carece del desarrollo, fuerza y vitalidad que anhela tener sobre sus amigos? Despierte, pues; visite mi estudio de Cultura Física y podrá admirar la enorme superioridad de mis alumnos. Mis métodos DOBLE-PROGRESOS, por los cuales se en la ciudad, y SUPER-CONTRACCIÓN para los del interior y extranjero, pueden hacer de Ud. un SUPER-HOMBRE. Al recibir de 10c en sellos envié informes de mis cursos y mi libro de 68 páginas SALUD, FUERZA Y PERFECCIÓN FÍSICA.

PROF. YOUNG LIEDERMAN
Jesús María No. 60. La Habana, Cuba.

El crimen de...

(Continuación de la Pág. 61.)

—Y Neelands se golpeó la frente con un ademán significativo.
—¿Adams fué despedido, verdad?

—Lo ignoro. No lo he visto desde hace algún tiempo.

—El doctor Carling tenía otro criado.

—No lo sabía.

—¿Qué piensa usted de Adams?

—No era mal muchacho. Un poco seco; pero cuando se le conocía se le apreciaba.

—Gracias, señor Neelands—dijo Kelvey, tomando su sombrero.

Salió y entró en otras casas; pero no averiguó nada nuevo sobre el doctor Carling, y cuando se reunió con Timothy Drake y Jimmy Thomas al final de la calle, advirtió que nadie había observado los visitantes que habían concurrido a casa de Carling el lunes precedente.

Nuevo misterio.

Kelvey tenía ya una teoría acer-

serviente y anunciaba la completa desaparición de Adams.

Las cartas encontradas en la caja de la correspondencia indican que el hombre que entró al servicio de Carling algunos días antes del crimen, se llama Kraft—relataba "La Estrella"—. Dichas cartas han sido ocupadas por la Policía, pero desgraciadamente, no indican la actual dirección del criado. Una carta firmada "Gus" fué echada al correo de Nueva York y no contiene más que algunas líneas sin importancia. Otra viene de Buffalo, está firmada por "Ethel" y no ofrece el menor indicio a la Policía. Nadie, pues, sabe de dónde vino Kraft ni a dónde ha ido.

El mismo misterio rodea a Adams. Este hombre parece haberse volatilizado al dejar al doctor Carling. La Policía está buscando a ambos criados.

Ahora bien: a Roger Kelvey no le interesaba lo que decían los periódicos. El inspector Malloy les

—Sí, y también inteligente; pero de un carácter difícil. En su trabajo, es un genio. Lo hubiéramos vuelto a emplear esta semana; pero no ha querido volver.

—¿Ha entrado en otra casa?

—No: trabaja por su cuenta. Ese es uno de los reproches que le hacíamos: solía servirse de nuestro laboratorio para sus trabajos. Desde luego que se lo permitíamos; pero está a punto de hacer un descubrimiento y se ocupaba más de esto que de lo demás.

—¿Y no ha querido volver a trabajar con ustedes?

—No tiene dinero. Sé que casi no tenía un centavo cuando nos dejó, porque había gastado todo el dinero en aparato; y en productos químicos destinados a sus experimentos, y creíamos que se sentiría encantado con que volviéramos a emplearlo. Pero ha rehusado; dice que un tío suyo se murió dejándole algunos millares de dólares. Hasta nos ha anunciado que dentro de un año habrá ganado medio millón. No me sorprendería: si logra hacer el descubrimiento, ganará mucho.

Penativo, Kelvey abandonó la fábrica de productos químicos, regresó al Boletín y dedicó algún tiempo a hojear periódicos viejos. Mientras se ocupaba en esto, Jimmy Thomas llegó furioso.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó Kelvey.

—¡Malloy exagera!—gruñó el periodista, arrojándole un ejemplar de "La Estrella". ¡Mira eso!

Kelvey cogió el periódico y sus ojos cayeron sobre un cintillo: Se ha encontrado el testamento de Carling.

—¡Hum! ¿Encontraron el testamento en la casa?

—Lea. Malloy lo encontró en el despacho de Carling, entre los demás papeles. Ahí está el móvil del crimen.

Kelvey leyó. El testamento, redactado algunos años antes, dejaba todos los bienes del doctor Carling a Amos Carling, su hermano y único pariente.

Como he desconfiado siempre de los bancos después de que perdí la mayor parte de mi fortuna en la quiebra del Pardee County Bank, el dinero y las obligaciones que poseo serán encontrados en mi despacho. Detrás del cuadro que se halla frente a la puerta, hay un armario: mil doscientos dólares en billetes y nueve mil dólares en obligaciones, están ocultos allí, en una caja.

Kelvey dejó escapar un silbido: —¿Y el armario estaba vacío!

—Ese es el móvil del crimen, desde luego; pero ¿cómo es que ese dinero estaba en un armario. No cabe duda de que Kraft es el asesino. Se enteró de la existencia del dinero, mató a su señor y huyó.

Kelvey sacudió la cabeza: —Quizás no sea tan sencillo. Cuando supe la desaparición de Kraft, pensé lo mismo; pero luego reflexioné. ¿Por qué iba Kraft a asesinar al doctor Carling en vez de esperar alguna salida suya?

—Cierto —reconoció Jimmy—. Pero quizás el viejo regresó mientras el criado saqueaba el armario. Eso explicaría la lucha.

—Es posible; pero no puedo creer que Kraft haya tenido la torpeza de cometer el robo mientras su señor estaba en la casa.

—Puede haberle llevado a cabo

—¿Es hombre honrado?

—Dedicó la tarde a visitar las diferentes agencias de colocaciones de la ciudad; pero sus investigaciones no obtuvieron resultado. Luego visitó al director de una fábrica de productos químicos.

—¿Neelands—respondió aquél a sus preguntas—. Sí: estaba con nosotros; pero hace seis meses nos vimos obligados a rebajar personal y tuvimos que prescindir de él.

—¿Es hombre honrado?

No haga el ridículo



Busque en cada caja la famosa figura arrodillada.



dejándose ver en público con las mismas caídas—es una vergüenza, indicio de mala crianza, de descuido y dejadez.

Vestir bien es un arte que revela el buen gusto y pulcritud de la persona, y para vestir bien es esencial usar siempre las famosas

LIGAS PARIS

las más cómodas y elegantes, y que nunca se caen porque son hechas del insuperable elastico "Miracle Elastic," tejido especialmente para la casa Stein, y que no pierde su elasticidad.

Pida y persista en que le vendan LIGAS PARIS, no otras. Las encontrará a su gusto por su gran variedad de diseños y combinaciones de colores.

LIGAS PARIS

No hay contacto de metal con el piel.

A. STEIN & COMPANY
CHICAGO NUEVA YORK TORONTO
Fabricantes de los famosos Cinturones y
Trametes Paris "Free Swing."

de noche: Kraft y Carling vivían en la misma casa, dormían bajo el mismo techo. Kraft puede haber esperado a que el doctor se acostara y haber abierto luego el armario. Carling se habrá despertado y lo habrá sorprendido, y entonces Kraft asesinó al viejo y huyó.

—Es plausible —convino Kelvey—. Plausible, pero no está de acuerdo con los hechos.

—¿Cuáles hechos?

—Examiné las camisas mientras estuvimos en la casa. No estaban deshechas.

Jimmy quedó confundido. —Olvídate ese detalle. Pero quizás el asesino haya vuelto a hacerlas deshechas.

—Es posible, pero poco probable. Me parece extraño que el robo haya sido cometido mientras

(Continúa en la Pág. 69.)

MUSELINAS INGLESES

Robinos de Nazabal

Calidad Máxima

Pídale a su SASTRÉ

Importadores

Muralla 70 de PAÑOS

Teléfono M-1928 - Habana

WILSONS VICTORIA X-1139

ca de dichos visitantes. De primera intención, aquejaba para mí muy extraño; pero el criminalista sabía que a veces las circunstancias más sospechosas tienen una explicación de lo más inocente.

Jimmy Thomas les sacó partido a aquellos informes, y *El Boletín* lucía unos cintillos escandalosos: ¿Quiénes eran esos doce hombres? ¿Por qué fueron a ver al doctor Carling? ¿Por qué no vienen a decir lo que sabían? Jimmy legaba hasta a insinuar que el doctor Carling formaba parte de una sociedad secreta.

—Es absurdo, sin duda—contestaba—, pero al público le gusta eso.

Afortunadamente, Jimmy podía estar tranquilo, porque *La Estrella* daba el nombre del último

Capacidad en su parte técnica, extenso surtido en cortes individuales y absoluta seriedad es lo que podrá observar en la gran Sastrería "El Arte", Reina, 21.

TRAJES

EL ARTE

REINA 21 NOVEDADES

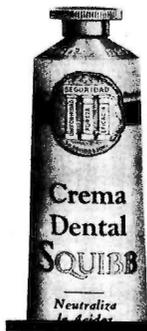


PROTÉJASE
CONTRA LA

Acidez Bacterica

La Acidez Bacterica, escondida en las hendiduras de los dientes, es una constante amenaza de la dentadura. Particulas de alimentos que el cepillo no puede limpiar se fermentan y forman estos ácidos destructores.

Pero la Crema Dental Squibb combate este enemigo científicamente. Es alcalina y neutraliza la Acidez Bacterica; protege los dientes al mismo tiempo que los limpia. Además, no contiene nada que pudiera afectar el esmalte o las encías. Es eficaz, agradable y económica. Comience a usarla ahora mismo.



**CREMA DENTAL
SQUIBB**
NEUTRALIZA LA ACIDEZ BACTERICA

El "Reina..."

(Continuación de la Pág. 39)

barco se han cumplido. Ahí está el peligro para nosotros y la razón de tener dificultades. Una vez de regreso, la tripulación podría llevarle a los tribunales.

KENNEY.—¡Ah! ¡Diable! ¡Que vayan todos al diablo, repito! Pueden hacer lo que les parezca al regreso; pero, mientras tanto, a bordo no hay más amo que yo, y nadie podrá obligarme a aban-

donar la partida antes de que yo lo estime oportuno. ¡Necesito aceite! ¡Quiero aceite! ¡Mira a Slocum fijamente. ¿Va usted ahora a convertirse en abogado de ellos, Slocum?

SLOCUM, enrojeciendo — ¡Oh, no, desde luego!

KENNEY.—¡Ah, bueno!... Pero ¿qué es lo que puede empujar a esos imbéciles a querer regresar

a su casa en seguida? Su participación en las cuatrocientas toneladas de aceite, no les alcanzará ni para comprar tabaco.

SLOCUM.—Supongo que quieren ver a los suyos.

KENNEY, fijando en Slocum una mirada escrutadora.—¿Y ese es también su caso, verdad? (Bajo la mirada, el segundo baja los ojos, confuso). Sea franco, Slocum. Estoy leyendo en sus ojos la nostalgia, los recuerdos, etc... ¡Conozco eso! (Con sarcasmo). Espero que, por ejemplo, no irá usted a amotinar los hombres contra mí...

SLOCUM, indignado.—¡No está bien que diga usted tales cosas, señor! Creo que no merezco eso.

KENNEY, sufriendo.—¡Vamos: calma, Tom, calma! Me siento absolutamente tranquilo en cuanto a usted. Hace más de diez años que trabajamos juntos, mano a mano, y creo que he sido yo quien le ha enseñado nuestro rudo oficio. ¡Esas son cosas que no se olvidan!

SLOCUM.—Al hablarle ha un rato, le juro que en lo mejor que pensaba era en mí. (Con tristeza). Pero la señora Kenney, señor... ¡siento infinitamente verme obligado a decirselo—tiene una cara muy mala. Es joven y debe de aburrirse mucho en esta triste región, donde hace tanto frío y donde no hay más que hielo, sin que nunca, nunca, haya sol.

KENNEY, con rostro disgustado, pero sin severidad.—Eso es asunto mío, Slocum. Sin embargo, le agradezco que haya pensado en ello. (Pausa). Ahora, ¿cuántos días más, las barreras de hielo del norte deben empezar a fundirse. Entonces tendremos un poquito de sol para Annie. ¡Ah! ¡Cuanto bien le haría eso! (Otra pausa). Pero no vaya a creer, Tom, que es un maldito dinero lo que me retiene en el barco. ¡Es eso, eso! Me es materialmente imposible regresar a Homeport con sólo las cuatrocientas miserables toneladas de aceite que ya hemos recogido. ¡Me moriría de vergüenza, porque todavía jamás he vuelto a puerto si no me ¡barco haya estado más que lleno! ¡No es así, Tom?

SLOCUM.—Claramente, señor; pero, por desgracia, esta vez no tenemos suerte.

KENNEY, encolerizándose.—¿Y cree usted que ninguno de ellos lo admitiría? ¡Le hablo de diez los capitanes a quienes, desde hace tantos viajes, vengo batiendo uno tras otro sin fallar jamás! Los estoy viendo a todos: a Tibbot, a Harris, a Simms y a los otros, y oigo a todo Homeport reírse de mí. ¡Ah! Miren a Dave Kenney que se cree el mejor capitán del mundo! ¡Vuelve con cuatrocientas toneladas de aceite en todo y por todo! (Esta mera suposición le hace estremecerse, y deja caer el puño cerrado sobre la repisa de mármol del camarote). ¡Diable! Le digo que tendré mi aceite. Verdad es que todavía tendremos que vencer bastantes dificultades. ¡Durante más de veinticinco años que llevo viniendo a estos lugares, es la primera vez que veo el hielo tan duro! Pero, ¿qué importa, creo que ahora es cuestión de días, si no de horas. Tengo razones para insistir sobre ese punto, y ya veremos si me engañó o no. De todos modos, de aquí a dos días a camino largo, debemos encontrar el punto de naufragio y con él, una enorme cantidad de ballesteros. Conozco lo bastante bien mi oficio para poder decirlo, y le doy mi palabra de que cualesquiera que sean los obstáculos que el invierno ponga en mi camino, no daré la vuelta sin haber logrado mi fin. ¡Puede usted tenerse por dicho!

(De la pieza del fono llega un ruido de sollozos ahogados. Los dos hombres permanecen en instante en silencio, escuchando. Kenney se dirige hacia la puerta, la abre, lanza una ojeada al interior, vacila un momento y luego cierra suavemente la puerta. En ese instante, JOE, arponero, un hércules de rostro hueseado y horriblemente feo, aparece en la puerta de la derecha, donde permanece inmóvil, esperando que el capitán advierta su presencia).

KENNEY, volviéndose hacia él.—¡No te quedes ahí plantado como un poste, arponero! ¡Habla! ¿Qué ocurre?

JOE, confuso.—Queríamos... los hombres de la tripulación, señor... han decidido mandarle una delegación para decirle algo, señor.

KENNEY, con furia.—¡Dígalos que vayan...! (Se domina para responder con más calma, pero todavía con el ceño fruncido). Dígalos que vengan a verme. Estoy dispuesto a escucharles si tienen algo que decirme.

JOE.—Sí, sí, señor. (Sale).

KENNEY, con una triste sonrisa.—Ya están aquí las dificultades de que hablamos hace un rato, Slocum. ¡Ahora lo que hay que hacer es acabar en seguida y sin contemplaciones! Vale más apagar el fuego desde su inicio que dejarlo incubarse indefinidamente.

SLOCUM, disgustado.—¿Despierto al primero y cuarto? Quizás los necesitamos.

KENNEY.—¡No! Déjelos dormir. Espero terminar esto yo solo, Slocum.

(Se oye un ruido de pasos e inmediatamente entran en escena cinco de los tripulantes. Todos visten de modo idéntico: "sweaters", botas de marino, etc. Miran a Kenney y, visiblemente incómodos, le dan la vuelta a sus botines de pieles entre sus manos).

KENNEY, después de una pausa.—Bueno, muchachos: ¿querían hablarme? Y antes que nada: ¿quién es el que va a hablar?

JOE, avanzando con aire fanfarroneador.—

KENNEY, mirándole de arriba a abajo, con aire glacial.—¡Ah! ¿Tú? Bien: adelante y trata de ser lo más breve posible.

JOE, esforzándose por permanecer impasible bajo la penetrante mirada del capitán.—Los dos años de nuestro enrolamiento han concluido, señor.

KENNEY, inaccesible.—No me cuentas nada que yo no sepa.

JOE.—Los hombres quieren regresar en seguida a sus casas. Están cansados.

KENNEY.—Pues yo digo redondamente que no volveremos hasta que el barco esté completamente lleno.

JOE.—No podemos avanzar más al norte... Hay demasiada nieve ante nosotros.

KENNEY.—Las barreras de hielo van a fundirse.

JOE, después de una pausa, durante la cual se escuchan en el grupo de los marineros algunos murmullos francamente hostiles.—La comida que se nos da no vale nada. Dicen los hombres que está hecha de gusanos.

KENNEY.—Sí, es embargo, todavía es más que buena para ustedes. Gentes que valen más que ustedes han comido peor de lo que le hacen ustedes en mi barco. (De entre los miembros de la delegación surgen algunas exclamaciones irritadas).

JOE, envalentonado por ese apoyo.—Hemos decidido no trabajar hasta que regresemos.

KENNEY, furioso.—¿Conque se declaran en huelga, verdad? ¡Pero no tienen ustedes derecho a ello!

Señora

Flejos, irritaciones, etc., se curan con VAGINAX, lavado que nunca falla y que cura y sirve para evitar. Mejora al primer lavado. Frasco chico \$1.

JOE.—Sí. La ley está con nosotros.
KENNEY.—¡Al diablo la ley, que no tiene nada que buscar aquí! Estamos en el mar y yo represento la única ley sobre este barco. ¡Avanzando hacia el arponero! ¡Y a cada uno de ustedes imbeciles, que rehuse obedecer mis órdenes, le pondré inmediatamente los grilletes!

(La excitación de los marineros aumenta. En ese instante, la señora Kenney aparece en la puerta de la derecha, mira al grupo con los ojos dilatados por el terror.)

JOE, fanfarronamente.—En vista de esto, no nos queda más remedio que hacerle regresar a puerto por la fuerza. ¿No tengo razón, camaradas?

(En el instante en que se vuelve hacia los otros marineros, Kenney le da un puñetazo en la quijada y Joe cae al piso, inanimado. La señora Kenney lanza un grito agudo y oculta el rostro entre las manos. Los marineros sacan sus armas, miran asustados ante los revólvers con que les apuntan Kenney y Stocum.)

KENNEY, con los ojos brillantes y la voz rugiente.—¡Alto! (Los tripulantes, masa amorfa, se agitan en silencio, la mirada fija en el cielo, pero, muchos, se van ustedes a amotinarse contra mí, que soy su jefe y el único amo en este barco. ¡Pues bien! Ante esa amenaza, les digo sin rodeos que seguemos avanzando hacia el norte hasta que yo lo crea oportuno. ¡Me basta con eso!) (Empuja desdénidamente con el pie el cuerpo de Joe, que continúa en el piso). ¡Llévense eso! Y, sobre todo, no olviden que a cualquiera de ustedes que trate de oponerse a mis órdenes, lo mataré. ¡Me vale lo que ustedes nos temen a mi debajo de nosotros! (Con autoridad). ¡Lárguense: no los necesito más! (Venidos, los marineros salen llevándose a Joe. Kenney se vuelve hacia Stocum y, lanzando una corta carcajada, se guarda el revólver en el bolsillo). Vaya cubierta, Stocum, y vea si tratan de hacer tonterías a pesar de todo. En lo adelante, tendremos que vigilarlos más que nunca, noche y día, incasamente. Conozco a esta clase de gentes. Vaya, Tom.

(Sale por la derecha. Kenney pone oído al llanto casi imperceptible de su esposa; permanece un instante con el rostro crispado, sin hacer un movimiento, y luego se dirige lentamente hacia el rincón en que la señora Kenney se ha acurrucado.)

KENNEY, pasando un brazo por los hombros de su mujer, con una voz en que resuena una brusca ternura.—¡Vamos, vamos, Annie! No te asustes por tan poca cosa. No hay nada que temer: todo saldrá bien.
LA SRA. KENNEY, apartándose vivamente de él.—¡Oh, no puedo más! ¡No puedo soportar esto!

KENNEY, con dulzura.—¿Qué cosa, Annie?

LA SRA. KENNEY, en tono histérico.—¡Todo esta bestialidad: esos hombres tan brutos, este horrible barco, este camarote que más bien parece la celda de una prisión, y este silencio jete silencio, sobre todo! (De pronto, esta crisis nerviosa parece ceder, succediéndole cierta calma. La señora Kenney se seca los ojos con su pañuelo, ya empapado en llanto.)

KENNEY.—Debes recordar, Annie, que hice cuanto pude por disminuirte de acurrucada.

LA SRA. KENNEY.—Sí, es verdad; ¡pero deseaba tanto estar cerca de ti, David! Me era imposible permanecer sola en la casa

esperándote con la muerte en el alma, como lo había hecho durante el primer año de nuestro matrimonio. ¡Esperar, velar y temer, sin saber nada y sin poder ocuparme de nada! Ausente tú, fui todo un día a poner el señuelo de viajar contigo y ver, al fin, el grande y glorioso océano de que nunca te cansabas de hablarme. Con todo mi corazón, quería estar a tu lado en todas las horas de tu vida llena de peligros. Quería, en un ver en ten, estar contigo que siempre has sido para mí en... Homeport. Y en vez de eso... (Su voz tiembla y su cabeza cae sobre su pecho)... ¡todo lo que aquí descubro es hielo y bestialidad!

KENNEY.—Y no te lo había dicho yo, Annie? «Un ballenero, en verdad, no es un lugar conveniente para las mujeres!» te repetí muchas veces. Ahora que deseaba llevarte, te aconsejé sinceramente que te quedarás en casa, donde no te habría faltado nada. ¡Mientes! La casa... Pero tú insististe en acompañarme!

LA SRA. KENNEY, pensosamente.—Sí, tienes razón, David: no es culpa tuya el que me encuentre aquí. Mira: no te creía, te lo confieso ahora. Soñaba con los viejos tiempos, con el amor de amor y te creía uno de ellos.

KENNEY, con transporte.—He hecho lo mejor que he podido para arreglarte aquí una vida lo más cómoda posible. (La señora Kenney pasa una mirada desdénosa por encima de su hombro). Hasta pedí a la ciudad, especialmente para ti, ese órgano, pensando que a veces te agradecería tocarlo para disipar el aburrimiento.

LA SRA. KENNEY, cada vez más triste.—Sí, David; has sido muy gentil, pero pensar en eso... Te conocí por lo decente, tienes muy buen corazón... (Sale de su rincón, pasa a la izquierda, corre la cortina de uno de los "ojos de buey", mira hacia afuera y, de pronto, sufre una nueva crisis). ¡No puedo permanecer aquí: no puedo seguir viviendo entre estas cuatro paredes como en una prisión. ¡Corre hacia su marido, lo abraza y se estrecha contra su corazón, sollozando como una niña. Con un ademán protector, Kenney la rodea con sus brazos). ¡Llévame contigo, Annie! ¡Llévame contigo, Annie! ¡Llévame contigo, Annie!

(Se acerca, con el dedo en la garganta, este horrible barco, me voy a volver loca. ¡Llévame a casa, David! Aquí, noche y día, vivo como en un vértigo. Me siento petrificada, como si este hielo y este triste silencio se infiltraran en mi cerebro. Tengo miedo. ¡Llévame a casa, querido!

KENNEY, apartándose de él y mirándola con ansiedad.—Ve a acostarte, Annie. Tienes mala cara, pequeña, y hasta me parece que tienes fiebre. No me agrada la expresión de sus ojos. Nunca te he visto así excitada como hoy. ¿Qué tienes?

LA SRA. KENNEY, trastornada.—¡Este hielo, este frío y este silencio serían capaces de cambiar a cualquiera, y sólo tú puedes resistirlos como si nada!

KENNEY, con dulzura.—Dentro de un mes, o dos, o tres cuando más, tendremos el barco lleno de aceite, y entonces volveremos inmediatamente a casa. ¡Te doy mi palabra, Annie!

LA SRA. KENNEY.—¡Pero yo no puedo esperar, no puedo más! Quiero volver tan tardar, en seguida. Y la tripulación tampoco quiere esperar. Los hombres están cansados y quieren volver a ver a sus mujeres y a sus hijos. Es una crueldad y una brutalidad de tu parte obligarlos a permanecer aquí. ¡Debes regresar, no hay excusa que valga para no hacerlo! El mar está libre al sur. Si realmente eres un hombre de corazón,



Alegre sus fiestas con GARAMELO VITAL, SELECTO

Licor vitaminado, contiene frutas, es un exquisito aperitivo, si se prefiere como Cocktail sirve con hielo picado y a partes iguales con agua de seltz.

KENNEY, rudamente.—No puedo, Annie.

LA SRA. KENNEY.—¿Por qué?

KENNEY.—Una mujer no puede comprender mis razones.

LA SRA. KENNEY.—¡Porque tus razones son estúpidas; porque son insostenibles! ¡Si el Teo o hablar hace un rato con el segundo. Por encima de todo, temes que los otros capitanes, tus rivales, se burlien de ti porque no regresaras con el barco cargado como de costumbre. Lo único que quieres es mantener tu fama o reputación, aun cuando para ello tengas que hacer morir a los hombres y me vuelvas loca a mí. "No importa" te dices, ¿verdad?

KENNEY, apretando las quijadas con obstinación.—No es eso, Annie. Esos capitanes no se atreverían nunca a burlarse de mí en mi cara. Te digo que no es eso, sino... (Vacila y hace un doloroso esfuerzo por expresar su pensamiento). Mira, Annie... hasta aquí, nunca me habían ocurrido cosas como estas. No me he visto en mi primer viaje como capitán. Siempre he vuelto a puerto más que cargado; pero, desgraciadamente, esta vez no es así. Tú sabes que siempre he sido considerado como el primer capitán de ballenero de Homeport... y ahora... ¿No me comprendes, Annie? (Se acerca, pero ella no le mira, permaneciendo con la vista fija ante ella. Ni siquiera parece escucharle). ¡Annie! (La mujer vuelve a la realidad y un estremecimiento recorre su cuerpo). Vete a tu cuarto, Annie, te lo ruego. Tienes muy mala cara, realmente. Cuidate.

LA SRA. KENNEY, oponiéndose con vigor a la tentativa de su marido de conducirla a su cuarto.—¡Regresemos, David, te lo suplico!

KENNEY.—No puedo, Annie, no insistas. ¿No ves la razón que me

obliga a proceder así? ¡Te digo que me es imposible regresar ahora!

LA SRA. KENNEY.—Y todavía pudiera pasar si tuvieras necesidad de dinero, pero no es así. ¡Tienes más de diez mil pesos!

KENNEY, impaciente.—Desde luego que no se trata de dinero. El dinero no tiene nada que ver con esto.

LA SRA. KENNEY, dolorosamente.—¿Entonces? No comprendo nada, nada... (Cierra los ojos y habla como una sonámbula). ¡Oh! ¡Qué dichosa me sentiría de volver a nuestra vieja casa, de ver otra vez mi cocina, de oír de nuevo voces de mujeres que me hablaran y a quienes podría responderles amablemente! ¡Dos años! ¡Ahora el tiempo pasado me parece mortalmente largo, y hasta creo que estoy muerta y que nunca, nunca, podré volver a mi casa...

KENNEY, cada vez más inquieto por el tono extraño y el aire abatido de su mujer.—Vete a acostar, Annie. Te repito que tienes un rostro extremadamente fatigado.

LA SRA. KENNEY, sin parecer escucharle.—Por lo general, me aburría terriblemente durante tu ausencia, David. Consideraba a Homeport como el lugar más triste que jamás he conocido en el mundo. Al verme aislada, adquirí poco a poco la costumbre de pasarme sola a lo largo de la costa, particularmente en los días de mucho viento, mirando a las olas romperse contra las rocas, y pensaba con admiración en la vida magnífica que llevabas cuando vivías lejos de mí, en alguna parte, en el fin del mundo. (Lanza una carcajada que es más bien un sollozo). En aquel tiempo me gustaba mucho el mar, sí, mucho... (Después de un corto silencio, continúa en la Pág. 70)

Para el baño y el tocador

H e aquí un grupo selecto de productos, que constituyen el detalle máximo de elegancia para el baño y el tocador:

- La Legítima Agua de Colonia 1800 de Grusellas, que impregna la ropa y el pañuelo con su perfume delicioso y persistente.
- El Jabón Colonia 1800 deja la piel fresca, agradable y deliciosamente perfumada.
- El polvo de talco 1800 te proporciona una elegancia exquisita y perfecta adherencia.
- Los productos Colonia 1800 de Grusellas imprimen un sello de elegancia y distinción. Su perfume es característico de las flores de perfume de gusto refinado.

Exija la "LEGÍTIMA KOLONIA 1800 DE GRUSELLAS"



El color de sus ojos le dio la clave de un MAQUILLAJE admirable

Esta novísima forma de arreglarse acaba con todas las incertidumbres... porque tiene una guía segura, el color que determina su personalidad, el color que jamás cambia, el de sus ojos! Para cada tipo de belleza —según el color de los ojos— Hudnut ha creado una combinación de cinco productos que se complementan entre sí para producir un efecto admirable...

Es el Maquillaje Sincromático Marvelous. Cada juego Marvelous consta de Polvo, Colorete, Lápiz labial, Sombra para los ojos y Máscara para las pestañas. Si sus ojos son castaño oscuro o "negros" le corresponde la combinación "Parisian"; si castaño claro o garzos, la "Continental"; si verdes, la "Patrician"; si azules, la "Dresden". Al usar todos los productos de su tipo, usted se dará cuenta que producen una armonía perfecta... que revelan un atractivo cautivante y sugestivo, imposible de obtener por otros medios. Sea moderna; adquiere pronto los productos Marvelous de su tipo—o haga un ensayo comprando el Estuche de Presentación Marvelous. Tiene los 5 artículos y es muy económico.

*No hay ojos negros. Si el iris fuera negro, no se vería la pupila.

MAQUILLADO SINCROMÁTICO MARVELOUS
ORIGINADO POR HUDNUT — NEW YORK — PARIS



¿CUÁL ES SU TIPO?

Ojos "negros" o castaño oscuros: tipo "PARISIAN"
Ojos castaño claro o garzos: tipo "CONTINENTAL"
Ojos verdes o grises: tipo "PATRICIAN"
Ojos azules: tipo "DRESDEN"

La coartada...

(Continuación de la Pág. 57)

Deliberadamente, King Walters sopló el fósforo con que acababa de encender su cigarro, y levantó la cabeza. Hacía seis años que había escuchado aquella voz severa, que se le había presentado aquel personaje de aspecto poderoso y hermético. Manderton no había cambiado; seguía siendo, de la cabeza a los pies, el individuo fiemático que, en el silencio sofocante de la audiencia, después de una jornada entera de debates, había expuesto detalladamente al juez, antes de que se dictara la sentencia, la carrera criminal, de King Walters.

En Dartmoor se les enseñó a los reclusos a tener los ojos bajos cuando un agente de la autoridad les habla. King tuvo un estremecimiento de audacia al sentirse capaz de conservar la cabeza alta y arrostrar la larga mirada escrutadora del policía.

—¿Dónde estaba usted ayer por la noche, Walters?

—Aquí.
—¿A qué hora vino?
—A eso de las diez.
—¿Dónde había estado antes?
Sujetando el cigarro con la comisura de los labios, King le lanzó al inspector una mirada de desafío.
—¿Es que la Policía no puede dejarle a uno en paz?—preguntó.—¿Por qué me persiguen usted? ¿Por qué viene a perturbar con sus preguntas una tranquila partida de poker?

—Richard Corling ha sido encontrado muerto, asesinado ayer por la noche—respondió Manderton impasible.

King hubiera querido negar toda relación con Corling; pero Queenie se había opuesto a ello. No le debía dar a la Policía ocasión de sorprenderle en flagrante delito de mentira. Por ello, respondió, mirando con calma al inspector:

—No sé nada de eso. No he visto a Corling desde mi liberación.

—¿Dónde estubo a prima noche?—reiteró el inspector, insensiblemente a la negativa que acababa de recibir.

La coartada.

Afectando indiferencia, King se puso a hacer el relato convenido. Había salido de su cuarto de Bayswater a las seis de la tarde y tomado una taza de café en la taberna de la esquina, y de allí se había dirigido al cinematógrafo de Leicester Square. Como se hablaba falta de dinero, había titubeado en venir a casa de Queenie; pero al salir del cine, no había tenido valor para regresar a su tabuco, y había seguido a pie, bajo la lluvia, para Mayfair. Manderton había sacado una libreta y, de cuando en cuando durante el relato, garrapateaba una nota.

—¿No tiene más que su palabra—preguntó—para testimoniar sus hechos y dichos entre las seis y las diez?

—Supongo —respondió King— que no iba a dar mi nombre para tomar una taza de café y comprar una entrada de cine.

—¿Quizas pueda decirme el título de la película que vio?

—No lo recuerdo; pero era algo de Joan Crawford. También había una comedia de Laurel y Hardy.

Comprobaba la previsión sobrenatural de Queenie y ardía en gratitud hacia ella. Si ella había previsto que le harían aquella pregunta, y le había contado detalladamente la película que había visto en Leicester Square la víspera del asesinato.

Manderton gruñó:
—Dice usted que llegó aquí a las diez. ¿Puede probarlo?

—Pregúnteselo a Queenie.

—He dicho: "¿Puede probarlo?" —insistió Manderton, recalcando irónicamente las palabras.

King se encogió de hombros.
—¿Por qué no se le pregunta a los demás?

Manderton le miró vivamente y, sin responder, fue hacia la esquina y lanzó un grito. Esto determinó la aparición de un policía en traje civil.

—Quiero que no haya comunicación entre este hombre y la mujer de abajo—le ordenó al agente.

Luego entró en el salón, cerrando la puerta tras él. King se sentó en la escalera, a acabar su cigarro.

La permanencia del inspector en la casa no fue larga. Al salir del salón, bajó por la escalera sin ocuparse de King, invitando al agente, con una señal, a que le siguiera. Desde su sitio, King escuchó las furiosas protestas de Queenie:

—¿Qué ocurrencia es esta de encerrarme aquí en compañía de ese mono? ¿Qué van a pensar de mí mis invitados? ¡Hay que ser fresco para venir a perturbar de este modo una reunión privada!

¡Si cada vez que pase un asesinado bajo la nariz va a venir a hacerle una visita a King Walters, vale más que le dé una llave de la casa!

Resonó una carcajada y la voz de Manderton se dejó oír:

—¡No se lleven, ¡vaya! Por esta vez, no nos llevaremos a su King. La puerta de la calle se cerró y a poco se escuchó el ruido de un motor que se alejaba. Queenie se lanzó escaleras arriba y King la recibió en sus brazos.

—¡Salvado me murmuró ella—. Mientras Manderton se ocupaba de ti, yo le tiré de la lengua al idiota que me vigilaba. Fue Robert, el criado, el que descubrió el cadáver. Al salir ayer por la noche para su casa, se llevó equivocadamente el correo del último reparto; volvió a traerlo en se-

guida y sin dudar, en la casa cuando tú acababas de salir. Manderton, que se vanagloria de ser un policía científico, ha aceptado como testimonio de la hora en que el crimen fue cometido, la posición de las agujas del reloj. Robert temblaba de miedo —me la contado el agente— mejor lo que fue imposible arrancarle una palabra. Pero el empleado de Corling afirma que el reloj marchaba regularmente y que su patrón tenía cuidado de que señalara siempre la hora exacta. ¿No coartada, he aquí una sólida ¿verdad, querido? ¿No te decía yo que confiaras en Queenie?

El punto débil.

Era más de mediodía y las campanas del domingo habían cesado de repicar en la tibieza de una mañana anunciadora de la primavera, cuando, en el gracioso comedorcito de Queenie, King se instaló junto a la joya, para atacar un almuerzo compuesto de nuevos revueltos y café. Con una gracia inimitable, ella le contó la conversación de Manderton y Lomax, según el relato que éste le había hecho. Inútilmente, Manderton había tratado de coger en falta la memoria de Lomax en cuanto a la hora en que King había llegado a la casa.

—No suele ocurrir que yo deje pasar la hora de la cena—clamaba Queenie, imitando el acento de Lomax—; pero cuando sucede, en falta la memoria de Lomax. ¡Le repito que eran las diez y cinco cuando llegó Walters y se nos sirvió de comer!

Una sombra atravesó la ventana, la palpitación de un motor estremeció el aire y un automóvil se detuvo frente a la casa. Un instante después, el timbre de la puerta se dejaba oír. King y Queenie se miraron, y la última fue silenciosamente hasta la ventana y atisbó a través de la cortina.

—¡Es Manderton que ha vuelto!—anunció.

El timbre volvió a sonar.
—Está en los aligados a dejarle entrar—añadió.

Y envolviéndose en su kimono, se dirigió al vestíbulo.

Sentado a la mesa, King Walters se enfrentó con el inspector. Tres sólidos agentes de la autoridad se colocaron detrás de él.

—¿Lemos cogido, Walters?—dijo Manderton.—Tendrá usted que responder del asesinato de Richard Corling. ¡Tienda las manos!

Con un ademán casi automático, King Walters ofreció sus manos. Los tres agentes de la autoridad irrumpieron en aquel instante en la pieza.

—¿Está usted loco? King no tiene nada que ver con ese asunto. Estaba aquí, conmigo, a la hora en que mataron a Corling.

—¿Está usted... ¿usted sabe si la hora que le mataron?—preguntó Manderton con una especie de énfasis temible.

—A las diez y veinte. Me lo dijo uno de sus hombres.

—¿Y a qué hora llegó aquí Walters?

—Sobre las diez: lo sabe usted tan bien como yo. Un testigo insospechable, el señor Lomax, lo ha confirmado.

—Querida Queenie—replicó escaradamente el inspector—, es el señor Lomax, precisamente, quien me traigo a la hora.

La hora de verano comenzaba a medianoche, y antes de que su criado Robert se fuera, Corling le hizo adelantar el reloj una hora. Fue a las nueve y veinte y no a las diez y veinte cuando mataron a Corling. ¡Vamos, Walters: en marcha!

El crimen de...

(Continuación de la Pág. 65)

Carling estaba en la casa, cuando Kraft pudo esperar un momento más favorable.

—Bueno—dijo Jimmy—, cuando detengan a Kraft se sabrá si es culpable o no.

—¿Cómo?
—Por las huellas digitales. ¿No leyó usted el resto de la información de *La Estrella*?

—No he leído más que lo referente al descubrimiento del testamento. ¿Ha descubierto nuestro célebre Malloy huellas digitales?

—Las ha encontrado de dos clases. Carling debió de apoyarse en la pared del comedor mientras se dirigía a la cocina, porque Malloy ha encontrado allí las huellas de su mano izquierda. Las ha comprobado.

—Las huellas de la víctima no son las del asesino.

—No; pero han servido para distinguir de ellas otras huellas que Malloy ha encontrado en la cocina: la mano del hombre que debió de estar manchada de sangre. Había otras huellas de sangre sobre la mesa de la cocina, y como no corresponden a las dejadas por Carling, deben haber sido hechas por el asesino.

—Por consiguiente, Malloy no tiene más que encontrar a Kraft y ver si las huellas le corresponden. Y en ese caso, Kraft será ahorcado.

—Exactamente.

—Yo observé algunas huellas mientras usted telefonaba la información— prosiguió Kelvey—. Como dice usted, había huellas de manos de huellas, unas han sido hechas, sin duda alguna, por la mano del doctor Carling; las otras, seguramente, provenían del asesino. Las he enviado a Washington.

Jimmy hizo una señal afirmativa.

—Malloy cree que quizás la Policía tiene las huellas de Kraft; pero no es así. No cabe duda de que el crimen ha sido cometido por un hombre que no es un principiante. Y hay otra cosa segura: que, culpable o no, Kraft ya ha estado en prisión.

—También puede ser posible que el crimen haya sido cometido por alguien de fuera...

—¿Adams?

—No olvidemos que Adams ha desaparecido lo mismo que Kraft. Sobre esto hay varias teorías. Entrar de que el dinero estaba en el armario, Adams pudo esperar el momento favorable, entrar en la casa durante la ausencia de Kraft, matar al viejo y desaparecer con el botín.

—Entonces ¿por qué Kraft no hubiera llamado a la Policía?

—Quizás haya perdido la cabeza y haya huido, temeroso de verse complicado en el hecho. O quizás Kraft y Adams son cómplices. Quizás, también, algún ladrón se introdujo en la casa para robar. Y a propósito: ¿ya apareció el hermano del doctor Carling? Pudiera arrojar alguna luz sobre el misterio.

—Llegó esta tarde. Se hospeda en el hotel Garrick. Voy a entrevistarlo.

—Le acompaño—dijo Kelvey—. Quizá pueda decirnos algo.

—Antes de salir del periódico, Kelvey pasó por la oficina de anuncios. Cuando alcanzó a Jimmy Thomas en la puerta del edificio, una sonrisa de satisfacción erraba por sus labios.

El señor Carling.

Amos Carling—un hombre calvo y amable—hallábase en su cuarto del hotel Garrick cuando

Jimmy Thomas y Roger Kelvey llegaron. Aceptó ser entrevistado.

—No hace más que dos horas que he llegado, y me han hecho ya tantas preguntas que estoy espantado—les anunció—. Si son ustedes periodistas, llegan un poco tarde; pero, de todos modos, responderé a sus preguntas.

Les ofreció asiento y se acomodó, a su vez, sobre el lecho. Era un anciano alegre y expansivo, cuyo cuerpo sonrosado brillaba como si lo hubieran pulido.

—Desearíamos obtener algunos informes acerca de su hermano—le dijo Kelvey—. Según parece, era un hombre muy misterioso.

—Siempre fué así—declaró Carling—. Me ha affligido mucho la muerte de John sobre todo en tan terribles circunstancias; pero, hablando con franqueza, su testamento me sorprende mucho.

—¿Por qué?

El señor Carling se metió las manos en los bolsillos y se inclinó hacia sus visitantes.

—Señor Kelvey, el sobreviviente de nuestra familia—dijo—, y no sabía que John vivía tan cerca de mí. No lo he visto en veinte años, y en realidad, a no ser por una pequeña marca que tenía en el hombro, no habría podido identificar el cadáver. En cuanto a él, yo sabía dónde yo vivía, porque mi dirección está en su testamento; pero jamás trató de acercarse a mí.

—¿Estaban ustedes disgustados?

—preguntó Kelvey.

—No puedo decir eso—respondió el señor Carling—, pero sí me acordé. Se separó de la familia, sencillamente. En el fondo, hubo una historia de faldas. Lo digo aquí, entre nosotros, y no quisiera que contaran tales cosas en los periódicos. Al salir de la Universidad, John se enamoró de cierta muchacha. Su padre no quiso consentir en el matrimonio. Se fué y no volvió a verle.

—¿Y la muchacha?

—No sé si se casó con ella. Dejó el pueblo poco tiempo después y tampoco volvimos a oír hablar de ella.

—¿Tenía usted noticias de su hermano?

—No directamente. Supe por casualidad que había pasado algunos años en Extremo Oriente, y luego perdí todo rastro suyo. Me quedé estupefacto al saber que vivía a cincuenta kilómetros de mí.

—¿Extremo Oriente?—exclamó Kelvey—. ¿Cómo lo supo usted, señor Carling?

—Preferiría no decirlo.

—No publicaremos nada sin su autorización—le aseguró Jimmy Thomas.

—Pues bien: en ese caso, puedo ser franco. Supe que se hallaba en Extremo Oriente porque estubo mezclado en algunos motines políticos en Singapur. Un amigo nuestro que estaba realizando un largo viaje y que se encontraba a cincuenta kilómetros de mí, me informó del nombre de mi hermano entre los miembros de una sociedad política de la cual se hablaba mucho en aquel momento. Hasta lo vi en el tribunal y trató de hablarme; pero mi hermano le contestó que jamás lo había visto y se alejó. Yo era él, ciertamente.

—¿Era alguna sociedad revolucionaria?—preguntó Kelvey bruscamente.

El señor Carling se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Mi hermano era una especie de Don Quixote, que se dejaba arrastrar fácilmente.

—¿Vive usted cerca de aquí?

—En Pine Acres, a unos cincuenta kilómetros.

—Retirado de los negocios?

¡Délite, Agotado, Nervioso, Delgado!

HE AQUÍ LA FORMA
CÓMO PUEDE UD. AD-
QUIRIR VIGOR ENVIDIA-
BLE, SANGRE RICA E
INAGOTABLES ENER-
GÍAS, Y AUMENTAR
POR LO MENOS 5 LBS
EN UNA SEMANA



Como resultado de centenares de experimentos en miles de casos de delgadez, debilidad, agotamiento, nerviosidad, pobreza de sangre, la ciencia ha venido a la conclusión que la causa principal de este estado de anomalía es la FALTA DE YODO EN LAS GLANDULAS. Cuando estas glándulas — especialmente aquella que regulariza el peso — carecen de YODO NATURAL, aun los alimentos más ricos en substancias nutritivas, en féculas y elementos engordantes no hacen aumentar el peso. Es por esto que con frecuencia muchas personas delgadas a pesar de su gran apetito permanecen flacos.

La introducción del Kelpamalt, concentrado mineral extraído de un enorme vegetal marino que prospera en las costas del Pacífico, soluciona este importante problema, supliendo a Ud. de una porción rica y concentrada de esta preciosa substancia que contiene 1300 veces más yodo que las otras. Kelpamalt hace que se aproveche su alimentación. Otros 12 minerales que contienen estimulan las glándulas que producen los jugos gástricos que permiten la digestión de gordos y la asimilación de los elementos nutritivos que dan vitalidad y peso. 3 tabletas de Kelpamalt contienen más hierro y cobre que 1 libra de espinaca 6 7/8 libras de tomates frescos, y más yodo que 1386 libras de lechuga.

Pruebe el Kelpamalt por una semana. Notará bien que come y duerme y lo mejor que se siente—y observe cómo aparecen por lo menos 5 libras de carnes firmes. Aumen-

Acepte esta Oferta Maravillosa:
Sin el Uso de Drogas
Kelpamalt Hará esto por Ud.

1. Mejorará su Apetito
2. Aumentará por lo menos 5 lbs. de Carnes firmes
3. Calmará sus Nervios
4. Disipará las molestias ordinarias del Estómago
5. Le dará un Sueño Profundo
6. Dará Nuevas Energías, Fuerzas, Resistencia
7. Purificará su Piel

tarán sus energías y fuerzas y se calmarán sus nervios. Su médico aprobará este método. Kelpamalt cuesta poco. De venta en las buenas farmacias.

Tabletas Kelpamalt
Agentes exclusivos y Distribuidores:
ADOLFO KATES E HIJO
Agucate, 118-120. Tel. A-8340. Hoboken.

KELPAMALT, RICO EN VITAMINAS
Kelpamalt no sólo contiene 12 de los 13 minerales que el sistema necesita, sino que también es en vitaminas, una de las fuentes más ricas. Su propio médico le dirá que sólo cuando se toman las vitaminas con suficientes minerales podrá obtenerse una alimentación adecuada.

—Sí. Antes era ingeniero. Todavía trabajo un poco, pero muy irregularmente.

—Supongo, señor Carling—sugirió Jimmy Thomas—, que se habrá usted sorprendido al saber que su hermano le dejaba su fortuna.

—¡Oh, sí! Pero esto es secundario. Lo que me ha asombrado es saber que había vivido tan cerca de mí sin yo enterarme de ello. En cuanto al testamento...—el señor Carling hizo un breve ademán de indiferencia—las intenciones de mi hermano no serán cumplidas. Esto no me inquieta, por lo demás, porque tengo con qué vivir ampliamente. Lo que lamento es que John haya guardado ese dinero en su casa, provocando así la codicia de los acreedores.

—No tenía nada más?—preguntó Kelvey.

—No lo creo. Las casas en que vivía eran alquiladas. Creo que había tomado un pequeño seguro, y eso es todo, con excepción de

su colección de sellos, que le ha dejado a una sociedad filatélica de Boston.

—¿Entonces—observó Kelvey—usted no recibirá nada?

—Carling se encogió de hombros: —Nada. Pero ya les he dicho que la pérdida del dinero no me importa. Lo que desee, sobre todo, es castigar al asesino de mi hermano. Probablemente, el culpable será el criado Kraft. Si pudieran capturarlos, el misterio quedaría aclarado.

Kelvey y Jimmy Thomas se levantaron para irse. Jimmy le explicó al anciano las dificultades con que tropezaba *El Boletín*. Carling sacudió la cabeza.

—Malloy?—dijo—. Tuve una conversación con él a mí llegada. No me agrada; tiene el aspecto de un matón. Oigame, joven: si hay algo nuevo, le telefonaré a la redacción. Esta publicidad me es odiosa; pero, por lo menos, no

(Continúa en la Pág. 71)

LA Inactividad de los Riñones es la causa

Coyunturas rígidas e hinchadas, atormentadas por los constantes dolores del reumatismo. Los días son larguísimo, pero las noches parecen interminables y no proporcionan el reposo que su cuerpo dolorido requiere. Usted no obtendrá verdadero alivio mientras sus riñones no vuelvan a la normalidad.



REUMATISMO



Lo que usted debe hacer es volver sus riñones a la normalidad y para ello no existe medio más rápido y seguro que tomar las Píldoras De Witt.

No se pretende hacer la ridícula afirmación de que las Píldoras De Witt son un "cúralo todo." Se elaboran especialmente para combatir el reumatismo, los dolores de cintura, trastornos de la vejiga y padecimientos producidos por desórdenes de los riñones. Se venden solamente en cajas blancas impresas en azul y oro, en todas las farmacias y droguerías. Excelentes para los hombres y las mujeres de todas las edades y también para los niños.

Píldoras DE WITT PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

El "Reina..."

(Continuación de la Pág. 67)

núa con pasión creciente). ¡Pero ahora... me parece que una vez de regreso, no volveré jamás a verla! ¡Qué pesadilla!

KENNEY, tratando de parecer despreocupado.—¡Ah, sí! El mar, decididamente, no les conviene a las mujeres, y mucho menos, a una mujer casera como tú, Annie. He cometido una equivocación al traerle, pequeña.

LA SRA. KENNEY, pasándose, con ademán patético, una mano por los ojos.—Suponiendo que regresáramos inmediatamente ¿cuánto tiempo necesitaríamos para llegar a Homeport?

KENNEY, evasivo.—Alrededor de dos meses, Annie... Y así y todo, aun haría falta que no encontráramos demasiados obstáculos en el camino.

LA SRA. KENNEY, contando con los dedos y, en seguida, con una débil sonrisa que ilumina momentáneamente su rostro.—Sería en agosto, a fines de agosto, ¿verdad? Y nosotros nos casamos el 25 de agosto, si no me engaño, ¿verdad, David?

KENNEY, esforzándose por pasar sobre el recuerdo bruscamente despertado en su memoria, con un rostro ceñudo.—¿No estás tú segura de ello?

LA SRA. KENNEY, volviendo a pasarse la mano por los ojos, en tono vago.—¡Ah! Mi memoria comienza a traicionarme en este infierno de eternos hielos. Además hace ya tanto de eso, David! ¡Hace una pausa y luego prosigue, con una dulce sonrisa en los labios, temblorosa de emoción!.

Uhramo estamos a fines de junio, y en nuestro jardín, las lilas deben hallarse florecidas y las rosas se estarán abriendo en sus enrejados en torno de la casa... ¡Ah, qué bonito sería estar en la calle, cubre el rostro con las manos y se echa a llorar nuevamente).

KENNEY, trastornado y casi sin poder dominarse.—Vuelve a tu cuarto y descansa un poco, Annie. Haces mal en atormentarte de ese modo, pensando en cosas imposibles por el momento. Vamos, vamos, cálmate.

LA SRA. KENNEY, lanzándose impulsivamente al cuello de su marido y estrechándolo contra él.—¿Me quieres todavía, David?

KENNEY, confuso ante semejante explosión de ternura, que él quiere siempre, Annie!—¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta?

LA SRA. KENNEY, sacudiendo-

le con todas sus fuerzas.—¡Responde, David! Dime que me amas como antes, como siempre.

KENNEY.—Somos marido y mujer, Annie, y supongo que nada me impide amarlos a uno al otro. Nuestro amor sigue siendo tierno y fuerte como lo ha sido siempre.

LA SRA. KENNEY, sin dejar de sacudirle, pero con menos excitación.—¿Me amas, pues, David? ¡Dímelo otra vez!

KENNEY, sencillamente.— Te amo, Annie.

(La señora Kenney lanza un suspiro de alivio y deja caer sus brazos a lo largo de su cuerpo. Kenney la mira, angustiado. Ella se frota los ojos y murmura, como si hablara consigo misma).

LA SRA. KENNEY.—Muchas veces pienso que deberíamos tener un hijo. (Kenney se vuelve, pro-

(Continúa en la Pág. 74)

Premonición

(Continuación de la Pág. 18)

llejeros invaden el zaguán, mezclados al carraspeo de los klaxons y a las conversaciones de los peatones que pasan. Por que, las calles estrechas y las dos hojas del portón permanecen completamente abiertas... Del comedor, situado al fondo, llega un rumor ahogado de conversaciones y risas infantiles...

Las tres y treinta... Treinta y uno... Treinta y dos... Me acerco... muy quedo hasta lanzar mi aliento sobre la faz del maldito y lo cojo en pleno fraude: el minuterero no avanza insensiblemente, en un deslizamiento continuo, como debía hacerlo y seguramente lo hace cuando yo no estoy aquí, sino a pequeños saltos, tan breves que necesita tres para hacer un minuto...

Treinta y tres... Treinta y cuatro... Treinta y cinco... Ya pueden decirse las tres y treinta y cinco o las cuatro menos veinte y cinco, a voluntad. Voy a penetrar, pues, en uno de esos breves ciclos trágicos de mi existencia, que me dejan roto, sin fuerzas, con las palmas de las manos húmedas y la garganta seca.

Del gabinete no llega un rumor siquiera...

Las tres y cuarenta... Las tres y cuarenta y cinco, o cuatro menos cuatro.

Me paseo por el recibidor, queriendo pensar en otra cosa. ¡Qué gruesas paredes y qué puntal de iglesia! Aquéllas encaledadas, ásperas, molestas al tacto e ingratas a la vista y éste dejando al descubierto una vidrietería que parece destinada a sostener el peso de una familia de megarriches y de los pisos de San Miguel en el zaguán, de mármol blanco y negro, semeando un tablero de damas, en el recibidor y la sala, y mosaicos tricolores en los cuartos. Hay gustos que merecen pagos, dice el adagio, pero el de estos constructores de fines del siglo XIX hace añorar el garrote.

¡Habría perdido Rivona la noción del tiempo ante la belleza de la dama espléndida?

El disco del péndulo prosigue recorriendo su breve arco y desmenuzando la tarde, que va perdiendo terreno lentamente pero con seguridad. Ya no hay sol suficiente para cubrir el patio y uno de sus despojos, semejante a un gran velo áureo puesto a secar, cuelga del paredón divisorio...

Me salta el corazón dentro del pecho. Si no abraza a la tres y cincuenta y nueve toco la mampara y me introduzco en el gabinete de todas maneras.

Las tres y cincuenta y dos... Un revuelo de risas emerge de la es-

tancia cerrada. Risa argentina de mujer, que corea la grave de un hombre.

Las tres y cincuenta y tres. En estos momentos hay seres felices que, acostados sobre la hierba, de cara al cielo, miran volar las nubes y oyen cantar los pájaros... Las tres y cincuenta y cuatro. Y otros que corren a una cita de amor, que ponen al fin la mano sobre un paquete de dinero al que vinculan sus dichas futuras... Las tres y cincuenta y cinco. No faltan lugares, en cambio, donde proceden ahora mismo a librar los atáides de las flores que pesan sobre ellos, para conducirlos hasta el carro fúnebre... Las tres y cincuenta y seis. Instante grave en que todos se ponen en pie, en que los cirios lanzan su posterior fulgor y seis de los hombres presentes dan a sostener sus sombreros, para ofrecer sus hombros a la triste carga...

Las tres y cincuenta y siete. ¡Cómo se puede llegar a ser miserable a causa de una idea! He-me aquí, sana, fuerte, y temblando, sin embargo, como si tuviera fiebre. ¿Cuándo saldrá esa mujer?

Las tres y cincuenta y ocho. No lo conto. Risa más que un solo minuto. Donde no despidia a su silencio ahora empujo la puerta. Nunca me ha pasado esto. Otras veces... Las tres y...

Un auto se detiene ante la casa y de él desciende una mujer no inferior en belleza a la que está dentro, pero morena de tez y de ojos y cabellos negros. Gana apresuradamente el zaguán.

—¿El doctor Rivona?—me pregunta.

—Está en su gabinete, ocupado, consultando a una señora.

—¿Rubia y vestida de negro?

Debo haber dicho que si porque sonriendo —aviesamente— como quien ve confirmada su opinión, la dama barea la marcha, escudada hasta la mampara, la empuja y se introduce en el consultorio.

Escucho un grito ahogado seguido de un parloteo rápido. Después una exclamación del hombre, y... cuando disparas que en la vasta cuadrada de la cámara resucitan como cañonazos. Un gran silencio que rompen un sollozo y el gongol del reloj, que da las cuatro.

El pecho se me expande en una gran aspiración. ¡Ya soy libre (por lo menos hoy) y mis premoniciones de la noche de la tres y tres pondencia inmediata en la realidad! ¿No hay motivo suficiente para que me sienta satisfecho? Será horriblemente egoísta, pero humana, tal manifestación, y a la

¡PRUÉBELA!

La Crema Dentífrica Listerine limpia con sorprendente rapidez—quita manchas y el descoloramiento que tanto afea. Pruebe un tubo.



CREMA DENTÍFRICA LISTERINE

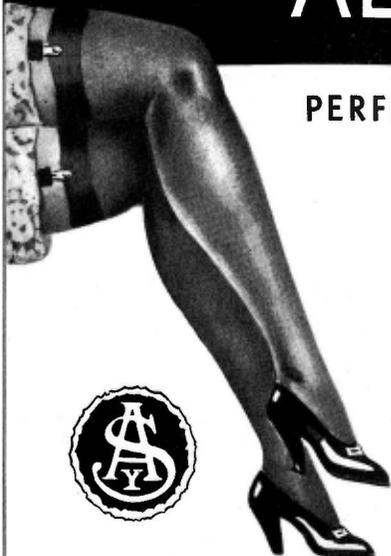
MEDIAS ALMIRALL

PERFECTAS,
SEDUCTORAS...

Las medias ALMIRALL se recomiendan por su calidad y acabado perfecto.

Además, las medias ALMIRALL están confeccionadas con una adecuada proporción entre las medidas del pie, del tobillo y de la pantorrilla. Así se amoldan a toda la pierna, manteniéndose bien ajustadas sin necesidad de llevarlas demasiado tirantes. Y por esto no forman arrugas ni se "ruedan", lucen mejor y duran más.

POR CADA PAR DE MEDIAS
ALMIRALL QUE COMPRE
RECIBIRÁ GRATIS UN SOBRE
DE ESKAMITAS COLGATE



CONOZCA EL SECRETO DE CONSERVAR SUS MEDIAS COMO NUEVAS

Cada vez que se quite las medias, lávelas, porque los ácidos del sudor atacan el tejido y, al perder su elasticidad, los hilos se corren y se rompen.

Disuelva un poco de ESKAMITAS COLGATE en agua y sumerja las medias. Con la yema de los dedos, presione suavemente las partes sucias — sin frotar ni retorcer las medias — haciendo así pasar la espuma de este jabón puro a través del tejido. Después, enjuáguelas con mucha agua y exprímalas con cuidado.

¡Que bien lucen una vez secas! Recobran su buena forma, mantienen su lindo colorido y están suaves... ¡Como nuevas!



SINTONICE LA CADENA CRUSELLAS

en el asunto Carling:
Timothy Drake, periodista, que descubrió el crimen.

Neelands, vecino, amigo de Adams y no del doctor Carling. Químico despedido del empleo recientemente. Acaba de recibir una herencia.

Jacob Kraft, criado. Historia anterior desconocida. Desaparecido.

Adams, criado al servicio del doctor Carling durante varios años. Desaparecido.

La señora Neelands, vecina. Vió visitantes entrar en la casa.

Amos Carling, hermano del muerto. Era favorecido en el tes-

tamento; pero lo ignoraba. Diez o doce visitantes que entraron en casa de Carling en un solo día.

Estudió la lista y borró los nombres de Timothy Drake, la señora Neelands y Amos Carling.

Drake no tenía ninguna razón para cometer el crimen. En cuanto a la señora Neelands, vació un momento; pero luego borró también el nombre, porque era imposible que una mujer hubiera hecho una cosa como aquella. Respecto a Amos Carling, no sabía si su hermano era vivo o muerto, y evidentemente, el robo había sido el móvil del asesinato.

Quedaban los dos criados, Neelands y los visitantes desconocidos.

—Me parece, señor Kraft— pensó el criminalista—, que tendrá usted muchas explicaciones que dar si le detienen, y que no será usted, probablemente, el único.

**
¿Era realmente culpable el criado Kraft? ¿No podía ser también Adams? ¿Qué había sido de ambos? ¿Quiénes eran los visitantes del doctor Carling? ¿Qué había de cierto en la herencia de Neelands? En el próximo número de CARTELES, todas esas preguntas tendrán cumplida respuesta.*

postre no soy más que un pobre hombre cuyo sufrimiento acaba de tener un brusco final...

Veo a Rivona salir precipitadamente, dirigirse hacia el fondo de la casa y regresar con su esposa, a la que acaricia una mano y punea para explicar algo. ¡Qué páldos están los dos y qué sonrisas desgarrada la de ella mientras escucha!

Siguiendo sus pasos me aproximó al gabinete y veo a la dama espléndida sobre la *chaise-longue*, livida e inmóvil, en tanto que la otra, sentada en una silla, solloza retorciéndose las manos.

—¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Canalla!— repite bajito, masticando la palabra...

En un ángulo de la gran mesa yace la pistola: un chisme diminuto y brillante con cachas de nácar, de esos que jamás dan en el blanco cuando el que los maneja se lo propone, pero que, en cambio, matan ineffectivamente cuando sólo intentan mostrar su funcionamiento o hacer un poco de ruido.

Rivona, desconcertado, mira a las tres mujeres alternativamente y se aprieta las sienes con las palmas de las manos. No sabe qué hacer. Ha desaparecido el hombre fuerte, desprecupado, inocundo, que trataba de tú al destino, y solamente resta un pelele espantado...

¡Qué innoble es el miedo!

El crimen de...

(Continuación de la Pág. 69)

quiero oír hablar de favoritismos. Velaré por sus intereses.

—¡Bravo!— exclamó alegrementemente Jimmy — Cuento con usted, señor Carling.

Salieron del hotel. El joven periodista estaba en el colmo de la alegría.

—Tenemos un aliado— declaró.

—No cuente con él— le aconsejó Kelvey—. Después de todo, es el hermano de la víctima. Malloy no le confiará sus secretos.

¿Quién es el culpable?

Por la noche, el misterio Carling seguía sin aclarar. El punto más notable del asunto era la desaparición de Adams y de Kraft. Se había podido conseguir una vaga descripción de Kraft; pero la Policía no había encontrado el menor indicio acerca de sus hechos y pasos.

En la estación de ferrocarriles, un empleado recordaba vagamente haberle vendido un billete a un hombre que podía ser el criado de Carling; pero había olvidado para qué lugar. Los esfuerzos hechos para encontrar a los misteriosos Gus y Ethel de las cartas, habían sido inútiles. En pocas palabras: no se sabía absolutamente nada acerca del criado desaparecido. Lo mismo ocurría en cuanto al hombre que respondía al apellido de Adams: tampoco habían podido encontrarle. Su historia era desconocida, y los vecinos de la calle de los Adams declaraban que Adams ya estaba al servicio del doctor Carling cuando el anciano se instaló en el número 3.

¿A dónde había ido Adams al dejar a su señor? ¿Había permanecido en la ciudad? En caso afirmativo ¿por qué no se había mostrado al enterarse del asesinato? ¿Y por qué había sido despedido?

Antes de acostarse aquella noche, Roger Kelvey recurrió a un sencillo método que con frecuencia le había resultado eficaz. Escribió en un papel el nombre de todas las personas que figuraban

ESTO ES LO QUE
Los Médicos HACEN CONTRA los ESTREÑIMIENTOS
 tomar **AGUA PLUTO**

Sobre...

(Continuación de la Pág. 57)

pasar la existencia sin ambiciones imposibles, sin vicios ni bebidas... No creí que sólo tuviéramos entusiasmos para cuidar nuestras cosechas, como lo que sembramos, cuidar de nuestro niño y fué el campo el que hizo el milagro! ¡Fue sólo la tierra!

Al bandido de la cordillera lo salvó la tierra... A muchas otras gentes las ha salvado también...

Pues procuremos enseñar a los niños a conocerla y amarla. Si el escolar ha de vivir en el campo, debe conocer sus secretos; tiene que estudiar el arte y la belleza que encierra la Naturaleza, para disfrutar plena y conscientemente de un trabajo más sagrado que ninguno. Si en cambio el escolar ha de vivir en la ciudad, debe también amar a la tierra, para que la defienda y proteja el mar y el árbol, la agricultura y la flor, poniendo en esa contribución su pluma, sus periódicos, las leyes que dicte, las opiniones que emita, en pro del campesino, su hermano, rectificando las épocas en que ninguno de los dos supo buscar la sinceridad y los mejores sentimientos de su corazón, en las fuentes claras donde la linfa es conocimiento...

Una entrevista...

(Continuación de la Pág. 11)

platos de la tierra. Durante mi estancia en Madrid había bajado una porción de libras, por lo que al llegar—por cierto, con pasaje gratis, que obtuve del Gobierno Civil—, mis familiares no me reconocieron.

* Mi próxima aventura me llevó a Italia, donde mi estrella cambió por completo. Mientras que en Madrid había tenido que embadurnarme la cara de negro, y cantar en los cafés para ganarme unas perras gordas, Italia, desde el comienzo, me fué propicia, y como tenía ya repertorio y logré convencer a un empresario, me fué ofrecido un contrato para cuatro funciones. Así debuté en Milán en 1920, con *Trovador*, que

sigue siendo una de mis óperas favoritas. El éxito que obtuve fué tan grande, que en vez de cantar cuatro óperas canté diez y desde entonces todos los años, con excepción de cuando lo han impedido mis escapatorias a América, he cantado en Italia.

—¿Es verdad, Gaviña, que es usted un fuerte jugador de *jai-alai*?

—Hombre, no sé si soy fuerte o no. Me gusta jugar y vengo de una familia de buenos jugadores. Los Erdoza, por ejemplo, son primeros míos. Como le he dicho antes, mi familia es humilde, si bien sana y forzada hasta la exageración. Muchos de mis parientes son alicianos, gente sencilla y primitiva, que no sabe mucho de nada. Le contaré un cuento de uno de ellos para que juzgue.

Al debutar, le escribí a uno de mis tíos comunicándole que al fin podía llamarme tenor, que había gustado en Italia, donde había logrado un éxito. La contestación de él: "Me alegro mucho de lo que me dice, y te deseo buena suerte. ¡Ya sabía yo que habías de inventar algo para no trabajar!"

—¿Es grande su repertorio, Gaviña?

—Unas cuarenta óperas, entre las que figuran *Hernani*, *La Fuerza del Destino*, *Aida*, *Trovador*, *Andrea Chénier*, *Cavalleria Rusticana*, *Dejanice*, *Ysabella*, *Carmen*, *Gioconda*, *Manón*, *Turandot*, *Pagliacci*, *Verone*, *Norma*, etc. He cantado en la Scala de Milán, Real de España, San Carlos de Nápoles, Real de Madrid, Liceo de Barcelona, Colón de Buenos Aires, Municipal de Río de Janeiro, Municipal de Santiago de Chile, y medio centenar de otros que harían esta relación inacabable. Ahora espero cantar en el Metropolitan de esta ciudad.

—¿Cuénteme algo interesante y raro que le ocurriera en su carrera.

Gaviña se concentra en sí mismo y en seguida lanza una carcajada y me dice:

—Nada más chusco que lo que me ocurrió en Luis en 1926. Era el verano y debía cantar en el Parque Municipal, en que iba a darse *Carmen*. Yo llegué la noche anterior a la localidad, sin tiempo para ensayar ni para nada. Iba solo, no hablaba inglés, y todo lo que se me ocurrió fué encaminarme al parque, subirme a la plataforma que hacía de escenario y ver cuáles eran allí las condiciones acústicas. Eran cerca de las dos de la mañana y yo me hallaba produciendo notas agudas que recogían las frondas solitarias, cuando de repente me cogió por el cuello un brazo por unos brazos hercúleos que trataban de dominarme. Creyendo que era víctima de un atracador, me desprendí como pude del peligroso abrazo, y lancé mi puño derecho, con toda la fuerza que pude poner en él, hacia la cabeza de mi asaltante, que cayó al suelo completamente noqueado. Pero a poco que pudo el hombre, comenzó a dar pitidos y otros policías—yo le había pegado sin saberlo a un agente de la autoridad—acudieron y me detuvieron. En vano quise explicarme en varios idiomas que yo era el tenor que iba a cantar la día siguiente la parte de amante burlado de *Carmen*, y que a aquellas horas y en aquel lugar estaba ensayando. Desde el principio se me había tomado por loco, y tuve que pasarme aquella noche en un calabozo de la estación de Roma.

Al día siguiente, cuando se desdijo el error, los policías me pi-

MÁQUINAS DE OFICINAS

Alquiler y venta. Accesorios para mimeógrafos.

Taller de reparaciones.

MARCOS NOROÑA

HABANA, 65

TELÉFONO: A-9995

dieron excusas, me aconsejaron que me dedicara al boxeo y me regalaban una caja de magnífico vino italiano. ¡Y estábamos en la época de la prohibición!

—¿Muchas conquistas de corazones femeninos, Gaviña?

—¡Chiton!—me responde el tenor vasco—. La señora Campiña llega el mes que viene y se podría enterar. ¡No me gustan las bromas pesadas! Soy muy feliz con mi mujer y mi hija de diez años, nacida, por cierto, en Nueva York.

—¡No importa! ¡No le diremos nada!

—Bueno, le haré otro cuento que a lo mejor no le desagrada a mi mujer si llega a enterarse. ¡Como que fué una lección!

En Florencia recibía muchas cartas de admiradoras, algunas de las cuales se limitaban a pedirme fotografías, pero otras incluso se permitían pedirme citas. Pues bien, un día recibí una carta suabilmemente perfumada y divinamente escrita, en que una mujer superior me decía que la había impresionado de tal modo que no podría seguir viviendo si no le cantaba a solas, y en mi mejor media voz, su romanza favorita. Aquella carta, en la que se me daba una cita, me intrigo, por lo que decidí acudir a ella. "Me reconocerás—me decía mi desconocida comunicante—porqué llevaré gerdilas en el pecho?"

—Acudi a la llamada, no sin emoción, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con una respetable dama, que debía tener lo menos sesenta años. Con todo respeto la conduje hasta su casa y le prometí una visita. Se trataba de una linda mujer, que tenía ya nietas casaderas. ¿Por qué no se le ocurriría escribirme la carta a una de las chiquitas?

—Bueno, Gaviña, cambie mos ahora de tema. ¿Qué me dice de la ópera, de la situación actual del *del canto*? ¿Ha perjudicado el cine a la ópera, como al resto del teatro?

—A decir verdad, mi opinión es que ha habido de ambas cosas. Por un lado, el cine le ha dado un golpe cruel al teatro, generalmente hablando; pero por el otro, el cine ha hecho que la voz no lo siga siendo todo en un cantante de ópera. Aquellos tenores que se plantaban en mitad del escenario y todo lo resolvían a fuerza de pulmones, ya no están de moda, y a ello ha contribuido poderosamente el cine y sus rígidas demandas de un más claro concepto de la estética. La ópera, como espectáculo, ha ganado mucho con esa nueva modalidad que sacrifica la voz, pero que ha creado una escuela, a todas luces, más del

agrado del público de hoy que la vieja.

—¿Qué hay de tenores españoles? ¿Hay gente nueva que le pueda suceder dignamente a usted?

—Desgraciadamente, no. Pos supuesto, yo no creo que en muchos años aparezca otro Hipólito Lázaro, para mí el cantante más completo de su generación. Todavía hoy si Lázaro se cuidara cantaría como nadie. En cuanto a Fleta, una buena parte de su celestidad mundial la logró gracias a su atrevimiento, a su teatralidad. Si Lázaro hubiera poseído las condiciones de *showman* que en tan alto grado tiene Fleta, hubiera sido más grande que Caruso, porque como voz, y pese a todas sus locuras, Hipólito Lázaro no tenía par. Todavía el año pasado—continúa Gaviña—oí cantar *Puritinos* a Lázaro, y puedo asegurarle que no hay nadie en el mundo que actualmente cante esa ópera como él. (*)

—Y entre las sopranos?...

—Tampoco sé de nada nuevo. Fué una gran desgracia que se nos murieran a edad tan temprana Oteja Nieto y Conchita Sulpervia. Ángeles Oteín todavía canta en Italia, y Mercedes Capisir también logra triunfos en el extranjero. En Italia canta también una buena *mezzo* soprano, Aurora Boades, sin duda de lo mejor que tenemos hoy. (Gaviña no me dice una sola palabra de su mujer, la sevillana Fidela Campiña, cuyos grandes éxitos en la Scala de Milán son del dominio público).

—Ha estado en Cuba? ¿Conoce La Habana?

—He estado en Cuba, pero no puedo decir que conozca La Habana. Estuve de paso en la gran ciudad de las Antillas el año 1927, cuando iba a tomar parte en las fiestas del Centenario de Bolivia. Conservo un gratisimo recuerdo de La Habana, y de su cerveza, que me pareció excelente. Me gustaría volver lo más pronto posible.

—¿Es verdad que piensa cantar pronto en La Habana?

—No hay nada seguro todavía, pero se están haciendo gestiones cerca de nosotros—iriamos mi mujer y yo—para que nos decidamos a visitar a Cuba el mes de mayo próximo. Parece que se quiere organizar una compañía que actúe allí durante todo un mes, tres veces por semana.

(*) En Italia tenemos también un gran tenor que se dedica al género *operístico*, se llama *Federico Fagoaga*, es navarro, y canta en la Scala de Milán desde hace varios años.

AGENCIA MORE
 Estadísticas Comerciales
 Lonja del Comercio No. 217
 Teléfono M-3462.
 Habana — Ciba

ESPECIALIDAD EN LA TRICOCCOLAZIONE
 REGISTRADA EN LA SECRETARIA DE ECONOMIA Y FINANZAS
 N.º 25024
 6

HIGUERON
 MARCA REGISTRADA
 LABORATORIOS
 BLUHME-RAMOS
 HABANA
 CUBA

Deberá rechazarse como imitación, falsificación o competencia desleal, cualquier vermifugo que use la palabra

HIGUERON

ya sea como marca o como aclaración indirecta para distinguir otro producto que no sea el de

BLUHME-RAMOS



SECCION de la Madrecita. Niños

"LA MADRECITA" DICE HOY...
LA MADRESELVA

UNA NIÑA vivía en una cabaña en un rincón de un bosque. Se llamaba *Madresela*. Dos cabritas eran toda su compañía. *Madresela* las amaba entrañablemente y jamás se separaba de ellas.

Un día, la niña se hallaba brincando alrededor de su choza, cuando acertó a pasar por allí una hermosa dama, acompañada por dos lacayos.

Encantada por la risa fresca y los saltos alacados de la niña, la señora se detuvo y, deseosa de saber quién era, le preguntó su nombre.

—Me llamo *Madresela*, señora—dijo la pequeña haciendo una reverencia.

—¿Qué hacen tus padres?

—No los tengo. Han muerto hace más de tres años.

—¿Quieres venir conmigo?—siguió diciendo la dama—. Yo no tengo hijos... siempre he deseado tener uno... y te adoptaría. Yo soy la reina de este país. Tu serás princesa, y una corte de caballeros se inclinará delante de ti.

Madresela tardó en responder. Le tentaba la idea de vivir como una gran dama; pero amaba su libertad y temía perderla. Mas la proeza de la soberana era tan dulce... que al fin aceptó.

No hizo más que llegar a la corte *Madresela* y sentirse víctima de la tristeza. Acostumbrada a vivir libremente, la etiqueta la fastidiaba. Todos los días numerosos maestros le daban lecciones de buenos modales, de política, de artes y otras cosas igualmente serias, a las que no prestaba atención. Su pensamiento se escapaba al bosque misterioso, lleno de flores silvestres, y se le oprimía el corazón...

Pero un día... o mejor dicho, una noche, hubo de su habitación de rejas doradas y regresó a sus salvajes matorrales. Y llamó en su auxilio al hada de la floresta.

—Yo no puedo vivir en la corte—dijo la niña—; me fastidio. Déjame aquí, a tu lado; protégeme.

—¡Ay!—respondió el hada—. La reina va a venir a buscarte. Yo no podré sustraerte a su persecución...

El hada se interrumpió. El ruido de una cabalgata resonó en el camino solitario.

—¡Por favor, señora, sálveme!

¡Yo no podré volver a palacio!... Me moriría de tristeza. Amo demasiado este lugar que me vio nacer, mi bosque natal, mi choza de cañas... ¡Tenga piedad de mí!

—¡Sea!—dijo el hada. Y como la reina se aproximara con la cólera en la boca y el furor en la mirada, dispuesta a apoderarse de la niña temblorosa, el hada extendió la mano.

En el lugar que ocupaba la pequeña pastora, una planta fértil, vivaz, de hojas brillantes, de pétalos perfumados, surgió, enlazándose a las ramas de una zarza.

—¿Dónde está *Madresela*?—gritó la reina.

—¡Ha preferido huir!—exclamó el hada—. No podía vivir lejos de su bosque, de su choza... y por virtud de mi varita mágica acabó de convertirla en flor. En adelante esta planta salvaje llevará su nombre... y a través de los siglos la *Madresela* será el emblema de la adhesión.

CONTESTANDO A LOS NIROS

EULALIA CONDE, Oñaja.—Me extraña que se hayan devuelto las cartas dirigidas a esta dirección: "Para 'La Madrecita', CARTELES, Infanta y Penafiel. Si el pusiste así, no se han perdido. Enviálas de nuevo.

Mrs DEL PILAR GARCIA, Bayamo.—No tienes que pagar nada para partic-

neer a esta gran ciudad de almitas tan querida por mí. Solamente tienes que enviar trabajos sencillos, de ser constante y aplicada. Así lo espero para que repte mucho.

ABAIL CANOVAS.—Aunque no lo creas, no te olvido. Eres muy dulce y muy buena hija espiritual. Espero un tributo lindo para esta sección.

HERENITA GARMENDIA PORSELL.—Espero haciendo mucho tiempo trabajos lindos, como me has prometido en una cartita por mediación de tu mamá, que hace tiempo me escribiste y que no había contestado porque la tenía extravaviada con otros papeles. Nunca es tarde para que me envíes trabajos y que repte mucho.

CLAUDIA ALVAREZ, Jobabo.—Siempre recibo tus trabajos de costura muy contenta, porque sé que los haces muy bien. Hace días que no recibo nada tuyo. ¿Qué pasa?

MARGOT B. LEON, Colonia La Puntila.—Hace días envíe tu regalo. No me explico cómo no lo has recibido.

NIVIA ANGLUO.—Envíame tus cuentos hechos más claros para poder publicarlos.

HIJITOS NUEVOS DE LA SEMANA.—Haydée Hernández, Oriente; Angel Euri que Capard, Camagüey; Conchita Yebra; Carlos A. Amat Fors, Macabí; Eugenia y Lucía Cravez, Buenaventura; Carlota Dima, Barrio; Violeta Cabrera González; Guy Raúl Brooks, Fomento; Josefita Echeradía, C. Cacoecum; Ofelia Zamora.

—¡Pero qué cosas tan lindas!—exclamó Hilda haciendo la bobo, y seguidamente le dijo a su mamá:

—Ya ves, mamá, y eso que tú decías que los Reyes no que iban a traer nada que me hiciera mejor que tú...

—A ti quien te conoce mejor es el diablo. Pero no podía aguantar la risa, porque su hija se contó todo, y de las economías ya bastante sabía.

—Ahora me pondré muy linda—dijo Hilda a su mamá—para enseñarle los regalos a los vecinos.

—¡Mirad qué muñeca más linda tengo! ¡Como soy tan buena—decía la muy pícara—como soy obediente, pues por eso!...

NIROS PREMIADOS

Cámara fotográfica: Eduardo Urquidola, Remedios.
Acuarista: Leonor Socarrás, Jabones.
Catarinero: Carmen Situa Ferrer, Cienfuegos.
Bateo: Incho por Lorens: Eulalia Zaldivar.
Beneficencia: Marcelino Aca.

LO QUE IGNORAN LOS NIROS

KOFF



Llámanse así a una clase de barco mercante holandés, con un gran palo de mesana y velas superiores e inferiores. Se destina al transporte de mercaderías, y puede realizar largos viajes. Es el que se utiliza generalmente para llevar y traer productos de las Indias Holandesas.

TUPIS

Indios que ocupaban gran parte del territorio del Brasil cuando llegaron a él los portugueses. Aunque grandes guerreros, tenían mayor cultura que otras tribus. Se dedicaban a la agricultura, trabajaban la piedra y hacían vasijas de cerámica. Su alimento consistía en carne de mono y de pecarí. Aun existen muchos tupis en la región del Amazonas.



EL CAUCHO...



...se produce en gran cantidad en Brasil, Congo, Mozambique, Madagascar, Tonkin, Célán, Malaca, Indias Holandesas y Borneo. El su calidad es el de Pará, Brasil, en cuyas selvas crecen a millares los árboles productores.



PARIAS

Se da este nombre, en la India, a la casta más inferior de personas. Son una especie de esclavos que realizan los trabajos más penosos. En su principio, los parias eran los hombres arrojados de las otras castas por su mala conducta.



Hilda GARCIA CASTRO, que acaba de cumplir siete años, y ya es una precocísima hija de la "Madrecita" espiritual.

HIJITOS INTELIGENTES

Pepito MARRERO Y SERANTES: guachinango e inteligente, es un hitito que ya sabe hacer los trabajos de estas páginas. En esta foto, con su curita de pino, está diciendo que es un futuro criollo ciento por ciento.

de Hilda sólo había querido asustarla para ver si la chiquitita se reformaba al decirle que los Reyes no le traían nada; pero cuando la amante madre se encontró frente al lecho de su hija, la pobre señora se llevó una sorpresa más inesperada que la que pensaba darle a su hija.
La pícara Hilda miraba con los ojos semicerrados el asombro de su madre, y al ver ésta que su hija no se movía, se decidió a despartarla y, lista de asombro, le decía a su hija:
—Fero hija, ¿qué quiere decir todo esto?

BiSODOL
 Recetado por médicos
 para el alivio de
 la Indigestión
 y la Acidez.



El "Reina..."

(Continuación de la Pág. 70)

fundamente emocionado. Ella le coge una mano y la aprieta contra su rostro. Con pasión: Siempre he sido una buena esposa para ti, ¿verdad, David?

KENNEY, codiciando voz que traiciona su emoción.—Jamás hombre alguno ha tenido una esposa tan dulce y tan buena como tú, querida.

LA SRA. KENNEY.—Y nunca te he pedido nada extraordinario, ¿verdad, David?

KENNEY.—Ello no te impide saber que por ti soy capaz de todo.

LA SRA. KENNEY, con violencia.—Entonces, por amor de Dios, satisfice este deseo mío: lívame a casa. ¡Te digo que esta vida me mata, que no puedo soportar más estas brutalidades, este frío, todos los horrores que me rodean! Me voy a volver loca sin duda, porque siento algo espantoso, algo inminente en el aire. Hay momentos en que el silencio mismo me parece demasiado pesado, demasiado que más me disgusta es que todos los días son terriblemente grises y no se distinguen en nada, en nada, los unos de los otros! ¡Es la muerte, David! Aquí, todos no somos más que muertos vivientes. ¡No puedo soportar esto! (Sollozando) ¡Me voy a volver loca, loca, muy pronto! ¡Lívame a casa, David, si en efecto me amas como dices! Tengo miedo, no vivo... ¡Lívame a casa, por amor de Dios!

Le abraza y llora, apoyada en el hombro de Kenney, cuyo rostro expresa la terrible lucha que sostiene consigo mismo. Al cabo, el rostro cambia de expresión y, a su vez, el capitán abraza a su mujer. Por un momento, sus hombros parecen derrumbarse; se abrazan visiblemente, su espíritu se va conmoviendo y debilitándose a medida que mira con más atención a su mujer).

KENNEY, hablando con visible esfuerzo.—Bueno, Annie, bueno... Lo haré por ti. Ya que es preciso, te obedeceré.

LA SRA. KENNEY, besándole en los labios y lanzando un salvaje grito de alegría.—¡Oh! ¡Que Dios te bendiga, David!

(Silencioso y como empujándolo, Kenney se aparta de su mujer y se dirige pensosamente hacia la salida. En ese instante, suenan

pasos precipitados en la escalera y Slocum entra en escena, sofo-cado).

SLOCUM, excitado.—Una gran parte del hielo se ha fundido al norte. Hay camino libre más que suficiente para que podamos pasar.

KENNEY, irguiéndose de pronto, como si despertara de una pesadilla.—¿Paso libre? ¿Al norte? (La señora Kenney mira al segundo con ojos aterrizados).

SLOCUM.—¡Sí, señor!

KENNEY, recobrando súbitamente su voz autoritaria.—Suba entonces, Slocum. Le sigo inmediatamente. No tenemos un solo instante que perder.

SLOCUM.—No, señor!

LA SRA. KENNEY.—¡David!

KENNEY, sin hacer caso de la llamada de su mujer.—¿Van los hombres a trabajar de buen grado o habrá que obligarlos? ¿Qué opina usted, Slocum?

SLOCUM.—Por lo que he podido ver, no tenemos que usar la fuerza, porque están mansos y obedientes como carneros. Usted ha sabido inspirarles temor, señor.

KENNEY.—Muy bien, Slocum. Llame a los dos equipos a la vez. (Con satisfacción y firmeza). Estoy seguro de encontrar muchas ballenas del otro lado de la barrera, y así habremos logrado al fin nuestro propósito.

SLOCUM.—En efecto, señor.

(Sale a toda prisa. Al cabo de un instante, comienza a reinar en el barco un fervescencia. Incesantemente idas y venidas sobre la cubierta, y se escucha la voz de Slocum que da órdenes).

KENNEY, burlándose de sí mismo en alta voz.—¡Y yo que estaba a punto de volver a casa como un perro apealado!

LA SRA. KENNEY, implorante.—¡David!

KENNEY, superamente.—¡Las mujeres no deben mezclarse en los asuntos de los hombres, de los cuales no entienden palabra! Y en cuanto a ti, Annie, no es posible que puedas comprender nuestros sentimientos ni mis aspiraciones. ¡Pero voy a demostrarte que soy un marido del cual puedes estar orgullosa! ¡Dentro de pocos días, te lo aseguro, tendrás mi aceite!

LA SRA. KENNEY, siempre en tono suplicante.—Así, pues, David, ¿te niegas a llevarme a casa?

KENNEY, con voz que parece que haya oído la pregunta, con voz autoritaria.—Vete a tu cuarto y acuéstate, Annie. (Se dirige hacia la puerta). Voy a subir: todo el mundo me espera. (Sale).

LA SRA. KENNEY, llena de angustia y lanzando un grito desgarrador.—¿David?

(Pausa. Con su ademán habitual, se pasa la mano por los ojos, y luego se echa a reír con risa histérica, mientras se dirige hacia el órgano. Se desploma en el taburete, ante el instrumento, y comienza a tocar un himno que suena un antiguo himno inglés. Kenney vuelve a entrar, se detiene en el umbral y mira a su mujer con un desprecio que no trata de ocultar. En seguida se acerca a la señora Kenney y la agarra bruscamente por los hombros).

KENNEY.—¡Annie! ¿Qué significa ese modo idiota de tocar? (Retrocede alarmado al recibir un sollozo por toda respuesta). ¡Annie! ¿Qué tienes, Annie? (Coloca ambas manos sobre sus hombros y la obliga a mirarlo a los ojos, y ve a la señora Kenney se le queda mirando con aire estúpido y una paga sonrisa en los labios. Kenney la suelta y la mujer torna a seguir tocando con incoherencia).

KENNEY.—¿Por qué racha y entrecortada, como si experimentara gran dificultad en hablar.—Me di-

MARTA ANDREWS

ESTUDIO DE BAILES ESPAÑOLES

D Y CALZADA - VEDADO

TELÉFONO F-5322

jiste que te ibas a volver loca... ¡Dios mío! (Un grito de triunfo resuena sobre cubierta). ¡Ah, miseria! (En el ventanillo aparece la faz de Slocum).

SLOCUM, con gran excitación.—¡Ballenas, señor! Todo un rebaño de ballenas. ¡Y magníficas, a lo que parece!

KENNEY, como galvanizado.—¿Mandó ya bajar las lanchas?

SLOCUM.—¡Sí, señor.

KENNEY, resuelto.—¡Vaya, vaya! En seguida le alcanzo.

SLOCUM.—¡Bien, señor! (Con aspecto radioso). Ahora vamos a poder dar toda nuestra medida. ¡Ya era hora! (Desaparece del ventanillo e inmediatamente se le escucha dar órdenes a la tripulación).

KENNEY, volviendo hacia su mujer.—¡Annie! ¿De qué escuchas? (Ella no responde, como si ignorara su presencia, y deja escapar una breve carcajada que es seguida inmediatamente por un gemido).

¡Ah! ¡Cómo me disgustas, Annie! No puedes, ni siquiera tratas de comprender. ¡Mas me pregunto si, después de todo, eres capaz de ello. Me es imposible, materialmente imposible, volver ahora a casa, ¿comprendes, Annie?

Lo único que me importa en este momento es el aceite. (Asaltado de comprender. Mas me pregunto, por amor de Dios! ¿Cree que todavía no estás loco! (Siempre sin responderle, la señora Kenney vuelve a ponerse a tocar el órgano. La cabeza del segundo reaparece en el ventanillo).

SLOCUM.—Todo está preparado, señor! Kenney le suelta la espalda a su mujer y se precipita hacia la salida, donde se detiene un instante, con el rostro crispado, para mirar a la señora Kenney.

SLOCUM.—¿Viene, señor? **KENNEY**, con el rostro endurecido y los dientes apretados.—¡Sí, voy!

Y sale sin volver a mirar a su mujer. La señora Kenney no parece advertir su partida. Tiene toda su atención extraordinariamente concentrada sobre el órgano ante el cual se halla sentada con los ojos cerrados, mientras su cuerpo se balancea al ritmo del himno. Sus dedos se mueven cada vez más aprisa y una terrible exaltación se apodera de ella, exaltación que va aumentando mientras cae el

TELON

Rosalind...

(Continuación de la Pág. 59)

más remedio que pagar lo estipulado.

La primera vez que alguien le advirtió la importancia de hacer una prueba en un estudio cinematográfico, Rosalind murmuró negligentemente: "Encantada. Sólo que para dejarme hacer una prueba tendrían que pagarme cien dólares y los gastos".

Naturalmente, el caso de esta muchacha es único en la historia de Hollywood, donde los aspiran-

tes son capaces de nadar el Canal de la Mancha llevando un huacal al hombro, por tal de adquirir una de esas famosas pruebas que pueden o no resultar favorables.

Todo en su vida parece extraordinario.

Cuando la película de la Met "El Gran Ziegfeld" tuvo su magnificante estreno en Hollywood, una de las hermanas de Rosalind, que por lo visto tiene tanto talento como la actriz, le dijo:

preámbulos: "Hermanita, es preciso que te robes la escena en el estreno de ese film. Tienes que aparecer arreglada en tal forma que dejes en la más profunda obscuridad a todas las estrellas de este París terrenal!"

Y después de utilizar al mejor modisto para el vestuario de la joven, encargaron a la más costosa peinadora de componer la cabeza de la muchacha. Para llamar la atención la hermana encargó a la gran metrópoli actores exitosos.

Rosalind apareció con un fabuloso racimo de uvas de cristal entre los bucles y, efectivamente, no hubo fotógrafo que se acercara a Marlene, el Garbo o Shirley Temple: todos se precipitaron para fotografiar a los ramos de estrellas en la cabeza de la Russell... ¿Se robó la escena?... ¡Yaya si se la robó!

Y, sin embargo, a pesar de su talento maquiavélico, Rosalind Russell es una de las más sencillas, fotográficas y fáciles actrices de Hollywood. Admite que está alrededor de los veinte y ocho años, lo que ya la coloca entre las mujeres más sinceras de la tierra... y admite, además, que ha engañado a todo el mundo respecto a su talento. Esto último es verdad: pues Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

Aquel espejo

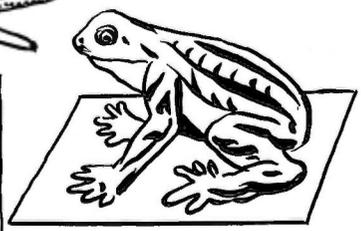
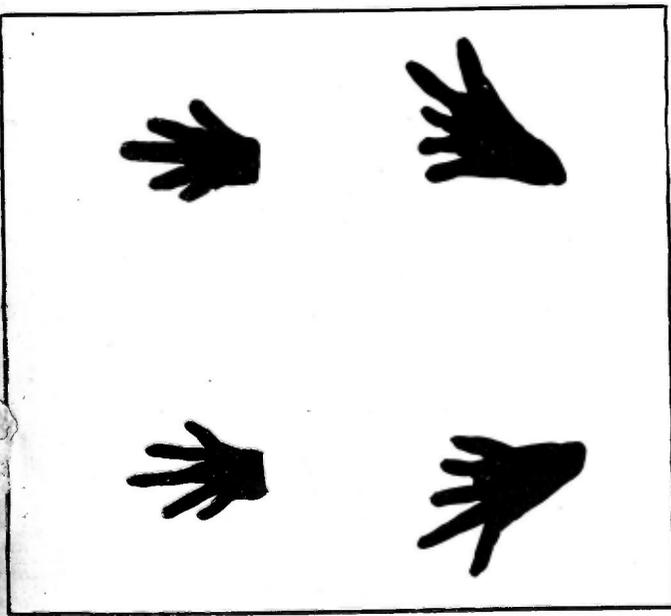
(Continuación de la Pág. 7)

nuestra casa siempre que una cosa se encontraba rota, se preguntaba y casi nunca se lograba saber quien había hecho el daño. Con el espejo, Rosalind Russell ha probado que posee mucha materia gris, en un cuerpo deliciosamente bien formado. No nos extrañen, pues, que Jorge Enrique Puig haya quedado tan bien impresionado al verla en la pantalla. Otros dirían lo mismo, si no temieran las escenas de sus esposas.

MANDE SUS NIÑOS
 AL COLEGIO EN
 TRANVÍA Y LLEGARÁN SEGUROS

HAVANA ELECTRIC
 RAILWAY COMPANY

SECCIÓN DE LA MADRECITA NIÑOS



PARA RECORTAR Y ARMAR

Péguese bien esta página sobre una cartulina, que tan apropiada es para esta clase de trabajos. Luego recórtense con cuidado las tres piezas y procédase a armar la rana en la siguiente forma: Péguese, recortando las partes blancas y tapando las aletas negras, A con A y B con B, doblando por las líneas de puntos y poniendo la pieza N.º 2 hacia abajo, abuscada. Luego se recorta la parte blanca de los ojos y se unen éstos, dejando debajo las aletas negras, y curvando hacia fuera. El extremo de la boca se pega al extremo superior de la pieza N.º 2. En la inferior de ésta se recorta la parte blanca y se pega por debajo la aleta negra, uniéndola a la parte posterior de la rana. Péguese después las patas en el lugar indicado con negro, en el rectángulo inferior.

Este es un trabajito muy fácil, y que los niños podrán hacer sin ayuda de mamá. Entre los mejores trabajos que recibí, sortearé los premios siguientes: una cámara fotográfica; una acuarela completa; jabones Catarineu y un retrato tamaño 12 por 16 hecho por Lorens, de Obispo, 113.

Los niños de la Beneficencia tienen derecho a estos regalos.

Talcos de exquisito perfume



Soir de Paris

BOURJOIS

PARIS